

A stylized, high-contrast profile of a man's face, likely Zygmunt Miłoszewski, rendered in white and dark red against a dark background. The profile is facing right, with the top of the head and forehead visible at the top of the frame. The background is a deep, dark red or maroon color.

Zygmunt Miłoszewski

El caso Telak

Traducción
Francisco Javier Villaverde González

ALFAGUARA

NEGRA



ALFAGUARA



Zygmunt Miłoszewski

El caso Telak

Traducción de Francisco Javier Villaverde González

www.megustaleerebooks.com

Índice

[Portadilla](#)

[Índice](#)

[Dedicatoria](#)

[Cita](#)

[Capítulo primero](#)

[1.](#)

[2.](#)

[3.](#)

[4.](#)

[5.](#)

[6.](#)

[Capítulo segundo](#)

[1.](#)

[2.](#)

[3.](#)

[4.](#)

[5.](#)

[Capítulo tercero](#)

[1.](#)

[2.](#)

[3.](#)

[4.](#)

[5.](#)

[6.](#)

[Capítulo cuarto](#)

[1.](#)

[2.](#)

[3.](#)

[4.](#)

5.

6.

7.

Capítulo quinto

1.

2.

3.

4.

Capítulo sexto

1.

2.

3.

4.

Capítulo séptimo

1.

2.

3.

4.

Capítulo octavo

1.

2.

3.

4.

5.

6.

Capítulo noveno

1.

2.

3.

4.

5.

Capítulo décimo

1.

2.

3.

4.

[Capítulo undécimo](#)

[1.](#)

[2.](#)

[3.](#)

[Capítulo duodécimo](#)

[1.](#)

[2.](#)

[3.](#)

[Agradecimientos](#)

[Sobre el autor](#)

[Notas](#)

[Créditos](#)

Para Monika mil veces

No hay personas malas, solo personas enredadas.

BERT HELLINGER

Capítulo primero

Domingo, 5 de junio de 2005

Gran éxito de la reencarnación del festival musical de Jarocin, diez mil personas ven los conciertos de Dżem, Armia y TSA. La generación JP2 se congrega junto al lago Lednica para tomar parte en el encuentro de oración que se celebra allí cada año. Zbigniew Religa anuncia que va a presentar su candidatura a la presidencia y que desea ser «el candidato de la concordia nacional». Durante la exhibición aérea de Góraszka (Varsovia), que cumplía ya su décima edición, se han podido contemplar las maniobras de dos cazas F-16 que han hecho las delicias de los asistentes. En Bakú, la selección polaca de fútbol derrota por tres a cero a Azerbaiyán con un juego pésimo y el entrenador azerí agradece al árbitro. En Varsovia, agentes de policía reparten entre los conductores fotos espeluznantes de víctimas de accidentes para que les sirvan de advertencia, en el distrito de Mokotów se incendia un autobús de la línea 122 y en la calle Kinowa vuelca una ambulancia que transportaba un hígado para un trasplante. El conductor, la enfermera y el médico sufren contusiones y son llevados a un hospital; el hígado no queda dañado y el mismo día se realiza el trasplante en el hospital de la calle de Banach. La temperatura máxima en la capital es de 20 grados y hay precipitaciones ocasionales.

1.[1]

—Dejadme que os cuente un cuento. Había una vez un carpintero que vivía en una pequeña ciudad de provincias. La gente del lugar era pobre, no podía permitirse comprar sillas y mesas nuevas, así que el carpintero también era pobre. Apenas lograba reunir lo justo para vivir y a medida que pasaban los años cada vez dudaba más de que su suerte pudiera cambiar, aunque lo deseaba más que nadie en el mundo: tenía una hija muy hermosa y quería que le fuera mejor en la vida de lo que a él le había ido. Un día de verano se presentó en casa del carpintero cierto hacendado señor. «Carpintero», le dijo, «va a venir a visitarme un hermano mío al cual hace mucho que no veo. Quiero hacerle un regalo que le deje maravillado. Como él viene de un país en el que abundan el oro, la plata y las piedras preciosas, he pensado obsequiarle con un cofre de madera de belleza excepcional. Si puedes terminarlo antes del domingo siguiente a la próxima luna llena, jamás volverás a quejarte de ser pobre». Por supuesto, el carpintero aceptó y se puso a trabajar de inmediato. Se trataba de una tarea inusualmente difícil y fatigosa: quería mezclar muchos tipos de madera diferentes y adornar el cofre con minúsculas tallas de criaturas fantásticas. Comía poco, casi no dormía, solo trabajaba. Mientras, la noticia de la visita del acaudalado señor y de su insólito encargo se extendió con rapidez por el pueblo. Sus habitantes sentían gran afecto por el modesto carpintero, todos los días se acercaba alguien a su casa a desearle suerte y a intentar ayudarlo en su tarea. El panadero, el tendero, el pescadero, incluso el tabernero, todos echaban mano de escoplos, martillos y lijas en su afán de que el carpintero terminara a tiempo. Por desgracia, ninguno de ellos estaba capacitado para realizar ese trabajo, y la hija del carpintero veía apenada cómo su padre se dedicaba más bien a arreglar lo que sus amigos estropeaban, en lugar de concentrarse en tallar el cofre. Una mañana, cuando solo quedaban cuatro días para acabar el encargo y el artesano ya se mesaba los cabellos presa de la desesperación, su hija se plantó en la puerta de la casa y echó de allí a todo el que llegaba para ayudar.

El pueblo entero se sintió ofendido con la familia, a partir de entonces todos pensaron que el carpintero no era más que un grosero y un desagradecido, y su hija, una solterona maleducada. Me gustaría decirlos que, aunque el carpintero perdió a sus amigos, dejó encantado al ricachón con su primoroso trabajo, pero estaría mintiendo. Porque cuando el domingo siguiente a la luna llena lo visitó de nuevo, el señor acaudalado se marchó al rato, furioso y con las manos vacías. El carpintero tardó aún varios días en terminar el cofre y después se lo regaló a su hija.

Cezary Rudzki finalizó su relato, carraspeó y se sirvió café del termo en una taza. Tres de sus pacientes, dos mujeres y un hombre, estaban sentados al otro lado de la mesa; tan solo faltaba el señor Henryk.

—¿Qué moraleja se desprende de todo eso? —preguntó el hombre sentado a la izquierda, Euzebiusz Kaim.

—La que cada uno de vosotros encuentre —contestó Rudzki—. Yo sé lo que quería decir, pero vosotros sabéis mejor que yo lo que queréis entender y cuál es el sentido que ahora mismo os es más necesario. Los cuentos no se comentan.

Kaim se quedó en silencio, Rudzki tampoco dijo nada y se acarició la barba blanca que, según algunos, le hacía parecerse a Hemingway. Se preguntaba si debía comentar algo acerca de los acontecimientos del día anterior. De acuerdo con las normas, no debería hacerlo. Pero aun así...

—Aprovechando que no está el señor Henryk —dijo—, quería recordaros a todos que no solo no comentamos los cuentos: tampoco el desarrollo de la terapia. Es una de las normas básicas. Ni siquiera cuando una sesión es tan intensa como la de ayer. Con mayor motivo deberíamos callar.

—¿Por qué? —preguntó Euzebiusz Kaim sin dejar de mirar su plato.

—Porque entonces lo que hemos descubierto lo cubrimos con palabras e intentos de interpretación, cuando de lo que se trata es de que la verdad empiece a producir efectos, a encontrar un camino hasta nuestras almas. Sería deshonesto para con todos nosotros matar esa verdad mediante discusiones teóricas. Creedme, es mejor así.

Siguieron comiendo en silencio. El sol de junio penetraba por las estrechas ventanas, que parecían aspilleras, y pintaba con franjas relucientes la oscura sala. La habitación era muy modesta. Una mesa alargada de madera sin mantel, unas cuantas sillas, un crucifijo encima de la puerta. Un armarito, un hervidor de agua eléctrico, una nevera microscópica. Nada más. Cuando

Rudzki descubrió ese lugar —un oasis de soledad en medio de la ciudad— quedó encantado. Pensó que unos aposentos eclesiásticos ayudarían más a la terapia que las casas rurales que solía alquilar. Y tuvo razón. A pesar de que en el edificio había una iglesia, una escuela, un consultorio médico y oficinas de diversas empresas, y de que justo al lado pasaba la Ruta Łazienkowska, el lugar transmitía una gran tranquilidad. Y eso era justo lo que necesitaban sus pacientes.

La tranquilidad tenía su precio. El local alquilado no disponía de ningún tipo de utensilio de cocina, así que él mismo había tenido que comprar una nevera, un hervidor, un termo y una cubertería. La comida la encargaba fuera. Se alojaban en celdas individuales y además tenían a su disposición un pequeño refectorio —donde se encontraban ahora— y una sala, también pequeña, en la que se llevaban a cabo las sesiones. Una sala con una bóveda de arista que se apoyaba en tres gruesas columnas. No es que fuera la cripta de San Leonardo en el castillo de Wawel pero, en comparación con la habitación en la que solía recibir a los pacientes, se aproximaba bastante.

Sin embargo, ahora se preguntaba si no habría escogido un lugar demasiado sombrío, demasiado cerrado. Tenía la sensación de que las emociones liberadas durante las sesiones permanecían entre aquellos muros, rebotaban en ellos como una pelota de goma e impactaban en cualquier desdichado que apareciera por allí. Los acontecimientos del día anterior le habían dejado hecho polvo y se alegraba de que les quedara tan poco para terminar. Deseaba marcharse de allí cuanto antes.

Le dio un sorbo al café.

Hanna Kwiatkowska, de treinta y cuatro años, que estaba sentada frente a Rudzki, daba vueltas a una cucharilla entre los dedos sin apartar la mirada de él.

—¿Sí? —preguntó el doctor.

—Estoy preocupada —contestó ella con voz inexpresiva—. Ya son las nueve y cuarto y el señor Henryk aún no ha venido. Quizá debería ir usted a comprobar si todo va bien.

Rudzki se levantó.

—Iré a ver —dijo—. Creo que el señor Henryk simplemente está recuperando fuerzas después de las emociones de ayer.

Fue hasta la habitación de Henryk por un estrecho pasillo (en aquel edificio todo era estrecho). Llamó a la puerta. Nada. Volvió a llamar, esta vez

más fuerte.

—¡Arriba, señor Henryk! —gritó a través de la puerta.

Esperó unos segundos, abrió y entró. No había nadie. La cama estaba hecha y no había efectos personales. Rudzki volvió al refectorio. Las tres cabezas se giraron al mismo tiempo en dirección a él, como si pertenecieran a un único tronco. Le recordaron a los dragones de las ilustraciones de los libros infantiles.

—El señor Henryk nos ha dejado. No os lo toméis como algo personal, por favor. No es el primer paciente que abandona la terapia de manera un tanto abrupta, ni será el último. Sobre todo tras una sesión tan intensa como la de ayer. Espero que esa experiencia produzca efectos y le ayude a encontrarse mejor.

Kwiatkowska ni parpadeó. Kaim se encogió de hombros. Barbara Jarczyk, la tercera paciente del grupo, formado hasta poco antes por cuatro personas, miró a Rudzki y le preguntó:

—¿Entonces hemos acabado? ¿Podemos marcharnos a casa?

El doctor negó con la cabeza.

—Volved a vuestros cuartos, descansad media hora y tranquilizaos. A las diez en punto nos reuniremos en la sala.

Los tres —Euzebiusz, Hanna y Barbara— se mostraron de acuerdo y salieron. Rudzki rodeó la mesa, comprobó que todavía quedaba café en el termo y se llenó la taza. Soltó un taco porque no había dejado espacio para la leche. Ahora tenía dos opciones: o verter un poco, o dar un sorbo. No soportaba el sabor del café solo. Echó parte en el cubo de la basura. Añadió la leche y fue hasta la ventana. Vio los coches que pasaban por la calle y el estadio situado en la acera de enfrente. ¡Cómo han podido volver a perder la liga esos inútiles!, pensó. Ni siquiera acabarán segundos, no valdrá de nada haber humillado al Wisła cinco a uno hace dos semanas. Aunque quizá consigan ganar la Copa, mañana es la primera semifinal, contra el Groclin. El Groclin, al que el Legia no ha ganado ni una sola vez en los últimos cuatro años. Otra de esas maldiciones.

Se rio en voz baja. El hecho de que fuera capaz de meditar sobre la liga de fútbol en ese momento era prueba de lo increíble que resulta el funcionamiento del cerebro humano. Miró su reloj. Media hora más.

Poco antes de las diez abandonó el refectorio y fue al baño a lavarse los dientes. Por el camino se cruzó con Barbara Jarczyk. Ella le dirigió una

mirada interrogativa al verle ir en dirección opuesta a donde se encontraba la sala.

—Ahora vuelvo —comentó.

Aún no había extendido la pasta sobre el cepillo cuando escuchó un grito.

2.

A Teodor Szacki lo despertó lo que solía despertarlo siempre los domingos. No, no era resaca, ni sed, ni ganas de mear, ni un sol deslumbrante colándose a través de los estores de bambú, ni gotas de lluvia repiqueteando sobre el tejadillo del balcón. Se trataba de Hela, su hija de siete años, que había saltado encima de Szacki con tal ímpetu que el sofá cama de Ikea chirrió.

Abrió un ojo, sobre el que cayó un rizo castaño.

—¿Has visto? La abuela me ha hecho tirabuzones.

—Ya veo —dijo y apartó el pelo de su ojo—. Lástima que no te dejara atada con ellos.

Besó a su hija en la frente, se la quitó de encima, se levantó y fue hacia el baño. Apenas había llegado a la puerta de la habitación cuando algo se movió en el otro lado de la cama.

—Conecta el hervidor, que se caliente el agua para hacerme un café —oyó en un murmullo que venía de debajo del edredón.

Cada fin de semana lo mismo: ¡se abre el turno de peticiones! Enseguida se sintió irritado. Había dormido diez horas, pero estaba increíblemente cansado. No recordaba cuándo había empezado todo aquello. Podía quedarse medio día tumbado en la cama y aun así se levantaba con mal sabor de boca, quemazón en los ojos y un dolor sordo entre las sienes. Absurdo.

—¿Por qué no me pides simplemente que te haga un café? —le reprochó a su esposa.

—Yo me lo hago —le costó distinguir las palabras que le dirigía—, no quiero darte quebraderos de cabeza.

Szacki alzó los ojos con gesto teatral. Hela se echó a reír.

—¡Pero si siempre dices lo mismo y siempre acabo haciéndote el café!

—No es necesario. Yo solo te pido que calientes el agua.

Orinó y le preparó el café a su mujer, tratando de no mirar la montaña de cacharros sucios que había en el fregadero. Si quería hacer el desayuno

prometido, primero le esperaban quince minutos de fregado. ¡Dios, qué cansado estaba! En lugar de dormir hasta el mediodía y después ver la televisión, como todos los demás tíos de ese patriarcal país, ahí estaba él comportándose como un supermarido y un superpadre.

Weronika se había levantado de la cama y estaba en el recibidor observándose en el espejo con mirada crítica. Él también la miró así. Siempre había sido sexy, aunque nunca hubiera parecido una modelo. A pesar de ello, resultaba difícil encontrarle explicación a la papada y a los michelines. Y a la camiseta, claro. No le exigía que durmiera todos los días con prendas de tul y de encaje, pero, joder, ¿es que tenía que ponerse siempre esa camiseta con la inscripción «Disco fun» ya desteñida, que seguramente procedía de la época de los paquetes de ayuda? Le dio la taza. Ella lo miró con ojos algo hinchados, mientras se rascaba bajo un pecho. Se lo agradeció, le besó maquinalmente en la nariz y se fue a la ducha.

Szacki suspiró, se pasó la mano por los cabellos blancos como la leche y se metió en la cocina.

Pero ¿de qué te quejas?, pensó intentando sacar el estropajo sepultado por los platos sucios. Hacer el café es un rato, fregar otro rato, el desayuno otro más. Media hora de nada y todos felices. Se sintió aún más cansado al recordar la cantidad de tiempo que se le escurría entre los dedos. Las paradas en los embotellamientos; las miles de horas vacías en los juzgados; los inútiles huecos en el trabajo en los que como mucho podía dedicarse a hacer solitarios; esperar tal cosa, esperar a tal persona, esperar a la espera. La espera como excusa para no hacer absolutamente nada. La espera como la profesión más agotadora del mundo. Un minero picador está más descansado que yo, se lamentó para sí mientras trataba de colocar en el escurrerplatos un vaso para el que, a decir verdad, ya no había espacio. ¿Por qué no había quitado antes los cacharros secos? ¡Por todos los santos! ¿Sería tan fatigosa la vida para los demás?

Sonó el teléfono. Lo cogió Hela. Se dirigió a la habitación, escuchando la charla al tiempo que se secaba las manos con un trapo.

—Sí, pero no puede ponerse porque está fregando y haciendo huevos revueltos...

Le quitó el auricular a su hija.

—Aquí Szacki. Dígame.

—Buenos días, fiscal. No quisiera preocuparte, pero me temo que hoy no

vas a preparar huevos revueltos para nadie. En todo caso, para la cena — escuchó al otro lado del teléfono la voz familiar de Oleg Kuznetsov, de la comisaría de la calle Wilcza, con su acento del este.

—Oleg, te lo ruego, no me hagas esto.

—No soy yo quien requiere tu presencia, fiscal, sino la ciudad.

3.

El viejo y enorme Citroën pasó bajo el pilar del puente colgante Świętokrzyski con una elegancia que habría sido la envidia de muchos coches de los que aparecían a modo de *product placement* sobre ese mismo puente en las comedias románticas polacas. Quizá Piskorski[2] fuera un defraudador, pensó Szacki, pero nos dejó dos puentes nuevos. En época de Kaczor[3] sería impensable que alguien se atreviera a realizar tal inversión. Sobre todo antes de unas elecciones. Weronika era jurista en el ayuntamiento y más de una vez le había contado cómo se tomaban las decisiones: por si las moscas, no se tomaba ninguna.

Llegó al barrio de Powiśle y, como siempre, respiró aliviado. Ya estaba en casa. Llevaba diez años viviendo al otro lado del río, en el distrito de Praga, pero seguía sin acostumbrarse. Lo intentaba, pero el único rasgo positivo que para él poseía su nueva pequeña patria era que se hallaba cerca de lo que él consideraba Varsovia. Dejó atrás el teatro Ateneum, donde en su día se enamoró de *Antígona en Nueva York*; el hospital en el que nació; las instalaciones deportivas donde tomó clases de tenis; el parque que se extendía sobre las laderas pegadas al Parlamento, donde lo pasaba bomba con su hermano montando en trineo; la piscina donde aprendió a nadar y donde cogió hongos. Estaba en el distrito de Śródmieście, el centro de su ciudad, el centro de su país, el centro de su vida. El *axis mundi* más feo que uno pueda imaginar.

Pasó bajo el viaducto —que se caía a cachos—, giró en la calle Łazienkowska y aparcó junto a la casa de la cultura, después de dedicarle unos afectuosos pensamientos al estadio del Legia, situado doscientos metros más adelante, en el cual los guerreros capitalinos acababan de despedazar al equipo de la Estrella Blanca, el Wisła de Cracovia. No le interesaba el deporte, pero Weronika era una forofa tan apasionada que él, casi sin quererlo, era capaz de recitar de memoria los resultados de todos los partidos del Legia de los últimos dos años. Al día siguiente seguro que su esposa iría

al partido con su bufanda tricolor. Semifinales de la Copa.

Cerró el coche y miró el edificio que había al otro lado de la calle, una de las construcciones más estrambóticas de la capital, al lado de la cual el Palacio de la Cultura y la colonia Puerta de Hierro parecían ejemplos arquitectónicos poco invasivos, serenos. En tiempos se encontraba aquí la iglesia parroquial de Nuestra Señora de Częstochowa, destruida en la guerra, uno de los lugares donde los insurrectos polacos ofrecieron resistencia. Durante años permaneció sin reconstruir; daban miedo sus ruinas, sus columnas a medio derribar, sus sótanos abiertos. Cuando finalmente se le dio vida nueva, se convirtió en la tarjeta de visita del desbarajuste de la ciudad. Todo el que atravesaba en coche el viaducto de la Ruta Łazienkowska veía desde arriba aquel engendro de ladrillo, una mezcla entre iglesia, monasterio, fortaleza y palacio de Gargamel. En este lugar apareció una vez el Maligno. Ahora habían encontrado allí un cadáver.

Szacki se arregló el nudo de la corbata y cruzó la calle. Empezaba a lloviznar. Junto al portón de entrada había un coche patrulla y un vehículo policial sin distintivos, y alrededor algunos mirones que habían salido de la misa matutina. Oleg Kuznetsov conversaba con un técnico del Laboratorio de Criminalística de la policía. Interrumpió la conversación y se acercó a Szacki. Se dieron la mano.

—¿Es que vas luego a un cóctel en la sede de algún partido en la calle Rozbrat? —se burló el comisario a la vez que le colocaba bien las solapas de la chaqueta.

—Los rumores acerca de la politización de la fiscalía son igual de exagerados que los chismes sobre las fuentes de ingresos adicionales de las que se nutren los policías varsovianos —le replicó Szacki. No le gustaba que se mofaran de su atuendo. Independientemente del tiempo que hiciera se ponía traje y corbata, porque era fiscal, no el repartidor de una verdulería—. ¿Qué tenemos? —preguntó sacando un cigarrillo, el primero de los tres diarios que se permitía.

—Un cadáver, cuatro sospechosos.

—La virgen, otra matanza por culpa del alcohol. No pensé que en esta maldita ciudad se pudiera uno topar con un escondrijo de borrachines incluso en una iglesia. Y encima se han degollado en domingo, ni pizca de respeto — Szacki estaba auténticamente asqueado. Y no se le iba el cabreo por que su domingo en familia también hubiera sido víctima de un asesinato.

—No estás del todo en lo cierto, Teo —murmuró Kuznetsov girándose en todas direcciones para encontrar una posición en la que el viento no le apagara la llama del mechero—. En este edificio, aparte de la iglesia, hay un montón de empresas diferentes. Los locales han sido alquilados a una escuela, a un centro de salud, y a diversas organizaciones católicas; hay aquí también una especie de casa de retiro espiritual, los fines de semana vienen todo tipo de grupos a rezar, conversar, escuchar sermones, etcétera. Un psicoterapeuta había alquilado unas habitaciones para él y cuatro pacientes por tres días. Trabajaron el viernes, trabajaron ayer y después de cenar se separaron. Esta mañana se presentaron a desayunar el doctor y tres de los pacientes. Al cuarto lo encontraron un rato después. Ya verás en qué estado. Los locales están en un ala aparte, no se puede llegar allí sin pasar junto a la portería. En las ventanas hay rejas. Nadie ha visto nada, nadie ha escuchado nada. Y de momento nadie ha confesado ser el autor. Un cadáver, cuatro sospechosos, sobrios y de buena posición social. ¿Qué te parece?

Szacki apagó el cigarrillo y se alejó unos pasos para tirarlo a la papelera. Kuznetsov arrojó el suyo a la calzada, justo bajo las ruedas de un autobús de la línea 171 que pasaba.

—No creo en esas historias, Oleg. Luego resultará que el portero se había pasado media noche durmiendo, algún borracho se coló a robar algo que le diera para comprar vino, por el camino se tropezó con el pobre neurótico, se asustó aún más que él y le dio matarile. Se pavoneará de ello delante de alguno de vuestros soplones y caso cerrado.

Kuznetsov se encogió de hombros.

Szacki creía todo eso que acababa de contarle a Oleg, y sin embargo notó que su curiosidad iba en aumento tras cruzar la puerta y según avanzaban por el estrecho pasillo que conducía a la salita donde yacía el cuerpo. Respiró profundamente para dominar la excitación, pero también el miedo al contacto con el cadáver. En cuanto lo vio, su rostro esbozó ya la indiferencia profesional. Teodor Szacki se escondió tras la máscara del funcionario que velaba por que se respetara la ley en la República de Polonia.

4.

Un hombre vestido con un traje color gris ceniza, de unos cincuenta años, algo entrado en carnes, muy canoso pero sin problemas de calvicie, yacía boca arriba sobre un suelo de linóleo verdoso que desentonaba mucho con la bóveda de arista del techo, no muy alto. A su lado había una maleta grisácea de diseño antiguo, no se cerraba con una cremallera sino con dos cerrojos metálicos, y aparte, para mayor seguridad, contaba con dos correas cortas con cierre de hebilla.

No se veía mucha sangre, apenas había, pero esto no hizo que Szacki se sintiera mejor. Le costó mucho acercarse con paso firme a la víctima y agacharse junto a su cabeza. Se le revolvió el estómago. Tragó saliva.

—¿Huellas? —preguntó con indiferencia.

—En el arma homicida no hay ninguna, señor fiscal —contestó el jefe de los técnicos, que estaba en cuclillas al otro lado del cuerpo—. Sí las hemos encontrado en otros lugares, y también microhuellas. ¿Recogemos muestras de olor?

Szacki negó con la cabeza. Si durante los últimos dos días el difunto había estado con un grupo de personas entre las que se hallaba su asesino, entonces el olor no sería de ninguna ayuda. Le habían desestimado tantas veces en los tribunales esa prueba circunstancial, que no merecía la pena fatigar a los técnicos en vano.

—¿Qué demonios es eso? —dijo mirando a Kuznetsov pero señalando una varilla terminada en una empuñadura de plástico negro que sobresalía del ojo derecho de la víctima. Le alivió que hacer la pregunta le permitiera dirigir la vista hacia el policía en lugar de hacia esa masa color burdeos grisáceo que una vez había sido el ojo de aquel hombre, pero que ahora se había coagulado sobre la mejilla adoptando una forma que a Szacki le recordaba invariablemente a un bólido de fórmula 1.

—Es un asador —contestó Oleg—. O algo parecido. En el comedor tienen un juego de utensilios del mismo estilo, cuchillos, tajadera, cubiertos.

Szacki asintió. De ahí cogieron el arma homicida. Entonces, ¿qué posibilidades había de que el asesino viniese de fuera? Prácticamente ninguna. En teoría el tribunal podría considerar que allí se había juntado la misma cantidad de gente que en una calle céntrica, aunque nadie lo hubiera advertido. Y ya se sabe, *in dubio...*

Se estaba preguntando cómo conducir el asunto con los testigos, que en realidad eran sospechosos, cuando se asomó a la sala uno de los agentes.

—Señor comisario, ha llegado la esposa. ¿Podría...?

Szacki salió con Oleg al patio.

—¿Cómo se llamaba? —le susurró a Kuznetsov.

—Henryk Telak. Y su esposa, Jadwiga.

Junto a un coche de policía se encontraba una mujer que encajaba en la categoría que los hombres califican como atractivas. Bastante alta, delgada, con gafas, de facciones bien definidas y pelo oscuro ligeramente canoso. Llevaba puesto un vestido verde oscuro y sandalias. Tiempo atrás debió de ser una belleza, ahora paseaba con orgullo una hermosura que se desvanecía.

Kuznetsov se acercó a ella y la saludó.

—Buenos días. Me llamo Oleg Kuznetsov, soy comisario de policía. Este es el fiscal Teodor Szacki, él dirigirá la investigación. Acepte, por favor, nuestro más sentido pésame. Prometemos hacer todo lo que esté en nuestras manos para encontrar y castigar al asesino de su marido.

La mujer bajó la cabeza. Parecía ausente, habría tomado ya algún calmante. Quizá todavía no era del todo consciente de lo que había sucedido. Szacki sabía que la primera reacción ante la muerte de alguien cercano es la incredulidad. El dolor llega más tarde.

—¿Cómo ha ocurrido? —preguntó.

—Entraron a robar —Szacki mentía con tal sencillez y tanta seguridad en sí mismo que en más de una ocasión le habían sugerido que debería ejercer de abogado defensor—. Por ahora todo parece indicar que durante la noche el ladrón se topó con su esposo por casualidad, incluso es posible que el señor Henryk intentara detenerlo. El asaltante le mató.

—¿Cómo? —preguntó.

Los dos hombres intercambiaron una mirada.

—A su marido lo golpearon en la cabeza con un instrumento punzante — Szacki no soportaba la jerga de la criminalística, pero era la que mejor servía para despojar de dramatismo la muerte. Sonaba menos duro que

«alguien le ha clavado un asador en el cerebro a través de un ojo»—. Falleció al instante. El médico cree que la muerte fue tan rápida que ni siquiera le dio tiempo a sentir dolor.

—Al menos es un consuelo —comentó ella tras unos segundos de silencio, y por primera vez levantó la cabeza—. ¿Puedo verle? —preguntó mirando a Szacki, que por un momento tuvo ante sí una mancha gris en forma de coche de carreras.

—No hay necesidad de hacerlo.

—Quisiera despedirme de él.

—Todavía estamos recogiendo huellas —añadió Kuznetsov—. El ambiente allí no es demasiado íntimo. Además, créame, no es una imagen agradable de contemplar.

—Como ustedes deseen —aceptó ella con resignación. Szacki contuvo un suspiro de alivio—. ¿Puedo irme ya?

—Por supuesto. Pero déjenos sus señas. Aún tendré que hablar con usted.

La mujer le dictó a Kuznetsov su dirección y teléfono.

—¿Y el cuerpo? —preguntó.

—Debemos realizar la autopsia, lo siento. Pero el viernes a más tardar la funeraria podrá recogerlo.

—Bien. Quizá dé tiempo a organizar el entierro para el sábado. A las personas hay que enterrarlas antes del domingo, porque si no, ese mismo año morirá alguien más de la familia.

—Eso es solo una superstición —replicó Szacki. Sacó del bolsillo dos tarjetas de visita y se las entregó a la viuda—. En una están mis números de teléfono, en la otra, el de un centro que se ocupa de ayudar a las familias de las víctimas de los crímenes. Le sugiero que llame. Puede venirle bien.

—¿Se encargan de resucitar maridos?

Szacki no quería que la conversación tomara ese derrotero. Los comentarios surrealistas solían ser el preludio de un ataque de histeria.

—Más bien de resucitar a los vivos. Devolverlos a una vida a la que muchas veces no desean volver. Naturalmente, usted debe hacer lo que considere más oportuno. Yo solo digo que allí hay personas que pueden ayudarla.

Asintió con la cabeza y guardó en el bolso las dos tarjetas. El poli y el fiscal se despidieron y entraron de nuevo en el edificio.

Oleg preguntó si quería interrogar ya a las personas de la terapia. Szacki no

tenía claro cómo afrontar el caso y, aunque su primer impulso había sido el de hablar con ellos cuanto antes, allí mismo, después pensó que sería mejor posponerlo un poco para hacerlos sufrir un rato. El viejo método del teniente Colombo. Se preguntaba qué estarían pensando en sus, por así llamarlas, celdas. Seguramente todos le daban vueltas a cada palabra y gesto de los últimos dos días, buscando una pista que indicara quién podía ser el asesino. Aparte del propio asesino, que por su parte estaría pensando si en los últimos dos días se había delatado por alguna palabra o algún gesto. Y todo ello partiendo de la sorprendente hipótesis de que realmente alguno de ellos lo hubiera matado. ¿Se podía descartar que el criminal viniera de fuera? No se podía. Como de costumbre, en esa etapa de la investigación no era posible descartar nada. Sí, quizá resultara un caso interesante, un grato cambio después de todos esos crímenes habituales de la ciudad: hedor, botellas vacías, un montón de sangre en la pared, en el suelo una mujer sollozando con el aspecto de alguien treinta años mayor de lo que dice su partida de nacimiento, unos cuantos colegas medio inconscientes que no se acaban de creer que en plena borrachera uno de ellos se haya cargado a un amigo. ¿Cuántas veces lo había visto?

—No —respondió—. Te diré lo que vamos a hacer. Interrógalos ahora, después de todo así es como suele ir esto. Pero hazlo tú, no uno de esos agentes que hasta hace dos semanas vivía con mamá y papá en alguna pequeña ciudad de la región. Con tranquilidad, sin profundizar demasiado, tratándolos a todos como testigos. Cuándo vieron por última vez a Telak, cuándo se habían conocido, qué hicieron anoche. No les preguntes sobre lo que los une, la terapia, que se sientan seguros, así yo tendré motivos para citarlos unas cuantas veces más.

—Vaya ideas que tienes —dijo Oleg irritado—. Lo que me pides es que juegue con ellos para prepararte a ti el terreno. Tomar nota de las declaraciones, escribirlas con letra clara, darlas a leer...

—Camélate a alguna agente que te las escriba con buena caligrafía. Nos vemos por la mañana en la comisaría, intercambiamos documentos, hablamos y decidimos qué vamos a hacer. La verdad es que tenía pensado ir a ver qué sentencia dictaban en el caso Pieszczych, pero le pediré a Ewa que se acerque por mí.

—Vale, pero me invitas a un café.

—Ten compasión, hombre, que soy funcionario del Estado, no policía de

carreteras. Mi esposa también es funcionaria. Prepararemos café soluble en el trabajo y no le daremos a nadie, ¿vale?

Oleg sacó un cigarrillo, Szacki a duras penas se contuvo para no hacer lo mismo. No quería que le quedara uno solo para el resto del día.

—Me pagas un café y no se hable más.

—Eres un ruso sarnoso.

—Lo sé, me lo dicen a menudo. ¿En Gorączka a las nueve?

—Odio ese antro de maderos.

—¿En Brama?

Szacki asintió. Oleg lo acompañó hasta el coche.

—Temo que pueda ser complicado —dijo el policía—. Si el asesino no cometió ningún error y los demás no vieron nada, chungo.

Szacki no pudo evitar una sonrisa.

—Siempre cometen errores.

5.

No recordaba cuándo lo había malcriado de tal manera el clima de los Tatras. Desde la cima del monte Kopa Kondracka disponía de una panorámica perfecta en todas direcciones y únicamente allá a lo lejos, sobre la parte eslovaca de los Altos Tatras, se veían unas nubes diminutas. El sol lo había acompañado todo el día desde que por la mañana temprano aparcó en la aldea de Kiry y, tras un breve paseo por el valle de Kościeliska, empezó la ascensión a las Cumbres Rojas[4]. A mitad de la travesía —cuando el sendero se fue haciendo cada vez más empinado, los pinos negros, no muy altos, apenas ofrecían sombra y en los alrededores no había ningún arroyo—, la excursión por la montaña se convirtió en una marcha por una sartén ardiente. Recordó los relatos acerca de los soldados americanos en Vietnam, a los que, al parecer, les hervía el líquido cefalorraquídeo bajo los cascos recalentados por el sol durante las patrullas diurnas. Siempre consideró que no eran más que tonterías, pero ahora se sentía igual que ellos, a pesar de que su cabeza no estaba protegida por un casco sino por un sombrero beis que se había traído de recuerdo de su viaje a Australia.

Cuando, ya cerca de la arista, unas manchas negras empezaron a revolotear ante sus ojos y las piernas se le aflojaron, maldijo su estupidez de septuagenario que cree que aún puede hacerlo todo igual que antaño: beber igual, practicar sexo igual, andar por las montañas igual.

Al llegar a la arista cayó al suelo sin fuerzas, dejó que el viento le refrescara y se fijó en el ritmo desbocado con que latía su corazón. En fin, se dijo, siempre será mejor palmar en el Ciemniak que en la calle Marszałkowska. Pero cuando su corazón se calmó un poco, pensó que aún mejor sería morir en el Małolączniak, que suena mucho menos negativo que el maldito Ciemniak[5]. Lo mismo hasta surgirían chistes tras su muerte. Así que decidió realizar un esfuerzo y caminar hasta el Małolączniak. Allí bebió un poco de café del termo, procurando no pensar en el músculo número uno, y después la inercia lo llevó hasta Kopa Kondracka. Por muy extraño que

resultara, parecía que esta vez tampoco le iba a matar la mezcla entre un corazón débil y la estupidez de un anciano. Llenó de nuevo la taza de café, sacó un bocadillo envuelto en papel de aluminio y miró a los barrigudos treintañeros que alcanzaban la cima del pobre Kopa Kondracka con la misma dificultad que si se tratara de un siete mil. Le entraron ganas de aconsejarles que la próxima vez se trajeran oxígeno.

¿Cómo puede alguien abandonarse de tal manera?, pensó mientras observaba con desdén a aquellas personas que llegaban arrastrando los pies. Cuando él tenía su edad era capaz de correr por la mañana desde el refugio de Kondratowa hasta Kopa Kondracka y volver por la Hondonada del Infierno solo para entrar en calor y hacerse merecedor de un desayuno. Sí, menudos tiempos: todo estaba claro, todo tenía sentido, todo era sencillo.

Dejó al descubierto sus pantorrillas —bronceadas, aún musculosas, cubiertas de pelo blanco— y encendió el móvil con la intención de mandarle un sms a su esposa, que le esperaba en un hostel cerca del valle de Strążyska. Pero en cuanto el teléfono encontró cobertura, se puso a sonar. El hombre soltó un taco y contestó la llamada.

—¿Sí?

—Buenos días, soy Igor. Tengo que darle una mala noticia.

—¿Sí?

—Henryk ha muerto.

—¿Qué ha ocurrido?

—Me temo que ha sufrido un lamentable accidente.

No tuvo la menor duda acerca de la respuesta que debía dar.

—Es realmente una noticia triste. Procuraré regresar mañana, pero hay que publicar una esquela en los periódicos cuanto antes. ¿Has entendido?

—Por supuesto.

Apagó el teléfono. Se le habían quitado las ganas de escribir a su mujer. Se terminó el café, se echó la mochila a la espalda y se dirigió hacia la cañada situada junto a Kopa Kondracka. Se tomaría una cerveza en Kalatówki y pensaría cómo le iba a decir que debían volver a Varsovia. Llevaban ya casi cuarenta años juntos, pero todavía le ponían nervioso ese tipo de conversaciones.

6.

El fiscal Teodor Szacki arrancó el potente motor V6 de tres litros de su Citroën con ciertas dificultades —la instalación de autogás volvía a fallar—, esperó hasta que el sistema hidráulico hizo que se elevara el tiburón y se puso en marcha rumbo a la Wisłostrada[6]. Su primera intención era cruzar a la otra orilla del Vístula por el puente Łazienkowski, pero en el último momento cambió de opinión, giró a la derecha en dirección a Wilanów y se detuvo en la parada de autobús que hay junto a la calle de Gagarin. Encendió las luces de emergencia.

Diez años antes —es decir, siglos atrás— había vivido allí con Weronika, cuando Hela todavía no había venido al mundo. Tenían un estudio en un segundo piso, las dos ventanas daban a la Wisłostrada. Una pesadilla. De día no dejaban de pasar camiones; de noche, autobuses nocturnos y coches a ciento diez kilómetros por hora. Aprendió a reconocer las marcas por el sonido de los motores. Sobre los muebles se acumulaba una capa de polvo negro y grasiento, las ventanas volvían a estar sucias media hora después de limpiarlas. Lo peor eran los veranos. Tenían que abrir las ventanas para no asfixiarse, pero entonces no había manera de charlar ni de ver la tele. Aunque en realidad en aquella época preferían hacer el amor en lugar de ver la tele. En cambio ahora... Ni siquiera estaba seguro de si alcanzaban la media nacional, esa que tanta gracia les hacía antaño. Ja, ja, ja, ¿cómo era posible que hubiera gente que lo hacía solo una vez a la semana?

Szacki soltó una carcajada y bajó un poco la ventanilla. La lluvia caía con fuerza, se colaron dentro gotas que dejaron señales oscuras sobre la tapicería. En las que fueron sus ventanas vio a una chica rubia moverse de un lado para otro. Era menuda, llevaba puesta una camiseta de tirantes y el pelo le llegaba hasta los hombros.

Me pregunto, pensó Szacki, cómo sería todo si ahora aparcara en la calle interior, subiera al segundo piso y esa chica me estuviera esperando en casa. Si tuviera una vida completamente distinta, unos cedés de música distintos,

otros libros en las estanterías, notaría un olor diferente de la persona que se acostaría a mi lado. Podríamos ir a pasear al parque Łazienki, le contaría por qué tenía que estar hoy en el trabajo, que sería, por ejemplo, en un estudio de arquitectura, ella diría que soy muy competente y que me iba a comprar un helado junto al Teatro de la Isla. Nada se parecería a como es ahora.

Lástima que solo tengamos una vida, siguió cavilando Szacki, y que nos aburra tan deprisa.

Pero una cosa es segura, pensó al tiempo que giraba la llave, necesito un cambio. ¡Joder que si lo necesito!

Capítulo segundo

Lunes, 6 de junio de 2005

El padre Konrad Hejmo envía desde el Vaticano un largo y enrevesado comunicado especial en el cual explica que no colaboró con los servicios secretos de la República Popular de Polonia. También desde el Vaticano, el papa Benedicto XVI vuelve a expresar la oposición de la Iglesia a los matrimonios homosexuales, al aborto y a la ingeniería genética. El candidato a la presidencia Lech Kaczyński, fiel a la Iglesia católica, prohíbe en Varsovia la Marcha del Orgullo Gay y señala que la obstinación de «ciertos colectivos» tiene una relación evidente con las elecciones. El expresidente Lech Wałęsa invita al actual presidente y su esposa a la celebración con motivo del día de su santo. En Varsovia, la artista Joanna Rajkowska coloca hojas frescas en la palmera artificial de la avenida de Jerusalén; en la cárcel de la calle Rakowiecka da su primer concierto un grupo de rock formado en la propia prisión, y no muy lejos de allí, en la calle Spacerowa, una mujer de ochenta y seis años permanece veinticuatro horas metida en la bañera sin poder salir. Por la tarde se celebrarán las semifinales de la Copa de Polonia: Legia contra Groclin y Wisła contra Zagłębie Lubin. 18 grados de temperatura máxima en la capital, cielo cubierto y algo de lluvia.

1.

Szacki llevó a su hija a la escuela infantil, acompañó a su esposa a las oficinas del ayuntamiento en la calle Miodowa y a las nueve en punto ya estaba esperando a Oleg en el café Brama de la calle Krucza. Tenía hambre, pero no quería gastarse veinte zlotys en un desayuno. Aunque por otro lado, pensó, el mes acaba de empezar y aún hay dinero en la cuenta. No había aguantado tantos años de estudios, pasantía y asesoría para ahora no poder permitirse un desayuno. Pidió una tortilla de queso y tomate.

Kuznetsov apareció justo cuando la camarera le servía el plato con la tortilla.

—Vaya, vaya —dijo mientras se sentaba al otro lado de la mesa—. ¿Y has traído el bote de café soluble del despacho para que la señorita te prepare una taza?

Szacki no contestó, pero le lanzó una mirada bien elocuente al policía. Kuznetsov pidió un café solo y sacó unas hojas del portafolios.

—Aquí tienes el memorándum, el informe de la inspección del lugar y las declaraciones de los testigos. Ah, y los informes de los registros, tienes que darles el visto bueno. Te hice caso y me camelé a una lozana aspirante para que me ayudara. Mira qué letras tan redonditas, preciosas. Su caligrafía es casi tan hermosa como lo es ella.

—Aún no he visto policías bonitas —soltó mordaz Szacki.

—Será que no te van las mujeres de uniforme. Yo siempre me las imagino vestidas nada más que con la gorra y la camisa sobre el cuerpo desnudo, con solo dos botones abrochados...

—Cuéntame lo que pasó ayer, anda.

Kuznetsov acomodó su desmañado cuerpo sobre la silla y juntó las manos como si se dispusiera a rezar.

—Estoy casi seguro —empezó a decir con tono serio y solemne— de que lo asesinó el mayordomo.

Szacki dejó los cubiertos apoyados sobre el borde del plato y suspiró

profundamente. A veces el contacto con los policías le recordaba al trabajo de un profesor en cuya clase todos los niños sufren déficit de atención e hiperactividad. Eran necesarias grandes dosis de paciencia y autocontrol.

—Falta el desenlace del chiste —comentó con frialdad.

Kuznetsov movió la cabeza, incrédulo.

—Pero qué poco sentido del humor tienes, Teodor. Ya leerás todo lo que dijeron. Nadie conoce a nadie, nadie sabe nada, nadie vio nada. Les parece una verdadera desgracia, están consternados. Se conocieron hace una semana, tan solo Rudzki, el doctor, lo conocía desde hace más tiempo, un año o así. Todos notaron que el fallecido estaba triste, encerrado en sí mismo, deprimido. Lo dijeron con tal convicción que por un momento me pregunté si no se habría suicidado.

—¿Bromeas? ¿Clavándose un asador en el ojo? —Szacki se limpió la boca con la servilleta. Estaba buena la tortilla.

—Ya, no resulta nada probable. Pero si hay gente capaz de pegarse un tiro en la cabeza o cortarse la lengua de un bocado y tragársela, pues por qué no. De todas formas, pregúntale al patólogo. Y hablando de lenguas. Me contaron hace poco un chiste sobre una logopeda que tenía tan entrenada la lengua que se ahogó con ella mientras hacía unos ejercicios. Es bueno, ¿eh?

—¿Cuál es tu impresión? —preguntó Szacki pasando por alto el chiste.

Kuznetsov dejó escapar un chasquido con la boca y se quedó pensando. Szacki esperó con paciencia. Sabía que había pocas personas tan inteligentes y con una capacidad de observación tan perspicaz como aquel madero grandullón y en exceso jovial con apellido ruso.

—Ya lo verás tú mismo —dijo al fin—. Todos transmitían una excelente impresión. Ninguno pareció controlar sus emociones de manera forzada, pero tampoco se mostraron exageradamente alterados o impresionados. A menudo así se puede descubrir al asesino, porque finge, o bien una tremenda frialdad, o bien una loca desesperación. Cualquier desviación de la norma resulta sospechosa, pero estos entran todos en la norma. Más o menos.

—O alguno de ellos sabe cómo debe comportarse —sugirió Szacki.

—Sí, el psicoterapeuta, también yo lo he pensado. Y es el que conoce al difunto desde hace más tiempo, quizá tuviera un móvil. Iba decidido a encerrarlo durante cuarenta y ocho horas si algo lo hubiera delatado, pero qué va. Es un poco presumido y arrogante, como los otros, malditos pirados. Pero no me pareció que mintieran.

Es decir, que una mierda es lo que tenemos, pensó Szacki, y detuvo con un gesto de la mano a la camarera, que además del plato vacío quería llevarse el pan y la mantequilla. Lo había pagado, así que tenía intención de comerse hasta la última migaja.

—A lo mejor ha sido realmente un encontronazo con un ladrón —comentó.

—A lo mejor —coincidió Kuznetsov—. Son todas personas cultas e instruidas. ¿Crees que a alguno de ellos se le ocurriría matar en un sitio tan teatral? No hace falta leer novelas policiacas para saber que les seguiríamos el rastro como sabuesos. Nadie en su sano juicio asesinaría de un modo tan estúpido. Es absurdo.

Kuznetsov tenía razón. Al principio prometía ser un caso interesante, pero ahora parecía que detrás del asunto se encontraba algún ladronzuelo convertido en asesino por casualidad. O sea, que habrá que seguir el procedimiento rutinario, pensó Szacki antes de ordenar mentalmente la lista de los pasos que resultaba de rigor dar.

—Informa a la prensa de que buscamos a personas que pasaran por el lugar esa noche y que puedan ofrecer algún dato. Preguntad a todos los conserjes, seguratas, curas, a cualquiera que trabajara allí durante el fin de semana. Enteraos de quién manda en el castillo ese y con quién trató Rudzki para alquilar los locales, quiero hablar con esa persona. De todas formas, ya había pensado ir allí entre semana para examinarlo todo con detenimiento.

Kuznetsov asintió con la cabeza, las instrucciones del fiscal estaban claras.

—Pero cuando tengas un rato libre me lo das por escrito, para cubrirme las espaldas.

—Claro. Y una cosa más, aunque esto sin documento escrito.

—Dispara.

—Vigila unos días a Rudzki. No tengo absolutamente nada por lo que inculparle, pero ahora mismo es el principal sospechoso. Me preocupa que se largue y adiós caso.

—¿Cómo que adiós caso? ¿No confías en que la competente policía polaca pudiera encontrarlo?

—No me hagas reír. En este país basta con no vivir en el domicilio donde estás empadronado para desaparecer por los siglos de los siglos.

Kuznetsov se rio con ganas.

—Además de un funcionarucho, eres un cínico —dijo preparándose para

salir—. Recuerdos para tu bella y supersexy esposa.

Szacki arqueó las cejas. No estaba seguro de si Kuznetsov se refería a la misma mujer que deambulaba por su casa quejándose de un dolor diferente cada día.

2.

De camino a su despacho, Szacki recogió en la secretaría la carpeta para las actas. Signatura: IDS 803/05. Increíble. En poco tiempo tendrían mil instrucciones registradas y fijo que batían el récord del año anterior. Al parecer, una pequeña zona del centro de Varsovia era el punto más negro del mapa criminal de Polonia. A decir verdad, la mayoría de las instrucciones que se estaban llevando a cabo eran acerca de fraudes económicos, financieros y de contabilidad, de los cuales se ocupaba otro departamento: aproximadamente el ochenta por ciento de todas las empresas de Polonia tenían su sede entre la plaza de la Unión de Lublin y la plaza del Banco. Pero también había criminales corrientes. Casi una veintena de fiscales del «primer D. I.», o sea, la sección primera de instrucción de la Fiscalía de Distrito, se ocupaba de los robos, los asaltos, las violaciones y las palizas, pero a menudo también de asuntos que en teoría debían llevar los del departamento de crimen organizado (C. O.) de la Fiscalía Regional. En la práctica, las estrellas de los departamentos de C. O. escogían los casos más interesantes, mientras que los «tiroteos corrientes» se los dejaban a los del distrito. El resultado de esto era que un fiscal de C. O. en la regional tenía una decena de casos, mientras que a un fiscal de distrito le tocaban varias decenas. Que en realidad eran varios cientos, si se sumaban los que estaban en curso, los que se dejaban para más adelante, esos otros para los que se contaba con encontrar algún testigo, los que esperaban en el tribunal a ser examinados, aplazados por enésima vez. Szacki, que a decir verdad disfrutaba de una situación bastante cómoda para un fiscal de distrito porque solo se encargaba de homicidios, había intentado calcular la semana anterior cuántos casos tenía. Le salieron ciento once. Ciento doce con el asesinato de Telak. Ciento once si hoy se dictaba una sentencia favorable en el caso Pieszczocho. Ciento trece si el juez decidía devolver el caso a la fiscalía. Cosa que no debería ocurrir, porque todo había sido preparado a la perfección y Chajnert era, según Szacki, el mejor juez de Varsovia.

Por desgracia, las relaciones entre la fiscalía y los tribunales iban a peor. A pesar de que el trabajo del fiscal es más cercano al trabajo del juez que al del policía y de que la fiscalía constituye el «brazo armado» del tercer poder, la distancia entre los funcionarios de las togas con ribetes morados —los jueces— y los de las togas con ribetes rojos —los fiscales— había aumentado. Un mes antes, la jefa de Szacki había ido a la audiencia regional a pedir que se fijara cuanto antes una fecha para el conocido caso de las violaciones múltiples en el polideportivo de la calle Nowowiejska y había sido abroncada: tuvo que escuchar aquello de que los tribunales son independientes y que no iba a venir ningún fiscal a decirles cómo tenían que trabajar. Ridículo. Cuando la hostilidad derivaba en trabas, la cosa aún se podía aguantar. Lo peor era cuando afectaba a las sentencias. A menudo Szacki tenía la impresión de que solo estaban ganados los casos en los que el acusado lo confesaba todo ya el primer día de la investigación y después lo repetía tres veces en la sala del tribunal. Los demás eran una lotería.

Soltó el paraguas en un rincón del despacho, que durante las dos semanas siguientes no tendría que compartir con nadie porque su compañera se había llevado a su hijo enfermo a un sanatorio. La tercera vez en un año. Y aunque había tenido que hacerse cargo de dos casos suyos, al menos no se veía obligado a soportar el caos que siempre organizaba a su alrededor. Se sentó a su escritorio, en el que procuraba mantenerlo todo en perfecto orden, y sacó la hoja con los teléfonos de las personas relacionadas con el crimen. Ya había puesto la mano sobre el teléfono cuando Maryla, la secretaria de la jefa, introdujo su cabeza en el despacho.

—Solicitan tu presencia en palacio —dijo.

—En quince minutos.

—Cito textualmente: «Si te dice que en quince minutos, dile que yo he dicho ahora mismo».

—Ahora voy.

—Cito textualmente...

—Que ahora voy —replicó él con énfasis y señalando expresivamente el auricular que sujetaba en la mano. Maryla alzó los ojos y salió.

No tardó nada en citarse para esa tarde con Barbara Jarczyk y Hanna Kwiatkowska. Con Euzebiusz Kaim surgieron algunos problemillas.

—Hoy tengo una reunión a las afueras de Varsovia.

—Cancélela.

—Es muy importante.

—Comprendo. ¿Le preparo un justificante o directamente prefiere una orden de detención?

Largo silencio.

—En realidad no es tan importante.

—Estupendo. En ese caso, nos vemos a las tres.

El doctor no cogió el teléfono. Szacki le dejó un mensaje y sintió una desagradable presión en el estómago. Esperaba que simplemente hubiera apagado el móvil durante un rato. Prefería no pensar en otras posibilidades.

Llamó también al Instituto de Medicina Legal, donde le informaron de que habían programado la autopsia para el miércoles a las nueve de la mañana, y salió.

—Nuestras oficinas deben de hallarse en dimensiones espacio-temporales distintas —comentó la jefa a modo de recibimiento—, porque mi «ahora mismo» equivale justo a diez minutos suyos, señor fiscal.

—No sabía que me habían asignado una «oficina» —contestó Szacki mientras se sentaba.

Janina Chorko, fiscal del distrito de Śródmieście, sonrió con acritud. Algunos años mayor que Szacki, su vestido gris se confundía con sus cabellos grises y su rostro agrisado por la nicotina. Siempre con un aire de ligera crispación y el ceño fruncido, toda ella refutaba la tesis de que no existen mujeres feas. Janina Chorko era fea, lo sabía muy bien y no trataba de cubrir sus imperfecciones mediante la ropa o el maquillaje. Al contrario, ofrecía conscientemente una imagen de persona arisca, mordaz y en extremo pragmática, lo cual se complementaba de manera ideal con su físico, convirtiéndola en un verdadero arquetipo de jefa-bruja. Los fiscales nuevos la temían, los pasantes se metían en los lavabos cuando cruzaba el pasillo.

Pero era una fiscal excelente. Szacki la apreciaba por no ser una vulgar funcionaria que ha ascendido gracias a su lealtad y su corrección política, sino una persona de primera línea del frente. Había cumplido sus primeros años de trabajo en el distrito de Wola, después había pasado al departamento de C. O. de la Fiscalía Regional y finalmente había llegado a la calle Krucza, donde dirigía con mano de hierro el distrito más complejo de Polonia. En su gabinete era capaz de convertir a la mayor estrella en un cúmulo de desdichas, pero fuera de él jamás actuaba en contra de su gente, aunque en

más de una ocasión tuviera que arriesgar mucho por defenderlos. Szacki había oído que en la Fiscalía Regional también la temían, sobre todo en el departamento de procedimientos preliminares, donde raramente se atrevían a desestimar una decisión firmada por ella. Desde que estaba Chorko, a Szacki nunca le habían denegado la presencia de un perito por motivos económicos (los gastos por encima de los dos mil quinientos zlotys tenían que ser aprobados por la regional), mientras que en otras fiscalías eso era el pan nuestro de cada día.

Llevaban siete años trabajando juntos y ambos se profesaban una gran estima, pero no eran amigos. Ni siquiera se hablaban de tú, algo que a los dos les convenía. Coincidían en que una relación oficial, fría, favorecía el trabajo de los profesionales. En especial cuando junto a la entrada lo que se ve no es el logo de una empresa, sino el escudo de la República de Polonia.

Szacki le relató brevemente lo acontecido en la calle Łazienkowska, le explicó los planes para los días siguientes y le habló de las sospechas que albergaba acerca del doctor Rudzki. Sospechas que, en cualquier caso, no ofrecían base para emprender acciones contra él.

—¿Cuándo es la autopsia? —preguntó Chorko.

—El miércoles por la mañana.

—Entonces le ruego que a más tardar el miércoles a las tres me presente el plan de la investigación y las variantes que baraja. También le recuerdo que tiene esta semana para redactar el acta de acusación del caso Nidziecka. Me he fiado de usted y he confirmado el cambio de arresto por libertad vigilada, pero esto no me deja en absoluto más tranquila. Me gustaría que ese caso estuviera cuanto antes en el tribunal.

Szacki asintió con la cabeza. Llevaba una semana aplazándolo sin poder tomar una decisión sobre la calificación legal.

—Y ya que hablamos, tengo otros dos asuntos que comentarle. En primer lugar, haga el favor de no utilizar a las compañeras a las que les gusta para que le sustituyan y acuda usted en persona a los procesos. Y segundo, quisiera que ayudara usted a Jerzy y Tadeusz con lo de los narcóticos.

Szacki no consiguió evitar una mueca de repugnancia.

—¿Le ocurre algo, señor fiscal? No querrá usted que piense que es incapaz de trabajar en equipo, ¿verdad? Sobre todo en casos que exigen muchas actividades arduas, aburridas y que no proporcionan ninguna satisfacción.

Cuando tiene razón, tiene razón, pensó Szacki.

—Deme una semana para que pueda concentrarme en este crimen. Lo de los narcóticos aún se va a alargar meses, me dará tiempo a incorporarme — contestó.

—Una semana. Le diré a Tadeusz que a partir del lunes trabajarán juntos.

Esta vez Szacki mantuvo una expresión imperturbable, aunque le costó mucho hacerlo. Tenía la bochornosa esperanza de que durante la semana apareciera algún otro cadáver que le salvara de un aburrido trabajo con aburridos compañeros.

La audiencia llegaba a su fin. Ya tenía la mano sobre el picaporte cuando volvió a llegar a sus oídos la voz de la jefa.

—No piense que quiero hacerle un cumplido, pero le diré que ese traje le queda fenomenal. Parece usted una estrella de la abogacía.

Szacki se giró con una sonrisa en los labios. Se estiró los puños de la camisa, abrochados con unos gemelos de madera que estaban de moda.

—Eso no ha sido un cumplido, señora fiscal, y lo sabe usted muy bien.

3.

La brusca interrupción de las vacaciones en Zakopane provocó que el ambiente en el lujoso Audi A8 en el que rápidamente regresaban a Varsovia fuera tan frío como el chorro que salía por las rejillas del aire acondicionado. Su mujer había hecho las maletas sin decir una palabra, en silencio se acostó, tumbándose lo más lejos posible de él en la espaciosa cama del apartamento; por la mañana se subió al coche en silencio y en silencio viajaba. No ayudó poner a su querido Glenn Miller y tampoco la comida en aquel fabuloso restaurante griego que por algún misterioso lance del destino se hallaba en Kroczyce, a treinta kilómetros de la carretera a Katowice. Se desvió de la ruta ex profeso sabiendo lo mucho que a ella le gustaba la cocina griega. Comió, sí, pero tampoco dijo una palabra.

Cuando detuvo el coche junto a la casa que tenían en Leśna Polana, cerca de Magdalenka, para que su esposa se bajara y la vio caminar en silencio hacia el portón, algo se le reventó por dentro. Apagó al jodido soplatubos de Miller y bajó la ventanilla.

—Párate a pensar que si yo no hiciera lo que hago, ahora estarías volviendo a algún cuchitril asqueroso después de pasar unos días junto a un riachuelo —le gritó.

Media hora más tarde yase encontraba en el aparcamiento del edificio Intraco, donde estaba la modesta oficina de su empresa. Aunque se podría permitir tener un local en el edificio Metropolitan o en alguna de las torres de la glorieta de la ONU, prefería aquel lugar. Poseía cierto encanto y además sería capaz de pasarse la eternidad entera admirando el panorama que se veía desde el piso treinta y dos. Salió del ascensor, saludó a la secretaria, tan hermosa como un amanecer sobre la cordillera de los Tatras, y entró sin llamar en el despacho del director. Es decir: en su despacho. Igor le estaba esperando. Se levantó al ver a su jefe.

—Siéntate. Tú no sabrás cuántas veces pasa una mujer la menopausia, ¿verdad? La mía creo que va ya por la tercera. Y mira que me advirtieron que

no me casara con una joven. Maldita sea.

En lugar de contestar, Igor le preparó una copa. Whisky Cutty Sark, dos cubitos de hielo y un poco de soda. Mientras, el director sacó un portátil de la caja fuerte. Se sentaron, uno a cada lado del escritorio.

—Y ahora cuéntame lo ocurrido.

—Henryk fue asesinado en la noche del sábado al domingo en las dependencias de la iglesia que hay en la calle Łazienkowska.

—¿Y qué hostias hacía él allí?

—Participaba en una terapia de grupo. Es posible que lo asesinara uno de los asistentes a la terapia, o quizá fuera alguien que sabía que iba a estar en ese lugar y que las sospechas recaerían en otro. O quizá un ladrón, como asegura la policía.

—Ya, por los cojones un ladrón. Siempre dicen lo mismo para quitarse de encima a la prensa. ¿Quién dirige la investigación?

Igor torció el gesto antes de contestar.

—Kuznetsov en la calle Wilcza y Szacki en la calle Krucza.

—Genial —el director soltó una carcajada—. ¿Es que tenían que cargárselo precisamente en Śródmieście? ¿No podía haber sido en Ochota o en Praga? Así no habría habido ningún problema.

Igor se encogió de hombros. El director dejó el vaso vacío sobre el escritorio, encendió el ordenador, introdujo en un puerto USB una llave electrónica que posibilitaba el acceso a una carpeta cifrada y buscó el archivo que le interesaba. Cualquier intento de abrir la carpeta sin la llave habría conducido a la destrucción irreversible de los datos. Le echó un vistazo rápido al contenido, que a grandes rasgos ya conocía. Se quedó pensativo.

—¿Qué hacemos? —preguntó Igor—. Las primeras diligencias ya han comenzado.

—Vamos a seguir adelante.

—¿Está usted seguro?

—Sí. No creo que quien asesinara a Henryk quiera ir más allá. Suponiendo que se tratara de eso. Me parece que podemos estar tranquilos.

—¿Y en cuanto a Szacki y Kuznetsov?

—Esperemos a ver cómo se desarrollan los acontecimientos.

Igor asintió. Sin necesidad de que se lo pidiera, cogió del escritorio el elegante vaso de fondo grueso, en el que aún tintineaban los cubitos de hielo, y se dispuso a rellenarlo.

4.

Teodor Szacki firmó en el «Acta de referencia del fiscal», anotó que la investigación se llevaba a cabo «en el caso del homicidio de Henryk Telak en los locales de las propiedades eclesiásticas de la calle Łazienkowska, n.º 14, de Varsovia, en la noche del 4 al 5 de junio de 2005; es decir, por un delito recogido en el párrafo 1.º del artículo 148 del Código Penal» y detuvo el boli al llegar a la casilla «contra». De momento no tenía más remedio que dejarla en blanco. La experiencia le había enseñado que con mucha frecuencia las investigaciones realizadas «en el caso de» terminaban varios meses después con el envío de un escrito a la Fiscalía Regional para que aprobaran la decisión de «sobreser al no haber sido descubierto el autor, de acuerdo con el párrafo 1.º del artículo 322 del Código de Procedimiento Penal». En las actas se ponía «AD» (autor desconocido) y a disgusto se archivaban. Era mejor tener a un sospechoso desde el principio, así no erraba uno a ciegas.

Leyó con atención los documentos que le había entregado Kuznetsov, pero aparte de lo que le había dicho el propio policía poco más sacó de ellos. Durante el registro no se había encontrado nada y lo único fuera de lo normal era un frasquito de somníferos vacío que Telak había dejado en el baño. Qué raro, pensó Szacki, alguien que toma somníferos no debería haberse levantado en plena noche para vestirse y salir. Anotó en una hoja: «Medicamentos: receta, huellas, esposa». En la maleta de Telak solo hallaron ropa, artículos de aseo y una novela policiaca, *El Cabo de los Presumidos*. Había oído hablar de ella, un libro muy varsoviano, al parecer. Szacki pensó que se podría apostar cien de los zlotys que tanto le costaba ganar a que en la novela no aparecía ni una sola vez la palabra «fiscal» y a que todo lo solucionaba un policía solitario pero muy competente, que incluso podía establecer él solito la hora de la muerte. En la cartera de Telak hallaron su documentación, algo de dinero, el carné de un videoclub, fotos familiares y unos resguardos de lotería primitiva.

Anotó: «Cartera: inspeccionar».

Nada a lo que poder agarrarse. Nada.

Alguien llamó a la puerta.

—¡Adelante! —dijo Szacki mirando extrañado la hora. Kwiatkowska no debía llegar hasta treinta minutos después.

Entró una chica a la que no conocía. Unos veinticinco años, ni guapa ni fea. Morena, de pelo rizado muy corto, con gafas rectangulares de montura opalescente. Bastante delgada, no era su tipo.

—Perdón por no llamar antes por teléfono, pero justo pasaba por aquí y pensé que...

—La escucho. Dígame de qué se trata —la interrumpió Szacki, que en su interior rezaba para que no se tratara de alguna loca que venía a quejarse de que alguien le estaba introduciendo corriente eléctrica a través de la cerradura.

—Me llamo Monika Grzelka, soy periodista...

—Ah, no, mi querida señorita —la volvió a interrumpir—. El portavoz de la fiscalía tiene su despacho en la calle Krakowskie Przedmieście, una persona muy amable, contestará a todas sus preguntas con mucho gusto.

Solo le faltaba eso. Un bomboncito como de programa radiofónico a la que tendría que explicar la diferencia entre sospechoso y acusado, pero que después lo mezclaría todo en su texto. La chica no se desanimó por la actitud del fiscal y se sentó mostrando una sonrisa radiante. Era una sonrisa bonita, inteligente, pícara. Contagiosa. Szacki apretó los dientes para no sonreír también.

Ella sacó del bolso una tarjeta de visita y se la dio. Monika Grzelka, periodista, diario *Rzeczpospolita*.

Él sacó del cajón una tarjeta de visita del portavoz de la fiscalía y se la entregó sin decir palabra. La joven dejó de sonreír y Szacki se sintió como un canalla.

—No me suena su nombre —dijo él para borrar esa mala sensación.

Ella se sonrojó y Szacki pensó que menudo comentario había ido a elegir para borrar malas sensaciones.

—Antes me ocupaba de los asuntos del ayuntamiento, a partir de hoy escribo sobre delitos.

—¿Es un ascenso?

—Digámoslo así.

—No le va a resultar fácil escribir sobre estos temas de un modo lo

suficientemente aburrido como para que pueda ser publicado en su periódico —comentó.

—En realidad había venido para conocerle y pedirle una entrevista más amplia, pero veo que no voy a conseguir nada.

—No soy abogado, tan solo un funcionario —le replicó—. No necesito publicidad.

Ella asintió y paseó la mirada por aquella habitación de aspecto tan descuidado. Szacki estaba convencido de que la chica estaba reprimiendo alguna ocurrencia sarcástica del tipo: «cierto, el ambiente aquí parece bastante ajustado de presupuesto», o «imposible negarlo».

—Bien, pues ya que no quiere hablar usted de cuestiones genéricas, pasemos a cosas más concretas. Estoy escribiendo acerca del asesinato de la calle Łazienkowska. Naturalmente, puede usted contarme un montón de mentiras oficiales, pero entonces ya no tendrá la menor influencia sobre lo que aparezca en el periódico. Puede decirme la verdad, aunque lo dudo. Pero también podría contarme al menos una media verdad y así yo no tendré que reproducir todos los cotilleos que recoja en la comisaría.

Szacki soltó un taco para sí mismo. A veces tenía la impresión de que pedirle discreción a la policía producía los mismos efectos que imprimir los secretos de una investigación en carteles y pegarlos por toda la ciudad.

—No esperaré que un día después del asesinato disponga ya de alguna verdad, o media verdad, ni tan siquiera un cuarto de verdad acerca de lo ocurrido, ¿no?

—¿Y qué ha ocurrido?

—Que han matado a un hombre.

Ella se echó a reír.

—Es usted un fiscal muy descortés —dijo inclinándose hacia él.

Nuevamente él intentó sofocar una sonrisa. Lo consiguió.

—Deme dos frases y me voy.

Se lo pensó un momento. Era una propuesta justa.

—Una: un hombre, Henryk T., de cuarenta y seis años, fue asesinado en la noche del sábado al domingo en los inmuebles de la iglesia situada en la calle Łazienkowska con un instrumento punzante.

—¿Con cuál?

—Uno muy punzante.

—¿Un asador?

—Es posible.

—¿Y la segunda?

—Segunda: la policía y la fiscalía sospechan que Henryk T. sufrió el ataque de un ladrón con el que tropezó por casualidad, pero no descartan que se trate de un asesinato planeado con anterioridad. Se está trabajando intensamente para conseguir encontrar al autor. De momento no se han presentado cargos contra nadie.

La periodista terminó de apuntar.

—Un hombre tan atractivo, muy bien vestido, con una voz bonita, y sin embargo parlotea como el fax de un policía de barrio.

Szacki se permitió esbozar una leve sonrisa.

—No escriba ninguna otra cosa acerca de este asunto, se lo ruego. Nos podría perjudicar.

—Ahora venimos con «se lo ruego», ¿verdad? —se puso de pie y cerró la cremallera del bolso. Llevaba una falda color crema que no llegaba a las rodillas y unos zapatos negros de tacón bajo que dejaban ver los dedos de los pies. El fiscal advirtió una marca roja en un muslo de la joven, que durante la conversación había apoyado alegremente una pierna sobre la rodilla de la otra —. ¿Y qué saco yo a cambio?

—Quizá consiga usted algo más de información cuando los demás reciban solo un fax de la comisaría de policía.

—¿Y me dejará invitarle a un café para que me lo explique todo en cristiano?

—No.

Se colgó el bolso al hombro. Salió de la habitación con paso enérgico. Antes de cerrar la puerta, le miró y le dijo:

—Ya no recuerdo cuándo fue la última vez que un hombre me trató tan mal como lo ha hecho usted, señor fiscal. Lamento haberle robado su tiempo.

Y cerró. Szacki también lo lamentaba. Irritado, se levantó para colgar la chaqueta y se encontró con el aroma a perfume que había dejado en el aire la periodista. Romance, de Ralph Lauren. Weronika también lo usó algún tiempo. Szacki adoraba ese olor.

TRANSCRIPCIÓN DEL INTERROGATORIO DEL TESTIGO. Hanna Kwiatkowska, nacida el 22 de julio de 1970, con domicilio en Varsovia en la calle de Okrzeja, con estudios superiores, profesora de lengua en el instituto de

secundaria n.º 30 de Varsovia. Relación con las partes: ninguna. Nunca ha sido condenada por falso testimonio.

Habiendo sido avisada de su responsabilidad penal según el artículo 233 del C. P., declara lo siguiente:

A Henryk Telak lo conocí el domingo anterior en la consulta del doctor Cezary Rudzki, allí conocí también a Euzebiusz Kaim y a Barbara Jarczyk. Los cuatro íbamos a pasar dos días en el monasterio de la calle Łazienkowska como parte de una terapia de grupo conocida como terapia de constelaciones familiares. Nunca antes había estado con nadie de este grupo, solo conocía a Cezary Rudzki, que lleva medio año tratándome en una terapia individual, normalmente una vez a la semana.

Nos reunimos todos el viernes 3 de junio, por la tarde, cenamos juntos y nos fuimos a dormir pronto. Ese día no hubo ninguna tarea terapéutica. Se trataba solo de que durmiéramos un buen número de horas. Al día siguiente, después del desayuno, tuvo lugar la sesión terapéutica de Kaim. En esta constelación yo representé el papel de la exesposa de Kaim y para mí resultó triste, porque no me sentí querida. Telak representó al padre de Kaim y Jarczyk a su madre. En esta constelación, Telak estaba apartado, igual que el verdadero padre de Kaim en su familia. Por eso yo no experimenté ningún sentimiento hacia él. Después de comer tuvo lugar la sesión de Telak. Jarczyk representó a su esposa, Kaim a su hijo y yo a su hija, que se suicidó hace dos años, cuando tenía quince. Fue algo terriblemente triste y desalentador. Me sentí tan mal que yo misma quería suicidarme. Durante la constelación salieron a relucir cosas deprimentes, pero debo dejar claro que no sé si eran verdaderas. Debían de ser deprimentes sobre todo para Telak, porque todos le decían que no le querían y yo incluso llegué a decir que me suicidé por su culpa. Fue horrible. Tuvimos que parar porque Jarczyk se sintió indispuesta. Fue alrededor de las ocho. Hacia las ocho y media fui a mi habitación, antes estuve en la cocina para comer algo y tomarme un té. Fui por el pasillo con Telak, que ocupaba una habitación al lado de la mía. Le vi entrar en su cuarto. Luego yo ya no salí. Nadie vino a mi habitación y no escuché que nadie saliera de las suyas o que anduviera por el pasillo. Me encontraba agotada por la terapia y sobre las nueve y media me dormí. Por la mañana el despertador sonó media hora antes del desayuno, a las ocho y media. Recuerdo que lamenté que no hubiera ducha en mi cuarto. Durante el

desayuno hablamos poco. El señor Rudzki nos contó un cuento y nos pidió que no comentáramos lo ocurrido el día anterior. Nos intranquilizó la ausencia de Telak. Rudzki fue a llamarle, pero volvió enseguida y dijo que Telak se había marchado, que eso era algo habitual. No me pareció que durante el desayuno alguien se comportara de manera extraña o fuera de lo normal. Hacia las nueve y media fui a descansar a mi habitación. A eso de las diez oí gritar a Jarczyk. Corrí a la sala y vi el cadáver del señor Telak. Me entraron ganas de vomitar y salí de allí, después ya no volví. Junto al cadáver estaban Jarczyk y Kaim, al salir me crucé con Rudzki, que llegaba corriendo.

Debo añadir que tanto el sábado por la tarde como durante el desayuno hablamos muy poco entre nosotros, es lo que se recomienda cuando se realiza esta terapia. Por esa razón no tuve ocasión de conocer a Telak en sociedad.

Es todo lo que tengo que decir sobre este asunto. Firmo esta acta al considerarla fiel a mi testimonio.

Hanna Kwiatkowska firmó en cada página y entregó el acta a Szacki. Kuznetsov le había comentado que la mujer estaba bastante afectada y, aparte de eso, que estaba bien buena. Y era verdad. Hanna Kwiatkowska tenía un rostro bonito, de persona culta, y su nariz ligeramente ganchuda le añadía una belleza provocativa y cierto encanto aristocrático. Veinte años después parecería una condesa de antes de la guerra. Los cabellos lisos color «ratón polaco» le llegaban hasta los hombros, con las puntas curvadas hacia fuera. Y aunque posiblemente ninguna casa de moda la contrataría para dar a conocer una línea de ropa interior en las pasarelas, muchos hombres estarían encantados de observar de cerca su atractivo y bien proporcionado cuerpo. Tema aparte sería a cuántos de ellos asustaría su inquieta mirada. A Szacki seguro que sí.

—¿Cómo que eso es todo? —preguntó ella—. Con tanto como hemos hablado.

—Soy fiscal, no escritor —replicó Szacki—. No soy capaz de reflejar en el acta todos los matices de la conversación y además no es necesario. Las impresiones y los matices son importantes para mí en la medida en que me permiten establecer nuevos hechos.

—Es un poco lo que me pasa a mí con mis alumnos. Lo que cuenta no es la

impresión que dan sino los conocimientos que demuestran.

—¿Siempre?

—Procuro que sí —contestó. Sonrió, pero estaba tan tensa que la sonrisa se convirtió en una mueca.

Szacki la miró y se preguntó si sería capaz de matar a alguien. En caso de que sí, habría sido de esta manera: agarraría el asador, golpearía y acertaría de casualidad. Mucha histeria, mucho pánico, mucho azar. Percibía que la mujer trataba de conservar la serenidad, pero le daba la sensación de que el aire de la habitación vibraba a causa de su alteración nerviosa.

—Seguro que esta es una época difícil para usted en el instituto —comentó para poder observarla un rato más en el transcurso de una conversación insustancial.

—Sí, ya sabe, final de curso. Todo el mundo acude a mí, quieren subir las notas, hacer correcciones o exámenes pendientes, de pronto aparecen todos los trabajos que faltaban. Y no hay manera de dar clase, de eso me tengo que olvidar. Tenemos hasta el viernes de la semana próxima para poner todas las notas, así que aún quedan unos cuantos días de locura.

—Yo vivo cerca del instituto donde trabaja.

—¿Ah, sí? ¿Dónde?

—En la calle de Burdziński.

—Sí que vive cerca, a dos calles. ¿Le gusta el barrio?

—No demasiado.

Se inclinó hacia Szacki, como si quisiera confesarle un secreto vergonzoso, y le dijo:

—A mí tampoco. Y esos niños, Dios bendito, a veces me siento como si estuviera en un reformatorio o un manicomio. Tengo los nervios deshechos. No me malinterprete, son unos chicos estupendos, pero ¿por qué tienen que tirar petardos por los pasillos? No me entra en la cabeza. Y esos chistes sobre penes, ¡si no pasan de los trece años! A veces me da hasta vergüenza. No se lo va a creer, pero hace poco recibí un sms de una alumna que se ha enamorado de un sacerdote y es capaz de cometer una locura. Ahora se lo enseño. Igual es un caso para la fiscalía, ¿no?

Se puso a buscar el teléfono en el bolso mientras Szacki empezaba a lamentar haber iniciado una conversación insustancial. ¿Se comportaría así una asesina? ¿No preferiría salir de allí cuanto antes en lugar de enseñar mensajes? ¿Sería tan buena actriz?

Le dio el teléfono:

«Debo-Contarselo-A-Alguien-Amo-Al-Padre-Marek-No-Puedo-Vivir-Ayuda.»

—Sin firma —comentó el fiscal.

Ella hizo un gesto con la mano. Parecía cada vez más relajada.

—Ya, sí, pero me enteré de quién era, unos compañeros suyos muy atentos me avisaron. No sé qué pensar. Quizá después de todo no sea un caso para la fiscalía.

—¿Cuál de los integrantes del grupo cree usted que mató al señor Henryk? Se quedó de piedra.

—Ninguno, por supuesto que no. No pensaré que uno de nosotros es el asesino, ¿verdad?

—¿Pondría usted la mano en el fuego por personas a las que acaba de conocer?

Ella cruzó los brazos sobre el pecho. Szacki parecía un hipnotizador, no dejaba de mirarla a los ojos. La mujer tenía un tic nervioso, guiñaba rítmicamente el ojo derecho.

—No, pero son gente normal, escuché lo que contaban de sus vidas. Tuvo que ser algún salteador. Un malhechor.

Un granuja, un pillo, un bandolero, pensó Szacki con mala uva.

—Quizá. Pero pudo ser uno de ustedes. Debemos tomar en consideración también esa posibilidad. Entiendo que no le resulte fácil, pero trate de recordar si ocurrió algo, por muy insignificante que sea, que la hiciera pensar incluso de manera totalmente infundada: «Yo creo que fue él», o «Yo creo que fue ella». ¿Qué me dice?

—No me parece nada bien lanzar acusaciones, pero la verdad es que durante la terapia quedó claro que la esposa del señor Henryk le odiaba mucho y Barbara representó esa ira de una forma tan convincente que... En fin, no sé, no debería hablar así...

TRANSCRIPCIÓN DEL INTERROGATORIO DEL TESTIGO. Barbara Jarczyk, nacida el 8 de agosto de 1945, con domicilio en Grodzisk Mazowiecki en la calle de Bartniak, con estudios superiores, empleada como jefa de contabilidad en la fábrica de juguetes de madera Sosnex.

Su aspecto era justo el de una contable o una profesora retirada.

Rechoncha, con un vestido comprado seguramente en una tienda para rechonchos, con cara y peinado rechonchos. Con gafas. Szacki no imaginaba que la gente de esa edad fuera a hacer terapia. Siempre había pensado que eran más bien personas de entre treinta y cuarenta años, extenuadas por la vida competitiva, que buscan remedios para superar la ansiedad y la depresión. Aunque, si se trata de drenar el pantano del alma propia, más vale tarde que nunca. Szacki frunció el ceño, no se podía creer que se le hubiera ocurrido una metáfora tan estúpida como esa.

La mujer hablaba sin entonación, de manera monótona, su voz no transmitía ninguna emoción. Szacki anotó maquinalmente todo lo que dijo, que fue casi lo mismo que había declarado Kwiatkowska, mientras se preguntaba si habría en el mundo algún idioma en el que no existiera la entonación. Probablemente la señora Jarczyk sería capaz de aprenderlo en una semana.

—Poco antes de las diez salí de mi habitación y me dirigí a la sala de terapia. Por el camino me crucé con el señor Rudzki, que iba en dirección contraria.

Szacki se espabiló de golpe.

—¿Quiere decir que Rudzki vio el cadáver antes que usted?

—Eso no lo sé. Pero lo dudo. La estancia en la que comíamos se encontraba junto a la sala de terapia, en una parte del edificio diferente a donde estaban nuestras habitaciones. Lo mismo se quedó más tiempo desayunando, no tengo ni idea. Lo miré extrañada al verlo ir en sentido contrario, pero dijo que volvía enseguida y a mí me entró algo de vergüenza porque comprendí que simplemente iba al baño. Supongo que no habría estado tan tranquilo si él hubiera encontrado el cadáver del señor Henryk.

Szacki apuntó aquello sin añadir ningún comentario. Qué les harían a esa gente los terapeutas para que a ninguno de ellos se le ocurriera la idea más sencilla: que él era el asesino.

—Entré en la sala. Recuerdo que estaba muy asustada porque era mi turno en la terapia. En mi interior tenía la esperanza de que al haberse ido el señor Henryk la aplazáramos. Porque no íbamos a ser bastantes, ya me entiende usted. Así que estaba asustada y en un primer momento no lo vi, todo el rato pensaba cómo iba a predisponer a Hanna y a Euzebiusz para que representaran a mis hijos.

Jarczyk se calló. Szacki no la apremió para que siguiera.

—Vi las piernas —dijo al fin—, me acerqué y vi el cuerpo y el asador en el ojo y eso fue todo. Cuando comprendí lo que estaba viendo, me puse a gritar.

—¿Quién llegó primero?

—Hanna.

—¿Está segura?

—Sí, creo que sí. Después el señor Rudzki y el último fue Euzebiusz.

—Cuénteme lo que ocurrió cuando se encontraron todos frente al cadáver. Qué dijo cada uno, cómo se comportaron.

—Para ser sincera, lo que más recuerdo es el asador saliendo del ojo. Fue horrible. ¿Los demás? A Hanna no la recuerdo en absoluto, creo que se marchó muy rápido. Euzebiusz me parece que comprobó el pulso de Henryk y quiso sacarle aquello del ojo, pero el doctor gritó que no se podía tocar nada y que había que llamar a la policía, y que debíamos salir de allí cuanto antes para no pisar las huellas.

—Como un verdadero poli de las series americanas —Szacki no pudo evitar ese pequeño comentario.

—¿Hicimos mal?

—Muy bien. De verdad.

Sonó el teléfono. Se disculpó ante Jarczyk y contestó.

—Hola, Teo. No he querido entrar porque estás con un testigo, pero te diré que a Pieszczocho le han caído quince años.

—Perfecto. ¿Cómo ha ido la vista?

—Magnífica. No nos ha reprochado nada, en realidad ha repetido ante las cámaras tus frases del acta de acusación y del discurso final. Deberías pedirle un porcentaje por derechos de autor. Seguramente no habrá siquiera apelación. Pieszczocho es un cabrón consumado y si yo fuera su abogado, temería que en la apelación le echaran algún año más.

Ewa tenía razón. Pieszczocho había matado a su esposa con premeditación, por un odio sin la menor justificación. Fue un repugnante crimen doméstico, la clase de asuntos por los que no se interesa ni la prensa amarilla. Un piso de una habitación, hecho un desastre, una pareja de desempleados, llantos, gritos y riñas, un cuarto de hora golpeándole la cabeza contra el borde del armario en lugar de las habituales bofetadas. Hasta al patólogo se le notó impresionado. Según la defensa, había sido «una paliza con resultado de muerte». Dios bendito, Szacki habría preferido ser barrendero antes que ofrecerse como abogado para asuntos penales.

—Gracias, Ewunia. Te has ganado un café.

—¿Me lo traerás a la cama?

Se aguantó una sonrisa.

—Tengo que colgar. Chao.

Jarczyk recorría la habitación con la mirada. No había nada interesante, aparte de la mole gris del Ministerio de Agricultura que se veía al otro lado de la ventana. Junto al escritorio de Ala, en la pared, colgaban unos graciosos dibujos hechos por niños; junto al de Szacki solo había un calendario con fotos de los Tatras y un aforismo de Jan Sztudynger enmarcado: «No importa de dónde sople el viento, pues siempre trae la fragancia de los Tatras».

—¿Cuál de los integrantes del grupo cree usted que lo mató?

La pregunta la cogió por sorpresa.

—No sé. No tengo ni idea. Yo solo encontré el cuerpo.

—Lo comprendo, pero si tuviera que señalar a una persona, ¿a quién sería? Confíe en su intuición. Lo pregunto por curiosidad, puede estar segura de que no tendrá ningún tipo de consecuencia. Después de todo, observó usted a esas personas casi de manera continua durante dos días.

Barbara Jarczyk se colocó bien las gafas. Permaneció inmóvil, no miraba a Szacki, sino a algún punto de la pared que había tras él. Finalmente, dijo sin girar la cabeza:

—Durante la sesión Euzebiusz representó el papel del hijo del señor Henryk. Y ese hijo, al menos en la interpretación de Euzebiusz, estaba tremendamente triste, pero también se veía cuánto daño le había hecho su padre. Así que pensé que quizá fuera él, para vengarse de su padre, ¿comprende? Que no se había sentido querido y todo eso.

Solo entonces miró a Szacki, que no entendía nada de nada. ¿Un hombre adulto habría matado a otro porque en una terapia había simulado ser un hijo de este que no había recibido suficiente amor? Menuda idiotez.

—Comprendo —dijo—. Se lo agradezco mucho.

Jarczyk leyó con atención la transcripción antes de firmarla. Torció el gesto en varias ocasiones, pero no dijo nada. Se despidieron, Szacki la avisó de que seguramente la volvería a llamar. Incluso más de una vez. Jarczyk se encontraba ya en la puerta cuando a Szacki le vino a la cabeza una última pregunta.

—¿Qué sintió usted tras descubrir el cadáver?

—Al principio estaba aterrada, era una imagen espantosa. Pero cuando me tranquilicé sentí cierto alivio.

—¿Alivio?

—No me malinterprete, se lo ruego. El señor Henryk nos habló mucho sobre él y su familia, y yo... —entrelazó los dedos de las manos con gesto nervioso, buscando las palabras adecuadas—, yo nunca había conocido a una persona tan desdichada. Y pensé que quizá alguien le había hecho un favor, porque no creo que haya ningún mundo en el que el señor Henryk lo pueda pasar tan mal como en este.

TRANSCRIPCIÓN DEL INTERROGATORIO DEL TESTIGO. Euzebiusz Kaim, nacido el 14 de julio de 1965, domiciliado en Varsovia en la calle de Mehoffer, con estudios medios, empleado como director de departamento en la empresa HQ Marketing Polska.

Según Oleg, se trataba de un rico arrogante que a saber qué hacía en la terapia. Szacki opinaba igual. El impecable traje del fiscal parecía un harapo sacado de una tienda hindú de ropa usada al lado del de aquel tipo. Szacki entendía de eso y sintió una punzada de envidia cuando Kaim se sentó frente a él. Jamás podría permitirse un vestuario como ese.

Kaim no solo iba magníficamente vestido. Además era musculoso y estaba bronceado, como si durante las últimas tres semanas se hubiera dedicado solo a correr y jugar al tenis en una playa de Creta. Szacki, a pesar de su vientre liso y de ir a nadar con regularidad, se sintió flacucho y pálido cual gusano de la familia de los nematodos. Su ego se recuperó un poco al pensar que allí el representante del poder era él y que el lechuguino aquel podía resultar ser el asesino.

Kaim hizo su declaración con voz hermosa y varonil, de manera directa y sin andarse por las ramas, sin exaltarse y sin omitir detalles. Recordaba la escena junto al cadáver de la misma forma que Jarczyk, pero a Szacki le interesaba otra cosa.

—Según usted, ¿qué tipo de persona era Henryk Telak? —le preguntó.

—Desgraciada —respondió Kaim sin dudar ni un instante—. Muy desgraciada. Sé que no a todo el mundo le va bien en la vida, pero él tuvo una mala suerte fuera de lo normal. Supongo que sabrá que su hija se suicidó.

Szacki asintió.

—¿Y sabe que su hijo está enfermo del corazón?

Szacki contestó que no.

—Se enteraron medio año después de enterrar a su hija Kasia. Terrible. Me entran escalofríos de pensarlo, incluso ahora. Yo también tengo un hijo de edad parecida y me pongo enfermo cuando me imagino recogiendo los resultados de unos análisis de rutina y que de repente el médico dice que hay algo extraño en los resultados y que es necesario repetir los análisis. Y después, ya sabe.

—¿Y cómo es exactamente ese psicodrama en el que usted representó al hijo de Telak?

—Yo no lo llamaría psicodrama, es algo mucho más profundo, inexplicable. Magia. Cezary seguro que podrá explicarle la teoría, yo no sé hacerlo. Era la primera vez que participaba en una constelación y —buscaba las palabras adecuadas— es una experiencia que te pone al límite de la pérdida de la conciencia. Cuando Telak nos colocó a todos, enseguida me sentí mal. Muy mal. Y según pasaba el tiempo me encontraba cada vez peor, y además sentía que dejaba de ser yo mismo. Vale, seguro que ya me está viendo como a un pirado, pero de todas formas terminaré de contárselo. No era que fingiera ser Bartek, sino que realmente me estaba convirtiendo en él. No me pregunte cómo es posible.

Szacki pensó que, si a todos esos los iban a tener que examinar especialistas, la Hacienda Pública iba a perder una fortuna.

—Anteriormente usted había sido el protagonista de una constelación —dijo sin apartar de él la mirada.

—En efecto, pero no me afectó de una forma tan tremenda. Vale, sí, fue una experiencia muy fuerte ver por qué mi matrimonio se había ido al paquete, lo que pasa es que esas eran mis propias emociones. ¿Entiende? Aunque estuvieran escondidas profundamente, aunque las hubiera apartado de mí, eran mías, mías de verdad. Pero después, con Bartek y el señor Henryk... Horrible, como si hubieran demolido mi personalidad con un bulldozer. Quiero olvidar todo eso cuanto antes.

—¿Hace mucho que se divorció?

—No, no hace mucho, un año. No fue un divorcio, sino una separación. No fuimos a los juzgados. Pero quizá ahora consigamos hacer porrón y cuenta nueva.

—¿Perdón?

—¿Perdón qué?

—Ha dicho usted «porrón y cuenta nueva».

—Ah, me refería a hacer borrón y cuenta nueva, claro. Le ruego que no tenga en cuenta mis lapsus lingüísticos. Me falta no sé qué conexión cerebral y desde pequeño confundo las frases hechas y las locuciones. Nadie ha sabido explicarme por qué ocurre así.

Un chalado, pensó Szacki, causa buena impresión, pero está chalado.

—Entiendo, entiendo. Durante la terapia, cuando representaba al hijo del señor Henryk, ¿sintió usted odio hacia, digámoslo así, su padre?

—Perdón, pero ¿qué insinúa?

—Conteste a la pregunta.

Kaim permaneció en silencio, dándole vueltas entre las manos al teléfono móvil. Debía de ser muy caro, ya solo la pantalla era más grande que el teléfono de Szacki entero.

—Sí, sentí odio hacia él. Mi intención era negarlo, pero no habría tenido sentido. Seguro que verá usted las grabaciones de vídeo y se dará cuenta de todas formas.

Szacki apuntó: «Terapia-¿vídeo?».

—¿Y ahora qué me va a preguntar? ¿Si quería matarlo? ¿Si lo maté?

—¿Lo mató usted?

—No.

—Pero ¿quería hacerlo?

—No, de verdad que no.

—¿Quién cree usted que lo mató?

—¿Cómo quiere que lo sepa? En los periódicos dicen que fue un ladrón.

—¿Y si hubiera sido uno de ustedes? —insistió Szacki.

—Hanna —contestó Kaim sin titubear.

—¿Por qué?

—Fácil. Era su hija, que se suicidó a los quince años. Me juego el cuerno a que fue porque su padre la acosaba sexualmente de pequeña. En la terapia eso no se vio, pero en los periódicos hablan continuamente de esas cosas. Hanna lo percibió, se le cruzaron los catres y lo mató.

Cuando Kaim se fue, Szacki abrió la ventana de par en par y se sentó en la repisa a fumarse su segundo cigarrillo. Eran cerca de las cuatro, en la calle Krucza ya se había formado un atasco de coches que iban en dirección a la

avenida de Jerusalén. El sol, que aún estaba muy alto, había logrado por fin atravesar las nubes y calentaba las aceras húmedas, mientras por el aire se elevaba el olor dulzón del polvo mojado. Un tiempo ideal para ir a dar un paseo con una chica, pensó Szacki, sentarse junto a la fuente del Jardín Sajón, apoyar su cabeza en mis rodillas, hablarle de las lecturas de la infancia. No recordaba la última vez que había ido con Weronika a pasear sin más. No recordaba cuándo le había hablado a alguien de sus lecturas infantiles. Y lo que es peor, no recordaba la última vez que había leído algo cuyo título no fuera «Acta de referencia del fiscal». Cada vez más a menudo se sentía vacío y quemado. ¿Habría alcanzado ya esa edad?

¿Quizá debería llamar a un terapeuta?, se preguntó, y se echó a reír.

Por supuesto que debía hacerlo: se sentó al escritorio y marcó el número de Rudzki. Durante un buen rato nadie contestó. Ya iba a renunciar cuando oyó que cogían el teléfono.

—¿Sí? —la voz parecía que llegaba desde Kamchatka.

Szacki se presentó y le pidió a Rudzki que fuera a verle cuanto antes. Tras los interrogatorios que había hecho, estaba claro que el terapeuta y toda aquella excéntrica terapia podían constituir la clave del caso. Rudzki se disculpó diciendo que llevaba todo el día postrado en cama con una fiebre muy alta. Aunque se daba cuenta de que sonaba a excusa tonta, le aseguraba que no podía acudir en ese momento, pero que con gusto le recibiría en su casa.

Szacki se lo pensó. Por un lado prefería entrevistarse con él en terreno propio, pero por otro tenía mucho interés en hablar con el doctor. Aceptó. Apuntó la dirección —distrito de Ochota— y le aseguró que llegaría en una hora.

Colgó y soltó un taco. Le había prometido a Weronika que estaría en casa a las cinco y se quedaría con la niña para que ella pudiera ir al partido. Podría excusarse, claro, y quizá incluso lo comprendiera, pero... Exacto: pero. Llamó otra vez a Rudzki y aplazó el encuentro para las nueve de la mañana del día siguiente. El doctor se alegró y dijo que haría todo lo posible por recuperar la salud y estar en plenas facultades mentales. A Szacki le pareció extraño que usara esa expresión. Después de todo, la gripe no es la esquizofrenia.

5.

Hela estaba triunfando. Le había ganado tres veces al ludo (una de las veces, cuando ella terminó, él aún tenía todas las fichas en la cárcel). Y todo hacía indicar que ahora también iba a ganar a las parejas. Tenía dos parejas más que él y en el suelo quedaban aún diez cartas por coger. Cinco parejas. Y le tocaba a ella. Si no se equivocaba, la tarde sería suya. Volteó una carta: el pino cubierto de nieve. Con gesto seguro dio la vuelta a otra: el pino cubierto de nieve. No dijo nada, miró radiante a su padre. Colocó las cartas en su mazo y calculó cuidadosamente la diferencia.

—Tengo tres más que tú —anunció.

—Aún no se ha acabado —comentó Szacki—. Juega.

La niña giró rápidamente una carta. El petirrojo. Frunció el ceño. Alargó la mano hasta la carta que tenía más cerca y titubeó. Miró a su padre con gesto interrogativo. Szacki sabía que allí estaba el petirrojo, pero solo se encogió de hombros. Hoy nada de ayudas. Hela cambió de idea y volteó otra carta: el tejón.

—¡Oh, no! —se lamentó.

—¡Oh, sí! —replicó Szacki, y luego recogió los petirrojos. Tres parejas más por descubrir y solo dos de desventaja. Sabía qué cartas eran las demás. Le enseñó la lengua a su hija y levantó el mismo tejón que ella poco antes.

Hela se cubrió la cara con las manos.

—No quiero verlo —dijo.

Szacki fingió que se lo estaba pensando.

—¿Dónde estaba el otro tejón? ¿Lo hemos encontrado?

Hela asintió con la cabeza mirándole entre los dedos. Szacki detuvo la mano en el aire sobre la carta del tejón. Su hija apretó los párpados. Él se rio por dentro, movió la mano y giró la carta de las frambuesas.

—¡Oh, no! —gimió.

—¡Oh, sí! —gritó Hela, recogió rápidamente las tres parejas restantes y se lanzó al cuello de su padre—. Di, ¿quién es la reina de las parejas?

—Yo soy el rey de las parejas —afirmó Szacki con descaro.

—¡De eso nada!

—De eso todo. Hoy he perdido de manera excepcional.

—¡De eso nada!

Se oyó un portazo. Weronika había llegado a casa.

—Mamá, ¿sabes cuántas veces he ganado a papá al ludo?

—No sé.

—Tres veces. Y una a las parejas.

—Estupendo, quizá deberías jugar al fútbol en el Legia de Varsovia.

Szacki guardó las cartas en el estuche, se levantó del suelo y fue al recibidor. Su mujer lanzó la bufanda tricolor sobre el perchero. Llevaba el atuendo típico de ir a los partidos. Jersey fino de cuello alto, cazadora, vaqueros, botas de baloncesto. Lentillas en lugar de gafas. El estadio de la calle Łazienkowska no era un buen lugar para mostrar encantos.

—No me digas que han palmado.

—Han empatado, pero como si hubieran palmado. Włodarczyk ha fallado tres ocasiones de gol clarísimas, hasta yo las habría metido. Los últimos veinte minutos han jugado con uno menos, porque al tarado de Nowacki le han sacado dos amarillas. La primera por una falta y la segunda por una absurda simulación. Imbécil. Y aun así hemos ido ganando durante todo el partido...

—¿Quién ha marcado?

—Karwan de cabeza a pase de Włodarczyk. El Groclin ha empatado a pocos minutos del final. Una vergüenza, no merece la pena ni comentarlo.

—¿Cuándo es la vuelta?

—El día 15.

—¿Vas a ir?

—No sé, no quiero oír otra vez a todo un estadio lleno de paletos gritando «cae Varsovia, cae Varsovia».

Szacki asintió dando a entender que la comprendía y se fue a la cocina a preparar la cena. Weronika le siguió, pero para fumarse un cigarro. Mientras hacía unos sándwiches le habló del caso Telak y de los interrogatorios.

—Qué curioso, Babinicz una vez me habló de una terapia parecida. Recuerdo que aquello me pareció cosa casi de sectas.

—Vaya, vaya, vuelve a presentarse en nuestra casa el abogado Babinicz — la interrumpió Szacki sin dejar de mirar la tabla sobre la que estaba cortando

los tomates para una ensalada con queso feta y pipas de girasol.

—No me seas pesado, Teo, por favor. ¿Acaso te pregunto yo cuál de las pasantes te prepara el café?

—El café me lo preparo yo solito.

—Ya, claro, como si no nos conociéramos.

Szacki se encogió de hombros. No le apetecía discutir. Antes todo eso no eran más que bromas. Después en las bromas aparecieron los celos. Ahora ese tipo de conversaciones conducían enseguida a una agresiva irritación por ambas partes.

Terminó la ensalada, se sirvió otra ración, tras la cena mandó a su hija a asearse y se sentó frente al ordenador. Necesitaba desconectar un rato del mundo, necesitaba echar una partida. Estaba orgulloso de haber pasado por todos los estadios de la evolución en ese campo, desde el ZX Spectrum y el Atari, con los juegos que se cargaban desde casetes, pasando por el C64 y el Amiga, que usaban disquetes, y los primeros ordenadores personales, con sus monitores monocromos de pantalla verdosa, hasta llegar a las máquinas actuales, que dibujaban ante él mundos alternativos con millones de colores y en tiempo real. Estaba convencido de que los juegos, cada vez más perfectos y con mejores argumentos, se convertirían pronto en elementos de la cultura al mismo nivel que las novelas de Dan Brown y las películas de Spielberg. Ciertamente, el mundo de los juegos aún no tenía su *El nombre de la rosa* ni su *Amadeus*, pero era solo cuestión de tiempo. Normalmente jugaba a aventuras gráficas o a juegos de acción táctica, pero hoy tenía ganas de ser el único hombre justo en una isla tropical en la que un malvado doctor realizaba malvados experimentos genéticos, protegido por unos malvados mercenarios. Si las personas que tomaban parte en las causas supieran lo que hacía por las noches aquel presumido fiscal, completamente canoso a pesar de contar treinta y cinco años, vestido impecablemente... Le entraban ganas de reír cada vez que encendía el ordenador.

—No estarás pensando en ponerte a jugar, ¿no? —le preguntó Weronika.

—Media hora —contestó él, enfadado consigo mismo por justificarse.

—Creí que íbamos a hablar.

Naturalmente se sintió culpable.

—Dentro de media hora. No irás a echarte a dormir ya, ¿verdad?

—No sé, estoy cansada. Quizá me acueste antes.

—Ahora termino, en serio. En cuanto acabe esta misión —contestó de

manera mecánica, concentrado ya en un francotirador agazapado en el puente de mando de un portaaviones japonés hecho trizas.

—¡Tengo aquí una bala que lleva tu nombre! —tronó una voz que salía de los altavoces, y justo después uno de los mercenarios hendió el aire con una ráfaga de ametralladora. Szacki saltó tras una barrera metálica del portaaviones, pero aun así le alcanzaron. Joder.

—Perdona, ¿podrías ponerte los cascos? —le pidió fríamente Weronika.

Estiró el brazo para cogerlos.

—¡Te voy a hacer otro orificio más! —bramaron los auriculares llenos de odio antes de que le hubiera dado tiempo a introducir la clavija.

Capítulo tercero

Martes, 7 de junio de 2005

El setenta por ciento de los polacos afirman que la existencia y las enseñanzas de Juan Pablo II les han cambiado la vida. El cero por ciento juzga críticamente al papa polaco. Aleksander Kwaśniewski le pide a Włodzimierz Cimoszewicz que cambie de idea y se presente a las elecciones presidenciales. Un físico de la Universidad Adam Mickiewicz lanza la teoría de que cada cierto tiempo debe aparecer en la Tierra un superdepredador, una verdadera máquina de matar, que ponga orden en el planeta. Green Day ofrece un concierto en Sopot. En Varsovia, tres tranvías chocan delante del Museo Nacional y trece personas son atendidas en el hospital. El Museo de la Técnica, situado en el Palacio de la Cultura y la Ciencia, recibe un desfibrilador de parte del activista social Jerzy Owsiak para socorrer a los visitantes. Cada vez más personas protestan contra la prohibición de la Marcha del Orgullo Gay, cuyos organizadores anuncian la celebración de mítines, para los que no necesitan tener permiso. La temperatura máxima en la capital alcanza solo los 15 grados, aunque el día es bastante soleado y no hay precipitaciones.

1.

Ser terapeuta sin duda es una ocupación rentable, pensó Teodor Szacki mientras aparcaba junto a un edificio de apartamentos nuevecito de la calle de Pawiński. Permaneció aún unos momentos en el coche para terminar de escuchar *Original of the Species*, del último disco de U2. Buenísima la canción, buenísimo el álbum, los señores de Dublín por fin han vuelto a sus raíces roqueras. Cuando le dio su nombre al conserje en la garita revestida de mármol y granito, y después de atravesar el patio, primorosamente cuidado, con una fuente y columpios para los niños, pensó que ser terapeuta era una ocupación rentable de la hostia. Y cuando entró en el piso, en la planta once, sintió que podría darlo todo por volver a estar a punto de empezar la carrera para elegir psicología sin dudarlo un instante.

Rudzki realmente daba la impresión de estar enfermo, impresión intensificada por su edad. Un hombre de sesenta años puede tener un aspecto excelente, siempre y cuando se cuide. El domingo en la calle Łazienkowska Rudzki tenía muy buen aspecto, una mezcla de Ernest Hemingway y Sean Connery; en esta ocasión, con ese pelo ralo y graso, y con la bata muy ceñida, era un hombre mayor enfermo.

El piso debía de ser bastante grande, unos cien metros cuadrados, pero Szacki solo pudo imaginarlo, al igual que la distribución de las habitaciones en la parte privada de la casa. Rudzki lo condujo hasta el salón y esta vez el fiscal no fue capaz de contener sus emociones. La habitación, de planta cuadrada y unida a la cocina, ocupaba una superficie de unos cuarenta metros cuadrados (el piso de Szacki tenía cincuenta y dos en total), y las paredes que daban al norte y al oeste estaban completamente acristaladas, compuestas solo por ventanas. La vista tiraba de espaldas. Es verdad que hacia el oeste había poco que ver: los tejados de Ochota, la horrible cúpula de Blue City, la colina Szczeńliwicka. En cambio hacia el norte se erguía orgulloso el Manhattan varsoviano. Desde ese lugar, todos los rascacielos de Śródmieście parecían estar juntos. Los viejos —el Forum, el Marriott y el Intraco II—, los

nuevos —el Intercontinental, las Terrazas Doradas, el Rondo I, el de Daewoo — y por supuesto el Palacio de la Cultura, que ofrecía un curioso contraste con el mar de cristal que lo rodeaba. La vista era tan plenamente varsovia que incluso aventajaba al panorama de la orilla izquierda desde el puente Gdański. Szacki pensó que debía encontrar un pretexto para volver a casa de Rudzki cuando se pusiera el sol. ¿Quizá un registro?

—Impresionante, ¿verdad? —dijo Rudzki con voz ronca mientras le daba a Szacki una taza de café—. Tiene que venir un día cuando se ponga el sol. Yo a veces me quedo horas mirando de noche por la ventana y no me aburro ni una pizca.

Szacki se llamó al orden.

—Sí, es cierto, puede resultar agradable —comentó indiferente.

TRANSCRIPCIÓN DEL INTERROGATORIO DEL TESTIGO. Cezary Rudzki, nacido el 2 de agosto de 1944, con domicilio en la calle de Pawiński, con estudios superiores, dirige un consultorio psicológico privado. Relación con las partes: ninguna. Nunca ha sido condenado por falso testimonio.

Habiendo sido avisado de su responsabilidad penal según el artículo 233 del C. P., declara lo siguiente:

A Henryk Telak lo conocí por casualidad en noviembre del año pasado. Estaba preparando una conferencia sobre terapia y buscaba una empresa que me imprimiera las invitaciones y los carteles. Así hallé la empresa Polgrafex, de la que Henryk Telak era director o subdirector. En aquel momento no tuve ningún contacto con él, solo con uno de sus empleados. Una semana más tarde quise recoger el encargo, pero no estaba preparado. Pedí hablar con el director y así conocí a Henryk Telak. Fue muy amable, me aseguró que ese mismo día me harían llegar el material por mensajería a coste de la empresa, se disculpó y me invitó a un café. Mientras nos lo tomábamos me preguntó a qué me dedicaba, sentía curiosidad tras leer el texto de las invitaciones y los carteles. Le hablé de mi trabajo como terapeuta, que me dedico a ayudar a la gente, que a menudo me encuentro con personas para las que la vida ha perdido el sentido. Entonces me contó lo del suicidio de su hija y la enfermedad de su hijo, y me confesó que no se sentía capaz de vivir con todo aquello. Le pregunté si no le gustaría hablar de ello conmigo. Me dijo que no estaba seguro, pero una semana después me llamó y concertamos una visita. Nos encontrábamos una vez

por semana, aquí, en mi piso.

No grabé esas sesiones, únicamente tomé apuntes. Telak hablaba poco, con frecuencia lloraba. Había tenido una vida muy dura. A los dieciséis años se marchó de casa y poco después sus padres fallecieron en un accidente de coche. No pudo despedirse de ellos, ni siquiera se enteró de que habían muerto hasta después del funeral. Por esta razón se sentía muy culpable y este sentimiento de culpa influyó luego en su vida. Su matrimonio con Jadwiga Telak, a quien en mi opinión Henryk Telak quería mucho, al igual que a sus hijos, no fue afortunado, cosa de la que él hablaba con tristeza y avergonzado. Durante la terapia nos centramos en su familia de origen, para que pudiera dejar atrás la sombra de sus padres fallecidos. Juzgué que eso resultaba fundamental para sanear las relaciones en su familia actual. Tenía la impresión de que la terapia estaba dando sus frutos y el encuentro del fin de semana iba a ser el punto final. En realidad, en esa sesión quien me interesaba era sobre todo Henryk Telak. El estado psíquico de las otras personas que escogí entre mis pacientes es mucho mejor. Sufren neurosis relativamente leves.

A la pregunta del interrogador sobre si Henryk Telak mencionó durante la terapia a algún enemigo o a gente que no le tuviera simpatía, el testigo contesta: Henryk Telak parecía una persona tan abatida y encerrada en sí misma que debía de ser invisible para quienes lo rodeaban. No sé nada de sus enemigos. No creo que los tuviera.

Szacki tomaba nota a la vez que observaba con atención a Rudzki. El doctor hablaba tranquilo, seguro, en un tono bajo. Su voz inspiraba confianza, seguramente con ella sería capaz de llevar a un paciente a un estado de hipnosis sin problemas. Szacki se preguntaba si podría confiarse a Rudzki. Contarle que le dolía la tripa cuando volvía a casa. Que necesitaba beberse dos cervezas antes de acostarse para conciliar el sueño. Que le cansaba la frialdad que había entre él y Weronika, el aire saturado de reproche y desencanto que flotaba sobre los muebles de Ikea en su piso de la calle Burdziński. Que a veces se preguntaba qué los unía aparte de la niña y la cuenta del banco. Y que a menudo se paraba frente a una floristería, le gustaría comprarle flores, sabía que a ella eso la complacería, pero nunca lo hacía, siempre encontraba algún pretexto: o bien que ya era demasiado tarde y que de todas formas las flores no eran bonitas; o bien pensaba que era una

vergüenza llevarle a una esposa flores de las floristerías de Praga (siempre tenían el aspecto de ser las que habían sobrado dos días antes en Śródmieście); o bien que mejor no gastarse lo suelto porque aún tenía que comprar algo de comida, a pesar de que cincuenta metros más adelante había un cajero y de que una rosa costaba solo cinco zlotys. A veces pensaba también: ¿por qué habría de comprar flores?, ¿cuándo fue la última vez que recibí algo de su parte, un disco o un libro, o al menos un sms que no sea «pan de molde y tabaco»? Así que se alejaba de la floristería, cabreado consigo mismo y avergonzado, y por el camino entraba en una tienda a por el puto pan de molde, que llevaba ocho años comprando cada dos días en la misma tienda, atendido siempre por la misma dependienta. Resultaba curioso que la viera envejecer pero tuviera la impresión de que él seguía siendo exactamente el mismo hombre que cuando compró allí por primera vez. Era julio. Szacki iba vestido con un chándal, cubierto de polvo por la mudanza. Se alegraba de tener piso nuevo, se alegraba de que en unos momentos iba a comerse un panecillo y a beber kéfir con la mujer más bella del mundo, se alegraba de que la dependienta fuera tan simpática. En esa época Szacki lucía una melena negra recogida en una coleta corta, en lugar del pelo blanco cortado a cepillo que le hacía parecerse a los sargentos de infantería de las películas americanas de guerra.

Con amabilidad pero categóricamente, Cezary Rudzki se negó a contestar a las preguntas sobre las terapias de Kwiatkowska, Jarczyk y Kaim. Szacki no quiso presionarle. Tendría que haber presentado cargos contra alguno de ellos para obligar a Rudzki, por mediación del tribunal, a entregar la documentación. El doctor hizo un relato del día en que se halló el cadáver y Szacki se dio cuenta, muy a su pesar, de que quizá ninguna de las personas que había interrogado hasta entonces fuera el asesino. Las declaraciones guardaban lógica, daban la impresión de ser sinceras, transmitían una visible tristeza por la muerte de Telak y una alta dosis de empatía hacia su persona. Además, no imaginaba qué móvil podría tener alguno de ellos para asesinar a Telak.

Eso era lo que pensaba el fiscal Teodor Szacki el martes 7 de junio a las diez y media; dos horas más tarde estaría ya convencido de que el asesino se encontraba entre los tres pacientes de Rudzki.

—Me extraña un poco que sea usted quien hable conmigo en lugar de la

policía —dijo de repente el terapeuta.

—No se crea lo que sale en las series de televisión. En Polonia es el fiscal quien dirige las investigaciones importantes. La policía ayuda si se le da la orden, pero por propia iniciativa solo persigue a ladrones de coches y de pisos.

—Yo creo que exagera usted.

—Un poco sí —Szacki sonrió.

—Seguro que se siente poco valorado.

—Preferiría hablar de hechos, no de sentimientos.

—Eso siempre es más fácil. ¿Qué otras cosas le gustaría saber?

—Me gustaría saber qué ocurrió la tarde del sábado. Y qué es la terapia de constelaciones. Y por qué a sus pacientes les tiembla la voz al hablar de ella.

—En ese caso, tendremos que hablar de sentimientos.

—Lo soportaré.

El doctor se levantó, se acercó a una estantería y empezó a buscar algo en un maletín negro.

—No estoy en condiciones de explicárselo —dijo—. Me temo que resulte imposible. Absolutamente inviable.

Szacki rechinó los dientes. Menudo tipejo. Justo cuando había llegado al meollo de la cuestión, se iba por las ramas.

—Inténtelo, se lo ruego. A lo mejor lo consigue.

—Ni hablar. No se lo voy a contar —se dio la vuelta y pareció disculparse con la sonrisa que le dedicó a Szacki, que por dentro estaba rojo de ira—. Puedo mostrárselo —dijo. En la mano sujetaba una pequeña cámara de vídeo.

La pequeña sala de la calle Łazienkowska. Se ve a Telak, Kaim, Kwiatkowska y Jarczyk sentados uno junto al otro. Rudzki entra en el encuadre.

RUDZKI: Adelante, Henryk.

Telak se levanta, sonrío nervioso.

A Szacki le entra un escalofrío. Telak viste la misma ropa que llevaba cuando lo encontraron muerto. Szacki no puede evitar la sensación de que se va a tumbar en el suelo, una de las otras tres personas se va a levantar y le va a clavar un asador en el ojo. Sobre la mejilla aparecerá una mancha en forma de coche de carreras.

TELAJ: ¿No podría ser ahora otro?

RUDZKI: Lo hemos sorteado. Pero si no está usted preparado, dígallo, por favor.

Un largo silencio.

TELAJ: Bueno, lo intentaré.

RUDZKI: Vale. Primero vamos a colocar a su familia de origen. Barbara será su madre y Euzebiusz, su padre. Colóquelos.

Telak coge de la mano a Jarczyk y se la lleva a la otra punta de la habitación. Le señala el sitio que debe ocupar junto a la pared, de cara a la misma. Después coloca a su lado a Kaim, también de cara a la pared. Él se queda en el centro de la habitación, mira hacia sus espaldas.

RUDZKI: ¿Ya?

TELAJ: Sí.

RUDZKI: Barbara, diga lo que siente.

JARCZYK: Estoy triste, me gustaría ver a mi hijo. Le echo de menos.

RUDZKI: ¿Y usted?

KAIM: No me encuentro cómodo. Noto su mirada clavada en mi espalda. Me gustaría darme la vuelta. O irme. Noto una presión en el cuello, igual que si alguien me sujetara con una correa.

JARCZYK: Sí, a mí me pasa algo parecido. O como si me hubieran castigado a quedarme en un rincón. Estoy mal. Me siento culpable.

TELAJ: Quisiera acercarme a ellos.

KAIM: ¿Puedo volverme?

RUDZKI: Aún no. *(A Telak.)* Acérquese a sus padres y póngase detrás de ellos.

Telak se coloca detrás de Kaim y Jarczyk.

RUDZKI *(a Telak)*: ¿Qué tal ahora?

TELAJ: Mejor, mucho mejor. Ahora es como yo quería.

KAIM *(agobiado)*: En cambio para mí esto resulta insoportable. Delante tengo una pared y detrás a mi hijo. No sé por qué ha venido hasta aquí, pero no quiero tenerlo ahí. Dios, apenas puedo mantenerme en pie. Me ahogo. Deje que me vaya o lléveselo de aquí, por favor.

RUDZKI: Dentro de un momento.

El doctor detuvo el vídeo. En la pantalla quedó congelada la imagen de Telak parado detrás de sus «padres». Szacki lo miró con asombro.

—¿Es una especie de teatro? —preguntó—. ¿Recibieron antes unos apuntes sobre cómo debían comportarse o algo así?

Rudzki negó con la cabeza.

—Ni mucho menos. No saben casi nada acerca del señor Henryk. No saben que huyó de casa, no saben que sus padres fallecieron trágicamente y que Henryk no pudo despedirse de ellos. Nada. Verá, en realidad esta terapia es de lo más sencilla, si la comparamos por ejemplo con el psicoanálisis, que además, en mi opinión, por lo general resulta del todo ineficaz.

Szacki le interrumpió con un gesto de la mano.

—Paso a paso, se lo ruego —dijo.

—Bien, paso a paso. Uno se presenta a la terapia de constelaciones familiares porque atraviesa una situación dura, difícil, mala. No sabe cuál es la razón. Habla un poco de su vida: padres, hermanos, esposa, hijos, primera esposa, primera esposa de su padre, etcétera. Todos los miembros de la familia son importantes. Tanto los que aún viven como los que ya han muerto. Y los coloca en un mismo espacio. Coge a cada uno de la mano y lo lleva al lugar adecuado, le señala la dirección en la que debe mirar. Le parecerá extraño, pero ya en ese momento la gente a menudo ve qué es lo que no va bien, por qué se sienten mal. Por ejemplo, porque la esposa está colocada en el lugar en el que debería estar la madre. O porque el hijo se interpone entre el paciente y su esposa. En pocas palabras: porque el orden ha sido alterado. Basta con colocarlos correctamente y el paciente sale de la terapia sintiéndose otra persona. En cinco minutos.

—¿Por qué Kaim dice que se ahoga y que se va a desmayar?

—Porque los intérpretes sienten emociones de las personas a las que representan.

—Pero los padres de Telak murieron hace muchos años.

—También de los muertos.

—Ya, claro. Y al final hay que bailar desnudo alrededor de una hoguera con una máscara de madera en la cara.

Rudzki no dijo nada, evidentemente ofendido por el comentario del fiscal. Szacki se dio cuenta y se disculpó.

—En cierto modo le comprendo, al principio también yo me mostré muy

escéptico —le justificó Rudzki—. Pensé que de alguna manera el paciente transmitía sus emociones, que se las «imbuía» a los intérpretes. Pero es muy frecuente que, durante las constelaciones, salgan a la luz secretos familiares de los cuales el paciente no tenía ni idea.

—¿Por ejemplo?

—Por ejemplo, el propio Bert Hellinger, el creador de este método, trató una vez a un sueco de treinta y cinco años con autismo. El hombre se miraba continuamente las manos, lo que por lo general significa...

—Asesinato.

—¿Cómo lo sabe?

—Lady Macbeth.

—Exacto. Mirar al suelo significa una tumba, alguien muerto, y observarse las manos o el gesto de lavárselas, asesinato. Este tipo de gestos aparecen en personas autistas y tartamudas. Ambos trastornos tienen muchos rasgos en común y uno de ellos es el hecho de que durante la terapia de constelaciones a menudo resulta que la causa de la enfermedad es un asesinato. Pero volvamos al sueco. Hellinger sabía, por una conversación con la familia del sujeto, que su abuela había tenido una aventura con un marinero y que dicho marinero la había asesinado. Por eso, Hellinger introdujo en la constelación a la abuela y al abuelo. Y el que interpretaba al abuelo empezó a mirarse las manos de manera idéntica al paciente. ¿Qué conclusión sacamos?

—Que el asesino era él, no el marinero.

—Exacto. Salió a la luz algo que en la familia todos ignoraban. Hacía muchos años que el abuelo había muerto. Pero el crimen cometido por él, la culpa no expiada, se convirtió en la causa del autismo de su nieto.

A Szacki empezaba a dolerle la cabeza. Tendría que comprar algún libro para entender todo aquello. Y encontrar a un perito que le diera su opinión sobre la cinta de vídeo.

—Comprendo —dijo secándose las sienes—, pero ese era un ejemplo extremo. ¿Y aquí qué es lo que ocurre? —preguntó señalando la pantalla del televisor.

—Alejarse de la familia es interpretado en el sistema como un delito grave —explicó Rudzki—. Por este motivo, Henryk se sentía enormemente culpable. También se sentía culpable por no haberse despedido de sus padres. Y si hay sentimiento de culpa, entonces no hay duelo. El sentimiento de culpa nos une de manera muy fuerte con el muerto, esto impide que le dejemos

marchar. ¿Conoce usted las fases del duelo?

Szacki buscó unos instantes en su memoria.

—¿Incredulidad, desesperación, reorganización y aceptación?

El doctor le miró sorprendido.

—En efecto. Pero en realidad muchas personas se detienen en la segunda fase, la desesperación, que nadie comprende y que conduce a la soledad. Y ese duelo inacabado permanece en la familia, provoca que cada nueva generación esté conectada con esa muerte. Observe lo que sucede. Henryk desea ir tras sus padres, pero ellos no quieren. Su sitio está en el mundo de los muertos, y el de Henryk, en el de los vivos. Veá.

RUDZKI (*a Telak*): Entiendo que quiera usted quedarse ahí, pero ese no es el sitio adecuado. Regrese al centro de la sala.

Telak vuelve.

KAIM: Qué alivio.

RUDZKI: Ahora dense la vuelta.

Kaim y Jarczyk se dan la vuelta.

JARCZYK: Mucho mejor. Me alegro de ver a mi hijo.

KAIM: Yo también.

RUDZKI (*a Telak*): ¿Y usted?

TELAk: Me alegro de que me miren, de que estén conmigo. Pero me gustaría ir con ellos.

RUDZKI: Eso no es posible. Hagamos otra cosa.

Rudzki se acerca a Kaim y Jarczyk, los conduce hasta Telak y los coloca a su espalda, a un lado.

KAIM: Así es perfecto. Veo a mi hijo, pero no le molesto. No estoy en medio de su camino.

JARCZYK: Me siento reconfortada. Me gustaría abrazarle y decirle que le quiero y le deseo todo lo mejor.

RUDZKI: Eso dentro de un momento. (*A Telak.*) ¿Usted también está mejor?

TELAk: Sí, un poco. Pero sigue faltándome algo.

RUDZKI: Una resolución, pero de eso nos encargaremos luego.

—¿Qué resolución? —preguntó Szacki y el terapeuta detuvo la filmación

—. Ya me estaba yo preguntando adónde conducía todo esto. ¿Qué necesita para exculparse?

En lugar de contestar, Rudzki sufrió un ataque de tos húmeda y se fue corriendo al baño, donde durante un buen rato se oyó al doctor respirar con dificultad y escupir. Volvió con el rostro congestionado.

—Creo que tengo amigdalitis —dijo con voz ronca—. ¿Quiere un té?

Szacki contestó afirmativamente. Ninguno de los dos rompió el silencio hasta que no estuvieron sentados uno junto a otro con las tazas de té exhalando vapor. Rudzki añadió al suyo mucha miel y el zumo de un limón entero.

—Es lo mejor para la garganta —comentó antes de dar un sorbo—. El desenlace consiste en pronunciar las llamadas «frases resolutorias», que el terapeuta ordena decir al paciente y a los intérpretes de su familia. En este caso, creo que los padres de Henryk habrían dicho: «Hijo, nosotros nos vamos y tú te quedas. Te queremos y nos hace felices que estés aquí». Henryk, por su parte, diría: «Os permito marchar. Yo me quedo. No penséis mal de mí». Eso creo. Aunque es difícil decirlo, normalmente las frases resolutorias aparecen en mi cabeza cuando llega el momento oportuno.

—¿Y ese no lo era?

—No. Quería dejarlo para el final. ¿Alguna otra pregunta?

Szacki dijo que no.

RUDZKI: Bien, ahora vamos a sustituir a los padres de Henryk por unas sillas (*aparta a Jarczyk y Kaim y pone en su lugar dos sillas*) y Henryk colocará a su familia actual. Barbara será su esposa, Euzebiusz, su hijo, y Hanna, su hija.

TELAJ: Pero es que mi hija...

RUDZKI: Colóquelos, por favor.

Telak coloca a su familia y después vuelve a su sitio. La situación es la siguiente: a la derecha y un poco por detrás de Telak están las dos sillas, sus padres; a la izquierda, por delante, a unos metros, Jarczyk (la esposa), que mira a Telak; detrás de ella están Kaim y Kwiatkowska uno junto a otro, miran hacia las sillas; Telak no mira a ninguno de ellos.

RUDZKI: Vale, entonces ya estamos. ¿Henryk?

TELAJ: Me siento fatal. Culpable. Tengo chiribitas en los ojos. ¿Puedo

sentarme?

RUDZKI: Por supuesto. Siéntese en el suelo y respire.

Telak se sienta, se pone las manos en la boca, respira hondo, todo el tiempo tiene la vista fija en un mismo punto.

JARCZYK: Estoy contenta cuando él se siente mal.

RUDZKI: ¿Y los hijos?

KAIM: Estoy feliz por tener a mi lado a mi hermana.

KWIATKOWSKA: Pues a mí me gustaría ir con mis abuelos. Es a los que mejor veo. A mi padre no lo veo en absoluto, me lo tapa mi madre.

KAIM: Yo también quiero ir con mis abuelos. Junto con mi hermana.

El doctor paró otra vez la cinta.

—¿Entiende lo que está ocurriendo? —le preguntó a Szacki.

—Telak está absolutamente solo. Su mujer no está a su lado, ni siquiera deja que sus hijos le vean. Me da lástima.

—Le ruego que preste atención a lo que dicen los hijos. Quieren estar juntos y quieren ir con sus abuelos. ¿Qué significa eso?

—Quieren morir.

—Exacto.

—¿Por qué?

—Por amor. Por amor a su padre, que quebrantó el sistema al marcharse de casa y no despedirse de sus padres, algo que nunca subsanó, nunca los honró como es debido. Según la norma, alguien debe asumir la penitencia dentro del sistema y lo habitual es que lo haga un hijo, que entra en el sistema como un elemento nuevo. Debe usted entender que aquello que no ha sido solucionado no desaparece por sí solo, sino que entra en el sistema. La culpa y el mal permanecen, están permanentemente presentes, todos lo perciben. El hijo, al entrar en el sistema, toma para sí la carga de devolver el equilibrio, porque hereda la culpa, el miedo y la rabia. ¿Lo comprende?

—¿Como Luke Skywalker en *La guerra de las galaxias*?

—¿Perdón?

—Nada, lo siento, era un mal chiste. Creo que sí lo comprendo.

—Entonces sigamos.

Rudzki trae a Kwiatkowska y Kaim hasta donde está Jarczyk. Ahora los

tres están uno al lado del otro y miran a Telak.

JARCZYK (*tiembla, apenas puede articular palabra*): No quiero que mis hijos estén aquí. No quiero que se vayan con los padres de mi marido. Me sentía mejor cuando estaban detrás de mí.

KWIATKOWSKA: Me alegro de ver a mi padre y mis abuelos. Los quiero mucho. Sobre todo a mi padre. Veo que está triste y quisiera ayudarle.

KAIM: Sí, estoy de acuerdo con mi hermana, aunque me siento indispuerto. Me duele el corazón, estoy temblando.

KWIATKOWSKA: ¿Puedo acercarme a mis abuelos? Me atraen hacia ellos, lo noto incluso físicamente.

RUDZKI: Bueno, pero solo dos pasos.

Kwiatkowska, radiante, camina en dirección a las sillas. Jarczyk empieza a llorar al ver esto. Kaim, blanco como la cal, se masajea el esternón.

Esta vez fue Szacki el que cogió el mando y paró la cinta. En la pantalla quedó congelado el gesto de dolor de Kaim y los ojos impasibles de Telak, que miraban fijamente a la pared.

—¿Cómo es posible que a Kaim le duela el corazón? —preguntó—. Entiendo que sepa que el hijo de Telak está enfermo, pero aun así...

—Es un asunto complejo. Existe una teoría, la teoría de los campos morfogenéticos, que se utiliza para explicar la terapia de Hellinger. Según esta teoría, nuestra manera de ser no depende solo de los genes, sino también del campo electromagnético. Hellinger dice que todo lo que ha sucedido en nuestra familia hace resonar nuestra alma, que tiene un vínculo con los vivos y con los muertos. Durante la terapia de constelaciones familiares, alguien ajeno puede entrar en esa resonancia.

—¿Cree usted en esa teoría?

Rudzki realizó un gesto poco definido que apuntaba a que estaba en condiciones de aceptarla, pero solo porque no había otras.

—Para mí eso carece de trascendencia. Lo importante es si algo funciona o no. No sé cómo funciona un ordenador, pero le saco mucho provecho.

—¿El hijo de Telak enfermó después del suicidio de su hermana? —preguntó Szacki.

—Sí, fue entonces cuando le descubrieron la afección cardiaca a Bartek.

Una enfermedad siempre es señal de una alteración en el orden. Su dinámica principal es: «Mejor yo que tú». Aceptamos sufrir para proporcionar alivio a otro miembro de la familia. Solo el restablecimiento del orden y el equilibrio permite sanar la enfermedad.

—¿Bartek tiene más posibilidades de curarse ahora que ha perdido a su padre?

Rudzki tosió. Se disculpó con un movimiento de la mano y se fue a la cocina. Se sonó ruidosamente.

—Señor fiscal —le gritó desde la cocina—, no me pensaría tanto la respuesta de no ser por su profesión y por el objeto de su visita. ¿Me comprende?

Szacki se levantó, cogió su taza y le pidió algo de beber.

—¿Y cuál es la respuesta? —se sirvió un poco de agua de una botella que le dio el doctor.

—No sé. A lo mejor sí. Pero solo a lo mejor. O quizá su estado empeore. Entienda que Telak no murió en paz, al no haber solucionado antes todos sus asuntos. Creo que el estado de Bartek habría mejorado al finalizar la terapia. Se habría producido un cambio en el campo electromagnético, que a partir de entonces habría resonado de manera diferente. Por eso los cambios también se perciben en personas que no toman parte en la terapia y que quizá ni siquiera sepan nada de ella.

Volvieron a sentarse en el sofá.

RUDZKI: Levántese, Henryk.

Telak se levanta haciendo un evidente esfuerzo. Jarczyk llora cada vez más.

RUDZKI (a Kwiatkowska): ¿Por qué quiere usted ir con sus abuelos?

KWIATKOWSKA: Quiero aliviar a mi padre.

TELAKE (abatido): No, eso no es posible, no quiero escucharlo.

KAIM: Deseo ir con mi hermana y mis abuelos. Me duele mucho. Quisiera que me dejara de doler. Y que mi padre se sintiera mejor.

JARCZYK: Esto es insoportable. Quiero que se vaya de aquí (*señala a Telak*). No le amo, ni siquiera me cae bien, es para mí alguien extraño y repulsivo. Quiero que todo se calme. Y que se vaya él, no mis hijos.

TELAKE: Pero si yo no he... (*La voz se le quiebra, no es capaz de seguir*

hablando.)

JARCZYK: Siento frío, siento un vacío. Y odio. ¡Por tu culpa mi hija ha muerto! (*Solloza de una manera desgarradora.*) ¡¿Lo entiendes?! Mi hija ha muerto y mi hijo se va a unir a ella. ¡Has matado a mi hija!

KWIATKOWSKA: Papá, lo hice por ti. ¿Por qué no quieres entenderlo? ¡Papá! (*Llora.*)

Telak cae de rodillas. Durante todo este tiempo no ha mirado a nadie.

TELAK (*susurra*): Dejádme, no es culpa mía. No es culpa mía.

KAIM (*con esfuerzo*): No te preocupes, papá, te ayudaremos.

Kaim se acerca a su hermana, la coge de la mano.

KWIATKOWSKA: Sí, papá, juntos te ayudaremos.

Dan un paso en dirección a las sillas.

JARCZYK: ¡¡¡No!!! ¡¡¡No, por favor!!! ¡No podéis dejarme con él! ¡No podéis iros! Por favor, no os vayáis, no me dejéis sola. Por favor, por favor, por favor.

Kaim se gira para mirarla.

KAIM: No te enfades, mamá. Debemos hacerlo por papá.

Jarczyk se desmaya. Rudzki corre hasta ella muy asustado y se arrodilla.

RUDZKI (*al resto*): Vale, lo dejamos aquí, mañana terminaremos. No es bueno interrumpirlo, pero no queda más remedio. Les ruego que se vayan a sus habitaciones, que no hablen entre sí y que no lean ningún libro. Nos veremos mañana a las nueve para el desayuno.

Kwiatkowska y Kaim se miran como si hubieran salido de un trance. Dejan de agarrarse de la mano y salen del encuadre. Rudzki coloca a Jarczyk de lado y se acerca a la cámara. Telak sigue arrodillado al fondo, con la mirada perdida.

La pantalla se quedó en blanco. El doctor y el fiscal permanecieron en silencio sentados en el sofá. Tras una larga pausa, Szacki se levantó, se acercó a la cámara y sacó la cinta.

—Es horrible —dijo mirando aquel trozo de plástico negro—. ¿No temió usted que se suicidara?

—Reconozco que se me pasó por la cabeza. Pero no me inquieté.

—¿Y eso?

—Le voy a contar algo. Es una historia muy conocida, sucedió hace algún tiempo en Leipzig. Hellinger trató con la terapia a una mujer y durante la constelación salió a relucir que era frígida, incapaz de amar. Sus hijos le tenían miedo, querían irse con su padre, a quien ella había rechazado. Hellinger dijo: «Aquí hay un corazón frío». Un momento después la mujer abandonó la sala. Los demás participantes en la terapia temían que se quitara la vida, pero Hellinger no salió detrás de ella.

—¿Y qué?

—Se ahorcó unos días después, dejó escrito en una carta que no podía seguir viviendo.

—Una terapia muy efectiva —murmuró Szacki.

—Usted cree que se está burlando, pero en realidad tiene razón. ¿Cómo se puede estar seguro de que una muerte prematura es siempre una pérdida? ¿Que siempre es la peor solución? ¿Que es preciso evitarla a toda costa? Es posible que de la vida surja algo que sea más grande que ella. En el fondo del alma existe la necesidad de que la vida tenga un final una vez la hemos completado. En algunas personas esa necesidad aparece antes. ¿Comprende?

—Lo comprendo, pero no lo comparto.

—En tal caso debe de ser usted un hombre todopoderoso si pretende ponerle trabas a la muerte. Yo me siento insignificante ante ella. Si le arrebatara a alguien su derecho a morir, en realidad está mostrando una falta de respeto hacia esa persona. Ponerle trabas a la muerte demuestra una convicción irracional sobre la grandeza de uno mismo.

El terapeuta se había detenido junto a Szacki frente a la ventana del balcón. Por la calle Grójecka pasaba una ambulancia con la sirena puesta, en dirección al centro. Aquel sonido penetrante resultaba cada vez más fastidioso. Rudzki cerró la ventana y el salón quedó en completo silencio.

—Mire, todo esto es producto del amor —dijo—. Kasia se mató para aliviar a su padre, para llevarse consigo una parte de su culpa. Pero usted me dice que hay que hacer todo lo posible por ponerle trabas a la muerte. ¿Cómo es posible no respetar un acto de amor y sacrificio tan hermoso como ese? Debemos aceptar la ofrenda de esta chica. Si no, tras la muerte se sentirá rechazada. El amor simplemente está ahí, sin más, pero no puede ejercer influencia. No tiene esa fuerza. Y es tan profundo que hasta duele. El vínculo profundo y el dolor van de la mano.

—Suenan muy bien —replicó Szacki—. Pero solo eso, en mi opinión. Me

resulta difícil creer que alguien se suicide por que su padre se marchara de casa. Cada persona es responsable de sus actos.

—Es imposible no estar enredado, suele decir Hellinger.

—Es posible ser libre, suelo decir yo.

Rudzki se echó a reír. La risa se transformó en un ataque de tos. Se fue corriendo al baño y cuando volvió dijo secándose la cara con una toalla:

—¿Puede uno ser libre de comer o no comer? En el sistema nadie es libre.

2.

La cabeza le dolía horrores. Entró en el coche, permitió a los Pink Floyd tocar «Hey You» no muy alto y se tomó un ibuprofeno. Bajó la ventanilla y trató de ordenar sus ideas. Ahora entendía por qué ninguno de los participantes en la terapia señaló al terapeuta durante los interrogatorios: porque, en realidad, el doctor había sido solo un observador situado en un lugar seguro, fuera de la tormenta de emociones que se había desatado bajo la bóveda de arista de la sala en la calle Łazienkowska.

¿Qué había ocurrido en la noche del sábado al domingo? Se imaginó perfectamente cada uno de los escenarios. La sala envuelta en tinieblas, la luz amarilla de las farolas de sodio del exterior, las sombras de las columnas recorriendo las paredes cuando pasa un coche por la calle. Henryk Telak pretende escabullirse del edificio procurando hacer el menor ruido posible. Piensa que nadie le ve, pero no es así.

Porque le ve Barbara Jarczyk, la mujer que unas horas antes se había desmayado al no poder soportar las emociones de la esposa de Telak. Pongamos, piensa Szacki a desgana, que Rudzki tiene razón. Que existe un campo que permite sentir las emociones de personas ajenas durante la terapia. Y que Jarczyk sintió las emociones de la mujer de Telak. Odio, aversión, rabia, el dolor provocado por el suicidio de la hija. El miedo a quedarse sin su otro hijo dentro de poco. Solo que Jarczyk, al contrario que la esposa de Telak, se daba cuenta de que Henryk era el «culpable». Que por él —o por su bien— la hija se había suicidado y el hijo había enfermado. Quién sabe, igual en la cabeza de Jarczyk surgió la idea de que salvaría a «su hijo» si mataba a Telak. Agarra un asador y sigue a Telak. Telak oye pasos, se gira y ve a Jarczyk. No le entra miedo, pero la situación le resulta embarazosa porque va a tener que dar explicaciones. Jarczyk le golpea. «Por mi hija», dice, pero Telak ya no lo oye.

Sí, pero, en ese caso, ¿se habría acordado Jarczyk de limpiar sus huellas? ¿Sabría mentir tan bien? ¿Habría ido ella misma a descubrir el cadáver o más

bien habría esperado a que lo hiciera otro?

Segundo escenario. Telak cruza la sala. Piensa que nadie le ve, pero no es así. Kaim le está mirando y por segunda vez ese día nota un dolor agudo en el corazón. El campo entra en funcionamiento. Kaim piensa en su hermana muerta y en cuánto le queda a él de vida. Quiere detener a Telak. Quiere llegar hasta el final de la terapia, salvarse «a sí mismo». Pero Telak no quiere quedarse. Kaim insiste. Telak se niega, se dirige hacia la salida. Kaim le cierra el paso. Le golpea.

En este caso concreto, Szacki estaba seguro de que Kaim habría vuelto en sí rápidamente y habría limpiado todo y borrado las huellas. Y que habría sido capaz de mentir de manera convincente.

Tercer escenario. Telak piensa que nadie le ve, pero no es así. Kwiatkowska, su hija muerta, le observa desde un rincón de la sala. Como un espectro. Quizá esté pensando en todo lo que ha dejado de experimentar, tantos años de vida, tanta felicidad, tantos viajes, tantos hombres, tantos hijos. Todo eso lo ha perdido solo por ayudar a un hombre que ahora se marcha a escondidas. No le importa el sacrificio que ha hecho ella, le trae sin cuidado su muerte. «¿Por qué huyes, papá?», pregunta saliendo de la sombra. «No soy tu padre, colgada», le contesta Telak y trata de esquivarla. «¿Cómo puedes? Con todo lo que he hecho por ti», le recrimina Kwiatkowska. La pena y el dolor se mezclan en su interior con la ira. «¡Pero qué coño dices, si tú no has hecho nada! Anda a que te vea un médico», dice cabreado Telak.

Kwiatkowska le golpea.

La medicación empezaba a hacer efecto. Szacki se sintió un poco mejor y tuvo la bondad de dejar que Waters cantara «Bring the Boys Back Home» un poquito más alto. Llamó a Kuznetsov y puso rumbo a la comisaría. Quería hablar con él y de paso echarle un vistazo a la cartera del difunto. No creía que fuera a serle de utilidad, pero Telak era la clave de todo el caso, así que, cuanto mejor lo conociera, más probabilidades tendría de averiguar el móvil del autor. O el móvil del autor virtual, que se había apoderado de la personalidad de un extraño.

¡La leche! Todo esto parece un pelín jodido, se dijo Szacki mientras esperaba a que cambiara la luz del semáforo para poder girar de la calle Pruszkowska a la de Żwirko y Wigura.

3.

En la cafetería de la comisaría de la calle Wilcza, Kuznetsov pidió un café y un trozo de tarta de chocolate y nata, y Szacki un zumo de tomate. Ya había ingerido demasiada cafeína con los cafés y tés que se había tomado en casa de Rudzki. Le relató al policía los interrogatorios del día anterior y la visita al terapeuta.

—Qué pasada —dijo Kuznetsov intentando en vano cortar la tarta con el tenedor de manera que la nata no se escapara por todos lados—. O sea, que en cierto modo la mujer de Telak y su hijo son también sospechosos.

—Sospechosos no. Se trata más bien de que, si ellos tienen un móvil claro, la gente de la terapia se pudo guiar por ese móvil. Los interrogaré mañana, ya veremos.

—Si eso resultara cierto, entonces cualquier abogado de tres al cuarto sacaría adelante la defensa. Piénsalo: ves a un hombre por primera vez en tu vida, luego durante quince minutos finges ser su hijo, y por esa razón agarras un asador y se lo clavas en un ojo. Es decir, que tú como tú no tienes absolutamente ningún móvil.

Szacki asintió. También él lo había pensado. Le preguntó si habían conseguido sacar algo en claro en la calle Łazienkowska.

—Cero patatero. Aún tenemos que interrogar a un par de personas, pero no creo que consigamos ningún resultado. Llegaron el viernes, permanecieron aislados, no tuvieron contacto con nadie. La chica que les llevó la comida y fregó los cacharros habló dos veces con Rudzki. No vio a ninguno de los pacientes. El cura que les alquiló el local se encontró una vez con Rudzki, la conversación duró cinco minutos. Rudzki es miembro de la asociación de psicólogos cristianos, traía recomendación, el cura no tuvo dudas. Ahora lo lamenta y espera que cojamos al criminal. Una persona muy agradable, yo mismo hablé con él. Parece un onanista, como todos ellos, pero es bastante directo.

—¿Han echado algo en falta en la iglesia?

—Nada de nada.

—¿Y los guardias de seguridad?

—Calla, que si me río me atraganto. Un vejete de sesenta y ocho años que dormita delante de un televisor de media pulgada en la portería. Podría colarme allí por la noche con diez colegas, acribillar a todos los que nos encontráramos con una ametralladora, y aun así él habría jurado que todo había estado en calma, sin ruidos, y que no había visto a nadie. No hay señales de que alguien haya usado la fuerza para entrar, aunque es muy probable que la puerta estuviera abierta.

Szacki levantó las manos en un gesto de impaciencia y golpeó la mesa.

—Perfecto —gruñó.

—¿Qué pasa? —preguntó Kuznetsov levantando la voz.

—Pues pasa que, como de costumbre, habéis sacado en claro una mierda.

—¿Y qué tengo que hacer según tú? ¿Viajar atrás en el tiempo y obligarles a contratar a un vigilante más observador y a poner cámaras?

Szacki se cubrió el rostro con las manos.

—Perdona, Oleg, llevo un día horrible. Me duele la cabeza por culpa del doctor ese, no sé si no me habrá contagiado algo. Encima he olvidado por qué estoy aquí.

—Querías encontrarte conmigo porque me tienes cariño —Kuznetsov acarició el pelo blanco del fiscal.

—¡Quita, coño!

—Uuu, qué fiscal tan grosero.

Szacki se echó a reír.

—Últimamente me lo dicen a diario. Venía a mirar las cosas de Telak, en especial su cartera, y a decirte que hay que sacar las huellas del frasquito de somníferos e interrogar a la gente de Polgrafex. Enemigos, conflictos, inversiones fallidas, relaciones de trabajo. También hay que enseñarles las fotos de Rudzki y del trío fantástico. Rudzki estuvo allí una vez, deberían reconocerle, pero si conocen a alguno de los demás, entonces ya tendríamos algo. Yo se las mostraré a la viuda y al hijo. Lo mismo resulta que se conocen y todo.

Kuznetsov torció el gesto.

—Yo también lo dudo —Szacki contestó con una mueca similar y se terminó el zumo de tomate. Justo en ese momento recordó que como más le gustaba tomarlo era con sal y pimienta.

Solo había visto una vez la cara de Henryk Telak y había hecho cuanto estuvo en su mano para mirarla durante el menor tiempo posible, pero aun así podía afirmar que su hija guardaba un extraordinario parecido con él. Las mismas cejas pobladas ligeramente juntas, la misma nariz de base ancha. Ni una cosa ni otra han hecho nunca a una mujer más bella, por lo que la mujer que le miraba desde la fotografía le pareció muy normalita. Y también provinciana, cosa que sin duda le debía a las toscas facciones heredadas de su padre. En cambio el hijo de Telak daba la impresión de ser adoptado. Szacki no era capaz de señalar un solo rasgo que vinculara su aspecto de efebo con su padre y su hermana. Tampoco era especialmente parecido a su madre, a la que no se la veía ni transparente ni etérea, mientras que por lo observado en la foto se podía deducir que esos eran los rasgos principales de su hijo. Resulta sorprendente lo poco parecidos que pueden ser los hijos a sus padres.

Ni la chica ni el chico sonreían, a pesar de no tratarse de fotos de pasaporte, sino de dos fragmentos de una foto familiar tomada junto al mar, al fondo se veían olas. La fotografía estaba cortada por la mitad y el trozo en que salía Kasia estaba atravesado por una cinta de terciopelo negro. Szacki se preguntaba por qué habría cortado Telak la foto. Seguramente temía que la cinta negra diera a entender que ambos hijos habían muerto.

Aparte de eso, en la cartera estaba el carné de identidad y el permiso de conducir, donde se indicaba que Henryk Telak había nacido en mayo de 1959 en Ciechanów y que podía conducir motos. Unas cuantas tarjetas de crédito, dos de ellas con el rótulo «Business», seguramente para cuentas de la empresa. Una receta para Duomox, un antibiótico para la amigdalitis, creía recordar el fiscal. Un sello con la imagen de Adam Małysz; a Szacki le sorprendió descubrir que habían emitido un sello así. Un carné del videoclip Beverly Hills de Powiśle. Una tarjeta de puntos de BP. Otra de la red de cafeterías Coffee Heaven, casi llena: una visita más y el siguiente café le habría salido gratis a Telak. Unos cuantos tickets de compra descoloridos e ilegibles. Szacki hacía lo mismo: compraba algo, cogía el ticket para tener la garantía, la dependienta le aconsejaba amablemente que sacara una fotocopia porque acabaría perdiendo el color, él asentía, se guardaba el ticket en la cartera y se olvidaba. Dos resguardos de lotería primitiva y dos boletos rellenos a mano. Estaba claro que Telak creía más en la magia de las cifras que en los números elegidos al azar por una máquina. Y además, tenía sus

propios números de la suerte. Había una combinación idéntica en todos los resguardos y boletos: 7, 8, 9, 17, 19, 22. Szacki anotó estas cifras y, después de pensárselo un momento, apuntó el resto de las apuestas que Telak había hecho para el sorteo del sábado. Nadie había comprobado los resultados en el periódico del lunes y, quién sabe, igual Telak tenía seis aciertos. Szacki se avergonzó al pensar que podría quedarse el resguardo en lugar de dárselo a la viuda. ¿Podría hacer eso? Por supuesto que no. ¿O quizá sí? Un millón aproximadamente, a lo mejor más, no necesitaría trabajar el resto de su vida. A menudo se preguntaba si era verdad eso de que todos tenemos un precio. Por ejemplo, ¿por cuánto dinero estaría él dispuesto a suspender una investigación? ¿Cien mil, doscientos mil? ¿Al llegar a qué cifra empezaría a pensárselo en vez de decir directamente «no»?

4.

Henryk Telak no había acertado ni siquiera tres. Szacki logró encontrar un periódico del día anterior en la secretaría de la fiscalía y comprobó los números. Tres veces dos aciertos. Y de las «cifras de la suerte», solo el 22. Cogió también el *Rzeczpospolita* y leyó el artículo de Grzelka sobre el crimen, cosa que le reafirmó en su convicción de que ese periódico era capaz de convertir cualquier caso en un notición de la misma magnitud que la aparición en las tiendas de un nuevo tipo de margarina. Aburrido, aburrido, aburrido. A pesar de ello, no dejaba de arrepentirse de haber tratado a la periodista como lo había hecho. Tampoco podía olvidar su sonrisa cuando le dijo: «Es usted un fiscal muy descortés». Quizá no fuera su tipo, pero aquella sonrisa... ¿Debía llamarla? Después de todo, por qué no, solo se vive una vez, dentro de veinte años las periodistas jóvenes ya no querrían ir con él a tomar café. Llevaba diez años siendo fiel como un perro y no es que se sintiera especialmente orgulloso de ello. Al contrario, tenía la permanente sensación de que la vida pasaba y él estaba renunciando a su mejor aspecto.

Sacó del cajón la tarjeta de Grzelka, le dio vueltas entre los dedos durante unos instantes, tomó una decisión, puso la mano sobre el auricular y en ese momento sonó el teléfono.

—Buenos días, soy Ireneusz Nawrocki.

—Buenos días, señor comisario —contestó Szacki dejando a un lado la tarjeta, no sin sentir cierto alivio.

Nawrocki era un policía de la Comisaría Central de Varsovia, quizá el madero más original de la ciudad. Szacki le estimaba, pero no le caía bien. Habían trabajado juntos dos veces y ya el propio intento de sacar de Nawrocki información sobre lo que hacía, había hecho o planeaba hacer parecía en sí mismo una investigación. Nawrocki solía caminar por sus propios senderos, ninguno de los cuales pasaba junto a la fiscalía, cosa que a quien más molestaba era a Szacki, que quería controlar al detalle todas las etapas del procedimiento. Pero ambas investigaciones habían sido un éxito y

Szacki no podía sino reconocer que gracias al material recogido por el policía había preparado unas actas de acusación particularmente sólidas.

—¿Recuerda usted el cadáver que desenterraron en el jardín de infancia?

Szacki lo recordaba. Un caso muy conocido. Fue durante unas obras en el patio de un jardín de infancia de la calle Krucza para cambiar los columpios viejos por un pequeño parque de aventuras, un campo de juego, etcétera. Levantaron el terreno y se encontraron con los restos. Huesos; todos pensaron incluso que estarían ahí desde la guerra, desde la época de la Insurrección. Pero pronto se descubrió que se trataba de una alumna de octavo curso que estudiaba en un colegio adyacente al jardín de infancia y que había desaparecido en 1993. Dieron con todos sus compañeros de clase, con sus profesores, costó muchísimo trabajo. Naturalmente no valió para nada, porque pocos son los que recuerdan qué hicieron diez años atrás en la noche del día tal al día cual. Estaban las actas de la investigación sobre la desaparición, pero ese tipo de casos se conducen de una manera bien distinta, ciertas preguntas no se hacen. Al final, Szacki suspendió la investigación, porque no hubo forma de establecer el paradero de algunos amigos de la chica. La policía los estaba buscando, pero sin demasiado empeño. Sabía que Nawrocki seguía indagando en el caso, pero se permitió a sí mismo no rogar que le mantuviera informado. Sabía que, de todas formas, en cuanto encontrara algo llamaría al fiscal para pedirle que se reanudara la investigación.

—Pues el caso es que un señor llamó de forma anónima al 997 —explicó Nawrocki con voz monótona que le trajo a Szacki a la mente la imagen de un profesor universitario— y nos contó una historia muy interesante.

—¿De veras? —Szacki no creía en las historias anónimas.

—Nos contó que a Boniczka, así se llamaba la chica, Sylwia Boniczka, la violaron tres compañeros del mismo curso pero que iban a otra clase, uno de los cuales era repetidor. Recordará usted cómo fue la desaparición. Estuvo hasta tarde visitando a una amiga que vivía en la calle Poznańska, pero no regresó a su casa. Para volver tenía que pasar junto al colegio. Y frente a la escuela siempre hay tipejos merodeando a cualquier hora del día y de la noche, ya sabe. A lo mejor ya no, pero antes sí pasaba.

A Szacki le dio que pensar. Era cierto que no habían interrogado a los de otras clases y otros cursos, se fiaron de las actas de la primera instrucción, de las que no se podía inferir nada. El patólogo no fue capaz de establecer si la

chica había sido violada, así que la investigación se llevó a cabo como un caso de asesinato, no de violación. Por lo que recordaba, Boniczka no tenía contacto con alumnos de otras clases. Lo habrían comprobado en su momento.

—Ese «señor que llamó de forma anónima», ¿dio nombres? —Szacki no se molestó en disimular el tono burlón.

—No. Pero dio algunos datos más. Muy interesantes y, en mi modesta opinión, dignos de ser comprobados —continuó monótonamente Nawrocki—. Nos dijo que no la mataron los violadores. Que después de ser asaltada fue a hablar con su padre y él la mató y la enterró en el patio. Que no pudo soportar la vergüenza. Que no quería que la gente se enterase.

Teodor Szacki notó que se le entumecía la piel de la nuca y los hombros.

—Señor fiscal, ¿recuerda usted quién era el padre de Boniczka? —preguntó Nawrocki.

—Era el bedel del colegio —contestó Szacki.

—Exacto. Entonces, ¿no podría usted sacar el acta del armario?

—Por supuesto. Pero mándeme una confirmación por escrito de esta conversación. Intente encontrar a todos los repetidores de aquel curso que estuvieran en otras clases y presiónelos adecuadamente, yo después interrogaré al padre.

—Puedo hacerlo yo mismo, señor fiscal —sugirió Nawrocki.

Szacki titubeó. Tenía muchos asuntos por resolver, incluyendo un montón de papeleo, pero no quería ceder ante Nawrocki.

—Ya veremos —trataba de retrasar la decisión—. Primero comprobemos la teoría de la violación. Y una cosa más, comisario —hizo una pausa, pero no llegó ni siquiera un carraspeo desde el otro lado del teléfono—. Tengo la impresión de que no me lo ha contado todo.

Silencio.

—Ahora se puede verificar fácilmente quién llama al 997, no se tarda nada en hacerlo. ¿Seguro que no sabe quién llamó?

—¿Me promete que no influirá en la decisión que ha tomado?

—Se lo prometo.

—Bueno, pues comprobamos la llamada y resultó que era un señor de Łódź, incluso viajé allí para hablar con él —Nawrocki se calló. Szacki estuvo a punto de decir «¿y?»», pero se contuvo—. Y resultó ser un anciano muy agradable. Un vidente. Había leído una vez en el periódico lo de la chica y

tuvo un sueño sobre cómo ocurrió. Dudó si llamar, pero al final lo hizo. Sé lo que estará pensando, pero no me negaré que tiene pies y cabeza.

Szacki le dio la razón con desgana. Se fiaba de su propia intuición, pero no de la de los videntes jubilados que llamaban a la policía anónimamente. Lo que pasaba era que en este caso la visión del jubilado coincidía con una de sus teorías. Siempre le pareció que no era casualidad que hubieran encontrado a la chica en el patio del jardín de infancia, junto al colegio donde trabajaba su padre. Pero nunca había tenido el menor hilo suelto del que tirar. Además, le daba miedo que la teoría fuera cierta.

Nawrocki se despidió y el fiscal anotó: «Boniczka: actas, padre, espera a I. N.». Le tocaba ponerse a redactar el acta de acusación del caso Nidziecka, pero no se sentía inspirado. Debía sopesar la decisión de suspender dos investigaciones, pero no le apetecía. Debía numerar las actas del caso de cierto robo, pero le apetecía aún menos: había cuatro tomos de documentos. Absurdo papeleo. Debía llamar a Grzelka, pero no tenía valor.

Cogió la grapadora —una herramienta de trabajo básica para cualquier fiscal— y la colocó ante sí sobre el escritorio. Apartó los papeles para hacer sitio. Bien, pensó, pongamos que ese soy yo. Y esta, Weronika. Sacó una manzana del maletín, le dio un mordisco y la dejó frente a la grapadora. Y esta, Hela, se dijo colocando el móvil junto a la grapadora. Y mis viejos. Puso dos vasos de plástico a un lado, aunque también miraban claramente en dirección a la grapadora.

¿Qué conclusión se saca de esto?, se preguntó Szacki. Pues que todos me miran y todos quieren algo de mí. Y que no tengo espacio delante de mí. Y que soy un prisionero de mi propia familia, la escarpia de la que cuelga todo este puto apaño. O sistema, como lo llama Rudzki.

Había algo en aquellos objetos esparcidos sobre el escritorio que le intranquilizaba. Le daba la impresión de que no había colocado a todos. Añadió a su hermano, en forma de portaclips, pero su hermano estaba a un lado y realmente no tenía ninguna importancia. Una muerte, pensó Szacki, busca una muerte. Encuentra a alguien que pudiera haber dejado tras de sí una sensación de duelo. ¿Los abuelos? Más bien no, los cuatro murieron a una edad avanzada, les dio tiempo a despedirse de todos. ¿Quizá algún otro pariente? La madre de Szacki tenía una hermana en Wrocław, pero gozaba de buena salud. Su padre tenía un hermano menor que vivía en el distrito de Żoliborz. Un momento, un momento. Szacki recordó que su padre tenía otro

hermano menor que había muerto con apenas dos años. ¿Cuántos tenía entonces su padre? Cuatro o cinco. Sacó del bolsillo el paquete de tabaco, se lo pensó un instante y lo colocó junto a su padre, casi justo enfrente de la grapadora. Es más, su tío muerto le miraba directamente. A Szacki se le puso mal cuerpo. Siempre había pensado que sus nombres se los habían puesto por sus dos abuelos: Teodor por el paterno y Wiktor por el materno. Acababa de caer en la cuenta de que su tío muerto también se llamaba Wiktor. Qué raro. ¿Su padre le había puesto el nombre de su padre y también el de su hermano muerto? Quizá por eso sus relaciones habían sido y seguían siendo tan enrevesadas. ¿Y por qué el maldito tío muerto le miraba fijamente? ¿Tendría eso alguna consecuencia para él? ¿O para su hija? Hela también miraba en dirección al tío. Szacki tomó un trago de agua: de repente se le había secado la boca.

—Hola, si quieres podemos hacer una colecta para comprarte un juego de construcciones —por la puerta asomaba la cabeza del fiscal Jerzy Bińczyk.

Desde hacía dos años, que era el tiempo que se conocían, Bińczyk constituía todo un rompecabezas para Szacki. ¿Cómo se puede ser un holgazán y un arribista a la vez?, se preguntaba siempre que veía a Bińczyk, sus entradas en el pelo, su chaqueta arrugada y su corbata de un misterioso material chino. ¿Sería posible fabricar un PVC tan fino que se pudiera hacer un nudo con él?

—En vuestra casa las pasaríais canutas en invierno, ¿no? —dijo Szacki con un tono lastimero.

—¿Cómo? —Bińczyk frunció el ceño.

—Es que si poníais haces de paja en las puertas para que no se cerraran, debía de haber una corriente de la hostia.

Bińczyk se puso colorado. Furioso, asomó una mano y con todas sus fuerzas llamó a la puerta con los nudillos.

—¿Mejor? Me crié en la calle Hoża, así que déjalo estar.

—¿Ah, sí? ¿En el pueblo en que naciste también existe una calle Hoża tan pintoresca como la que hay aquí? —Szacki tenía ganas de desahogarse con alguien.

Bińczyk levantó los ojos.

—He oído que trabajas con nosotros en lo del material de la Estación Central.

—Quizá a partir del lunes.

—Genial, entonces esta semana podrías darle un repaso a las actas, encontrar un perito que estimara el valor de las drogas en el mercado y escribir una resolución para pedirle su opinión.

—El lunes de esta semana ya ha pasado. Me refería al lunes próximo.

—No seas cruel, Teo. Estamos saturados de trabajo, no nos va a dar tiempo, falta poco para que se termine la prisión preventiva, los supervisores nos presionan.

Así que eso es lo que te trae de cabeza, ¿eh?, pensó Szacki. Tienes miedo de no brillar en la Fiscalía Regional, de que no te recuerden como a esa persona competente que les vendría bien en crimen organizado, sino como al tío ese que no es capaz de cerrar una instrucción a tiempo. Igual vas a tener que quedarte hasta las cinco un par de días. No te preocupes, chaval, que sobrevivirás. Y tu coleguilla lo mismo. Malditos vagonetas, luego se quejarán a voces de que la fiscalía tiene mala prensa.

—Lo siento pero no voy a poder. Y la semana que viene tampoco sé si podré —dijo.

—No me fastidies, hombre —Bińczyk puso cara de niño consentido—. Por lo visto la bruja ya te lo ha notificado.

—Comentó que existía esa posibilidad.

—¿Te he dicho ya alguna vez que trabajar contigo es una pesadilla?

—No te preocupes. Me van a trasladar. Tendrás paz y tranquilidad.

—¿De verdad? ¿Adónde? —Bińczyk se animó visiblemente.

—A la junta de supervisión de la Fiscalía Regional. Dicen que quieren tener a alguien que controle las investigaciones en Śródmieście. Cada vez obtenemos peores resultados.

Bińczyk levantó el dedo corazón y salió. Szacki le contestó con el mismo gesto, pero cuando la puerta estuvo cerrada. Miró los objetos colocados sobre el escritorio, se sacó a sí mismo de la constelación —es decir, la grapadora— y se dejó sobre la repisa de la ventana.

—Es hora de que haya cambios —dijo en voz alta.

Grapó una grapa en la tarjeta de Grzelka y marcó el número. Ella le reconoció enseguida. Quedaron a las cinco en la cafetería Cava, en la esquina de Nowy Świat con Foksal. Cuando Szacki echó mano de las actas del robo todavía escuchaba la voz grave de la periodista diciendo lo agradablemente sorprendida que estaba. No dejó de sonreír ni siquiera cuando vio la nota pegada en la primera página: «La hoja de gastos, ¡no la olvides!».

5.

En la teoría todo resulta más fácil. Quedar con una chica a tomar café, así de simple. Es lo que hacen los hombres, ¿no? Sin embargo, Szacki se sentía como alguien que estuviera atravesando la inmensidad del Kazajistán profundo y de pronto le empezara a doler horrores una muela y supiera que la única salida es visitar a un dentista local. Temblaba ligeramente aunque no hacía frío, notaba un zumbido en el oído izquierdo y tenía las manos frías y húmedas. Se sentía como un payaso por ir vestido con traje y abrigo, cuando a su alrededor la gente como mucho llevaba puesta una cazadora encima de la camiseta.

Algo debía de haber pasado, porque en la avenida de Jerusalén se veía una interminable fila de tranvías parados y los coches que iban en dirección a Praga estaban atrapados en un gigantesco atasco. Pensó que Grzelka seguramente se retrasaría, porque esa era la ruta que ella tenía que seguir para llegar a la calle Nowy Świat desde la redacción del *Rzeczpospolita*. Mejor, el que espera siempre se encuentra en una situación más cómoda. Pasó junto a la antigua sede de la Agencia Polaca de Prensa, esperó a que cambiara el semáforo y cruzó la avenida. Cogió la publicidad que repartían unos estudiantes. No la necesitaba, pero Weronika le había enseñado a cogerla porque así ayudaba a personas cuyo trabajo no era sencillo ni estaba bien pagado. En la pared de Empik[7] había un cartel que anunciaba el nuevo Splinter Cell, el tercero ya. Uno de sus juegos favoritos, con mucho gusto volvería a meterse en el papel de Sam Fisher, un tío duro pero amargado.

Dejó atrás la legendaria cafetería Amatorska, cruzó corriendo Nowy Świat por donde no estaba permitido y llegó a la calle Foksal. La redactora Monika Grzelka ya le estaba esperando en la terraza del café. Enseguida le divisó y agitó la mano para avisarle.

—Veo que camina usted arrastrando los pies como hacen los jinetes[8] — le dijo cuando llegó a la mesa.

—Pero sin un manto con forro color sangre —contestó al tiempo que le

estrechaba la mano.

—¿El cruel quinto procurador de Śródmieście?

—No tema. Pienso que el pueblo de Varsovia preferirá liberar a una bella mujer antes que a Barrabás —no se podía creer que hubiera soltado tal idiotez.

Ella se rio sinceramente, pero Szacki solo sonrió a medias sin poder recuperarse del susto. ¿Y si hubiera escogido otra novela? ¿Una que él no conociera? Habría quedado más que en evidencia. Se sentó intentando mostrarse seguro de sí mismo y un poco indiferente. Dejó el abrigo sobre el respaldo de una silla. Miró a la periodista y se preguntó si el juicio que había hecho de ella el día anterior no sería demasiado injusto. Tenía una frescura y una energía que la hacían más atractiva. Con aquella blusa y la gema negra que adornaba su escote, estaba encantadora. Tenía ganas de piropearla.

—Bonita corbata —dijo Grzelka.

—Gracias —replicó él y pensó en contestar diciendo lo guapa que estaba con esa blusa, pero se calló. Tenía la impresión de que habría sonado como «oye, tronca, me gustaría clavártela de pie».

Ella pidió un capuchino y tarta de dulce de leche, él un café solo, no sabía qué dulce pedir. Le apetecía tomar tarta de merengue, pero temía hacer el ridículo si al intentar cortar un trozo el merengue saliera disparado por todas partes, de modo que tendría que dedicarle más atención a la comida que a la conversación. Pidió tarta de queso. Pero qué original eres, Teodor, se reprendió. Pide también un café soluble y un paquete de cigarrillos Sobieski y serás el típico fiscal de la República de Polonia.

No le preguntó por qué la había llamado, pero aun así él le explicó que se avergonzaba de cómo se había comportado el día anterior. Alabó su artículo, ante lo cual ella hizo una mueca: se daba perfecta cuenta de que no era el mejor texto que había escrito en su vida.

—No tenía suficiente información —dijo encogiéndose de hombros.

Después habló un poco de su trabajo, que le daba miedo no estar a la altura, que se ponía nerviosa ante los representantes de la policía, la fiscalía, los tribunales.

—Algunos de ellos pueden llegar a ser muy bruscos —suspiró en un acceso de sinceridad y se sonrojó.

Entonces sonó el móvil del fiscal. Miró la pantalla: era «Gata», es decir, Weronika. Dios santo, ¿cómo era posible que las mujeres tuvieran ese olfato?

¡Si la había llamado para decirle que llegaría más tarde! ¿La había llamado? Ya no estaba seguro. No contestó, apagó el teléfono. En fin, ya se inventaría algo luego.

Grzelka preguntó si había alguna novedad en el caso del crimen de la calle Łazienkowska, pero de inmediato le advirtió que no preguntaba como periodista sino por curiosidad personal. A Szacki le hubiera gustado contarle la verdad, pero juzgó que habría sido una imprudencia.

—Sí, pero no puedo hablar de ello. Lo siento.

Ella asintió con la cabeza.

—Tengo para usted otra cosa, digamos que es un regalo de disculpa.

—Pensé que el regalo era el café.

—Al contrario. El café en su compañía es un regalo para mí —Grzelka pestañeó de una manera graciosa que a Szacki le pareció encantadora—. Estoy escribiendo el acta de acusación en el caso de cierto asesinato, lo enviaremos al tribunal la semana que viene. Un caso muy interesante, me parece que podría ser un buen material adicional para escribir un texto sobre violencia doméstica.

—¿Quién es el asesino? ¿Él o ella?

—Ella.

—¿Algún detalle?

—Preferiría no contárselo ahora. No en una cafetería. Le daré el acta de acusación, todo está ahí escrito. Si después tuviera usted alguna duda, ya volveríamos a hablar —tuvo la impresión de que aquello había sonado tan indiferente como lo había imaginado y que ella no había notado el menor atisbo de esperanza en su voz.

—¿Eso se puede hacer así? —se extrañó.

—¿El qué?

—Darle a alguien el acta de acusación.

—Por supuesto, se trata de un documento público preparado por un funcionario del Estado. Un proceso comienza con un acta de acusación, la vista de la causa es pública, siempre y cuando el tribunal no decida lo contrario por los motivos que sean.

Charlaron un rato más sobre los procedimientos judiciales y fiscales, a Szacki le extrañó que le interesara tanto el tema. Para él eran arduas cargas burocráticas que hacían perder el tiempo sin necesidad alguna. En realidad, todo fiscal debería tener un asistente que se ocupara de esas chuminadas.

—¿Lee usted novelas policiacas? —preguntó ella de repente justo después de que pidieran una copa de vino para cada uno y un cenicero. Resultó que la chica fumaba y Szacki se alegró de que aún le quedaran dos cigarros ese día.

Sí, sí que las leía. Sus gustos eran en parte diferentes. A él le gustaban los tíos duros como Lehane o Chandler, a ella más los escritores que jugaban con el género, como Leon o Camilleri, pero en cuanto a las novelas de Mankell y Rankin coincidían al cien por cien. Pasaron la siguiente media hora contándose las aventuras del inspector Rebus. Cuando el fiscal miró la hora, recriminándose mentalmente por hacerlo, ya iban a dar las siete. Ella advirtió su gesto.

—No sé usted, pero yo me tengo que marchar ya —dijo la periodista.

Asintió. Se preguntó cuál de los dos debería proponer que se tutearan. Por un lado, ella era mujer, pero por otro él era unos diez años mayor. Una situación muy tonta. Quizá cuando se encontraran la próxima vez, se resolvería por sí misma. Cogió una tarjeta de visita de la chaqueta, garabateó en ella su número privado de móvil y se lo dio a la chica.

—Llámemme si tiene cualquier pregunta, no se lo piense, se lo ruego.

Ella esbozó una sonrisa pícara.

—¿De noche también?

—Cuando tenga cualquier pregunta —repitió recalcando las palabras y pensando al mismo tiempo en su móvil apagado y en cuántos mensajes le habría dejado ya Weronika.

—A decir verdad tengo una, personal.

Con un movimiento de cabeza, Szacki la animó a que la hiciera.

—¿Por qué tiene usted el pelo tan blanco?

Sí, era una pregunta personal. ¿Podía decirle la verdad? ¿Que fue a raíz de que a Hela le descubrieran una infección en la sangre a los tres años? Yacía medio muerta en una cama del hospital de la calle Niekłańska, con un gotero conectado a su enflaquecido cuerpecito, tan pálido que casi era transparente. Él y Weronika lloraban en el pasillo del hospital, abrazados, sin dormir, sin comer, esperando un veredicto. Ningún médico podía prometer que fuera a mejorar. Rezaron con fervor durante las largas horas de espera, aunque ninguno era creyente. Se durmió contra su voluntad y se despertó horrorizado por la idea de no haber estado despierto en el momento en que su hija hubiera muerto, de no haber podido despedirse de ella. Corrió con el corazón encogido hasta la sala donde estaba la pequeña. Vivía. Eran las siete de la

mañana, diciembre, noche cerrada. Vio su imagen reflejada en un espejo y soltó un grito sordo, porque su pelo se había vuelto completamente blanco de un día para otro.

—Es genético —contestó—. Empezó cuando iba al instituto. Me consuelo pensando que es mejor tener canas que ser calvo. ¿Le gusta cómo me queda?

Ella se echó a reír.

—Hmm. Sexy. Incluso puede que demasiado sexy. Hasta la vista, señor fiscal.

6.

—Tiene tres mensajes nuevos: «Hola, llámame»; «¿De qué vale tener un móvil si lo apagas o no lo llevas encima? Llámame cuando escuches el mensaje»; «Hola, adivina quién soy. Si estás vivo, cuando vengas compra pan y un paquete de tabaco para mí, que se me ha olvidado. Si no, visítame en un sueño y dime dónde guardas tu póliza de seguro».

Después de escuchar la última se rio. En tales momentos enseguida recordaba por qué se había enamorado de aquella chica, la única capaz de mirarle con lástima cuando él hacía el payaso en la universidad. ¿Hacía cuánto de eso? Diez años de casados, pero catorce desde que se conocieron. Más de un tercio de su vida. Casi la mitad. Increíble. A punto de que cerraran, poco antes de las nueve, entró en la tienda para comprar el pan y el tabaco. La dependienta, la misma que diez años antes, le sonrió. Por extraño que parezca, nunca habían cruzado más palabras que las habituales cuando se compra algo. Durante unos instantes estuvo tentado de decir algo más, al fin y al cabo se conocían desde hacía mucho, pero pagó en silencio y salió. Al llegar a casa se encontró en medio de un infierno.

—Papá, papá, ¿por qué no puedo celebrar mi cumpleaños en McDonald's?

—¿Y tú por qué no estás ya durmiendo? —replicó él muy sagaz.

—Porque mamá no me lo ha dicho.

—¿De verdad?

Se oyó el chirriar del sofá cama.

—Esta mocosa miente igualito que tú —gritó Weronika desde el salón.

Szacki miró a su hija, que estaba en el recibidor con cara de no haber roto nunca un plato.

—Yo nunca miento —susurró él.

—Yo tampoco —susurró Hela.

Weronika se acercó hasta ellos y miró impotente a la niña de cabellos castaños.

—Haz algo, después de todo eres su padre. Dile que se lave los dientes,

que se meta en la cama y que no va a celebrar su cumpleaños en McDonald's. Antes tendrá que pasar por encima de mi cadáver.

—Todos celebran su cumpleaños en McDonald's —dijo Hela.

—Me dan igual los demás —murmuró Weronika—. Y vosotros también. ¿Dónde te habías metido? —le preguntó a Szacki al besarle en la nariz a modo de bienvenida—. ¿Has bebido? —añadió frunciendo el ceño.

—He tenido que quedar con Oleg, he bebido té y zumo de manzana —mintió con naturalidad. Él mismo sufría la típica deformación del fiscal: tenía la sensación de que todo el mundo miente y procuraba descubrir en qué momento lo hacían. Pero también sabía que por lo general la gente se lo cree todo a menos que les digas sin rodeos que les estás mintiendo, o bien que sueltas idioteces absolutamente inverosímiles.

—Tendrías que habértelos traído aquí, hace mucho que no nos vemos. No sé qué es de Natalia.

Teodor Szacki colgó el abrigo y la chaqueta. Se quitó aliviado la corbata y los zapatos. A lo mejor debería acostumbrarme a ir al trabajo en camiseta y sandalias, pensó, sería mucho más cómodo. Hela seguía en el recibidor, con la cabeza agachada y los brazos cruzados a la altura del pecho. Su padre la levantó y la abrazó.

—¿Y si encontramos algún lugar fantástico? —dijo—. ¿Mil veces mejor que McDonald's, con una enorme zona de columpios? ¿Donde podáis corretear, saltar y de todo?

—No hay sitios así —le replicó Hela.

—Pero ¿y si lo encontramos?

—Me lo pensaré.

—Entonces, ¿te lavarías ahora los dientes y nos darías un poco de tiempo para encontrarlo?

Asintió en silencio, permitió que la dejara en el suelo y corrió hasta el baño. La pregunta era: ¿dónde iban a encontrar un parque de juegos en el que celebrar el cumpleaños de Hela por un módico precio?

Fue a la cocina, cogió una lata de cerveza de la nevera, la abrió y se paró junto a Weronika. Ella lo abrazó y murmuró:

—Estoy medio muerta.

—Yo también —dijo él.

Permanecieron callados, el silencio lo rompió la llegada de un sms.

—Es el tuyo —masculló Weronika.

Szacki fue al recibidor y sacó el móvil de la chaqueta. «Gracias por una tarde tan estupenda. Es usted un fiscal muy descortés pero muy agradable. MG.»

—¿Qué es? —preguntó Weronika.

—Publicidad. Manda cien mensajes y podrás ganar una taza. No sé, lo he borrado.

La última frase sí que era cierta.

Capítulo cuarto

Miércoles, 8 de junio de 2005

Argentina vence por tres a uno a Brasil en las eliminatorias para la Copa del Mundo de fútbol. Nace el primer bebé a cuya madre se le ha trasplantado parte de un ovario de otra mujer. El arzobispo Stanisław Dziwisz llega a Cracovia y anuncia que no quemará ninguno de los apuntes de Juan Pablo II. En Popowo se celebra la conferencia «Mujeres en prisión»; hasta un tercio de las presas cumplen condena por asesinato, cometido normalmente tras haber sufrido violencia doméstica. Un equipo de *home cinema* y diez mil zlotys se puede llevar quien señale a los autores de la masacre de cormoranes en la reserva natural del lago Jeziorak. Se crea un código de ética publicitaria para las compañías cerveceras polacas: no se podrán utilizar las imágenes de personas o personajes que tengan una influencia especial en los menores de edad. En Varsovia se celebra una gran gala con motivo del cincuenta aniversario del Palacio de la Juventud, parte del Palacio de la Cultura y la Ciencia; en la avenida Ujazdowskie se inaugura una estatua del general Stefan Rowecki «Grot», de seis metros y veinticinco centímetros de alto; y junto al museo de la antigua cárcel zarista y nazi de Pawiak es inaugurado un monumento en forma de olmo de bronce, árbol que se convirtió en el símbolo de la libertad para los presos. La policía desarticula una banda de delincuentes que se dedicaban a producir alcohol a partir de líquido de limpiaparabrisas; son incautados diez mil litros de bebida y hay dos personas detenidas. La temperatura máxima en la capital es de 13 grados, está nublado y llueve ligeramente.

1.

A Teodor Szacki siempre le sorprendía la cantidad de cadáveres que había apiñados en el Instituto de Medicina Legal de la calle de Oczko. Aparte de Telak, en las demás mesas de autopsias había otros tres cuerpos y cuatro más esperaban junto a la ventana sobre camillas. El aire se llenó de un olor a bistec tártaro sazonado con un sutil hedor a excrementos y vómito, señal de que habían estado inspeccionando intestinos y estómagos. Los «fríos cirujanos» que debían encargarse de Telak eran bastante jóvenes, el mayor rondaba los cuarenta, el más joven parecía haber terminado hacía poco los estudios. Szacki estaba de pie junto a la ventana. Nunca le habían entusiasmado las autopsias, aunque sabía que un buen anatomopatólogo era capaz de descubrir más pistas en un cadáver que todo el Laboratorio de Criminalística (del que tan orgullosos estaban en la Comisaría Central) en las huellas obtenidas en el lugar de los hechos. Aun así, deseaba acabar con aquello cuanto antes.

El médico veterano le dirigió una mirada burlona mientras se ponía los guantes de látex.

—¿Ha sido usted quien ha pedido que comprobemos si el fallecido se clavó él mismo el asador en el ojo?

Piedad, pensó Szacki, un patólogo gracioso no, por favor. Eso sería demasiado duro para comenzar el día.

—Tenemos que saberlo —contestó con tranquilidad.

—Una teoría muy ingeniosa —el médico sonrió con malicia y empezó a inspeccionar detalladamente el cuerpo.

Su ayudante tomaba las notas.

—No se observan cardenales ni en el tronco ni en las extremidades, tampoco heridas por incisiones, punzadas o desgarros ni orificios de bala — fue dictando el patólogo. Levantó con cuidado el párpado de lo que una vez fue el ojo de Telak—. Falta el ojo derecho, fragmentos de humor vítreo y de córnea visibles sobre la mejilla —introdujo el dedo en la cuenca y sacó los

restos de algo grisáceo. Szacki entornó los ojos para que la visión fuera más borrosa—. El hueso del fondo de la cuenca está machacado, hundido, probablemente mediante un instrumento punzante —levantó la cabeza del muerto y la escrutó, separando el pelo para verla mejor—. Aparte de eso, en la cabeza no se observan rastros de ninguna otra lesión.

»Solo de pensar en el próximo encargo me echo a temblar —le dijo el cirujano a Szacki y luego, con un movimiento seguro, hizo una incisión en forma de Y en el pecho y el vientre de Telak, recogió hacia arriba la piel y la sujetó bajo la barbilla del difunto; mientras, su ayudante «arrancaba la cabellera» del cráneo—. Veamos, quizá sea así: «Nos dirigimos a usted para pedirle que establezca si el difunto, al que se encontró con la cabeza cortada bajo un tranvía, pudo cortársela él mismo con una navaja para a continuación tumbarse sobre las vías y esperar a que llegara el vehículo».

—La gente hace todo tipo de cosas —el fiscal elevó la voz para que se le oyera por encima del ruido de la sierra mecánica con la que el patólogo joven estaba cortando el cráneo. Como de costumbre, llegado este momento tuvo ganas de salir de allí, no soportaba ese chasquido húmedo que se oía cuando abrían una cabeza. Se le revolvió el estómago al escuchar el odiado sonido. Igualito al que hace el fregadero cuando uno intenta desatascarlo.

Szacki temía que aún hubiera más bromas, pero los cirujanos se concentraron en su trabajo. El joven anudó algo en el interior del tronco, el veterano cogió un instrumento que se parecía enormemente a un cuchillo para pan y, con movimientos precisos, cortó los órganos internos de Telak y los colocó en una mesa supletoria que había a los pies del cadáver. Luego fue a examinar la cabeza.

—Bueno, las asaduras pueden esperar, ya las cortaremos. De todas formas ahí no hay nada. Vamos a ver esa cabeza —acercó al cráneo abierto una mesita de aluminio, sacó el cerebro gris rojizo de Telak con cuidado y lo dejó sobre una bandeja. Miró dentro del cráneo. De pronto frunció el ceño—. Esto debió de ser insoportable para él, quizá realmente se suicidó —dijo con voz seria. Szacki se aproximó dos pasos.

—¿Qué ha ocurrido? —preguntó.

El médico hurgó en el interior de la cabeza de Telak con la evidente intención de extraer algo que se resistía a ser sacado. A Szacki le vinieron a la mente escenas de la película *Alien*. El patólogo movió la mano como si quisiera girar una llave en una cerradura y poco a poco sacó la mano. Entre

los dedos sujetaba un preservativo desenrollado.

—Yo creo que tenía una obsesión. Que no podía seguir viviendo así. Pobre hombre... —bajó la cabeza pensativo, su ayudante se agitó tratando de contener la risa y Szacki se mordió un labio.

—Supongo que será consciente de que en el Código Penal hay un párrafo dedicado a la profanación de cadáveres —dijo fríamente.

El patólogo tiró el preservativo a la papelera y miró a Szacki de la misma manera en que miran los niños al mejor alumno de la clase, al ojito derecho de la profesora.

—¿Cómo hacéis para ser unos funcionaruchos tan estirados? —preguntó—. ¿Cursillos especiales o qué?

—Nos hacen test psicológicos durante los estudios —respondió Szacki—. ¿Va a continuar usted o tengo que llamar a la oficina y pedir dos días libres?

El médico no dijo nada. Examinó sin pronunciar palabra el interior de la cabeza y también el cerebro, detenidamente, para a continuación cortar en rodajas los órganos internos. Szacki reconoció el corazón, los pulmones, el hígado y los riñones. Trató de estar preparado para lo peor: los intestinos y el estómago. De nuevo tuvo una náusea. Tenía que haberme tomado un té en lugar de un café, pensó. Finalmente el cirujano inspeccionó el estómago. El aire se impregnó de un hedor tirando a ácido.

—Su cliente vomitó poco antes de morir —le dijo el médico al fiscal—. Y mucho.

Szacki pensó de inmediato en el frasquito de somníferos vacío que encontraron en su habitación.

—¿Podemos saber qué fue? —preguntó.

—¿Se refiere a si zanahorias o chuletitas? —el patólogo no pudo evitar la ironía.

—Me refiero a la toxicología.

—Claro que podemos, pero necesitamos una orden. ¿Tenemos que buscar de todo o una sustancia concreta?

—Una concreta.

—¿No sabe cuál? Podríamos rellenar ya mismo el impreso para toxicología. Así sería más rápido.

Szacki contestó que se enteraría mientras cosían el cuerpo.

—Vale —dijo el cirujano—. El cliente estaba sano, no hay cambios patológicos en los órganos internos. El corazón en buen estado, pulmones de

no fumador, no hay cáncer ni úlceras. Me gustaría estar así de bien cuando llegue a los cincuenta. La causa de la muerte es evidente, el cerebro ha sido dañado por un instrumento punzante. El asador atravesó la sustancia negra y el bulbo raquídeo, las partes más primitivas del cerebro, responsables de los procesos vitales básicos. Una puñalada perfecta. Murió al instante. Al lado de esto, un disparo en la sien provoca una muerte lenta y dolorosa. El asador cruzó el cerebro y se detuvo en el hueso occipital, se ve la señal por dentro. Es decir, que el golpe fue bastante fuerte, pero no tanto como para agujerear el cráneo.

—¿Pudo una mujer asestar un golpe como ese? —preguntó Szacki.

—Perfectamente. El hueso del cráneo es fino en la parte de la cuenca, no es necesario tener una gran fuerza para atravesarlo, y después lo demás es gelatina. Adelantándome a su siguiente pregunta, le diré que no resulta fácil dar una opinión acerca de la estatura del atacante, pero creo que no debía de ser ni muy bajo ni muy alto. Diría que hay un setenta por ciento de probabilidades de que fuera igual de alto que la víctima, pero esto solo se lo comento para que usted lo sepa, no puedo ponerlo en el informe.

—¿Pudo hacerlo él mismo?

El médico se lo pensó un momento. Detrás, el otro cirujano metía indiferente los órganos en el cuerpo abierto de Telak y rellenaba los espacios vacíos con bolas de papel de periódico.

—Lo dudo. Por un lado, sería el primer caso que conozco de alguien que se suicida de esta manera. Y no me refiero al asador, sino al hecho de clavarse algo en el cerebro a través del ojo. ¿Puede usted imaginarse algo así? Porque yo no. Y por otro, técnicamente hablando sería una acción complicada: el asador es largo, no es sencillo agarrarlo y aplicar fuerza. Pero se puede hacer. No puedo descartarlo al cien por cien.

Szacki le dio las gracias y salió un momento para llamar a Oleg y enterarse del nombre del fármaco.

—Trankiloxil. Sustancia activa: alfazolam. Pastillas de dos miligramos —leyó el policía en sus notas—. Por cierto, ya está la dactiloscopia.

—¿Y? —preguntó Szacki.

—En el frasquito aparecen las huellas de Telak y de Jarczyk. No hay ninguna otra.

2.

TRANSCRIPCIÓN DEL INTERROGATORIO DEL TESTIGO. Jadwiga Telak, nacida el 20 de noviembre de 1962, con domicilio en Varsovia en la calle de Karłowicz, con estudios superiores, no trabaja. Relación con las partes: esposa de Henryk Telak (la víctima). Nunca ha sido condenada por falso testimonio.

Habiendo sido avisada de su responsabilidad penal según el artículo 233 del C. P., declara lo siguiente:

He sido la mujer de Henryk Telak desde 1988. Fruto de esta unión nacieron dos hijos: Katarzyna en 1988 y Bartosz en 1991. Nuestra hija se suicidó en septiembre de 2003. Hasta ese momento la relación con mi marido fue buena, aunque naturalmente hubo momentos mejores y peores. Sin embargo, tras la muerte de nuestra hija nos alejamos mucho. Fingíamos que todo iba bien, pensamos que era lo mejor para Bartek, que entonces tenía doce años. Pero todo era un simulacro. Ya habíamos hablado de cómo separarnos de una manera civilizada, cuando Bartek enfermó. Es decir, enfermo ya estaba, pero entonces sufrió una crisis y después de hacerle unos análisis resultó que tenía una afección cardiaca mortal. Nos dijeron que si no ocurría un milagro o no conseguimos un trasplante, moriría en dos años. Fue una noticia terrible que, paradójicamente, nos volvió a unir. Juntos nos esforzamos por conseguir los mejores médicos y hospitales. Nos costó una fortuna, pero mi marido dirigía una imprenta y nuestra situación económica era holgada. Gracias a la enfermedad no teníamos tiempo ni para meditar sobre la muerte de nuestra hija, y eso era bueno. Pero Henryk se sintió abrumado por todo aquello. No podía dormir, se despertaba gritando, tomaba tranquilizantes. Bebía, aunque sin emborracharse. En otoño del año pasado apareció Cezary Rudzki y empezó una terapia con él. No recuerdo cómo se conocieron, creo que Rudzki tenía que solucionar algo en Polgrafex, si no

me falla la memoria. Al principio la terapia no surtió ningún efecto, pero después de algún tiempo, a los tres meses más o menos, mi marido se tranquilizó un poco. Seguía estando triste, pero ya no tenía ataques de pánico tan a menudo. Al mismo tiempo, la salud de nuestro hijo mejoró algo gracias a un tratamiento en una clínica alemana y teníamos la esperanza de que pudiera vivir más tiempo y conseguir un corazón. Esto fue en febrero. Mi esposo seguía yendo a la terapia, así que no me extrañé cuando me dijo que quería tomar parte en una terapia de grupo de dos días. Incluso me alegré porque podría estar dos días sola. No estoy segura, pero creo que el domingo antes de esa sesión se encontró con Rudzki. El jueves ya no tuvo su cita semanal y el viernes fue a la calle Łazienkowska directamente desde el trabajo. Llamó por la tarde, dijo que debía apagar el móvil y no podría hablar conmigo, y que nos veríamos el domingo. Le deseé buena suerte. El domingo por la mañana llamó la policía. El sábado por la tarde lo pasé en casa con mi hijo. Bartek iba a salir con sus amigos, pero empezó a dolerle la cabeza y se quedó. Yo vi la televisión hasta tarde, hasta la medianoche, vi una película policiaca en TVN. Bartek estuvo jugando a las carreras de coches en el ordenador.

Teodor Szacki lamentó que no hubiera dos apartados más en los formularios de transcripción de interrogatorios. Las informaciones incluidas en ellos no podrían servir como pruebas directas o indirectas en un caso, pero serían muy valiosas para quienes continuaran o retomaran la investigación. En primer lugar, la descripción de la persona interrogada; en segundo, la opinión subjetiva del interrogador.

Enfrente de Szacki estaba sentada una mujer de cuarenta y dos años. Se cuidaba, era delgada, alta, de una belleza clásica. A pesar de ello parecía vieja y atormentada. ¿Sería a causa de la muerte, que había irrumpido en su casa con tal violencia? Primero la hija, después el marido, seguramente pronto el hijo. ¿Cuánto tardaría en desaparecer ella misma? Hablaba sobre sus tragedias sin la más mínima emoción, como si relatara el capítulo de una serie en lugar de su propia vida. ¿Dónde estaba ese odio que Szacki había visto en la grabación hecha por Rudzki y sobre el cual le hablaron los participantes en la terapia? Un odio que, de forma mágica, pudo empujar a un extraño a cometer un asesinato. ¿Sería posible que el dolor la hubiera dejado en tal estado? Y de todas formas, ¿pudo aparecer algún tipo de dolor por el

fallecimiento de su esposo, si tanto lo odiaba y tanto deseaba su muerte?

—¿Conoce a Cezary Rudzki en persona? —preguntó Szacki.

La mujer lo negó con un movimiento de cabeza.

—Conteste con frases completas, por favor.

—No, no conozco al señor Rudzki. Nunca lo he visto. Si exceptuamos la foto que hay en la solapa del manual de psicología que tengo en casa.

—¿Y conoce a Barbara Jarczyk, a Hanna Kwiatkowska o a Euzebiusz Kaim?

—Esos nombres no me dicen nada —contestó.

El fiscal le mostró unas fotos, pero la mujer no reconoció a ninguno de ellos. Mirada vacía, cero emociones. Szacki buscaba un modo de sacarla de esa actitud. Si estaba interpretando, no sería fácil.

—¿Por qué se suicidó su hija?

—¿Es esto necesario?

—Discúlpeme, pero esto no es una charla informal, es el interrogatorio de un testigo en un caso de asesinato.

Asintió con la cabeza.

—Me pregunta usted por qué. Nadie lo sabe. ¿Por qué una chica de quince años decide atiborrarse de fármacos? No creo ni que el mismísimo Dios pudiera responderle a esa pregunta. Cuando mi hijo la encontró...

La voz se le quebró y se calló.

—Cuando mi hijo la encontró —dijo al cabo de un rato— pensamos que había sido un accidente. Era por la mañana, no había bajado a desayunar. Le grité que se levantara porque iba a llegar tarde a clase. Yo estaba un poco enfadada porque había quedado con una amiga que había venido desde Poznań y no quería que estuviera esperando. Le dije a Bartek que fuera a buscarla. Por supuesto me hizo una mueca como dando a entender que le utilizaba. Pero fue. Le oí cantar mientras subía las escaleras: «Arriba, pedazo de vaga, échale unas poquitas de ganas». Les preparé unos bocadillos y la mayonesa me salpicó los pantalones. Estuve a punto de montar en cólera porque eran los pantalones con los que iba a salir, con otros la blusa no habría hecho juego, problemas de mujeres que tiene una. Quise limpiar la mancha con agua para secarlos después con el secador. Se me había hecho muy tarde. Y justo estaba frotando con papel de cocina mojado el sitio donde había caído la mayonesa, cuando volvió Bartek. Le miré y sin preguntar nada subí corriendo a la habitación.

Cerró los ojos. A Szacki se le había secado la boca y el despacho le pareció pequeño y oscuro. Hela tenía siete años. ¿Era capaz de imaginársela con quince y que un día no bajara a desayunar y él subiera a sacarla de la cama todo cabreado porque no quería retrasarse? Sí, claro que era capaz. De igual forma que la veía a menudo pálida, muerta, víctima de algún imbécil o simplemente del azar. O tumbada sobre una mesa de autopsias en la calle de Oczko: su cráneo se abre con un sonoro chasquido. «Bueno, las asaduras ya las cortaremos después.»

Notó que se quedaba sin aliento. Se levantó y sirvió agua sin gas en dos vasos. Uno lo dejó delante de la viuda. Ella le miró.

—Yo también tengo una hija —dijo el fiscal.

—«También» no: usted sí que la tiene —le replicó. Bebió un poco de agua y siguió su relato—. No sabría decirle qué ocurrió después. Recuerdo que pensamos que se trataba de un accidente. Una enfermedad, un infarto, un derrame, esas cosas también les pasan a los jóvenes, ¿verdad?

Szacki contestó que sí. Se esforzaba por escucharla, aunque ante sí seguía teniendo la imagen de órganos cortados que eran introducidos en un vientre junto con papel de periódico o algodón.

—Pero el médico nos dijo la verdad. Más adelante encontramos la carta. En ella no hay nada, al menos nada que le pueda servir. Algunas frases vagas, ninguna explicación de por qué tomó esa decisión. Recuerdo la forma de cada una de las letras escritas en esa hoja que había arrancado del cuaderno de Lengua. Primero «Queridos» con letras grandes y adornadas, y con signos de exclamación. Debajo: «No os preocupéis». Punto. «Os quiero a todos, pero a Ti, Papá, al que más.» Punto. «Ti» y «Papá» con mayúsculas. Un adorno que se parece al símbolo del infinito dibujado con rotulador rojo. Y la última frase: «Nos veremos en Nangijala». Sin punto. Al final del todo: «Varsovia, 17 de septiembre de 2003, 22:00h». Igual que si fuera una carta oficial. Hasta puso la hora.

—¿En Nangijala? —preguntó el fiscal.

—Es un mundo imaginario adonde se va tras la muerte. Es de un libro de Astrid Lindgren. Si no lo conoce, cómprelo y léaselo a su hija. Es un cuento bonito. Aunque a mí personalmente no me apasiona.

—¿Cómo lo encajó su marido?

Ella le miró con frialdad.

—Entiendo que me esté interrogando por ser testigo en un caso de

asesinato, pero le agradecería que redujera al mínimo el número de preguntas estúpidas —murmuró—. Lo encajó muy mal, por supuesto. Estuvo a punto de morir, pasó dos semanas en un hospital. ¿Qué habría hecho usted? ¿Se habría llevado a su mujer de vacaciones?

Sacó un cigarrillo y lo encendió. Szacki le acercó una taza para que pudiera echar la ceniza y dio gracias al destino por haber tenido que sustituir a su compañera de despacho. Ciertamente la pregunta era estúpida, pero al menos estaba logrando que empezara a pasar algo.

—¿Se sintió culpable?

—Por supuesto —se encogió de hombros—. Y yo también. Sigo sintiéndome culpable. Cada día pienso en la cantidad de cosas que debimos de hacer mal para que llegara a ese extremo. Varias veces al día.

—¿Culpó usted a su marido por la muerte de su hija?

—¿Qué pregunta es esa?

—Una pregunta sencilla. En la carta escribió que quería sobre todo a su padre. ¿Quizá su relación era más íntima? ¿Quizá encontró usted en él la causa del suicidio de su hija?

Ella apagó el cigarrillo, entornó los ojos e inspiró profundamente. Cuando volvió a mirar a Szacki, el fiscal a punto estuvo de tener que agacharse en la silla para que no le atravesara la mirada.

—Perdone por el vocabulario, pero ¿qué cojones está usted insinuando? ¿Qué piensa esa jodida cabeza suya de funcionario mal pagado cuando habla de «relación íntima»? Y le ruego que transcriba palabra por palabra lo que estamos diciendo ahora. Si no, no firmaré ni en la página donde están mis datos personales.

—Será un placer —en lugar de echarse para atrás, se inclinó aún más sobre el escritorio sin dejar de mirarla a los ojos, fríos como el Báltico en junio—. Pero haga el favor de contestar primero a la pregunta en vez de insultarme.

—Mi difunto marido y mi difunta hija se entendían a la perfección. Mejor que nadie en esta familia. A veces tenía celos, me sentía excluida. Era increíble, como si cada uno pudiera leer los pensamientos del otro. Cuando iban juntos a navegar a algún lago, solo mandaban una postal. Cuando yo me llevaba a los chicos de vacaciones, Kasia me hacía llamar a su padre a diario. Ya sabe usted cómo es esto. Siempre se dice que a todos los hijos se los quiere por igual y los niños también repiten eso de que quieren a sus padres por igual. Pero no es verdad. En nuestra familia, a quien más quería Kasia era

a Henryk y Henryk a Kasia. Y cuando Kasia se suicidó, la mitad de Henryk murió. Su asesino, más que matarle, lo que hizo fue rematarle. Si por un casual logra usted encontrarlo, quizá podría pedir para él una pena menos severa, porque no mató a un hombre, sino a un semicadáver.

La última palabra la dijo en un tono tal que a Szacki le entró un escalofrío. No quería seguir con esa conversación, pero tampoco podía dejarla.

—Comprendo —dijo con amabilidad—. Y ahora conteste a la pregunta, por favor.

—¿A cuál?

—Si culpó usted a su marido por la muerte de su hija.

Ella encendió otro cigarro.

—Nadie tenía tanta confianza con ella como la tenía él. Nadie la conocía ni la entendía mejor. ¿Cómo es posible que no fuera capaz de preverlo? A menudo me lo preguntaba cuando le veía arrodillado junto a su tumba. ¿Contesta esto a su pregunta?

—Digamos que sí —aceptó cortésmente la respuesta y le relató a grandes rasgos cómo había sido la terapia en la calle Łazienkowska. Cuando terminó, el rostro de la mujer parecía una máscara mortuoria: no se veía en él ninguna emoción.

—No éramos una pareja ni ideal ni feliz y muchas veces pensé que no me habría importado que Henryk hubiera encontrado a alguien y me hubiera dejado. Pero eso que me cuenta usted... La verdad, nunca había escuchado unos disparates tan horribles. ¿Que mi hija se suicidó y mi hijo tiene una enfermedad mortal porque Henryk no asistió al entierro de sus padres? ¿Se escucha usted cuando habla? ¿Que supuestamente yo sabía todo eso y deseaba que él muriera? ¿Y qué ocurrió entonces? Que una mujer de la terapia se sintió yo de tal manera que agarró ese «instrumento punzante» del que hablan ustedes, o sea, un asador de cocina, cosa de la cual me enteré por la prensa, y se lo clavó a Henryk en la cabeza. ¿Conocen sus superiores todas estas ideas suyas?

Encendió otro cigarrillo más. Szacki también sacó uno. El primero.

—Le ruego que me comprenda. Un asesinato no es el robo de una radio en un coche. Debemos estudiar minuciosamente cada pista.

—Si dedicaran los mismos esfuerzos a perseguir los robos de radios, quizá habría menos.

En su interior Szacki opinaba lo mismo que ella. Pensó que no tenía

sentido insistir en el tema de la terapia. A lo mejor más adelante, cuando tuviera más información. Le preguntó con delicadeza acerca de los posibles enemigos de su esposo, pero negó que los tuviera.

—Si he de serle sincera, era bastante soso —comentó—. Las personas así rara vez tienen enemigos.

Curioso. Era la segunda ocasión en que le decían eso y también en esta tenía la sensación de que le mentían.

—¿Puedo llevarme ya a mi marido del depósito? —preguntó cuando iba a salir, después de haber leído con atención la transcripción y haberla firmado. Antes Szacki había tenido que añadir al final del documento la habitual fórmula «Esto es todo lo que tengo que declarar sobre este asunto» y pensó que no necesariamente se ajustaba a la verdad.

—Sí, cuando desee, atienden todos los días de ocho a tres, hay que llamar antes y pedir cita. Le aconsejo que se lo encargue a su funeraria. Perdona mi sinceridad, pero después de una autopsia la persona queda más muerta que antes de la autopsia, si eso es posible —recordó que Kuznetsov le había dicho una vez que en la calle de Oczko no había en absoluto una atmósfera de muerte, sino tan solo una atmósfera de morgue—. Es mejor que primero lo visiten personas que se dedican a eso, lo arreglen y lo pongan en un ataúd. Usted de todas formas tendrá que identificar a su marido antes de que cierren el ataúd y se lo lleven del laboratorio forense. Son las normas.

Ella inclinó la cabeza a modo de saludo y salió. A pesar de abandonar la habitación como una mujer atormentada llena únicamente de dolor y tristeza, Szacki recordó los insultos que había dedicado a las ideas que surgían en su «jodida cabeza de funcionario». Si en ese momento hubiera empezado a amenazarle, se habría asustado.

3.

Miró el reloj. Las doce. A la una tenía que venir el hijo de Telak, por fortuna su madre no había insistido en estar presente en el interrogatorio. Teóricamente tenía derecho, en la práctica se hacía uso de él solo en los interrogatorios de niños, no en el de quinceañeros grandotes. Tenía una hora. Vaya rollo. Si tuviera dos, podría escribir el plan de la investigación; si tuviera tres, el acta de acusación del caso Nidziecka. Pero así, no le apetecía empezar nada. Volvía a sentirse cansado. Y encima no le abandonaba la sensación de que se le había pasado por alto algo capital. Que poseía una información, quizá ya registrada en las actas, en la que no había reparado. Debería leer atentamente todo el material recogido hasta ese momento. También debería preguntar si alguien conocía algún local con «piscina de pelotas» donde celebrar el cumpleaños de Hela. Y por cierto, vaya una maldita moda. En sus tiempos todos se reunían en casa del que celebraba el cumpleaños y lo pasaban bien. «¿En mis tiempos?» ¿De verdad había pensado esa frase? ¿En serio era ya tan viejo?

Se preparó un café.

Le echó un vistazo al periódico.

Vaya mierda de noticias. Kwaśniewski le pedía a Cimoszewicz que se presentara a presidente. ¿Para qué escribían de cosas tan aburridas? Szacki creía que debería haber una ley que prohibiera informar todos los días sobre política. Con un artículo de dos columnas una vez al mes sería suficiente.

Los políticos vivían aislados en su mundo, convencidos de que todo el tiempo hacían cosas enormemente importantes sobre las que debían hablar sin falta en las conferencias de prensa. Después estaban los sobreexcitados comentaristas políticos, que les reafirmaban en su convencimiento de ser gente importante y que también creían en el peso de los acontecimientos, seguramente para así racionalizar su propio trabajo, carente de sentido. Pero a pesar de los esfuerzos de ambos grupos y de los bombardeos masivos de los medios con noticias triviales presentadas como trascendentes, la nación

entera los tomaba por el pito del sereno. En invierno Szacki se había ido de Varsovia con Weronika y Hela durante dos semanas, aprovechando las vacaciones escolares. Durante ese tiempo no leyó ningún periódico. Cuando volvió todo seguía igual que antes. No había ocurrido absolutamente nada. Sin embargo, cuando miró la prensa resultó que todos los días se había hundido el mundo, el gobierno había caído, la oposición se arrancaba los cabellos, la Agencia de Seguridad Interna se desacreditaba, las encuestas arrojaban cada hora un resultado distinto, en las comisiones parlamentarias se hablaba hasta matar de aburrimiento, etcétera. Efectos: ninguno.

Entró Maryla.

—De la Fiscalía Regional —dijo, puso sobre el escritorio un documento y se marchó sin decir palabra.

Szacki lo leyó, soltó un taco, cogió el café y salió volando del despacho. Adelantó a toda velocidad a la secretaria, que aún no había llegado a su mesa, llamó a la puerta de Chorko y entró sin esperar a que le dieran permiso.

—Buenos días, fiscal —le miró por encima de las gafas, sin despegar las manos del teclado del ordenador.

—Buenos días. Por tercera vez me han rechazado el borrador del sobreseimiento del caso Sienkiewicz —dijo dejándole delante el documento de la regional.

—Lo sé.

—Es absurdo. Si escribo el acta de acusación, el tribunal no solo los declarará inocentes, sino que encima se burlará de nosotros. Y esos chupatintas lo saben de sobra. Les interesan única y exclusivamente las estadísticas: enviar un acta de acusación y olvidarse del asunto, ya se preocupará de ello el tribunal —Szacki trataba de mantener la sangre fría, pero el tono de resentimiento de su voz era perfectamente audible.

—Sí, fiscal, lo sé —le volvió a decir Chorko.

El caso del crimen de Sienkiewicz era el del típico asesinato entre borrachos en Śródmieście. Eran tres cuando empezaron a beber y dos cuando se despertaron: el tercero tenía un tajo en el cuello que le impedía volver a la realidad. En el cuchillo había huellas de los tres. Los que quedaron vivos aseguraron ambos que no recordaban absolutamente nada; además, ellos mismos habían llamado a la policía. Estaba claro que uno de los dos era el asesino, pero no se sabía cuál, ni siquiera había pruebas circunstanciales que permitieran señalar al culpable. Y a los dos no se los podía acusar. Una

situación ridícula. Hay un asesino pero es como si no lo hubiera.

—¿Se da usted cuenta de que si los acusamos a los dos el abogado más tonto los sacará del apuro? Y si lo echamos a suertes y acusamos solo a uno, entonces ni siquiera necesitará abogado. Lo declararán inocente a las primeras de cambio.

Chorko se quitó las gafas, que usaba únicamente para escribir en el ordenador, y se arregló el flequillo. Parecía que le habían trasplantado los rizos de un caniche.

—Señor Szacki —dijo—. No solo me doy cuenta de eso que me comenta, sino también de que la fiscalía tiene una estructura jerarquizada. Lo cual significa que, cuanto más arriba se asciende en la jerarquía, más cerca se está de nuestro jefe, que por lo general es... —señaló a Szacki para que él terminara la frase.

—Un subnormal con un cargo político al que han enviado aquí para ganar puntos para sus colegas en las encuestas.

—Exacto. Pero no se lo diga a la prensa si no quiere acabar sus días en el departamento de correspondencia general. Y por eso nuestros muy diligentes colegas de la Fiscalía Regional... —volvió a señalar a Szacki.

—Se huelen un cambio de guardia y por si las moscas quieren ser más radicales, intransigentes y duros que el huevo del que salieron los Kaczyński.

—Y si lo comprende todo tan bien, señor Szacki, entonces ¿por qué viene aquí a montarme un escándalo? No soy su enemigo. Simplemente soy consciente de que si de vez en cuando no agachamos la cabeza, nos quitarán de en medio y vendrán a sustituirnos personas mediocres pero leales. ¿Cree usted que eso es lo mejor para este pintoresco lugar, la fiscalía del distrito de Śródmieście?

Szacki, ya sentado, cruzó las piernas, se arregló la raya del pantalón y suspiró profundamente.

—Le voy a confesar algo —le dijo a Chorko.

—¿Picante?

Szacki no sonrió. Janina Chorko era la última mujer del planeta con la que se pondría a flirtear.

—Hace una semana me llamó Butkus.

—¿Ese mafioso lituano?

—El mismo. Han fijado la fecha del juicio para dentro de dos meses. Me dijo que no me guarda rencor y que si, por ejemplo, me daba por cambiar la

toga de fiscal por la de abogado, él estaría dispuesto a pagarme veinte mil zlotys solo por el hecho de hacerme cargo de la defensa, diez mil por cada aplazamiento y otros cincuenta mil por la absolución.

—¿Podría usted con ello?

Chorko se puso cómoda sobre su butaca y se desabrochó un botón de la blusa. Szacki empezó a sudar, o eso le pareció. ¿Estaba ocurriendo todo eso de verdad?

—Naturalmente. Yo fui quien llevó la investigación antes de que me la arrebataran las estrellas de la regional y ayudé a redactar el acta de acusación.

—Me refería a otra cosa. ¿No tendría remordimientos si se pasara al otro lado de la barricada?

Durante un momento Szacki se quedó sin palabras. Vaya una pregunta. Si fuera capaz de dar ese paso, hacía mucho que habría tomado la decisión. ¿Qué lo retenía, aparte de la fe infantil en la estrella del sheriff? Tenía una paga de funcionario. Recibía el mismo salario un fiscal de la zona centro de Varsovia que de un pueblucho perdido en el este de Polonia. No había extras. Estaba prohibido por ley cualquier tipo de remuneraciones adicionales que no fueran las obtenidas por dar conferencias, para las cuales necesitaban un permiso especial, suponiendo que alguien tuviera la poco habitual idea de proponerle a un fiscal que diera una. Las horas de trabajo no estaban reguladas, lo que en la práctica significaba sesenta horas semanales. Por si fuera poco, debía asistir a las disecciones de cadáveres y llevar a cabo cualquier encargo de sus numerosos superiores sin rechistar. En toda la fiscalía había más jefes y encargados que directores de empresas estatales en el país. La sociedad pensaba que el fiscal era el tío malvado que ponía en libertad a los delincuentes atrapados por la buena policía. O como mucho el tío malvado que ha montado tal follón con el papeleo que el tribunal se ve obligado a soltar al delincuente. Por su parte, los tarugos del Parlamento estaban convencidos de que contaban con un ejército privado para hostigar a sus adversarios políticos. Ya te digo, un trabajo cojonudo, pensó con amargura. Mereció la pena empollar durante los estudios.

—Esa barricada tiene más de dos lados —contestó con una evasiva; no deseaba contarle todo aquello a su jefa.

—Por supuesto que sí, fiscal. Puedo imaginármelo a usted en una asesoría jurídica, preparando cartas con avisos legales o preguntándose si merecería la pena acosar a algún deudor más para conseguir un beneficio extra.

Chorko empezó a jugar con el cuello de su blusa. Ya solo faltaba que se inclinara y que Szacki tuviera que verle el escote. Cosa de la que no tenía la menor gana.

—Todos tenemos facturas que pagar —dijo encogiéndose de hombros.

—Bueno, al grano. ¿Va usted a escribir esa acta de acusación? Quizá podríamos llegar a un arreglo. No los acuse de asesinato, sino de no prestar ayuda. Siempre es algo. Ya veremos qué hacen con eso.

Asintió no muy convencido. Ya se le había pasado por la cabeza esa opción.

—Le aviso que no será un acta de acusación ni excepcionalmente larga ni excepcionalmente convincente.

—La firmaré de todos modos. Le recuerdo que aún falta el plan de investigación del caso Telak y el acta de acusación del caso Nidziecka.

Volvió a asentir y se levantó.

—Ha sido un placer charlar con usted, fiscal —comentó Chorko y sonrió radiante.

A Szacki le vinieron a la mente los personajes de los cuadros de Brueghel. Contestó con una insegura media sonrisa y salió.

Bartosz Telak esperaba sentado en una pequeña silla junto a la puerta de su despacho, jugaba a algo en el móvil.

4.

Le gustaba ir a la sauna del club Warszawianka en las horas centrales del día, cuando no había allí gentíos insoportables y se podían utilizar todas las instalaciones tranquilamente. Estuvo sentado en el banco más alto de la sauna seca durante mucho rato, hasta que empezó a ver chiribitas y cada respiración le quemaba la tráquea. Al final salió, colgó la toalla en una percha y entró desnudo en una gran cuba llena de agua helada que había en medio de la habitación. Millones de agujitas se le clavaron en el cuerpo. Hundió la cabeza y solo entonces gritó. ¡Fue magnífico! Permaneció un rato más en el agua fría, luego salió, se envolvió en la toalla y se echó en una tumbona del jardín. Igor le dio una botella de zumo de naranja frío. Sí, hay momentos en que un hombre lo único que necesita es un poquito de calor, un poquito de frío y un poquito de zumo de naranja. Los chicos del Pacto de Varsovia —por los que en realidad no sentía ninguna simpatía— sabían lo que hacían cuando construyeron allí esa estupenda piscina.

Cerca de ellos había una parejita de veinteañeros que estaban tumbados tan cerca uno de otro que si se acercaran un milímetro más, estarían manteniendo una relación sexual en un lugar público. Susurraban y se reían a pleno pulmón alternativamente. Los miró con hostilidad. La chica no estaba mal, aunque estaría mejor si se pasara el cortacésped por las axilas y fuera un par de veces a hacer aerobio. El chico, poca cosa, como todos los de su generación. Bracitos finos, piernas finas, menos barba que el culo de un bebé y el tórax de un tuberculoso.

—Deberían subir los precios —le dijo a Igor en un tono lo suficientemente alto como para tener la seguridad de que la joven parejita lo hubiera escuchado—. Porque tal y como están ahora, la chusma puede pasarse aquí horas y horas.

Igor asintió dándole la razón. La parejita al principio se quedó callada, luego el chico susurró algo y la chica se echó a reír como una idiota. Le entraron ganas de levantarse y soltarle un puñetazo en los morros, pero

decidió no hacerles caso.

—Bueno, parece que con Henryk no va a haber problemas, ¿no? —le preguntó a Igor.

—Creo que no debemos preocuparnos —contestó el otro—. Szacki iba a redactar hoy el plan de la investigación, así que pronto sabremos más cosas.

—¿Cuándo lo recibiremos?

—Esta noche —le respondió Igor, como si recibir una copia de todos los documentos internos de todas las fiscalías de Polonia fuese lo más normal del mundo.

—Perfecto —dijo el presidente, y tomó un buen trago de zumo. Le gustaba que todo a su alrededor sucediera de forma previsible e ideal.

5.

Kuznetsov tenía un hijo de la misma edad que Bartosz Telak y últimamente solo se refería a él usando la palabra «animal».

—A veces me dan ganas de poner una cerradura en la puerta de nuestro dormitorio —decía—. Se ha hecho enorme, lleva greñas, se mueve como un tigre en una jaula. Le cambia el humor cada diez minutos, tiene más hormonas en la sangre que esteroides un atleta. Cuando discutimos por la noche, pienso: «¿Vendrá armado con un cuchillo o no vendrá? Y si viene, ¿podré con él?». No es que yo sea un enclenque, pero es que a él no le falta de nada.

Tales comentarios solo podían ser una prueba de que Kuznetsov estaba como una regadera. Una mente enferma y los muchos años de trabajo en la policía le habían conducido a sufrir un desorden bipolar. Eso era lo que siempre había pensado Szacki. Pero ahora, sentado frente a aquel quinceañero, se le pasó por la cabeza que en las irracionales afirmaciones del policía podía haber una pizca de verdad. Bartek tenía un aspecto muy delicado, como de papel, el pelo moreno y las cejas negras realzaban aún más su palidez. Muy delgado, cosa que no podían disimular ni los pantalones amplios ni la camisa holgada. Al contrario: la ropa grande le hacía parecer más frágil. Szacki sabía que Bartek tenía una enfermedad mortal y sin embargo en los ojos del muchacho había ferocidad, hostilidad y desesperación. Quizá cuando llega el momento de luchar por un sitio entre los vivos no hay otra forma de afrontarlo. Szacki no era capaz de recordar cómo era él cuando tenía su edad. Bebía mucho, se masturbaba mucho y hablaba mucho de política con sus amigos. ¿Y aparte de eso? Nada, un agujero negro. Seguro que discutía con sus padres, pero ¿los odiaba? ¿Había momentos en los que deseaba su muerte? ¿Habría aceptado su muerte si con ello él ganaba libertad e independencia? Se acordó del proceso contra un adolescente de Pruszków que había matado a su madre y que declaró en el tribunal: «... y entonces apareció en mi cabeza la idea de que mi madre no

existiera». ¿Había surgido un pensamiento similar en la mente del hijo de Henryk Telak?

TRANSCRIPCIÓN DEL INTERROGATORIO DEL TESTIGO. Bartosz Telak, nacido el 20 de marzo de 1991, con domicilio en Varsovia en la calle de Karłowicz, estudios primarios, alumno del instituto n.º 2 en la calle de Narbutt. Relación con las partes: hijo de Henryk Telak (la víctima). Nunca ha sido condenado por falso testimonio.

Habiendo sido avisado de su responsabilidad penal según el artículo 233 del C. P., declara lo siguiente...

Cinco minutos después a Szacki le entraron ganas de poner con letras enormes en medio de la hoja de la transcripción: «¡Vaya mierda de declaración!», porque el joven se empeñaba en comunicarse con él exclusivamente mediante movimientos de cabeza, frases cortas y monosílabos.

—¿Qué sabes de la terapia de tu padre?

—Que iba.

—¿Algo más?

Negación.

—¿Hablasteis de ello?

Negación.

—¿Conoces a las personas que fueron con él a la terapia?

Negación.

—¿Conoces a alguien de estas fotos?

Negación.

Completamente absurdo, pensó Szacki, así no vamos a ninguna parte.

—¿Qué hiciste el sábado por la tarde?

—Jugar.

—¿A qué?

—Al Call of Duty.

—¿Al uno o al dos?

—Al dos.

—¿Qué campaña?

El chico se acomodó en la silla.

—Ya empezamos.

—¿La soviética, la británica o la estadounidense?

—La soviética.

—No habrás llegado muy lejos.

—Pues no. En Stalingrado no puedo pasar el fragmento donde hay que liarse a tiros desde la ventana del ayuntamiento. No soy capaz de eliminarlos a todos, siempre hay alguien que cruza por abajo y me ataca por detrás. En cambio, cuando vigilo la parte de atrás, es cuando llega por delante todo el ejército fascista con sus ametralladoras.

Szacki asintió, entendía a qué se refería.

—Por desgracia no hay ningún método bueno —dijo—. Lo mejor es abatir primero a todos los que sea posible y después vigilar la retaguardia y disparar con el fusil de francotirador solo a los que llevan ametralladora. Si aguantas lo suficiente, al final aparece un mensaje sobre un nuevo encargo. Es una misión estúpida, toda su dificultad reside en que el número habitual de alemanes lo han multiplicado por diez. Por lo demás, no hay problema.

—Aquello debió de ser así, ¿no cree?

—¿La guerra? Seguramente. Corres a ciegas con un fusil que se encasquilla, un caos enorme, las balas pasan silbando, a tu alrededor van cayendo tus amigos. Y a ti lo único que te interesa es llegar hasta el próximo hoyo, esconderte, lanzar una granada y seguir adelante. El sonido es importante.

—Yo tengo 5.1.

—Te felicito. Yo tengo 2.1, mi piso es demasiado pequeño para 5.1. Aunque de todas formas suelo jugar con auriculares porque mi esposa se enfada.

—Mi madre a veces viene y me dice que no quiere que por casa pasen tanques. En las películas los interrogatorios son diferentes.

A Szacki le sorprendió el súbito cambio de tema, pero le contestó al instante.

—No soy capaz de realizar el interrogatorio. ¿Por qué no contestas a mis preguntas?

El chico se encogió de hombros.

—No creo que eso tenga importancia.

—Han matado a tu padre y yo quiero saber quién y por qué. ¿Eso no tiene importancia?

De nuevo se encogió de hombros.

—No la tiene porque eso no le va a devolver la vida. Y además, ¿qué diferencia hay entre si contesto con frases completas o si digo solo «sí» o «no»? Lo importante debería ser si digo la verdad, ¿no?

Szacki puso el informe a un lado. Él mismo no creía que el chaval pudiera saber algo que fuera a constituir una prueba para el caso. Lo que le interesaba era otra cosa.

—¿Y te gustaría que tu padre resucitara? —le preguntó.

Esperó a que Telak hijo se encogiera de hombros, pero este siguió sentado sin moverse. No le tembló ni un párpado.

—Sí y no —contestó.

—¿Era un mal padre?

—Ni nos pegaba ni nos pedía que le frotáramos la espalda en la bañera, si es a lo que se refiere. Tampoco nos gritaba demasiado. Un aburrido padre polaco de tantos. Ni le odiaba ni le quería. Quizá sea por el shock, pero no soy capaz de despertar en mí ningún sentimiento por su muerte. Le digo la verdad.

A Szacki le hubiera gustado que sus testigos le dieran respuestas tan sinceras a diario. Inclino la cabeza hacia el muchacho con respeto.

—¿Cambió tras la muerte de tu hermana?

—Envejeció. Pero de todas formas antes solo mi hermana tenía contacto con él, así que para mí no tuvo ningún significado.

—¿Le culpaste por la muerte de tu hermana?

Se quedó dudando.

—No más que al resto.

Szacki pensó en los fármacos encontrados en el cuarto de Telak en la calle Łazienkowska.

—¿Te extrañarías si se hubiera suicidado?

—No, no mucho. Más me extraña que alguien le haya asesinado. ¿Para qué?

Buena pregunta. Szacki volvió a sentirse muy cansado. ¿Cómo leches iba a saber él para qué? Tenía la impresión de que todo se estaba desmoronando. La teoría de que a Telak lo había matado alguien de la terapia unas veces le parecía probable y otras pura fantasía, por turnos. Pero cada vez más a menudo lo segundo. Ningún interrogatorio había aportado nada nuevo al caso. Respuestas obvias a preguntas obvias. Quizá debería dejarlo, que la policía se encargara de toda la investigación y esperar tranquilamente al

resultado más probable: sobreseimiento, AD.

—Eso es justo lo que no sé —contestó con sinceridad. Bueno, a medias. No sabía cómo explicarlo racionalmente, pero lo que quería era que el chico tuviera la impresión de que no avanzaba con la investigación, que no sabía cómo seguir.

—Debe usted encontrar el móvil, la ocasión y el arma.

—Gracias. Yo también leo novelas policiacas. ¿Y tú conoces a alguien que saliera ganando con la muerte de tu padre?

—Yo no. Seguramente sabe usted que estoy enfermo y que es probable que muera pronto.

Szacki asintió.

—Hay tres cosas que me pueden salvar: un milagro, la Seguridad Social o un trasplante en una clínica privada del extranjero. ¿Cuál cree usted que es la más factible? Exacto. ¿Y cuánto cree que han disminuido mis posibilidades ahora que falta mi padre, director de una empresa? Exacto.

¿Qué podía decirle? ¿Y qué otra cosa podía preguntarle? Le dio las gracias al chico y le deseó suerte con el Call of Duty. Ni siquiera le pidió que firmara la transcripción, no había absolutamente nada en ella.

—¿Irá usted el sábado al funeral? —preguntó Telak hijo antes de salir.

—Por supuesto —Szacki se maldijo a sí mismo por no haber pensado en ello antes. Probablemente sería la única ocasión que habría para ver a la familia Telak y a la gente de la terapia juntos.

6.

Redactar la declaración de hechos, las hipótesis manejadas y el plan de investigación le ocupó menos tiempo del que esperaba. Apenas hora y media. Un resultado magnífico teniendo en cuenta que más o menos la mitad de ese tiempo lo había dedicado a pensar en Grzelka. ¿Qué debía hacer ahora? La última mujer a la que se había ligado había sido Weronika y eso había ocurrido más de diez años atrás. Y en realidad, no se la había ligado él a ella, sino más bien al revés. El recuerdo que guardaba de aquello se reducía a un vago «de alguna forma ha ocurrido solo». Le gustaba ella, hablaron un rato, de pronto empezaron a besarse; rectificación: de pronto ella empezó a besarle, y una semana más tarde acabaron en la cama. Al cabo de dos semanas ya no se podía imaginar la vida sin ella.

Esto es todo lo que tengo que declarar en este asunto, pensó. Sin contar los escauceos en el instituto y en los primeros años de la carrera. Y dos breves aventuras al principio de su matrimonio que procuraba olvidar. Y la amistad con la fiscal de Piaseczno, que por desgracia no llegó a consumarse; hasta entonces se había consolado pensando que había hecho lo correcto porque tenía mujer y una hija, y debía portarse bien, pero la verdad era otra: se arrepentía un huevo. ¿Cómo era ese dicho? Más vale pecar y arrepentirse que arrepentirse de no haber pecado. Otro estúpido ejemplo de sabiduría popular que solo vale para ponerlo en los libros. Se conocieron por el caso del asesinato de un constructor. El cadáver apareció en Śródmieście, pero la familia, los amigos, la empresa y todo lo demás estaba en Piaseczno, a las afueras de Varsovia. Trabajaron juntos. Intensivamente y durante mucho tiempo. Trabajaban y charlaban, charlaban y trabajaban, charlaban y charlaban. Una noche la llevó a casa y la besó en el coche. Szacki se sorprendió de que un beso pudiera saber de un modo tan diferente, de que todo pudiera ser tan nuevo, de que los labios pudieran tener una forma tan distinta, la lengua una textura tan distinta, el aliento un aroma tan distinto.

—No podemos estar besándonos hasta el fin de los tiempos —dijo ella, y

él supo que aquello no era una simple constatación de los hechos, sino una proposición. Ella lo hizo todo por él, lo único que le pedía era una confirmación. Pero Szacki se rajó. Tembló de miedo.

—Tampoco podemos ir más lejos —consiguió decir finalmente.

Ella solo sonrió, le besó otra vez y salió. Le saludó con la mano desde las escaleras del portal. Después Szacki vio que se encendía una luz en el segundo piso. Se quedó en el coche durante una hora, luchando consigo mismo. Al final arrancó. Fue a todo gas por la calle Puławska en dirección a Weronika, con el consuelo de pensar que había actuado correctamente. Pero en el fondo sabía que no le habían contenido ni la fidelidad —al margen de cómo la entendamos— ni el amor —al margen de cómo lo entendamos—: le había contenido el miedo. El humillante recuerdo de sus temblores nerviosos le acompañó hasta bastante después de tumbarse junto a su esposa y acurrucarse contra la familiar curvatura de su cuerpo.

Eso había sido tiempo atrás. ¿Y en la actualidad? Tenía treinta y cinco años, en breve treinta y seis. ¿Cuánto tiempo tenía que esperar para saber qué se siente cuando cada centímetro cuadrado del cuerpo de otra mujer es una sorpresa? Ahora o nunca, pensó.

Marcó el número.

—Buenos días, soy Szacki.

—Vaya, hola, es decir, buenos días, señor fiscal.

Inspiró profundamente.

—Llámame Teo.

—Monika. Lástima que no lo propusieras ayer, nos podríamos haber dado un beso para celebrarlo.

Volvieron a aparecer los familiares temblores. Se alegraba de que estuvieran hablando por teléfono.

—Espero que haya ocasión de volver a celebrarlo —dijo una voz extraña de hombre que en opinión de Szacki no era en absoluto la suya.

—Eso mismo espero yo —replicó la chica—. ¿Cuándo?

Los pensamientos le iban a mil por hora. Dios santo, debía encontrar algún pretexto, si no, sus intenciones serían evidentes.

—¿El viernes puede ser? —propuso—. Te tendré preparada el acta de acusación —la última frase había sido tan estúpida que si la vergüenza tuviera temperatura, seguramente Szacki habría ardidido por completo. ¿Qué otras buenas ideas tienes, Teodor?, se preguntó. ¿Una cita en la sala de

autopsias?

—Ah, claro, el acta de acusación —Szacki ahora ya no tenía la menor duda sobre lo que ella pensaba de todo aquello—. ¿A las seis en Szpilka? No está muy lejos de tu despacho —la palabra «despacho» la pronunció como si él fuera un funcionario de menor rango en una oficina de correos de provincias.

—Magnífica idea —dijo, pensando al mismo tiempo que debía llamar al banco y comprobar el estado de la cuenta. ¿Weronika comprobaba los extractos? No lo recordaba.

—Entonces, nos vemos el viernes —comentó Monika.

—Chao —le contestó, y en ese mismo instante se dio cuenta de que de todas las tonterías que había soltado en la conversación, la palma se la llevaba el «chao» final.

Colgó el teléfono y se quitó la chaqueta. Estaba temblando y sudaba como un sueco de vacaciones en Túnez. Se bebió del tirón dos vasos de agua y pensó que gracias a Dios había escrito antes el maldito plan de investigación, porque fijo que ahora ya no iba a ser capaz de quedarse allí mucho tiempo. Se levantó con la intención de ir a comprar un refresco a la tienda que había en la avenida de Jerusalén, junto a la librería, cuando sonó el teléfono. Se le heló la sangre al pensar que podía ser Monika y esperó al tercer timbrado.

Era Kuznetsov.

El policía le habló de los resultados de los interrogatorios en Polgrafex, la empresa de Telak. O más bien de la falta de resultados. Que era un hombre agradable, tranquilo, de buen talante, dirigía muy bien la empresa. Nadie había expresado quejas ni hablado mal de él. A uno de los encargados se le escapó que con la nueva tesitura quizá se pudiera impulsar la empresa en una nueva dirección, pero no era más que el típico parloteo de un arribista.

—Bueno, y tendrías que interrogar a la secretaria sin falta —dijo Kuznetsov.

—¿Por qué? ¿Tenían una aventura? —Szacki lo dudaba mucho.

—No, pero es que está como un queso, yo podría interrogarla todos los días. Lo ideal sería que se pusiera un uniforme y llevarla a la sala de interrogatorios de la Central, ya sabes, la sala que hay abajo...

—Oleg, ten piedad, tus fantasías me revuelven el estómago. Tengo miedo de que algún día empieces a enseñarme fotos de perros pastores esposados.

—¿Qué tripa se te ha roto? —replicó enfadado el policía—. La llamas, le echas un vistazo, escribes un par de tonterías en el acta. En quince minutos

acabas, tardas más en ir a Empik a por una revista porno.

—Que te den. ¿Ha dicho algo?

—Que Telak no se separaba de su dictáfono digital, en el que lo grababa todo: reuniones de negocios, ideas, conversaciones, fechas. Unos tienen buena memoria para esas cosas, otros las apuntan, otros crean notas en el móvil. Él lo grababa. He llamado a la mujer, pero asegura que el dictáfono no está en casa.

—O sea, que sí que desapareció algo.

—Eso parece. Curioso que sea justamente eso.

—Sí, se nos derrumba un poco la cómoda teoría del ladrón presa del pánico, ¿verdad? Deja una cartera llena de tarjetas pero se lleva un dictáfono. Es bastante raro.

—¿Crees que deberíamos registrar las casas de todos los testigos? —preguntó Kuznetsov.

—Ni idea. Es lo mismo que yo me pregunto —replicó Szacki frotándose la base de la nariz con el pulgar. Necesitaba beberse un refresco—. No, todavía no. Aguantemos hasta el lunes. Tengo que comprobar algo.

Kuznetsov no insistió, pero Szacki sabía que su opinión era diferente. Y quién sabe, quizá tuviera razón. No quería decidirse a irrumpir en las casas de todos. Presentía que no sería lo correcto.

Al final renunció a la Coca-Cola y dedicó las tres horas siguientes a encontrar un perito especializado en la terapia de las constelaciones familiares. De paso se enteró de que el nombre del propio Cezary Rudzki figuraba en la lista de expertos. En realidad, fue el primero que le propusieron. Tuvo que hacer un par de llamadas más a sus conocidos del Instituto de Psiquiatría de la calle de Sobieski hasta que le dieron el nombre de otro perito.

—Es un tipo bastante peculiar, pero cuando te acostumbres lo encontrarás realmente interesante —le comentó un psiquiatra al que conocía. Aunque Szacki le pidió que le revelara en qué consistía esa «peculiaridad», no quiso decirle nada, solo que debía comprobarlo por sí mismo.

—Aunque me encantaría ver luego el informe de vuestro encuentro —dijo al final, y se echó a reír como un loco.

Tío, deberías curarte tú antes de nada, pensó Szacki. Cuando tenía que tratar con psicólogos y psiquiatras, siempre le pasaba lo mismo.

El doctor se llamaba Jeremiasz Wróbel. Szacki le llamó, le resumió el

asunto y quedó con él para el viernes. La conversación no fue nada larga, pero no tuvo la impresión de haber hablado con un pirado fuera de lo común.

7.

En el despacho de su casa la decoración era como la de las oficinas de los años setenta, cosa que no le molestaba, todo lo contrario. A veces incluso buscaba en internet objetos de la época, nuevas piezas para su museo. Lo último que había comprado había sido una Gran Enciclopedia Universal publicada por la Editorial Científica Estatal (PWN) en los años sesenta, trece tomos, y en esos momentos se estaba pensando si adquirir una edición soviética original de la *Historia de la Segunda Guerra Mundial* en doce tomos. Ese tipo de publicaciones quedaba muy bien en la estantería acristalada.

Una estantería, un gran escritorio barnizado, una lámpara de pantalla verde, un teléfono de ebonita, un sillón negro de piel con estructura cromada. Parqué de roble, una gruesa alfombra color burdeos, paneles de madera oscura en las paredes. No pudo resistir la tentación de colocar una cornamenta de ciervo sobre la puerta: horriblemente cursi, pero encajaba a la perfección en aquel ambiente.

Solo él podía entrar en el despacho. Él mismo lo ordenaba todo, limpiaba el polvo, las ventanas. La puerta tenía una cerradura impresionante para la que no había más que dos llaves: una la llevaba siempre consigo y la otra estaba oculta en la caja fuerte del despacho de la calle Stawki. Y no se trataba de que en el de su casa guardara objetos de valor o documentos secretos, aunque seguramente un registro realizado en esa habitación destaparía cosas capaces de segar la carrera de un par de personajes importantes. A él lo que le interesaba era la privacidad. Tener un sitio propio, al que nadie —ni su esposa, ni su amante, ni esos hijos que cada vez le visitaban menos— tuviera acceso.

Se había sentado junto a la ventana en un sillón mullido forrado de terciopelo verde oscuro, bebía té, leía un libro de Norman Davies sobre Wrocław y esperaba una llamada. Estaba tranquilo, pero aun así no era capaz de concentrarse en la lectura. Era la tercera vez que empezaba el mismo

párrafo, porque sus pensamientos se desviaban continuamente hacia Henryk y la investigación sobre su muerte. Quería saber ya qué había ideado el fiscal Teodor Szacki.

Finalmente sonó el teléfono.

—Soy Igor. Tengo los datos. ¿Se lo envió todo por fax?

—Ni hablar, tengo cosas mejores que leer —marcó la página del libro con una postal que le había enviado su hija desde Santa Fe, donde vivía, y dejó el libro sobre la mesilla que había junto al sillón—. Hazme un resumen.

—En la declaración de hechos no hay nada de particular, son todo cosas que ya sabíamos. Henryk más el terapeuta más los tres pacientes. Los pacientes no se conocían antes. El terapeuta había estado tratando de manera individual a Telak durante medio año. Llegaron al lugar el viernes...

—No me aburras. ¿Qué hipótesis manejan?

—La primera, que Henryk fue asesinado casualmente por alguien que había entrado a robar.

—Eso no nos afecta. La siguiente.

—Que el asesino es uno de los participantes en la terapia o el terapeuta. Todos tuvieron ocasión, pero, por lo que se desprende de las pruebas reunidas hasta ahora, ninguno tiene un móvil que pueda explicar el crimen. Al menos no directamente. Algunas pruebas circunstanciales apuntan a que la terapia fue muy dura. Las emociones experimentadas en ella pudieron empujar a alguno de los pacientes a quitarle la vida a Henryk.

—¡Vaya una gilipollez! —soltó airadamente—. La gente mata porque está borracha o por dinero. Y eso que decían que Szacki era bueno. En fin, otra decepción más. ¿Qué planea hacer nuestro canoso fiscal?

Tuvo que esperar un momento a que Igor encontrara el fragmento correspondiente.

—Planea pedir la opinión de un experto en el tema de la técnica terapéutica empleada con el fallecido y estudiar su entorno profesional y social para confirmar o excluir algún contacto anterior con los testigos. Lo demás es trabajo rutinario y bla, bla, bla.

Dejó escapar un sonoro chasquido.

—Sí, eso ya es peor.

—Yo no me preocuparía —le aseguró Igor.

—¿Por qué?

—Henryk no era lo que se dice activo ni social ni profesionalmente, con

nosotros se encontraba muy de cuando en cuando. Preguntarán a unos cuantos amigos y quizá a unos cuantos contratantes de Polgrafex. No creo que suponga un peligro para nosotros. Estaremos al corriente de los acontecimientos y recibiremos a diario información de la comisaría y la fiscalía. Además, tenemos asuntos más importantes y bastante más complejos que atender.

Estuvo de acuerdo con Igor. No podían dedicarle al asunto de Telak ni mucho tiempo ni muchos medios. Y como todo hacía indicar que el caso se iba a quedar en agua de borrajas y que su único efecto sería un nuevo AD en las estadísticas del Ministerio de Justicia, no había de qué preocuparse.

Capítulo quinto

Jueves, 9 de junio de 2005

Triumph presenta en Japón un sujetador ecológico: por si fuera poco que al juntar las copas se forma un globo terráqueo en miniatura, además es completamente biodegradable, al cabo de unos años los tirantes se convierten en abono. Las encuestas indican que el treinta y siete por ciento de los polacos prefiere los helados de nata, el veinticinco por ciento los de vainilla y el veintidós por ciento los de chocolate. Mientras, según relata Bono a la jefa de la Comisión Europea, en África mueren al día veinticinco mil personas por el hambre y la sed. Los sindicatos acuerdan reestructurarse para mostrar una cara más humana, no una que provoca «terror y miseria». Cimoszewicz «sopesa cambiar su decisión», Kaczyński I (Jarosław) desmiente una información según la cual habría llamado «vagabundo» al diputado Zygmunt Wrzodak, y Kaczyński II (Lech) prohíbe esta vez los mítines del Orgullo Gay, ante lo cual los homosexuales hacen un llamamiento a la desobediencia civil. En la penúltima jornada de la liga de fútbol polaca, la Ekstraklasa, el Legia vence al ya descendido GKS Katowice y Dariusz Dziekanowski entra en el Salón de la Fama del club de la calle Łazienkowska por sus ciento un partidos y cuarenta y cinco goles con el equipo. La policía municipal empieza a patrullar por la Ciudad Vieja en vehículos eléctricos tipo coche de golf, causando aún más risas que de costumbre. La policía nacional atrapa al asesino de una mujer de veintiocho años; la pareja se conoció por internet y después del crimen el hombre robó un ordenador que la policía ha descubierto en su domicilio, donde vivía con su esposa embarazada. Debido a la falta de dinero, el hospital de la calle de Banach empieza a mandar a casa a enfermos de cáncer. Temperatura máxima en la capital: 16 grados; ambiente frío y cielo nublado, pero no llueve.

1.

Huevos duros con salsa tártara y con una generosísima guarnición de guisantes. No hay en Varsovia ni un solo jurista que no conozca este manjar, un plato de culto en el menú de la cafetería del Tribunal Regional de Varsovia.

Teodor Szacki cogió dos porciones, una para él y otra para Weronika, las puso en una bandeja de plástico junto a dos cafés de sobre y las llevó a la mesa. Echaba de menos la vieja cafetería del tribunal, una gran sala llena de olor a fritanga y a tabaco malo, con paredes de diez metros de altura amarillentas por la suciedad, la grasa y el paso del tiempo, con mesas metálicas por todas partes, que hacía recordar las salas de espera de las estaciones ferroviarias de provincia. Un lugar mágico: empezar a subir las altas escaleras que conducían a la cafetería era como ver a través del microscopio una parte de la arteria principal de la actividad judicial. Los jueces, que normalmente se sentaban en una pequeña galería y comían primer y segundo plato en soledad; los abogados, que solían juntarse en grupos a tomar café, con las piernas cruzadas, se saludaban unos a otros con cordialidad y a la vez maquinalmente, despreocupados, como si hubieran ido a un club a fumarse un puro y a beberse un whisky; los testigos de los bajos fondos, tíos enormes y mujeres escuálidas con maquillaje de noche, que se sentían allí tan seguros de sí mismos como en cualquier otro lugar; hombres inclinados sobre un trozo de carne, mujeres bebiendo a sorbos agua mineral de una botella; las familias de las víctimas, grises, tristes, que por obra del azar siempre encontraban la peor mesa y miraban con suspicacia a todos los que había alrededor; los fiscales, que comían solos, lo que fuera y como fuera con tal de que no les ocupara mucho tiempo, conscientes de que no podían dar abasto con todo, que cualquier cosa que hicieran sería demasiado poco, siempre quedaba algo para el día siguiente, que en realidad ya estaba planificado de principio a fin, cabreados con cada receso que se solicitaba, demasiado corto para hacer algo y demasiado largo para soportarlo

tranquilamente; los periodistas judiciales, un número excesivo de personas en una sola mesa en la que no cabían todos los cafés, los paquetes de tabaco, los ceniceros y los platos con raciones de lengua, demasiado ruidosos, intercambiando chistes y anécdotas, de vez en cuando alguno se levantaba para ir a saludar a un jurista amigo suyo, llevarlo aparte y preguntarle algo en voz baja, los demás le miraban intrigados por si sabía algo que ellos no supieran, «¿Alguna novedad?», preguntaban cuando volvía su colega, sabiendo que iba a soltar el comentario gracioso de siempre: «Nada especial, ya lo leeréis mañana en el periódico».

En la nueva cafetería no quedaba ni pizca de aquel ambiente, todo parecía de lo más normalito. Weronika le dio la puntilla poco tiempo atrás con el comentario de que ella se sentía bien allí porque la atmósfera era como en el bufé del ayuntamiento.

Se sentó junto a su esposa, dejó a su lado un café y unos huevos. Estaba muy guapa. El traje, el maquillaje, la blusa fina color burdeos, el escote. Cuando se volvieran a ver por la noche, ya llevaría puesta la camiseta, las zapatillas de Ikea y la máscara del cansancio de todo el día.

—Jesús, qué caso tan terrible —dijo ella mientras echaba en el café nata de una tarrina de plástico.

—¿Otra vez Bierut? —preguntó Szacki.

La mayoría de los casos que llevaba Weronika eran sobre inmuebles que la gente había perdido tras la guerra por un decreto dictado por el entonces presidente polaco Bolesław Bierut. En la actualidad estaban recuperando sus edificios, pero si en el intervalo transcurrido algunos apartamentos comunitarios habían sido vendidos a sus inquilinos, entonces el propietario recuperaba de facto solo una parte del inmueble. Así que demandaba al ayuntamiento para pedir una indemnización. Cada uno de esos casos era una aburrida lotería, a veces mediante ardides jurídicos se podía hacer que lo costeara el Estado en lugar de la ciudad, en otras ocasiones se podía aplazar, pero rara vez se ganaba.

—No, es otra cosa —se quitó la chaqueta y la colgó en el respaldo de la silla. Su blusa tenía mangas muy cortas. Szacki vio la cicatriz de la vacuna contra la tuberculosis y de pronto le entraron unas ganas tremendas de sexo —. El ayuntamiento concede subvenciones especiales a cientos de organizaciones diferentes de las que después estas tienen que rendir cuentas. El año pasado otorgamos una pequeña cantidad de dinero a un centro de

Praga que ayuda a niños con déficit de atención y otros trastornos. Son principalmente niños de familias de la zona, así que ya te puedes imaginar. Hemos recibido su informe y en él queda más claro que el agua que han destinado el dinero a pagar la luz, porque si no se la habrían cortado, pero habían recibido esos fondos para actividades terapéuticas.

—No es fácil realizar actividades terapéuticas sin luz —comentó su marido.

—Por Dios, Teo, no hace falta que me lo digas. Pero las normas son las normas. Y como han empleado mal el dinero, tengo que escribirles para que lo devuelvan...

—Está claro que no lo van a devolver, porque no tienen de dónde sacarlo.

—Por lo tanto debemos demandarlos. Es evidente que ganaremos, enviaremos al agente judicial, que no conseguirá nada, todo una farsa. Los pedagogos esos ya vinieron a verme, claro, lloraron, suplicaron, dentro de un rato volverán a hacer lo mismo en la sala del tribunal. Pero es que yo no puedo hacer nada —se cubrió la cara con las manos—. Las normas son las normas.

Se inclinó hacia ella, la cogió de la mano y besó la palma.

—Sin embargo, estás de lo más sexy —le dijo.

—Y tú eres un salido. Déjame en paz —se echó a reír y cerró sus piernas alrededor de las de él—. La mejor hora del día para practicar sexo, ¿eh? —murmuró—. Por la noche ya no nos apetecerá, como de costumbre.

—Haremos café y ya veremos. Igual lo conseguimos.

—Prepararé una jarra grande —se pasó un dedo por el borde de la blusa, abriendo más el escote.

—Pero déjate esa blusa.

—¿Qué pasa? ¿Es que no te gusta mi camiseta con el osito?

No pudo evitar sonreír. Era la persona más cercana a él y lamentaba no poder hablarle de todos sus dilemas, esperanzas y temores relacionados con Monika. Le habría gustado abrir una botella de Carménère o de Primitivo, sentarse a su lado en la cama y contarle anécdotas graciosas, como cuando no quiso pedir tarta de merengue para no tener que pelearse con ella delante de la chica. ¿Divertido? Divertido. ¿Se habría reído? Para nada. Lo hacían casi todo juntos, pero lo de serle infiel tenía que hacerlo por separado.

Tontearon un rato más, después Weronika se fue corriendo arriba y él se quedó leyendo el periódico. Para su sorpresa, encontró algo interesante: una

entrevista con la directora de la cárcel de Puławy. Hablaba de las mujeres de la prisión, en su mayoría víctimas de violencia doméstica que un día habían decidido rebelarse, a menudo con consecuencias trágicas. Ese era precisamente el caso de Mariola Nidziecka. Tenía que acusarla, pero no sabía de qué. Es decir, lo sabía, pero sabía también que la calificación que quería otorgar al caso le provocaría palpitaciones a la bruja de la junta de supervisión. Suponiendo que Chorko diera el visto bueno.

Aparte de eso, lo de siempre. Una entrevista con Cimoszewicz, quien, «ante tanta insistencia», debía pensar seriamente si cambiar su decisión. Szacki tenía la esperanza de que el niño prodigio del antiguo Partido Obrero Unificado Polaco (POUP) leyera ese periódico entero, porque unas páginas más adelante escribían sobre un estudio realizado en Estados Unidos del cual se desprendía con absoluta fiabilidad que en las urnas los votantes se guiaban por el aspecto del candidato, no por su competencia. O igual me equivoco, pensó Szacki mientras metía el periódico en el maletín, lo mismo su cara de zorro le hace ganar las elecciones.

Abandonó las catacumbas del tribunal y salió al vestíbulo, en el que podrían caber varios trenes. El sol entraba por las monstruosas ventanas y esculpía pasillos en el polvo, como si fuera una iglesia gótica. Antes estaba permitido fumar allí, pero ya no, así que Szacki tuvo que salir a la calle para encender el primero de sus tres cigarros.

—Buenos días, señor fiscal. ¿Un cigarrillo? —escuchó en cuanto cruzó las pesadas puertas giratorias.

Bogdan Nebb, de *Gazeta Wyborcza*. El único periodista con quien podía hablar sin sentir náuseas. Exceptuando a Monika. Miró el paquete de R1 Minima que le había tendido.

—Gracias, prefiero los míos —contestó, y sacó del bolsillo de la chaqueta un paquete dorado de Benson & Hedges, marca que hasta poco antes no se distribuía en Polonia. Tenía la impresión de que sabían peor que cuando los compraba en el extranjero. Encendió uno.

—La semana próxima comienza el juicio de Gliński. ¿Le va a procesar? —le preguntó el periodista.

—Justo había venido a repasar las actas antes del juicio.

—Un caso interesante. Poco evidente.

—Depende para quién —replicó lacónicamente Szacki sin poder reconocer que Nebb tenía razón. Y la tenía. Las pruebas no eran nada del otro mundo y

un buen abogado debería ganar el juicio. Szacki habría sabido cómo echar abajo las pruebas circunstanciales que él mismo había recogido. La pregunta era si el abogado de Gliński también lo sabía.

—¿Va a insistir usted en esa calificación?

Szacki sonrió.

—Ya se enterará de todo en la sala.

—Vamos, fiscal, después de tantos años...

—Después de tantos años todavía intenta usted sacarme algo, señor Nebb.

El periodista sacudió la ceniza sobre el cenicero, que ya de por sí estaba lleno hasta los bordes.

—He oído que lleva usted la investigación del asesinato de la calle Łazienkowska.

—Estaba de guardia ese día. Creí que ya no se ocupaba usted de los crímenes con investigaciones en curso.

—Mis colegas me dijeron que se trataba de un caso interesante.

—Pensé que ahora manteníais una actitud cautelosa con respecto a vuestras fuentes policiales —dijo Szacki en alusión al sonoro escándalo que se había producido cuando el lunes anterior *Gazeta Wyborcza* había escrito acerca de una organización criminal dentro de la Comisaría Central de Policía; el martes y el miércoles habían seguido apoyando esa historia a pesar de los sucesivos desmentidos; y el viernes habían delatado a sus informadores afirmando que les habían inducido a error deliberadamente. Para Szacki fue la confirmación de que la norma básica que guiaba sus contactos con los medios era la correcta: nunca digas nada de lo que de todas formas no se van a enterar.

—La prensa también comete errores, señor fiscal. Igual que cualquier otra autoridad.

—Con la diferencia de que a la prensa no la elegimos en unas elecciones generales —comentó Szacki—. La historia nos enseña que la autoridad autoproclamada es la que más errores comete. Y la que los oculta con mayor habilidad.

El periodista mostró una sonrisa bajo el bigote y apagó el cigarrillo.

—Y sin embargo, mal que bien funciona, ¿no? Nos vemos en la sala, fiscal.

Szacki le saludó con la cabeza, volvió a entrar y miró el reloj antiguo que colgaba en una pared del vestíbulo, sobre el guardarropa. Era muy tarde. Y

tenía tanto que hacer... De nuevo se sintió cansado.

2.

Teodor Szacki se sentó en la cama en la que Henryk Telak había dormido casi dos noches. Sacó del maletín el informe de la inspección del lugar y le echó un vistazo, aunque ya lo había hecho antes. Allí no había nada aparte de lo que estaba a la vista. Otra vez. Desanimado, puso a un lado el informe y paseó la mirada por aquella oscura habitación. Una cama, una mesilla de noche, una lámpara, una alfombra de Ikea, un armario estrecho, un espejo en la pared, una cruz sobre la puerta. Ni siquiera había sillas. Una pequeña ventana con dos picaportes, del marco se estaba desprendiendo la pintura y el cristal pedía a gritos que alguien lo limpiara también por fuera.

Szacki ya había visitado las demás habitaciones, todas eran iguales. De camino a la calle Łazienkowska había pensado que quizá algo le inspirara, que vería algún detalle o la intuición le soplaría quién era el asesino. Pero nada de eso. Desde el patio de la entrada —que teóricamente tenía cerrada por las noches la puerta que daba a la calle, aunque Szacki no creía que nadie lo comprobara— se accedía al vestíbulo a través de una fea puerta marrón. Desde el vestíbulo se podía pasar al refectorio y a la salita donde encontraron el cuerpo o seguir por un estrecho pasillo que conducía a las habitaciones (siete en total) y al baño. Más allá había otro vestíbulo y una galería que comunicaba con la otra parte del monasterio. Aunque Szacki no estaba convencido de que la palabra «monasterio» fuera adecuada. Cuando se miraba el edificio desde fuera, sí, pero por dentro aquello parecía más bien unas oficinas descuidadas que no habían reformado en años. Oscuras y lúgubres. Por la galería no se podía pasar porque lo impedía una puerta de pino de doble hoja que no se abría nunca.

Todo es inútil, pensó Szacki. Cuando la policía registró esas estancias, así como los objetos personales de los testigos, poco después de ser hallado el cadáver, no encontró nada que pudiera tener relación con el caso. Nada que pudiera ser considerado una prueba circunstancial, ni siquiera la sombra de una prueba. Inútil. Si mañana no saco nada de la visita al perito, a partir del

lunes me tocará ponerme con los narcóticos.

Pegó un salto cuando la puerta se abrió de repente y en ella apareció el padre Mieczysław Paczek. Kuznetsov tenía algo de razón cuando dijo que todos ellos parecían onanistas apasionados. Los curas con los que Szacki se había cruzado durante su carrera le habían parecido un poco insípidos, con una mirada brumosa y algo así como reblandecidos, igualito que si hubieran estado metidos en una bañera de agua caliente durante mucho rato. El padre Paczek, con su sonrisa de benévola preocupación, no se diferenciaba de ellos. Bueno, apenas se diferenciaba. Hablaba deprisa, sin ese tono solemne de los curas, cuando se conversaba con él daba la impresión de ser inteligente y estar centrado. Szacki no creía que el sacerdote fuera a decirle nada que pudiera ayudarle. Otra decepción más.

—¿Ha descubierto usted algo? —preguntó el cura.

—No, por desgracia —contestó Szacki levantándose de la cama—. Parece que solo un milagro podría impulsar esta investigación hacia delante. Si pudiera hacer usted algo en ese sentido —y señaló hacia arriba con la mano de manera significativa—, se lo agradecería.

—Está usted en el bando correcto, señor fiscal —el sacerdote entrelazó los dedos de ambas manos como si fuera a arrodillarse allí mismo para rezar por la investigación—. Y eso significa que cuenta con unos aliados muy poderosos.

—Quizá sean tan poderosos que ni siquiera sepan que en las trincheras hay unos cuantos soldados de un ejército amigo que intentan presentar batalla a un enemigo cuyas fuerzas son superiores. Quizá piensen que ese fragmento del frente ya está perdido y que es preciso dirigir los refuerzos a otros lugares.

—No es usted uno de los soldados, fiscal, sino el teniente de un gran ejército, las fuerzas del enemigo no son en absoluto tan inmensas y su fragmento del frente siempre será uno de los más importantes.

—¿Podría al menos recibir un fusil que no se encasquille?

El padre Paczek se echó a reír.

—Eso tiene usted que pedirlo solo. Pero puedo darle otra cosa. No sé si le será de ayuda, lo encontramos ayer en la capilla. Iba a llamar a la policía, pero pensé que como tenía que venir usted, podría dárselo directamente. Yo diría que pertenecía a la desafortunada víctima, porque por detrás lleva escrito el nombre Henryk Telak y por los periódicos recuerdo que ese pobre

hombre se llamaba Henryk T.

Tras decir esto, le entregó a Szacki un pequeño dictáfono digital de color plateado-rojo.

El fiscal lo cogió y miró sin querer el crucifijo que había sobre la puerta.

Es del todo increíble, pensó.

3.

En la sala de interrogatorios de la comisaría de la calle Wilcza se encontraban Szacki, Kuznetsov, el dictáfono de Telak y unas pilas de repuesto.

—¿Sabes cómo funciona? —preguntó el policía haciendo girar sobre su enorme mano el aparato electrónico.

Szacki le quitó el dictáfono.

—Está chupado. Es una grabadora, no un tomógrafo.

—¿Ah, sí? —Kuznetsov se inclinó hacia atrás sobre la silla y cruzó los brazos sobre el pecho—. ¿Y dónde se mete la cinta?

Szacki le dirigió una media sonrisa. Lo suficiente para dejar claro que había entendido el chiste. El policía alzó los ojos y recogió de la mesa un cuaderno de dieciséis páginas con un perro salchicha en la portada. Lo abrió por la primera página y escribió con buena caligrafía: Lección 1. Tema: Interrogatorio de un magnetófono sin cassetes.

—¿Podemos empezar? —preguntó Szacki—. ¿O tenemos que ir antes a la clase de labores técnicas y prácticas?

—Que le den por culo a eso —susurró Kuznetsov como si conspirara—. Mejor vamos a los vestuarios. Las chicas tienen gimnasia. Anka me ha prometido que me enseña las tetas sin sujetador a cambio de una chocolatina.

Szacki no comentó nada. Levantó las cejas como si le repitiera la pregunta. Kuznetsov suspiró y bajó la cabeza.

Szacki apretó el «Play» en tensión, como si en el dictáfono estuviera grabada la confesión del asesino o poco menos. Del altavoz surgió primero un sonido como de roce y después la voz sorprendentemente aguda de Telak.

—23 de mayo de 2005. Diez de la mañana. Reunión de los representantes de la empresa Polgrafex con los del mayorista de tintas de imprenta Kannex. Por parte de Polgrafex están presentes: Henryk Telak...

La grabación duró una hora, estaba llena de términos incomprensibles como «cmyk», «pantone», «reventado», «letras caladas», etcétera. A pesar de

la insistencia de Kuznetsov, Szacki no quería adelantar la grabación para no perderse nada. El policía bostezaba con ostentación y dibujaba en su cuaderno formas abstractas y mujeres desnudas, en ambos casos torpemente. Pero cuando resultó que en la siguiente grabación había una reunión de empresa sobre marketing y ventas, Szacki cedió y la adelantó, parando el aparato cada tres minutos por si había algo. Sabía que de todas formas después tendría que escucharlo todo al completo. Quizá se topara con alguna discusión acerca del dinero, a lo mejor se enteraba por casualidad de que había tensiones en el trabajo. No se podía descartar ese móvil.

Sin embargo, escuchar someramente aquella aburrida reunión de negocios y algunas más que la siguieron no aportó ningún dato interesante. Le entró sueño solo de pensar que tendría que repasarlo otra vez. Necesitaba un café. Oleg estuvo más que dispuesto a salir de la habitación y regresó unos minutos más tarde con dos aguachirles color agua del Vístula.

—Se ha estropeado la cafetera exprés —comentó al dejar delante de Szacki un vaso de plástico.

En la pantalla se indicaba que quedaban aún tres grabaciones. Szacki ya se había hecho a la idea de que no habría nada en ellas y que el dictáfono resultaría ser otra inocentada, como todo lo demás en la investigación.

Apretó el «Play».

—*Sábado, 4 de junio de 2005, once de la mañana. Terapia de constelaciones familiares con la participación de...*

—*Perdone, ¿qué está haciendo?*

Szacki reconoció la voz de Rudzki, que en esta ocasión no era tranquila y terapéutica sino agresiva y llena de reproche.

—*Grabo con el dictáfono* —contestó Telak, claramente sorprendido por el ataque.

—*Le ruego que lo apague de inmediato* —dijo con firmeza Rudzki.

—*¿Por qué? Si usted puede grabar la sesión, también podré hacerlo yo, ¿no?*

—*Imposible. No está solo usted, su grabación podría violar la privacidad de los demás pacientes. De todas formas, la terapia entera quedará grabada en vídeo, pero la única copia permanecerá en mi poder. Se lo repito: guarde eso inmediatamente.*

En ese momento Telak debió de apagar el dictáfono. Kuznetsov miró a Szacki.

—Nuestro doctorcito parecía nerviosillo, ¿eh? —dijo.

En efecto, cosa que le extrañó a Szacki. También por el hecho de que ninguno de los participantes en la terapia dijera una sola palabra.

Quedaban dos archivos. Le dio al «Play».

Silencio, solo un susurro sordo, como si el dictáfono se hubiera conectado por casualidad dentro de un bolsillo. Después la voz aterrada de Telak:

—Sábado, 4 de junio de 2005. Creo que son las once de la noche, no estoy seguro. Ya no estoy seguro de nada. Tengo que buscar la manera de comprobar que esto no sea un sueño ni un delirio, que no me he vuelto loco. ¿Habré perdido la razón? ¿Es eso posible? ¿Es el fin? ¿Un cáncer? Quizá solo esté agotado. Tengo que grabarlo, es imposible que... Pero, si estoy soñando y sueño que lo grabo y dentro de un rato sueño que escucho la grabación, entonces... Da igual, debo...

Se oyó un golpe como si Telak hubiera dejado el dictáfono en el suelo. Después como si arrastrara algo. Szacki subió el volumen. Se pudo oír un susurro y la respiración acelerada de Telak, y también un extraño chasquido, como si el hombre no dejara de relamerse los labios por los nervios. Aparte de eso, nada. Quizá realmente tuviera visiones, pensó Szacki, se le fue la olla tras la terapia y trató de grabar sus alucinaciones. Entonces el fiscal se quedó de piedra, los músculos de la nuca se le tensaron hasta causarle dolor: del pequeño dictáfono salió la suave voz de una niña.

—Papá, papá...

Szacki apretó la pausa.

—¿Es cosa mía y se me ha jodido el cerebro o tú también lo has escuchado? —preguntó Kuznetsov.

El fiscal le miró y volvió a poner en marcha la reproducción.

—¿Sí? —dijo Telak con voz ronca.

—Papá, papá...

—¿Eres tú, princesita? —la voz sonaba como si Telak estuviera muerto ya. Szacki tuvo la sensación de estar escuchando una conversación entre dos espectros.

—Papá, papá...

—Dime, cariño. ¿Qué ha ocurrido?

—Te echo de menos.

—Yo también a ti, princesita.

Largo silencio. Solo se oía el roce de algo y los chasquidos de Telak.

—*Tengo que irme ya.*

Telak se puso a llorar.

—*Espera, habla conmigo. Has estado ausente tanto tiempo...*

—*Tengo que irme, papá, de verdad.*

La voz de la chica era cada vez menos audible.

—*¿Volverás alguna vez?* —sollozó Telak.

—*No lo sé, no, más bien no* —contestó la voz—. *Quizá vengas tú a verme algún día. Algún día... Adiós, papá* —las últimas palabras fueron ya prácticamente inaudibles.

Fin de la grabación.

—Hay un archivo más —dijo Szacki.

—Hagamos primero una pausa —propuso Kuznetsov—. Voy un momento a por una botella de vodka o una bolsa de tranquilizantes. Y de paso traigo un platito, una vela y una tabla de ouija, así podremos llamar a la hija de Telak como testigo. ¿Te imaginas la cara que pondría el juez que recibiera el informe? Nacida el tal, con domicilio en tal, muerta el tal, declara lo siguiente.

—*¿Crees que fue Jarczyk o Kwiatkowska?*

—A saber, la voz no se parece —Kuznetsov se echó al gazonate el resto del café y lanzó el vaso a la papelera, pero falló. Gotas marrones salpicaron la pared.

—Ya, pero se oía muy bajo. Manda a alguien a hablar con ellas con cualquier pretexto, que lo graben y que hagan un análisis comparativo. Vuestros chicos del Laboratorio de Criminalística tienen nuevos juguetes fonográficos, les encantará hacerlo.

—También enviaré a alguien a ver a la viuda —dijo Kuznetsov.

—No pensarás que...

—Yo no pienso nada, solo soy un gran ruso. Voy comprobando y descartando por turnos.

Szacki asintió. Kuznetsov tenía razón. No imaginaba que la esposa de Telak cruzara Varsovia de noche para espiar a su marido tras la puerta de su cuarto e imitar a su hija muerta, pero a diario se tenía que enfrentar con hechos que una hora antes no se podía ni imaginar.

Apretó el «Play» por última vez.

—*Domingo, 5 de junio de 2005, hora... las doce y cinco* —la voz de Telak era la de un hombre cansado, agotado al extremo. Debía de estar en otro sitio,

quizá en la capilla—. Esto lo estoy grabando para mi esposa, Jadwiga. Perdón por comunicarme contigo de este modo, lo correcto habría sido escribir una carta, pero ya sabes cuánto he odiado siempre escribir. Podría haber hecho ahora una excepción, por supuesto, incluso debería, pero no creo que tenga ya importancia. Es decir, quizá tenga importancia para ti, pero nunca me ha sido fácil saber qué cosas te importaban y cuáles no.

Hizo una brusca pausa, suspiró y después de un rato siguió hablando.

—Pero iré al grano. He decidido suicidarme.

Szacki y Kuznetsov se miraron, levantando al mismo tiempo las cejas en idéntico gesto de sorpresa.

—Quizá te dé lo mismo, quizá te preguntes por qué. Me resulta difícil explicarlo. En parte porque ya no tengo una razón por la que vivir. Tú no me amas, siempre lo he sabido. Es posible que incluso me odies. Kasia está muerta. Lo único que me espera es la muerte de Bartek y su funeral, y no tengo ganas de esperar a eso. Siento dejarte sola con todo ello, pero te aseguro que ya no estoy en condiciones de soportar la idea de tener que vivir otro día más. Además, hoy me he enterado de que soy el causante de la muerte de Kasia y de la enfermedad de Bartek. No sé si será cierto o no. Pero quizá mi muerte sirva para que Bartek mejore. Suena absurdo, pero quién sabe, quizá sea verdad. Es extraño, tengo la sensación de que repito sin cesar las mismas frases y expresiones. En cualquier caso, durante mi vida nunca he estado lo suficientemente cerca de él, a lo mejor mi muerte le trae al menos algo bueno. Y hay otro motivo, quizá el más importante: no quiero esperar muchos años para encontrarme con mi princesita en Nangijala. Sé que no te gusta ese libro y sé que seguramente no exista ni Nangijala ni Nangilima ni el cielo ni ninguna otra cosa. Solo el vacío. Pero prefiero el vacío antes que esta vida llena de tristeza, remordimiento y sentimiento de culpabilidad. Tanta muerte a mi alrededor. Será mejor si muero. No te preocupes por el dinero. No te lo había dicho, pero estoy asegurado en una alta suma y además Igor dirige un fondo fiduciario por mí. Estás autorizada para usar mi cuenta bancaria, solo tienes que llamarle. Él también sabe dónde estoy asegurado. El dinero iba a ser para los niños, quizá sirva para la operación de Bartek si aparece la oportunidad de un trasplante en el extranjero. Dale un beso de mi parte y recuerda que siempre te he querido más de lo que puedes imaginarte. Ahora debería decir: no llores, Jadziu, nos veremos en Nangijala. Pero no creo que te vayas a hundir en la

desesperación. Tampoco creo que quieras verme tras la muerte. Así que solo diré: adiós, querida.

La grabación se detuvo abruptamente, como si Telak tuviera miedo de decir algo más. La última palabra ni siquiera sonó como «querida», sino como «queri». Kuznetsov hizo girar el dictáfono sobre la mesa como si fuera una hélice. Se habían quedado en silencio, preguntándose qué era lo que habían escuchado.

—Sigo sin poder creer que se suicidara —dijo el policía—. ¿Te lo imaginas? El tío graba una carta de despedida, va a atiborrarse de pastillas pero luego cambia de idea y echa una gran pota. Se viste, recoge sus cosas y sale. Pero por el camino se lo vuelve a pensar, agarra un asador y se lo clava en el ojo. No me lo creo.

—Yo tampoco —Szacki giró el dictáfono en la otra dirección—. Pero tampoco me creo lo del ladrón. Esa ira durante la terapia, Jarczyk y sus pastillas, alguien, quizá Kwiatkowska, que finge ser el fantasma de la hija de Telak. Demasiadas cosas para que ese asador fuera casual. El problema es que, aparte de la fantástica teoría del campo terapéutico que transmite odio entre las personas, no tenemos nada que sugiera un móvil.

—O no somos capaces de verlo —Kuznetsov expresó en voz alta lo que Szacki estaba pensando, por lo que a este no le quedó más remedio que asentir con la cabeza para darle la razón.

—Pero al final lo conseguiremos —añadió al cabo de un rato—. De momento yo hablaré mañana con el perito y tú arregla lo del análisis de sonido, entérate de quién es Igor y le interrogas. También habrá que hacer una transcripción de lo que hay en el dictáfono y darle a la viuda la carta de despedida. Por la tarde hablaremos por teléfono. O ven a verme al despacho. Seguramente me quedaré hasta tarde, hay dos vagones de papeleo esperándome. Tengo que pasarme por el almacén para aprovisionarme de grapas.

—Aún queda una pregunta para la que no consigo encontrar respuesta —dijo Kuznetsov golpeteando sobre el dictáfono con uno de sus grandes dedos.

—¿Cuál?

—¿Por dónde se mete la cinta?

4.

«Recuerdo que desde por la mañana estuve tremendamente cansada», fueron las primeras palabras que Mariola Nidziecka pronunció en el interrogatorio al que fue sometida siete horas después de matar a su marido. Eran las dos de la mañana y Szacki tuvo el impulso de decir que él tampoco es que estuviera muy descansado, pero se contuvo. Por fortuna. Media hora después supo que jamás había estado —y jamás lo estaría— tan cansado como aquella mañana lo estuvo Mariola Nidziecka.

La mujer tenía treinta y cinco años pero parecía tener cuarenta y cinco, una rubia escuálida de finos cabellos mal cortados que le caían sobre las mejillas pegados en mechones. El brazo derecho lo colocó sobre las rodillas, el izquierdo le colgaba doblado por el codo en un ángulo extraño. Más tarde Szacki se enteraría de que cinco años atrás su marido le había roto ese brazo: se lo puso encima de la mesa y lo golpeó con un taburete. Después de cinco golpes, la articulación quedó hecha trizas. La rehabilitación no sirvió de mucho. Nidziecka tenía la nariz ligeramente achatada y torcida hacia la izquierda, debía respirar por la boca. Más tarde se enteraría de que dos años antes su esposo se la había roto con una tabla de cocina. Los finos cabellos no podían ocultar la oreja deformada. Más tarde el fiscal se enteraría de que el año anterior su marido le había puesto la plancha encima de la oreja tras considerar que Mariola no era capaz de plancharle las camisas en condiciones. Gritó de tal manera que excepcionalmente sus vecinos llamaron a la policía. Desde entonces no oía bien y a veces tenía zumbidos.

—¿Le han hecho exámenes forenses? —preguntó Szacki.

No siempre, pero en alguna ocasión sí. Más tarde se enteraría de que su historial en el centro de salud era tan grueso como una guía de teléfonos. Al leerlo tuvo la impresión de que era un documento histórico acerca de las torturas a los prisioneros de los campos de concentración.

—¿Por qué no presentó usted una demanda por malos tratos?

Lo hizo, cinco años atrás. Estuvo a punto de matarla cuando se enteró. La

cortó con una maquinilla desechable. La sentencia: dos años, con suspensión condicional de cinco. Cuando salió del tribunal, volvió triste a casa, así que solo la violó. Ella pensaba que sería peor. «Ahora igual me meten entre rejas, así que ten cuidado —le había advertido—, porque antes de que me encierren te mando al otro barrio». «No lo harás —se le escapó—, no tendrías con quién ensañarte». «Ya me las apañaría con mi hija», replicó. Ella sabía que hablaba en serio. Por si acaso, desde ese día ella misma procuraba ponerse a su alcance para que no la tomara con la niña.

—Pero a veces me preguntaba cómo sería todo si él no estuviera. Si no existiera.

—¿Quiere usted decir que planeó el crimen? —preguntó Szacki.

—No, no lo planeé —contestó y él respiró aliviado, porque de otro modo no le habría quedado más remedio que acusarla de asesinato de acuerdo al artículo 148, párrafo 1.º. En esos casos, la pena mínima es de ocho años—. Simplemente me preguntaba cómo sería.

Aquel día en que se despertó tan cansada, Zuzia volvió del colegio llorando. Se había peleado con un compañero. Él la zarandeó, ella se revolvió y se le rompió una correa de la mochila. «O sea, que te has peleado con un chico», dijo durante la comida, rollos de repollo rellenos en salsa de tomate y con puré de patatas, su plato favorito. Zuzia lo negó muy exaltada. Dijo que no se había peleado con nadie sino que la habían empujado a ella. «¿Así sin más, sin ningún motivo?», preguntó su padre mientras mezclaba el puré con la salsa, dando lugar a un mejunje rosado. La chica, aún exaltada, dijo que así había sido. Nidziecka sabía que lo había dicho demasiado exaltada. Se quedó rígida por el miedo, no tenía ni idea de qué hacer. Sabía que él querría castigar a Zuzia. Ella tendría que salir en defensa de la niña y entonces él la mataría y ya jamás podría defender a Zuzia, igual que jamás la había defendido nadie a ella de su marido.

«Bien —dijo él después de comer, y se limpió la boca con la servilleta. En la servilleta quedó una mancha rosada, como si hubiera tosido en ella un tuberculoso—. Tienes que entender que no puedes provocar broncas con los chicos». «Lo entiendo», contestó Zuzia, que acababa de darse cuenta de adónde llevaba desde un principio esa conversación, pero que ya era demasiado tarde. «Tienes que comprender —le explicó—, que si yo ahora te doy una bofetada, recordarás que no debes hacerlo. Si no, mañana mismo ya no lo recordarás, pasado mañana ocurrirá igual y dentro de una semana todo

el mundo pensará que eres una camorrista y no resulta fácil ir por la vida con esa lacra».

La chica se echó a llorar.

«Pero nada de histerias —le dijo irritado—. Tenemos que quitárnoslo de encima. Créeme, esto es para mí más difícil que para ti». Se levantó, levantó a la niña de la silla y se la llevó en dirección a su habitación.

—Yo me quedé sentada, como paralizada. Ya le había pegado en alguna ocasión, pero en comparación con lo que me hacía a mí, eran caricias. Me alegraba ver que la trataba con más suavidad. Pensé que esta vez igual le iba a hacer más daño, aunque aun así tenía la esperanza de que solo la golpeará un par de veces.

—¿Por qué no llamó usted a la policía?

Se encogió de hombros.

—Tenía miedo de que me oyera. Tenía miedo de que le hiciera algo a Zuzia cuando yo saliera. Tenía miedo de llamar y que me dijeran que no son mis guardaespaldas. Ya me ocurrió una vez.

—¿Y qué hizo?

—Nada. Esperé a ver qué pasaba. Y entonces le vi coger de una percha una correa de piel trenzada. Tuvimos una vez un perro, un pastor alemán cruzado. Lo atropelló un autobús hace dos años, le tenía cariño y no me sentí con fuerzas para tirar la correa. Empecé a gritarle que la soltara inmediatamente o llamaría a la policía y lo mandarían a chirona.

—¿Y qué sucedió entonces?

—Me dijo que no me metiera y que recordara lo que él había dicho antes. Entonces yo le contesté que tuviera cuidado porque él tampoco era inmortal. Soltó a la niña, vino hacia mí y me golpeó con la correa. Ni siquiera me dolió, porque el golpe se quedó en el pelo, aunque la punta de la correa dio la vuelta a la cabeza y me abrió un labio —se palpó con el dedo una costra en la comisura de la boca—. Zuzia se puso a llorar muy fuerte, claro. Él se cabreó y gritó que las dos íbamos a recordar ese día. Entonces me levanté. Me quiso azotar otra vez con la correa, pero subí el brazo y la correa se enrolló en mi hombro. Eso le puso muy nervioso. Me empujó contra la mesa, pero como seguíamos enganchados por la correa se me vino encima. Pensé que era mi fin. Estiré la mano sobre la mesa, agarré el cuchillo del pan y moví la mano en dirección a él. No quería matarle, quería que parara. Perdió el equilibrio y cayó sobre mí.

—¿Por qué no apartó el cuchillo?

Pasó la lengua entre los labios y miró al fiscal. Un buen rato. Él entendió el gesto pero no fue capaz de dejarlo registrado. Aun así, algo debía anotar. Ella, sin apartar la mirada de él, abrió la boca y entonces Szacki movió levemente la cabeza en sentido negativo. Ella lo captó. Y en lugar de decir lo que con toda probabilidad iba a decir, «no quería...», contestó:

—No me dio tiempo. Todo sucedió muy rápido.

Y de esa manera el planeta Tierra contó con un hijoputa menos, le entraron ganas de añadir a Szacki. Pero no dijo nada y le permitió terminar su historia. La investigación confirmó que la vida de aquella mujer había sido un infierno. Hasta los padres de la víctima pusieron a parir a su hijo. El suegro de Nidziecka se extrañó de que hubiera muerto él en vez de ella. «Pero así está bien, muy bien», repetía sin cesar.

Un caso sencillo. Al menos para la policía. La detuvieron, la interrogaron, recibieron una confesión de culpabilidad y se acabó. El resto era trabajo para la fiscalía y el tribunal. Un policía no tenía que preocuparse por qué artículo del Código Penal se había infringido, cómo clasificar el crimen o qué pena solicitar. Un policía no tenía un supervisor en forma de departamento de procedimientos preliminares, que siempre estaba encima enviándole cartas con la exigencia de que atrapara al culpable con otros métodos. Szacki a menudo se preguntaba si no sería mejor policía que fiscal. Ya de por sí realizaba muchas tareas sobre las que sus colegas no sabían nada, solo que existían. Acudía al lugar del suceso, asistía a las autopsias, alguna vez incluso se había molestado en ir él a ver a un testigo para interrogarlo cuanto antes. Pocas veces, cierto, pero lo había hecho. Aunque por otro lado, como policía —que a menudo vive en los límites de los bajos fondos, hace concesiones, de cuando en cuando mira para otro lado a cambio de algo— no tendría la satisfacción de ser parte de la maquinaria jurídica, cuyo objetivo es administrar justicia y aplicar las penas por alterar el orden.

En ese momento, mientras pensaba en la calificación legal que se debía aplicar, le pareció que la despiadada maquinaria se había atascado. Sabía lo que se esperaba de él: que acusara con total severidad a Nidziecka según lo indicado en el párrafo 1.º del artículo 148: «El que matare a otro será castigado con una pena de privación de libertad no inferior a ocho años». ¿Se ajustaría a la ley? Era evidente que sí. Szacki estaba convencido de que Nidziecka quería matar a su marido. A él solo eso debería interesarle. El

tribunal seguramente la condenaría a una pena baja, le conmutarían la pena de manera excepcional, etcétera, pero de todas formas eso seguiría significando que Nidziecka era peor asesina que los desalmados gamberros responsables de «causar graves daños físicos con resultado de muerte». Podría decidirse por el artículo 148, párrafo 4.º: «El que matare a alguien bajo la influencia de una fuerte turbación justificada por las circunstancias será castigado a una pena de privación de libertad de entre uno y diez años». Un año siempre es menos que ocho.

Szacki apartó de su lado el teclado del ordenador. Ya tenía escrita toda el acta de acusación, faltaba solo la calificación y la argumentación correspondiente en unas cuantas frases. En verdad lo que deseaba era redactar el borrador de la decisión de sobreseer teniendo en consideración los párrafos sobre legítima defensa (el derecho a repeler un ataque ilegal). Sin duda alguna, era lo que había sucedido en este caso. Pero la junta de supervisión le estamparía contra el suelo si no enviara un acta de acusación en un caso tan claro y que desde luego mejoraría las estadísticas oficiales.

Al final, puso la calificación según el artículo 155: «El que causare involuntariamente la muerte a alguien será castigado a una pena de privación de libertad de entre tres meses y cinco años».

—Y antes que cambiar esto, prefiero renunciar a este trabajo de mierda — se dijo en voz alta.

Media hora después, el acta de acusación estaba lista y se la dejó a Chorko en la secretaría, porque ya se había marchado a casa. Eran las seis de la tarde. Pensó que ya iba siendo hora de abandonar ese precioso lugar. Recogió sus cosas y apagó el ordenador. Entonces sonó el teléfono. Lanzó un sonoro taco. Durante un instante quiso irse sin contestar, pero acabó triunfando el deber. Como siempre.

Era Nawrocki. Había localizado a la gente que estaba en el mismo curso que Sylwia Boniczka pero en otras clases, incluido el repetidor que había mencionado el vidente. Algunos no sabían de qué diablos les hablaba Nawrocki, otros parecieron asustarse mucho, en especial el repetidor. Temblaba como un flan y Nawrocki estaba convencido de que si le hubiera apretado un poco más, se habría venido abajo. Sin embargo, el tipo se recompuso enseguida y lo negó todo. Szacki no lo dijo en voz alta, pero lamentó que lo hubiera interrogado Nawrocki. Aunque el policía tenía un ordenador por cerebro, físicamente parecía muy debilucho y eso no resultaba

muy útil para «apretar» a los interrogados. Con Kuznetsov la cosa era distinta. En cuanto aparecía por la puerta, todos se volvían más habladores.

—No creo que podamos abrir un caso de violación —comentó Nawrocki—. No hay víctima, no hay huellas, no hay pruebas físicas ni circunstanciales, solo tenemos al vidente y a algunos posibles sospechosos que no dan su brazo a torcer.

—¿Y el padre?

—Precisamente había pensado que podríamos interrogarle los dos a la vez.

—¿Cómo que los dos a la vez?

—Creo que si nos echamos encima de él, dirá la verdad. Pero solo tenemos una oportunidad. Si no confiesa a la primera, se acabó. Propongo un ataque masivo: el policía, el fiscal, la sala de interrogatorios más oscura de la Central, que lo lleve allí la policía, que espere dos horas... ¿Comprende, fiscal?

Un teatro, pensó Szacki, lo que me está proponiendo es un maldito teatro. ¿Y qué se supone que tengo que hacer yo ahora? ¿Ir a una casa de alquiler de disfraces a buscar una máscara de poli malo?

—¿A qué hora? —preguntó después de estar un momento callado, y antes de que sus palabras llegaran a Nawrocki ya se había arrepentido.

—¿Mañana a las seis de la tarde? —propuso el policía, con el mismo tono que si fueran a ir a un buen bar.

—Magnífica hora —dijo Szacki enfatizando—. Recuerde que el señor fiscal bebe solo vino tinto ligeramente enfriado, a poder ser de la región italiana de Puglia. Y la mesa no puede estar ni demasiado cerca de la ventana ni junto a la puerta.

—¿Perdón?

—No importa. Mañana a las seis en la Central. Llamaré desde abajo.

Iban a dar las siete cuando giró en Wybrzeże Szczecińskie en dirección al zoo tras cruzar el puente Świętokrzyski. Entró sin rechistar en el atasco del carril izquierdo. El derecho se acababa poco después del puente, junto al Puerto de Praga; desde él solo se podía girar a la derecha, pero eso no impedía a los listillos seguirlo hasta el final y después hacerse los locos y poner el intermitente. Szacki nunca les dejaba pasar.

Miró el feo edificio de la comisaría de la policía fluvial y pensó que justo estaba empezando la temporada de cadáveres en el Vístula. Borrachos que se

bañaban, violaciones entre los arbustos, apuestas a ver quién nadaba más lejos. Por fortuna rara vez encontraban algo en la parte del río correspondiente a Śródmieście. No soportaba a los ahogados, sus cuerpos lívidos e hinchados, que parecían focas desolladas. Esperaba que esta vez no le tocara ninguna de esas pesadillas. Un año antes, cuando localizaron un cadáver junto al puente Gdański, le entraron ganas de llevarlo con sus propias manos unos metros más adelante, de manera que tuvieran que ocuparse del asunto sus colegas de Żoliborz. Afortunadamente el caso fue sencillo, el tipo resultó ser un suicida que había saltado desde el puente Siekierkowski. Szacki nunca pudo comprender por qué se había desnudado por completo antes de saltar, no lo contaba en la carta que dejó para su esposa. La mujer afirmó que su marido siempre había sido muy vergonzoso.

En el paso de cebra de la entrada principal del zoo tuvo que parar para dejar pasar a un hombre y su hija. El hombre era varios años mayor que él, tremendamente delgado, quizá estuviera enfermo. La niña tenía la edad de Hela. Llevaba en la mano un globo del cerdito Piglet, el amigo de Winnie-the-Pooh. Szacki pensó en lo curioso que era el hecho de que en todos los casos de los que se ocupaba últimamente aparecieran padres con sus hijas. Boniczka, que quizá había asesinado a su hija por vergüenza y la había enterrado por la noche en el patio del jardín de infancia. El marido de Nidziecka, que llevaba a su hija a la habitación y le explicaba que aquello resultaba más difícil para él que para ella. Telak, que quería suicidarse para seguir a su hija fallecida, aunque quizá también, de alguna forma muy compleja, era culpable de la muerte de la niña. Y él mismo, claro, que deseaba cambios con todas sus fuerzas e iba detrás de una joven periodista. ¿Estaba preparado para sacrificar a su hija? ¿Y qué significaba exactamente sacrificar? Era demasiado pronto para tales reflexiones. Pero ¿por qué demasiado pronto?, se preguntó mientras esperaba a que cambiara el semáforo en el cruce de las calles Ratuszowa y Jagiellońska. Vaya un cruce más absurdo. Cuando había tráfico, a la izquierda podían girar como mucho dos coches y eso siempre y cuando los conductores tuvieran reflejos. ¿Por qué demasiado pronto? ¿No sería mejor solucionarlo de una vez y tener mano libre? No temblar en las citas pensando que va a llamar su esposa. No engañar a una y otra parte.

Aparcó junto a su casa.

—¿Qué hostias estoy haciendo? —dijo en voz alta al guardar el panel

extraíble de la radio en el maletín—. Cada vez lo llevas peor, Szacki, cada vez peor.

Capítulo sexto

Viernes, 10 de junio de 2005

La UEFA decide que finalmente el Liverpool podrá defender su título en la próxima edición de la Liga de Campeones a pesar de que no debía poder hacerlo, ya que quedó en quinta posición en la Premier League. La fiscalía moscovita considera que no hay nada malo en decir «la agresión judía como forma de satanismo». Los dirigentes del Partido del Pueblo Polaco deciden que Jarosław Kalinowski sea su candidato a la presidencia; el candidato quiere introducir en la campaña electoral el debate sobre cómo ha de ser Polonia. Y en las encuestas, Lech Kaczyński nuevamente gana dos puntos, dejando a Zbigniew Religa ocho puntos por detrás. Según otra encuesta, la mayoría de los polacos apoya la cruzada de Jarosław Kaczyński contra los gays, pero no así la mayoría de los varsovianos. En la capital hay una amenaza de bomba; la policía, temiendo un ataque con sarín, corta al mediodía el tráfico en el principal cruce de la ciudad durante tres horas y no circula el metro; el megaatasco seguramente haya superado las expectativas más atrevidas del bromista. Mientras, en la trompa de Buba han aparecido bultos, probablemente causados por un virus; la elefanta soporta con valentía el tratamiento y no es necesario anestesiarla para las operaciones. La temperatura máxima es de 18 grados, cielo bastante soleado y sin lluvia.

1.

El doctor Jeremiasz Wróbel tenía aspecto de gato. La circunferencia de su rostro parecía trazada con un compás, su tez era pálida y pecosa, tenía una barba pelirroja corta y rala, y los cabellos, rizados y también pelirrojos y ralos, los llevaba cortados a cepillo. Además, no tenía perfil: aun cuando al mirarle de frente se experimentara una cierta sensación de profundidad, de lado su semblante era casi del todo plano. A Szacki se le ocurrió que de niño debía de dormir siempre boca abajo y siempre en el suelo. Sus orejas estaban tan pegadas a la cabeza que parecía no tenerlas. Su aspecto era muy curioso, pero —Szacki tuvo que reconocerlo— tremendamente simpático. Su voz era agradable y cálida, parecida a la voz terapéutica de Rudzki, aunque más dulce. Si Szacki hubiera tenido que elegir a quién contarle sus problemas, sin duda habría señalado a Wróbel. Quizá por el hecho de que este no estaba involucrado en un asesinato.

Enseguida dejaron el minúsculo despacho del doctor en el Instituto de Psiquiatría y Neurología de la calle de Sobieski y fueron por un pasillo hasta la sala de conferencias, en la que pudieron ver la grabación de la terapia llevada a cabo en la calle Łazienkowska. Intercambiaron apenas unas cuantas palabras. Sobre todo habló Szacki, le describió a Wróbel la investigación y también le explicó por qué había insistido en encontrarse con él, en lugar de solicitar una opinión por escrito, como se solía hacer.

—Quizá esta grabación sea la clave para descifrar el misterio del asesinato de Telak —le dijo—. Por eso igualmente le pediré una opinión por escrito para las actas, pero yo ahora necesito saber cuanto antes qué le parece todo esto.

—Destaca usted entre sus colegas igual que una erección en un club de la tercera edad, señor fiscal —dijo el terapeuta encendiendo la luz de la pequeña sala de conferencias, donde la peste a hospital se mezclaba con el olor del café y de la moqueta nueva. Szacki empezó a comprender por qué la idea de transcribir la conversación con Wróbel resultaba tan jocosa—. Raramente

recibimos la visita de los representantes de su oficina. A mi parecer, cada uno de ustedes debería hablar con nosotros antes y después de emitir un juicio. Pero esa es solo mi opinión, la de un humilde jardinero encargado de cultivar las hortalizas en la viña del Señor.

Szacki ya estaba a punto de decir que en los hospitales psiquiátricos se debería tratar a los pacientes de manera individual, no en manojos, pero recordó que tampoco la fiscalía andaba sobrada de efectivos, si es que nada había cambiado desde el día anterior.

El doctor vio la grabación sin perder detalle. Hizo unas cuantas anotaciones. Después buscó el fragmento en el que Kaim y Kwiatkowska se aproximaban a las sillas que representaban a los padres de Telak, Jarczyk se ponía histérica y el propio Telak se quedaba mirando la nada con el rostro desencajado por el dolor. Detuvo la imagen.

—Pregúnteme —animó al fiscal girándose hacia él.

—¿Por qué ha parado en ese punto?

—Primero los juegos preliminares, después el clímax —el doctor movió la cabeza negativamente.

A Szacki le faltó poco para comentar: «Habla usted igual que mi esposa», pero se contuvo en el último momento. Estaba trabajando.

—Lo que más me interesa saber es si la terapia se llevó a cabo de acuerdo a las reglas de ese arte.

Wróbel se echó para atrás en la silla y cruzó las manos detrás de la cabeza.

—Verá, con el *ars therapeutica* ocurre un poco lo mismo que con el *ars amandi*. Ni hay un método infalible para llevarlas a todas al orgasmo en tres minutos, ni hay una postura que guste a todos.

—Estoy intentando evitar su poética —Szacki empezaba a cabrearse—, pero aun así me arriesgaré: en este caso, ¿fue sexo consentido o violación?

—Violación no, eso seguro —contestó Wróbel—. Sexo atrevido, aunque sin prendas de cuero ni gorras de policía. Verá, teóricamente, en la terapia de constelaciones familiares tendría que participar más gente. Puedo prestarle una grabación de una sesión dirigida por el propio Hellinger. La sala llena y mucho público aparte de los pacientes. Nunca faltan personas para representar a algún pariente lejano o al amante de la esposa. De todas formas, lo que hace aquí el señor Rudzki, sustituir con sillas a los padres del paciente cuando ya no tenían ningún papel que cumplir, es aceptable. Es cierto que a veces se hace así cuando falta gente.

—Aquí desde un principio había solo cuatro personas —indicó Szacki—. ¿No son pocas? Ya se sabe que todos tenemos padres, abuelos, familia propia. ¿No es difícil trabajar con un grupo tan pequeño?

—Puede que sea difícil, pero entiendo un poco a Rudzki. A mí no me va ese tipo de orgías, hay veces que solo les falta meter animales. Lo que más me gusta es divertirme con grupos de diez personas. Rudzki fue más allá. Bueno, sí, un experimento interesante. Y por lo que veo, el campo funciona y además muy bien. No me lo puede negar.

Szacki no lo negó.

—Aparte de eso, debe usted tener en cuenta que el doctor Cezary Rudzki no es ningún principiante. Quizá no sea tan conocido como Eichelberger o Aquel-Cuyo-Nombre-Ya-No-Se-Puede-Pronunciar[9], pero es una figura importante en este mundillo. A menudo ha experimentado con terapias que parecían tan poco estables como el impulso sexual de un chico de dieciséis años y muchas veces obtuvo resultados asombrosos.

—Es decir, que, según usted, no cometió ningún error, ¿no?

Jeremiasz Wróbel lanzó un chasquido, frunció el ceño y se rascó tras la oreja. Szacki pensó que si le hacía una foto en ese momento y la enviaba a los organizadores de una exposición gatuna, sin duda sería aceptado.

—En mi opinión, uno muy serio —dijo finalmente—. Es decir, verás, yo lo habría hecho de otro modo. Pero es posible que mi colega Rudzki tuviera otros planes. Pensó hacerlo todo al final.

—¿Hacer qué?

—Ah, sí, perdón. Cuando se aclaró el asunto de los padres del paciente, antes de introducir en la constelación a su familia actual, en mi opinión tendría que haber intercalado las frases resolutorias. Pero como esa parte quedó aplazada, lo que vino a continuación debió de ser extraordinariamente duro. Si se hubiera dejado en orden lo tocante a su familia de origen, si el paciente hubiera experimentado el alivio instantáneo de reconciliarse con sus padres, si desde ese momento hubiera dejado de sentirse culpable ante ellos, habría entrado con mayor fuerza en la siguiente etapa de la terapia. Más aún, estoy seguro de que los demás participantes se habrían sentido mejor y no habrían tenido lugar esas terribles imágenes.

Szacki notó de repente un vacío en la cabeza. Estaba allí sentado, mirando a Wróbel, y solo era capaz de pensar en una cosa: nada, otra vez nada, ningún avance. Todo encaja, todo está en orden, todo es lógico. Lo único que no

cuadraba demasiado era el cadáver del suelo con un asador clavado en el ojo.

—¿Las emociones siguen activas al terminar la sesión? —preguntó tras unos instantes.

—¿A qué se refiere? —Wróbel no había entendido la pregunta.

—Si la señora Equis representa durante la constelación a la ardiente amante del señor Zeta y se lo encuentra en el vestíbulo del hotel al terminar la sesión, ¿se va con él a la cama?

El terapeuta se quedó un buen rato pensativo.

—Curiosa pregunta. Creo que aun cuando no fueran sus emociones, las ha experimentado como propias. El recuerdo de la fascinación sentida, de la atracción hacia él. Naturalmente, no empezaría a retorcerse a sus pies gritando «fóllame», pero si se pusieran a flirtear, no les resultaría difícil decidirse por el sexo. Es mi opinión.

Szacki le habló de la voz de «la hija» grabada en el dictáfono de Telak.

—¿Y está usted seguro de que se trata de la intérprete de la hija?

—Al noventa por ciento. Vamos a realizar una prueba de sonido para mayor seguridad.

—Curioso. ¿Lo sabe Rudzki?

—No. Y no me gustaría que se enterara por usted.

—Naturalmente. Verá, quizá tenga algún significado el hecho de que la sesión fuera interrumpida de forma tan abrupta. Por lo general tratamos de llevar la constelación hasta el final, aunque algunas veces se interrumpe, incluso durante varios días, para que el paciente pueda reunir alguna información que faltaba sobre su familia. Pero siempre ocurre de manera suave. En cambio aquí, en el momento en que el campo actuaba con más fuerza, los participantes se separaron de repente. ¿Es posible que se fueran a sus habitaciones «poseídos» por las personas a las que representaban? No lo sé. Nunca me he topado con un caso como ese, pero la verdad es que...

—¿Tiene lógica? —sugirió Szacki.

—Sí. Lo compararía con la situación de un paciente que está bajo hipnosis. Le puedo sacar de ella, pero también puedo dejarle en ese estado. Al final la hipnosis se transforma en sueño y después el paciente se despierta como si nada. Es posible que aquí ocurriera lo mismo. La constelación fue interrumpida abruptamente y los pacientes, antes de volver en sí, durante un rato no solo fueron ellos mismos, sino también las personas representadas. Es posible.

Wróbel se quedó con la mirada perdida, exactamente igual que Telak congelado en un fotograma en la pantalla del televisor.

—¿Sabría usted decirme cuánto tiempo puede durar esa «hipnosis»? — preguntó el fiscal.

—No. No tengo ni idea. Pero ya veo adónde quiere usted ir a parar. Y me parece que es un callejón sin salida. Como los órganos sexuales de un transexual. Por fuera puede parecer prometedor, pero en el interior no hay nada.

—¿Por qué?

—Limitaciones médicas que seguramente antes o después serán superadas. No es fácil moldear una vagina e implantarla en un cuerpo. Por eso los transexuales se limitan a...

Szacki dejó de escuchar. Cerró los ojos y respiró profundamente un par de veces. Quería tranquilizarse.

—¿Por qué mi razonamiento es un callejón sin salida?

—Ah, perdón —Wróbel no parecía en absoluto avergonzado. Acercó su silla al televisor—. Observe la manera en que están colocados —dijo señalando a la «familia Telak»—. Unos frente a otros. Eso siempre significa desorden. Conflicto, anhelo, asuntos sin solucionar. El efecto final de una constelación es un semicírculo en el que todos están uno al lado del otro, se ven, pero ante sí tienen un espacio vacío, no necesitan luchar con nadie para encontrar su sitio. Fíjese en que los hijos del paciente están uno junto al otro, lo cual significa que hay armonía entre ambos. Igual que los padres del paciente, representados por dos sillas. Pero aparte de eso, reina el caos en la constelación, están desperdigados. Si la sesión hubiera continuado, veríamos en la grabación que otras personas se van reconciliando entre sí y después se colocan en semicírculo. La terapia funciona, porque todos quieren sentirse mejor, no peor. Pero cometer un crimen sobrecarga el sistema de un modo terrible, el más terrible, el peor posible. Por eso dudo que la representación de un miembro de la familia del paciente fuera el motivo del asesinato.

—¿Está seguro?

—Señor fiscal, estamos hablando de la psique humana. No estoy seguro de nada.

—¿Y la historia esa de que la hija de Telak se suicidó y su hijo enfermó para aliviarle? A mí me parece inverosímil.

Wróbel se levantó y empezó a dar vueltas por la sala. Metió las manos en

los bolsillos de su bata de médico. También sus movimientos eran de felino. Daba la impresión de estar a punto de hacer algo completamente inesperado, lo cual provocaba que Szacki estuviera en tensión. Giró la cabeza para relajar los músculos del cuello. Como de costumbre no le dio ningún resultado, tendría que pagarse de una vez un buen masaje. Tan caro no sería.

—En las constelaciones nos hacemos dos preguntas básicas. La primera: ¿quién falta y quién debería entrar en la constelación? A menudo es similar a una investigación, hay que remover la ropa sucia de la historia familiar. Y la segunda: ¿quién debe marcharse? ¿A quién hay que permitirselo? El mecanismo es siempre el mismo: si no permitimos a alguien marcharse, ya sea en el sentido de «morir», ya sea en el de «alejarse», entonces en lugar de esa persona se marchan los niños. Normalmente los adultos son los culpables y los niños quieren ayudarles, tomar para sí esa culpa, marcharse en lugar de quien debería hacerlo. Así es el orden del amor. Por eso el terapeuta se alía más con los niños que con los adultos.

—Pero ¿suicidarse así, a las primeras de cambio? —Szacki estaba experimentando la misma sensación que durante la charla con Rudzki. Lo entendía, pero se negaba a creerlo.

—A menudo la causa del suicidio es el deseo de aliviarle el dolor a un padre o una madre que ha perdido a su anterior pareja en circunstancias trágicas. Creo que la teoría de Rudzki acerca de la culpa no expiada de... ¿cómo se llamaba?

—Telak.

—... de Telak por marcharse de casa se sostiene. Pero no me extrañaría que una amante o una antigua novia hubiera muerto en un accidente de tráfico y que él nunca lo asumiera, quizá de algún modo se sintiera culpable. Hasta tal punto que su hija decidió expiar la culpa por él. Sepa usted que las parejas anteriores, si no se les ha permitido marcharse, suelen ser representadas por los hijos.

Jeremiasz Wróbel terminó de hablar, pero Szacki no fue capaz de pensar ninguna pregunta juiciosa. Se le había quedado la mente en blanco. Todos los días obtenía nuevos datos acerca de ese caso pero nunca avanzaba. Absurdo.

—¿Ahora puede decirme ya por qué ha detenido la grabación en ese punto? —preguntó finalmente.

—Por supuesto que sí —replicó el psiquiatra, y sonrió de un modo que a Szacki le pareció lascivo—. Dígame, ¿por qué cree que durante la sesión

Telak no miró en ningún momento ni a su esposa ni a sus hijos, a pesar de todo lo que había pasado entre ellos?

Szacki tuvo la impresión de haber salido a la pizarra.

—No lo sé, no había pensado en ello. ¿Tiene miedo? ¿Se siente culpable ante ellos? ¿Se avergüenza?

—Ninguna de esas tres cosas —Wróbel meneó la cabeza—. Sencillamente, no es capaz de apartar la mirada de la persona que está justo delante de él y que posiblemente sea la más importante de la constelación. No sé quién es, pero el vínculo entre ambos es fortísimo. Fíjese que ni parpadea, todo el rato mira a esa persona.

—¡Pero si ahí no hay nadie! —Szacki sintió una rabia repentina. Tantas horas desperdiciadas con ese psicópata. Se levantó. Wróbel hizo lo mismo.

—Sí que hay alguien —contestó con tranquilidad, moviendo la nariz como un gato—. Ahí está la persona que falta en la constelación. ¿Quiere usted avances en la investigación? Encuentre a la persona que falta. Entérese de a quién mira Telak con tal pánico y miedo en los ojos.

El fiscal Teodor Szacki asintió en silencio mirando la imagen del gesto de dolor de Telak en la pantalla del televisor, una imagen borrosa y que temblaba levemente. La mirada de ese hombre ya le había inquietado antes, pero no había hecho caso a su intuición al considerar que Telak estaba agotado por la terapia. Ahora comprendía que el gesto de su cara no era de dolor. Le había inquietado porque había visto esa misma mirada en los ojos de personas a las que había interrogado, una mezcla de miedo y odio.

Paró el dvd y sacó el disco del reproductor.

—¿Y a usted no le gustaría tomar parte en una terapia de estas? —le preguntó el doctor cuando se dirigían hacia la salida del Instituto—. ¿Ver desde dentro cómo es?

Szacki abrió la boca para decir que le gustaría mucho, pero durante el breve instante que necesita el aire para ir desde los pulmones hasta las cuerdas vocales, pudo contemplar la imagen de sí mismo colocando a sus padres, a Weronika y a Hela, y la de un terapeuta preguntándole qué sentía en esos momentos.

—No, gracias. No creo que sea necesario.

Wróbel dejó ver una sonrisa gatuna, pero no comentó nada. Sin embargo, al llegar a la puerta, cuando se despedía de Szacki, dijo:

—En lo referente a la cuestión de quién es el bueno y quién el malo en el

sistema, casi siempre es al revés. Recuérdelo.

2.

En esta metrópolis hay pocos fragmentos que parezcan de una verdadera ciudad, no de un vasto espacio ensuciado con calles y edificios; pero incluso en este vertedero hay partes hermosas, pensó Szacki mientras recorría en su coche la calle Belwederska en dirección al centro. Ese fragmento del Camino Real, entre la calle de Gagarin y la plaza de las Tres Cruces, era uno de los pocos testimonios que quedaban de lo que una vez fue la ciudad y lo que podía haber sido. Primero el moderno hotel Hyatt, después la embajada rusa, el Palacio Belweder, el parque Łazienki, los edificios gubernamentales, el parque Ujazdowski y las embajadas de la avenida Ujazdowskie (con la excepción del tarugo que se construyeron los americanos). Y para finalizar, la plaza de las Tres Cruces, una plaza de gran ciudad. A Szacki no le gustaba la calle Nowy Świat, no entendía por qué se le dedicaban tantos elogios a una calle cuyos edificios parecían traídos desde la ciudad de Kielce. Casas de inquilinos bajas y feas que no cuadraban unas con otras. Szacki no podía creer que Nowy Świat y la más bien desatendida calle Chmielna pasaran por ser la zona más bonita de la ciudad. Quizá solo para que los visitantes que venían de las provincias pudieran sentirse allí como en casa.

Pero ahora asociaba Nowy Świat con el café Cava y con Grzelka, es decir, con Monika, así que no le resultaba sencillo albergar malos sentimientos hacia aquel lugar. Deseaba que le estuviera esperando allí y, en vez de tener que ir a trabajar a la calle Krucza, poder tomarse un café con ella e intercambiar unas palabras como amigos. O como potenciales amantes. ¿Era eso lo que había planeado? ¿Una aventura? ¿Cómo? Para tener una amante es necesario un apartamento o dinero para ir a hoteles, o al menos un trabajo con un horario irregular, para poder justificar las ausencias en casa. Pero él era un pobre funcionario que todos los días regresaba del trabajo a las ocho como muy tarde.

¿Qué coño estoy haciendo?, se dijo mientras volvía a darse una vuelta alrededor del edificio de la fiscalía en busca de un hueco donde aparcar,

porque el único sitio reservado estaba ocupado. ¿De qué vas? ¿Es que acaso llevas tanto tiempo en ayunas que en cuanto me he citado dos veces con una mujer ya no soy capaz de pensar en otra cosa?

Al final encontró un sitio en la calle Żurawia, cerca del café Szpilka. Era la una. Cinco horas después estaría allí cenando con Monika, lacerando el presupuesto familiar. ¿Cómo iría vestida? Y justo cuando cerró el coche, una alarma saltó en su cabeza.

Monika, Szpilka, seis de la tarde.

Nawrocki, Comisaría Central, seis de la tarde.

Hostia puta.

En la puerta del despacho le habían dejado una nota para que fuera AHORA MISMO a ver a la jefa. Por el caso Nidziecka, claro. La ignoró, entró y llamó a Nawrocki, pero el policía ya había citado al padre de Boniczka en la Central, no se podía cancelar. Szacki pensó que podría convencer a Nawrocki para someter al padre a una especie de tormento (llamarle, tenerle esperando en el pasillo, dejarle ir y citarle para el día siguiente, como había hecho la policía secreta con el padre de Szacki en los años cincuenta), pero renunció a la idea. Prefería quitarse de encima el asunto cuanto antes. Llamó a Monika.

—Hola. ¿Te ha surgido algo? —preguntó ella antes de que a Szacki le diera tiempo a decir nada.

—Tengo que estar a las seis en la Comisaría Central, no sé cuánto me llevará. Perdóname.

—Llámame si acabas pronto. Y no pidas perdón sin motivo. ¿Qué dirás cuando realmente hagas algo malo?

Szacki tragó saliva. Estaba seguro de que ella había oído ese sonido. ¿Debía decirle la verdad? ¿Que tras el interrogatorio tenía que irse a casa? ¿En serio tenía que irse? ¿Él qué era, un padre de familia o un niño que le pide permiso a su madre cuando quiere volver tarde de jugar en la calle? Aunque, en realidad, ¿por qué no habría de decírselo? Después de todo, si ella quería flirtear con un hombre casado y con hijos, tenía que saber dónde se metía. Pero ¿y si era una loca que empezara a llamar a Weronika y a gritarle «es solo mío»? Se asustó.

—No quiero prometer nada, porque la verdad es que no creo que hoy me sea posible —dijo con la intención de ganar tiempo. Joder, ¿por qué no había

ideado algo antes de marcar el número?

—Vaya, qué lástima.

—Voy a estar dando vueltas mañana por la ciudad, quizá podríamos comer un algo juntos —soltó una frase dicha de cualquier manera cuando recordó que al día siguiente iba a asistir al funeral de Telak. A Weronika siempre le podría decir que después del funeral tenía que trabajar. ¿Necesitaría coger ropa para cambiarse? Sí, no podía ir a un bar con el traje bueno, el de las ceremonias familiares tipo bodas y entierros. Hay que joderse.

Quedaron en que le enviaría un sms cuando supiera a qué hora se podían ver y en que ella tomaría solo un desayuno ligero (un mango, café, quizá un bocadillo pequeño) y esperaría. Por un momento se la imaginó tumbada sobre la cama por la mañana, con el pelo alborotado, leyendo el periódico y lamiéndose los dedos después de comerse el mango. ¿Lo vería alguna vez en persona?

A Oleg Kuznetsov no le hacía ni pizca de gracia tener que interrogar otra vez a la gente del entorno de Telak, en esta ocasión acerca de su amante, sus exnovias y las chicas del insti.

—¿Tú eres idiota o qué? —se quejaba—. A ver, dime, ¿cómo quieres que lo compruebe? Sus padres no viven, su mujer seguro que no sabe nada y a los compañeros de trabajo ya les pregunté.

Szacki no daba su brazo a torcer.

—Entérate de en qué instituto estudió, qué carrera hizo, en qué universidad, encuentra a sus amigos y amigas, pregúntales. Después de todo, de eso se encarga la policía, joder, de buscar a gente e interrogarla. Yo relleno papeles y numero las páginas de las actas.

Oleg le envió por el teléfono toda una sarta de insultos.

—Lo entendería si valiera para algo —seguía disgustado—. Pero es que no hacemos más que perseguir sombras de fantasmas, nada concreto. Digamos que encontramos a alguna tronca suya que murió en un accidente de tráfico con él al volante. Digamos que por eso se sentía tan terriblemente culpable y que por eso su hija se suicidó. Bueno, ¿y qué? ¿Puedes decirme de qué forma hace avanzar eso la investigación?

Szacki no podía. Sabía que probablemente sería otra información insustancial más, que además costaría mucho esfuerzo conseguir. Un buen montón de trabajo que a nadie le iba a servir de nada. Pero ¿qué otra opción

tenían?

Todo eso se lo contó al policía, que entre dientes contestó que Szacki se comportaba como el director de una gran empresa.

—Estás cabreado porque no tenemos nada y haces unos cuantos movimientos desesperados para que parezca que haces algo y tener cubiertas las espaldas. Que te conozco, tú lo que no quieres es tener que ocuparte de otra cosa. ¿No puedes esperar al menos hasta la próxima semana a que lleguen los resultados de la prueba de sonido? Así podrás estar seguro de si era Kwiatkowska la que fingía ser la hija de Telak. Sabes que en el frasquito de somníferos hay huellas de Jarczyk. Todo eso será suficiente para registrar sus casas por si hay algo más que las vincule con Telak. A Kaim y a Rudzki también les daría un repaso, aunque solo sea para que no se sientan a salvo. ¿Y con Rudzki no podrías hablar del pasado de Telak? Debería saber algo, el otro se confesaba con él una vez a la semana, ¿no?

Kuznetsov tenía razón. Y a la vez no la tenía. Rudzki era un sospechoso en potencia y, como tal, una fuente de información poco fiable. Sus revelaciones habría que verificarlas igualmente.

Por eso no cedió ante Kuznetsov, aunque en cuanto terminó de hablar con él llamó a Cezary Rudzki y le citó para el lunes. De paso se enteró de que el terapeuta también iba a asistir al funeral.

Janina Chorko se había maquillado. Era algo horrendo. Sin maquillar era simplemente fea, pero con maquillaje parecía un cadáver que los niños de un empresario de pompas fúnebres hubieran pintado por diversión con los cosméticos de su madre y, a consecuencia de esas intervenciones, hubiera revivido y se hubiera ido al trabajo. Llevaba puesto un suéter de cuello alto y debajo quizá nada. Y pensar que un rato antes estaba convencido de que no había nada que le excitara tanto como los pechos de una mujer... Eso ya era agua pasada, la prehistoria, el silúrico, el devónico, el cámbrico. No quería mirarla, cosa que resultó sencilla porque empezó a abroncarle, así que pudo bajar la cabeza y hacerse el fiscal avergonzado.

Un asesinato es un asesinato, la fiscalía no está para ponerse al servicio del acusado, ¿ya había olvidado lo que habían hablado el día anterior?; además, siempre podía cambiar la calificación en la sala del tribunal sin necesidad de cabrear antes a todos sus superiores, etcétera.

—No —contestó sin más cuando ella hubo terminado. Había levantado la

cabeza y la miraba a los ojos. Solo a los ojos. Sacó del bolsillo de la chaqueta el paquete de tabaco y encendió el primero del día. No estaba mal, teniendo en cuenta que eran bastante más de las doce.

—En este edificio no se fuma —dijo ella fríamente mientras también encendía un cigarrillo. Szacki sabía que le tenía que haber dado fuego, pero temía que hubiera malinterpretado su gesto. Chorko sacó del cajón un cenicero lleno de colillas y lo dejó sobre el escritorio entre ambos—. ¿Qué significa «no»?

—Significa que no voy a acusar a Mariola Nidziecka de asesinato —respondió muy despacio y muy tranquilo—. A decir verdad, yo mismo me extraño de haber escrito el acta de acusación en un caso tan claro de legítima defensa. Me avergüenzo de haber cedido bajo una presión irreal. Como se ve, la intuición no me ha fallado. Pero no existe peor censura que la autocensura. Le pido disculpas porque es usted mi superior y porque también es responsable de mi decisión.

Chorko echó el humo hacia el techo y se inclinó sobre Szacki. Dio un fuerte soplido en el cenicero que levantó una nube de ceniza. Szacki fingió no verlo.

—No me joda, señor Szacki. ¿De qué me está hablando? —susurró.

—No era mi intención... —no fue capaz de usar un verbo que asociaba con el sexo—... molestarla. Lo que digo es que estoy harto de actuar pensando en si lo que hagamos va a ser del agrado o no de alguien. Deberíamos tomar las decisiones que consideremos justas y preocuparnos solo cuando alguien se nos queje. Me inquieta cuando dice que deberíamos leer en la mente de los superiores, porque siempre he pensado que es usted diferente y me resulta muy triste oírle hablar así. Y le pregunto: ¿cree que la calificación legal es errónea?

La jefa de la fiscalía de Śródmieście apagó la colilla con el gesto firme de un fumador empedernido y le acercó el cenicero a Szacki. Se hundió en su sillón de piel de imitación y de pronto Szacki la vio como una mujer mayor y cansada.

—Fiscal Szacki —dijo con resignación—. Soy una mujer mayor y cansada que ha visto más historias como esta de las que debería. Yo sería la primera en firmar el sobreseimiento en base a las leyes sobre legítima defensa. Es más, deberíamos exhumar a ese hijo de puta, resucitarlo y meterlo unos cuantos años en la cárcel. Y tiene usted razón en que, cuanto más tiempo

paso sentada en este sillón en lugar de interrogar a testigos, más pienso en «lo que dirán». No está bien, coño. Y he pensado en lo que le dije ayer: que a veces hay que agachar la cabeza para sobrevivir. Un mal menor. ¿Está de acuerdo?

—En parte sí, en parte no —contestó con diplomacia. Era una pregunta a la que ningún fiscal de Polonia podía contestar categóricamente con la conciencia tranquila.

—Sí, deberían escribirlo sobre las puertas, bajo el águila, como nuestro grito de armas. En parte sí, en parte no. Pero ¿más bien no?

—Más bien.

—Tiene razón —volvió a suspirar—. Firmaré esa acta de acusación, la mandaremos a la regional y ya veremos. Y si se hace insoportable, habrá que pensárselo. Una amiga de Wola se hizo consejera legal, la contrataron en el departamento legal de una compañía de agua mineral de Beskidy, tiene una casa en las montañas, trabaja ocho horas al día y gana doce mil al mes. Y nadie le tira ácido a la cara ni le raya el coche a mala leche por ser «la puta esa» de la fiscalía.

Szacki asintió en silencio. Ella estaba en lo cierto, pero Szacki temía que si empezaba a darle la razón demasiado a menudo podría pensar que había encontrado en él un alma gemela y que le invitaría a tomar un vino en su casa y a charlar sobre el triste destino de los fiscales en la República de Polonia. Aguardó un momento por cortesía, le dio las gracias a su jefa, masculló algo acerca de un montón de papeleo y salió, dejando a Janina Chorko rodeada de pensamientos infelices, la peste a tabaco y el olor a la piel de imitación del sillón.

3.

Fue caminando hasta la Comisaría Central, en el Palacio Mostowski, porque el centro se había convertido en un gigantesco atasco. Ningún vehículo podía atravesar el corazón de la ciudad: la glorieta junto al edificio conocido como «La Rotonda». En realidad, ya no era «la glorieta de La Rotonda», sino la glorieta de Roman Dmowski, a quien le habían dedicado aquel cruce de dos calles tan grandes como autopistas, carente por completo de encanto. Podría haber ido en metro a la plaza del Banco en un santiamén de no ser porque también habían cerrado el suburbano. Por eso optó —no sin cierta alegría— por ir andando por la calle Bracka en dirección a la plaza de Piłsudski, con la esperanza de que cuando terminara el interrogatorio la ciudad ya se hubiera puesto en marcha y poder así volver a la fiscalía en autobús.

Era un bonito paseo y Szacki pensó que si se llevara a un extranjero con los ojos vendados desde el aeropuerto hasta esa calle, se hiciera con él aquel recorrido y al final se le vendaran los ojos de nuevo y se le enviara de vuelta al aeropuerto, el turista podría tener la impresión de que Varsovia es una ciudad de lo más bonita. Caótica, pero bonita. Y llena de cafés, restaurantes y clubes, que justamente en esa zona no faltaban.

En especial el área de las calles Świętokrzyska, Mazowiecka y Kredytowa, con sus hermosas casas, sus tiendas para artistas plásticos (como si Varsovia fuera una ciudad de artistas), la iglesia protestante de la plaza de Małachowski, la galería Zachęta (como si fuera la ciudad del arte) y el impresionante panorama de la plaza de Piłsudski con el Gran Teatro (la ciudad del teatro) y el Metropolitan de Foster (la ciudad de la buena arquitectura, ja, ja, ja).

Y para finalizar, un paseo por el Jardín Sajón, donde obligatoriamente había que admirar a las jóvenes polacas que tomaban el sol en los bancos. Durante muchos años Szacki no soportó ese lugar, porque en uno de esos bancos le dio calabazas una chica de la que se enamoró en el instituto. Hacía

poco la había vuelto a ver en un supermercado. Su marido, medio calvo, empujaba un carro lleno de productos, ella iba de mal humor y tiraba de dos niños. ¿O tiraba de uno y al otro lo tenía en brazos? En realidad, de aquella estampa lo que mejor recordó después fue el hecho de que ella llevara el pelo grasiento y que se le vieran claramente las raíces. Fingió no reconocerla.

En la plaza del Banco, Szacki aceleró la marcha, ya eran las seis y unos minutos. Cruzó corriendo el paso subterráneo que sale a la plazuela del cine Muranów y en ese momento se sintió fatal. Se consideraba un intelectual y como tal no debería perderse ningún estreno en el cine Muranów, donde proyectaban películas europeas más o menos ambiciosas en lugar de la basura de Hollywood, y en cambio se pasaba por allí de Pascuas a Ramos. Se prometía verlas después en dvd, pero nunca alquilaba ninguna película europea ambiciosa. ¡Si ni siquiera le apetecía ver en la tele esos muermos! Estaban poniendo *Reconstrucción*, una reflexión danesa sobre el sentido de la vida o algo así. Apartó la mirada de las acusadoras letras de los carteles que anunciaban las películas. Medio minuto después ya se encontraba en el vestíbulo de estilo neoclásico del Palacio Mostowski, donde en su momento se instalaron las autoridades zaristas, más tarde el ejército polaco, después la policía del régimen socialista y en la actualidad albergaba la Comisaría Central de la policía.

Nawrocki había hecho bien su trabajo. Cumplió su promesa y metió a Olgierd Boniczka en la sala de interrogatorios más pequeña y sombría de la Central. Szacki ni siquiera estaba seguro de si aquello era una sala de interrogatorios. Quizá Nawrocki había colocado una mesa y tres sillas en algún cuartucho olvidado para que Boniczka tuviera la sensación de que lo interrogaba la Gestapo. La habitación tenía unos pocos metros cuadrados, paredes sucias, una puerta sucia y ninguna ventana. La única fuente de luz era una bombilla que colgaba de un cable. Afortunadamente, Nawrocki se cortó de llevar una de esas grandes lámparas de flexo, accesorio indispensable de los interrogatorios totalitarios.

—Lamentamos que haya tenido que esperar —le dijo Nawrocki al hombre atemorizado que estaba sentado junto a la mesa de aglomerado. La chapa, que imitaba un tipo inexistente de madera, estaba agrietada y en varios sitios se veían quemaduras de cigarrillos—. Este es el fiscal Teodor Szacki de la fiscalía del distrito de Śródmieście. Consideramos que el asunto es tan grave que hemos decidido hablar los dos con usted.

Boniczka se levantó como un resorte. Szacki le indicó que podía sentarse. Él mismo cogió una silla y se sentó al lado de la puerta, dejando que el policía y el interrogado se quedaran junto a la mesa. No dijo nada, porque no necesitaba hacerlo. Boniczka le miró con ojos asustados. La gente a menudo reaccionaba así ante la presencia de un fiscal. Un policía era para ellos alguien a quien podían aceptar. Se paseaba de uniforme por el barrio, les tomaba los datos a los gamberros, aceptaba sobornos de los que conducían borrachos. Uno de los suyos, que luchaba con la vida, que sabía que las cosas nunca resultaban fáciles y que nada era solo blanco o negro. Al fiscal lo asociaban con los funcionarios con los que nunca había manera de arreglar nada, que no entendían nada, que hablaban en una lengua incomprensible y que siempre se ponían en contra. También por eso Szacki callaba, sabía que de momento ya solo su traje y su aspecto severo bastaban para solucionar el asunto. Comparado con él, Nawrocki parecía un «hombre de la calle»: gordo, descuidado, con la cara hinchada y el pelo ralo y graso, con una camisa amarillenta, abierta, sin corbata y con una chaqueta arrugada color gris verdoso. Cada dos por tres se sonaba la nariz, era evidente que sufría algún tipo de alergia.

Boniczka solo se parecía al policía en que ambos tenían el aspecto de conocer la Selectividad únicamente de oídas (en contra de las apariencias, Nawrocki tenía dos carreras, Derecho y Psicología). Era muy delgado, muy flaco en realidad, la típica delgadez de alguien con un trabajo físico y que ya en el jardín de infancia había empezado a probar el sabor de sustancias estimulantes. Ciertamente tenía un aire a portero, a Szacki le pareció notar que desprendía olor a sudor, productos de limpieza, sótanos y hojas podridas. Tenía un bigote negro y poblado y un pelo muy negro con una calva bien visible en la coronilla. Permanecía con las manos cruzadas sobre las rodillas. Miraba con suspicacia al fiscal y al policía alternativamente. Nawrocki le echó un vistazo al informe en silencio.

—¿De qué se trata exactamente? —dijo al final Boniczka con voz ronca y después carraspeó—. ¿Por qué quieren ustedes hablar conmigo?

—Se han conocido nuevos datos acerca del asesinato de su hija —contestó Nawrocki. Apartó el informe, conectó el magnetófono, apoyó los codos sobre la mesa y juntó las manos como si fuera a rezar.

—¿Sí? —Nawrocki no respondió, solo miró a Boniczka con reproche—. ¿Los han cogido?

Nawrocki suspiró y soltó un chasquido.

—¿Estaba usted al tanto de que su hija fue violada poco antes del asesinato?

Esa era la pregunta que Szacki estaba esperando. Observó atentamente a Boniczka con los ojos apenas entornados, tratando de captar las emociones que reflejaba su rostro. El hombre tan solo arqueó un poco las cejas.

—¿Cómo? No lo entiendo. ¿Y me lo dicen ahora?

—También nosotros nos acabamos de enterar —replicó el policía y estornudó violentamente, tras lo cual estuvo un buen rato sonándose la nariz—. Perdón, tengo alergia al polvo. Nos topamos con una pista sobre los violadores de pura casualidad, mientras investigábamos otro caso.

—¿Y qué? ¿Han confesado que mataron a Sylwia?

—No.

Durante unos momentos, Boniczka paseó la mirada entre el policía y el fiscal.

—Pero no los creerán, ¿no?

—Si los creemos o no es asunto nuestro. Antes quisiéramos hablar con usted. Nos han contado al detalle lo que ocurrió aquella tarde.

Y Nawrocki comenzó el relato. Por dos veces Boniczka le pidió al policía que parara, pero sin éxito. La segunda vez, el propio Szacki estuvo a punto de apoyar la petición del sospechoso. El comisario no ahorró pormenores. Desde los primeros instantes, cuando la chica caminaba por la calle Hoża y alguien le gritó «¡Espera, Sylwia, que soy yo!», el forcejeo en el portal porque no quería entrar «un momento», los comentarios de que «lo vamos a pasar bien», las bromas tipo «todos saben que cuando una tía dice “no” quiere decir “sí”, y cuando dice “sí” quiere decir “encantada”», hasta las escenas en el piso de la segunda planta.

El fiscal era consciente de que a Nawrocki no le habían contado todo eso los violadores, si es que eran ellos, porque lo habían negado todo. Si era un farol, estaban en un callejón sin salida. Sylwia Boniczka pudo detallarle a su padre todo lo ocurrido aquella tarde y entonces el sospechoso enseguida se daría cuenta de que en realidad no sabían nada. Si no era un farol, entonces seguramente estaba repitiendo la historia que le había contado el vidente. Szacki maldijo para sí. Videntes y terapias retorcidas. Su trabajo cada vez se parecía más a una serie televisiva sobre un fiscal que investiga fenómenos paranormales. Ya le podía haber avisado Nawrocki.

—Cuando salió, o más bien cuando la echaron del piso amenazándola con lo que le pasaría si le hablaba a alguien de aquella «fiestecilla» (como la llamaron ellos), al principio no sabía dónde estaba. Solo sabía que tenía mucho frío. Se puso a caminar e inconscientemente se dirigió a su casa. Pero cuando pasó junto al colegio se acordó de usted. Se quedó un momento en las escaleras de la entrada, luego fue hasta la puerta y llamó. Una quinceañera llorosa, con una blusa verde, una falda vaquera con adornos brillantes y un tacón roto, los primeros zapatos de tacón de su vida.

Nawrocki hizo una pausa. Boniczka se balanceaba adelante y atrás. Szacki se puso a hacer multiplicaciones en su mente para espantar las imágenes de la violación que aparecían en su cabeza. Un delito que en su opinión debería ser castigado con la misma dureza que el asesinato. La violación era un asesinato, aunque después muchas veces los cadáveres seguían caminando por las calles durante muchos años.

—No tenía un tacón roto —susurró de pronto Boniczka sin dejar de balancearse rítmicamente.

—¿Perdón?

—No tenía un tacón roto, llegó descalza.

—¿Cómo puede saberlo si no se encontró con usted?

—Sí que lo hizo, sí —murmuró Boniczka—. ¿Sabe que tiró los zapatos por el camino? Puede resultar gracioso, pero el caso es que luego le dio mucha lástima quedarse sin ellos. Repetía todo el rato que eran unos zapatos estupendos, que le gustaban mucho. Cuando iba por la calle Hoza se le rompió un tacón y pensó que era mejor tirarlos, pero después le dio pena. Me preguntó si podía ir yo a buscar los zapatos, porque a ella le daba miedo. Al final no hablaba de otra cosa más que de los zapatos. Los zapatos, papá, tráeme los zapatos, seguro que siguen allí.

Szacki trató de no escuchar todo aquello. Solo pensaba en que quizá debería coger a su familia, o al menos a su hija, y marcharse lo más lejos posible de la ciudad. Cómo odiaba ese lugar.

—¿Se los llevó? —preguntó Nawrocki.

Olgierd Boniczka asintió. Unos zapatos negros normales, con una correa alrededor del tobillo. De no ser por el tacón roto, parecerían recién sacados de la caja. Era la primera vez que se los ponía para ir a la calle, antes solo los había llevado en casa para aprender a andar con ellos.

—¿Y qué ocurrió luego?

—Cuando volví, estaba intentando ahorcarse con el cable de la cocina eléctrica. No protestó cuando se lo quité. Se alegró de que hubiera vuelto con los zapatos. Se los puso y empezó otra vez a contarme que había tenido miedo de caerse y por eso se le había escapado el tranvía, porque no podía correr. A la ida estaba con su amiga y fueron agarradas de la mano. Y así una y otra vez. No hablaba de otra cosa. Y después me pidió que la matara.

Boniczka se calló. Szacki y Nawrocki contuvieron la respiración. De repente el ruidillo del motor del magnetófono se hizo perfectamente audible.

—Resulta curioso lo distintos que pueden llegar a ser los hijos de sus padres —dijo Boniczka, y Szacki se estremeció. Tenía la sensación de que hacía poco alguien le había dicho eso a él. ¿Quién? No lo recordaba—. Todos decían que Sylwia se parecía mucho a mí. Las mismas cejas, los mismos ojos, el mismo pelo. La viva imagen de su padre. Pero ella no era hija mía. Por sus venas no corría ni una gota de mi sangre.

—¿Cómo que no? —preguntó Nawrocki.

—Iza, mi esposa, fue violada un mes después de nuestra boda. Fue una tarde que volvía desde la estación a la casa de mis padres, donde entonces vivíamos. Sylwia era hija del violador. Cuando Iza entró en casa, no dejó de hablar de las lilas. Era finales de mayo, es verdad que por todas partes olía a lilas, y junto a la estación era donde más había. Olía tan fuerte que provocaba náuseas al pasar por allí. No paraba de hablar de las lilas. Después dejó de hacerlo. Nunca hemos tenido una conversación acerca de ello. Ni sobre la violación ni sobre las lilas. Fingíamos que Sylwia era nuestra hija. Aquel era un pueblo pequeño, ni se nos pasó por la cabeza ir a la policía con esa historia. Pero Iza ya no volvió a ser la mujer con la que me había casado. Estaba vacía. Iba al trabajo, cuidaba de la niña, cocinaba, limpiaba, los sábados preparaba un pastel. Dejó de ir a la iglesia, me costó convencerla para que bautizáramos a Sylwia. No estuvo en su primera comunión porque la iglesia entera estaba adornada con lilas. Lo vio desde lejos y se marchó a casa. Sylwia lloró. Tampoco entonces hablamos de lo sucedido.

Boniczka se calló otra vez y estuvo así un buen rato. Nada hacía indicar que fuera a retomar el hilo que más les interesaba.

—Y entonces, en el colegio, usted pensó que... —le guio Nawrocki con voz amable.

—Pensé que no quería que mi hija estuviera vacía igual que mi mujer. Pensé que a veces la muerte puede ser una solución. Que si yo fuera ella,

tampoco querría seguir aquí —Boniczka se miró las palmas de las manos—. Pero sabía que no podía matarla. Até una cuerda y salí. Me dije que volvería diez minutos después y que si para entonces no había tomado una decisión, los dos fingiríamos que no había sucedido nada. Que no sabía por qué no quería ponerse zapatos de tacón, a pesar de no ser muy alta.

La cinta se acabó y el magnetófono se paró con gran estrépito. Nawrocki le dio la vuelta a la cinta y apretó el botón rojo de «Grabar».

—Cuando volví ya no vivía. Antes se había quitado los zapatos y los había dejado bien colocados junto a la pared, al lado de los míos. Uno estaba de pie, pero el que no tenía tacón se había caído de lado. Me lo quedé de recuerdo.

—¿Y Sylwia?

—Yo sabía que en el jardín de infancia estaban terminando de arreglar una tubería maestra y que al día siguiente iban a cerrar la zanja. La eché dentro y tiré encima algo de tierra. Nadie se dio cuenta. A menudo me he acercado allí para encender una vela.

A Szacki no le cuadraba.

—¿Por qué no la enterró en el cementerio? —fue la primera pregunta que hizo en toda la tarde.

—Por mi mujer —contestó Boniczka—. Si la hubieran encontrado ahorcada en el colegio, habría empezado una investigación, interrogatorios, largas conversaciones, el relato de la violación en los periódicos. A mí seguramente me habrían encerrado. Mi esposa no lo habría soportado.

—¿Y no habría sido mejor para ella que su hija viviera?

—La muerte es una solución limpia. A veces más que la vida. Al menos eso me parece —Boniczka se encogió de hombros—. ¿Me van a encerrar? —preguntó al cabo de un rato.

Nawrocki miró a Szacki. Ambos salieron al pasillo para analizar la situación. Estuvieron de acuerdo en que debían transcribir la historia contada por el vidente como relato detallado de Boniczka y dárselo a firmar. En base a esto podrían abrir el caso de la violación y encarcelar a los autores. Y llevarlo todo lo más en secreto posible para que no escribieran de ello en los periódicos.

—¿Y qué pasa con Boniczka? —le preguntó el policía al fiscal.

—Lo pondré bajo vigilancia y le acusaré de profanar un cadáver.

En el pasillo debía de haber muchísimo polvo, porque Nawrocki empezó a

estornudar como un poseso. Cuando se tranquilizó y se sonó la nariz, miró a Szacki con los ojos llorosos.

—Deje que se vaya, fiscal —dijo—. Él no es culpable de nada. Es una víctima, igual que su hija y su esposa. Solo conseguirá usted empeorar el asunto.

Teodor Szacki se arregló el nudo de la corbata. Se avergonzó de lo que iba a decir, pero no le quedaba otra salida. Así era su trabajo.

—Comisario, sabe perfectamente que todos los casos están llenos de tragedias humanas, injusticias, una cantidad incontable de matices, sombras y dudas. Y justo por eso el Estado paga un sueldo a cabrones como yo. Sé que tiene usted razón, pero a mí solo me atañe el hecho de que se ha infringido uno de los artículos del Código Penal. Lo siento.

4.

Por suerte, cuando volvió a casa Hela ya dormía. La besó en la frente y la apartó del borde de la cama, que no era muy alta, aunque eso no impedía que Szacki siempre tuviera miedo de que la niña se cayera al suelo. Murmuró algo entre sueños y abrazó con más fuerza su oso hormiguero de peluche. La larga cara del animalillo se desfiguró por la inesperada muestra de cariño. Szacki se arrodilló junto a la cama y miró a su hija. Respiraba por la boca, tenía la frente algo sudorosa y su pequeño cuerpo desprendía un calor que olía agradablemente a pan recién horneado.

El hombre deja de ser niño cuando empieza a oler mal, pensó Szacki. Cuando le empieza a apestar la boca, sus sábanas huelen a ácido y sus calcetines a dulce. Cuando hay que cambiar cada día de camisa y cada dos días de pijama. Weronika tenía la costumbre de dormir durante una semana con la misma camiseta. Era algo que él no soportaba, pero le daba vergüenza decírselo. También procuraba no prestar atención a las blusas de sobacos amarillentos. ¿Qué le iba a decir? ¿Que debería comprarse unas nuevas? Ella le diría que le diera dinero. Además, él también llevaba calzoncillos amarillentos bajo sus pantalones a rayas, perfectamente planchados. ¿Podía eso gustarle a ella? ¿Podía gustarle a Monika? ¿O a una amante en general? Era absurdo. Sabía que ese razonamiento era una trampa, pero cada vez más a menudo pensaba que doscientos mil estúpidos zlotys solucionarían todos sus problemas. Pagaría las deudas, se tomaría un año de vacaciones, descansaría, vería con las chicas un poco de mundo. Y tendría para invitar a Monika a un café sin sentirse culpable por deshacerse de un dinero destinado a gastos domésticos urgentes.

Se alegró de que Hela ya durmiera. La pequeña podría haber visto en sus ojos la sombra de la historia que había tenido que escuchar poco antes. ¿Se quedaría dentro de él todo lo que experimentaba en el trabajo? ¿Todos aquellos asesinatos y violaciones pulularían a su alrededor como si fueran un enjambre de abejas que picaran a cualquiera que se le acercara? Tenía miedo

de que así fuera. Temía ser el portador de ese odio, esparcir los gérmenes de la agresividad, infectar a su mujer y a su hija con lo peor del mundo. La enfermedad aún no era visible, pero acabaría por manifestarse.

Esa idea resultaba tan repulsiva que se apartó de la cama sin perder un instante. Mientras se duchaba, Weronika entró en el baño. Solo llevaba puestas las braguitas, pero a él se le cerraban los ojos a pesar del agua fría: no tenía fuerzas ni para pensar en el sexo.

—¿Y tú qué haces ahí dándote una ducha tan larga? ¿Te has citado con alguien? —preguntó mientras se cepillaba los dientes. Lo hacía energicamente y los pechos se le movían de una forma muy divertida. Eso tampoco le excitó.

—He tenido una reunión con una experta en sexología. No pensé que una persona pudiera ser tan elástica. Desde ahora la frase «vamos a cambiar de postura» la voy a asociar con la gimnasia artística. ¿Quieres hacer salto de potro?

—Idiota. Dúchate y ven a la cama.

Hicieron el amor bajo el edredón, con pereza, en silencio y con satisfacción, tranquilos, con la tranquilidad de unos amantes que después de catorce años saben cómo y dónde tocarse. Fue magnífico, como siempre. Sobre todo «como siempre», pensó Szacki cuando se quedaron tumbados uno junto al otro.

El reloj electrónico marcaba las 23:45:34. Las cifras que indicaban los segundos cambiaban rítmicamente. Le ponían de muy mala hostia, pero no pudo apartar la mirada de ellas. ¿Para qué cojones habían comprado un reloj con segundero? ¿Acaso trabajaba él en un centro de control aéreo? Y encima el cacharro brillaba como un neón, hasta se veía un resplandor rojo en la pared. Tendría que comprar uno nuevo. ¿Con qué dinero?

Weronika le abrazó.

—¿En qué piensas? —le llegó el olor a pasta de dientes y saliva levemente ácida de su aliento.

—En ti.

—Venga, en serio.

—En que estaría bien ganar una primitiva.

—Pues dale una oportunidad a la suerte —murmuró ya medio dormida.

—Vale, mañana es sábado, iré a que me rellenen unas columnas con la

máquina.

Ella abrió un ojo.

—Lo has decidido el 10 de junio de 2005 a las 23:51 y 13 segundos —dijo—. Quizá deberías poner esas cifras en una, ¿no? Cúrratelo un poco.

Teodor Szacki se incorporó de pronto y se sentó en la cama. Se le había quitado el sueño. Su materia gris se había puesto a trabajar a todo trapo. Acababa de oír algo importante, pero ¿qué? Repitió en su cabeza toda la conversación. ¿De qué se trataba? Por todos los santos, ¿de qué?

—¿Te has vuelto loco o te ha dado un infarto? —Weronika también se sentó en la cama.

—Duerme, duerme —contestó automáticamente—. He recordado algo, tengo que mirar mi libreta.

—¡Qué hombre! —dijo resignada, y se tapó la cabeza con el edredón cuando su marido encendió la lámpara de noche.

Un momento después, anotado en su calendario el día 7 de junio, encontró lo que buscaba: la secuencia de los números de la suerte de Telak. 7, 8, 9, 17, 19, 22. ¿Por qué precisamente esas cifras y por qué desde hacía unos segundos no es que hubiera saltado una alarma, sino que sonaban sirenas? Las sumó rápidamente: 82. Ocho y dos, diez. Uno más cero, uno. No, eso no tenía sentido.

Concéntrate, pensó frotándose las sienes. Concéntrate, haz un esfuerzo, ponte a pensar. ¿Cuándo has notado el chispazo en tu cabeza? Cuando Weronika ha dicho la fecha: 10 de junio de 2005.

Se enderezó de golpe y notó frío. Y que se le secaba la garganta. Fue a la cocina, sacó una lata de cerveza y se bebió media de un trago. Ya lo sabía. La esposa de Telak había citado la carta de despedida de su hija. «Nos veremos en Nangijala. Varsovia, 17 de septiembre de 2003, 22:00.» 17, 9, 22, tres cifras coincidían con las de la apuesta de Telak. ¿Sería posible algo así? ¿Sería posible que alguien estuviera tan zumbado como para elegir la fecha de la muerte de su hija como números de la primitiva? Y aunque así fuera, ¿qué pasaba con las demás: 7, 8, 19? Podía ser su año de nacimiento, 1987. No, demasiado pronto. E ilógico. Del nacimiento solo el año y de la muerte, el día, el mes y la hora. Lo lógico sería recordar la fecha completa. Szacki fijó la mirada en los números intentando formar una secuencia. Finalmente escribió dos fechas:

17.09.1978, 22:00

17.09.1987, 22:00

Y una cuestión: Kasia Telak decidió quitarse la vida en el vigesimoquinto o decimosexto aniversario de algo, ¿de qué?

Capítulo séptimo

Sábado, 11 de junio de 2005

El Festival de la Canción de Opole, tan flojo como siempre. La Noche del Humor, especialmente bochornosa. El equipo de Płock celebra el empate conseguido con el Legia en la última jornada liguera. Los varsovianos terminan la temporada en tercer lugar; los de Płock, cuartos. Cracovia celebra el setenta y cinco cumpleaños de Sławomir Mrożek con una gran exposición de sus dibujos y con una «serie de absurdos acontecimientos en el parque de Planty». Mientras, en Varsovia tiene lugar una tanda de diez desafortunados acontecimientos: 1.º, la iniciativa «Basta de depravación», que pide acciones más duras contra los acusados por delitos de pedofilia; 2.º, los estudiantes se manifiestan ilegalmente contra la prohibición de la Marcha del Orgullo Gay; 3.º, desobediencia civil ilegal contra esa prohibición; 4.º, Fórum de la Juventud del partido Ley y Justicia contra la proliferación de las uniones civiles; 5.º, la Asociación por las Libertades Cívicas está en contra de que se trabaje en el proyecto de ley sobre las uniones civiles; 6.º, la Sección Varsoviana de la Asociación Católica de Educadores promueve una educación basada en los valores cristianos como garantía de una sociedad sana social y moralmente; 7.º, los representantes de dicha sección afirman también que los cristianos que respetan las leyes de Dios —es decir, las leyes de la naturaleza— son ciudadanos de primera categoría; 8.º, la Asociación por las Libertades Cívicas se declara contraria a la tendencia de las parejas homosexuales a adoptar niños; 9.º, mitin a favor de que se tomen medidas para luchar contra la discriminación de la mujer en la sociedad; 10.º, el Centro de Información para Círculos de Mujeres, Ośka, organiza el pícnic familiar «Varsovia: Ciudad sin odio». Todos protestan bajo un cielo bastante despejado, casi no llueve aunque el día vuelve a ser fresco y la temperatura máxima en la capital es de apenas 16 grados.

1.

Cómo odio este lugar, pensaba Teodor Szacki mientras metía la enésima bolsa de la compra en el —afortunadamente— espacioso maletero de su Citroën, en la planta superior del parking del Carrefour de la calle Głębocka. Odiaba aquel santuario de caras avinagradas y de quejas sin la menor justificación, aquel templo de plástico lleno de dependientas ofendidas y camareras descontentas por cuyos altavoces no hacían más que salir las putas canciones de moda.

Nunca había logrado realizar una visita al supermercado que no estuviera plagada de desagradables imprevistos. Primero tuvo que esperar veinte minutos para entrar en el aparcamiento porque unos gilipollas se habían dado un golpecito en un cruce y por supuesto se habían quedado a esperar a la policía junto a sus Daewoo Lanos, en lugar de hacer un parte de accidente y marcharse, o al menos apartar los coches. En Polonia, todo conductor sabe que aunque no te hayan roto más que un intermitente, es preciso llamar a la policía, porque si no, te engaña el otro conductor o bien la compañía aseguradora. Tuvo que aguardar.

Cuando por fin encontró un sitio donde aparcar, en un asqueroso rincón del abarrotado parking, apareció como de la nada un vagabundo que le pidió algo a cambio de vigilarle el coche. Szacki se puso hecho una furia.

—¿Qué cojones dice usted de vigilar?! Si se presentaran tres malas bestias a robarme el coche, ¿qué haría? ¿Tirarse bajo las ruedas? ¿Atacarlos?

Le dio un zloty porque temía que le vaciara el aire de un neumático, o que le rayara una puerta, o que le robara un limpiaparabrisas o lo que hicieran habitualmente. Por si las moscas al irse le dijo que era fiscal, ante lo cual el vagabundo hizo una profunda reverencia y salió corriendo. Y se acabó el tema de la vigilancia.

Como no tenía una moneda de dos zlotys para el carro, quiso cambiar un billete de diez en un quiosco —perdón: en un salón de prensa—, pero la señorita no tenía cambio. Así que compró un zumo para Hela que costó uno

cincuenta. Y le dio el cambio. Szacki no dijo nada.

Introdujo la moneda y a duras penas sacó el carro de la fila. Al lado había un tío sudoroso que le miró con odio. Szacki comprendió que el otro quería haber cogido ese mismo carro. Y, aunque allí mismo había diez filas de carros sin gente esperando para cogerlos, el tipo debió de considerar que se había cometido un atentado contra su carro y que habían hundido su genial plan.

—Haber llegado antes —soltó Szacki a mala uva y entró en el supermercado. Llevaba una lista. Siempre la leía primero un par de veces para trazar el mejor itinerario y no perder el tiempo yendo y viniendo entre las secciones. Según iba cogiendo las cosas las tachaba de la lista, y ponía mucho cuidado para no comprar nada innecesario. Solo le había dado tiempo a llegar a la sección del pan cuando escuchó por la megafonía: «Se ruega al dueño de un Citroën con matrícula WH25058 que acuda urgentemente al lugar donde ha aparcado el vehículo».

Dejó el carro, cogió a Hela de la mano y fue hasta el parking, convencido de que su querido cacharro estaría ardiendo porque habría estallado el depósito por culpa de la instalación de autogás, que fallaba continuamente.

Había dejado el coche en el sitio reservado para minusválidos.

Había un tipejo pequeño y flaco apoyado en el capó. Llevaba una chupa demasiado grande para él con el logo de Securitas. Qué raro que no fuera Securitate[10]. Fascistas aficionados, Szacki pensaba que debería estar prohibido que los sujetos privados llevaran uniforme.

—Si me lo permite, me ahorraré el comentario —murmuró el mercenario.

—Se lo permito, joder, se lo permito —accedió Szacki sin tener en cuenta la presencia de la niña.

Cambió de sitio el coche y volvió a la tienda, pero su carro ya no estaba. Sospechó que había sido una venganza de aquel gordo al que le había birlado el carro ante sus narices.

Fue echando al nuevo carro los diversos productos, procurando evitar a las pesadas azafatas con sus trocitos de comida cocinados en planchas eléctricas, y pensó que el denominador común de los habitantes de Varsovia no era el lugar donde vivían o trabajaban, y mucho menos el de su nacimiento. El denominador común era una agresividad mejor o peor disimulada. No odio, puesto que este, incluso el más absurdo, siempre será en cierto sentido

racional al existir un objeto de odio. Los de la Juventud de la Polonia Unida odiaban a los gays, pero si tenías la suerte de ser heterosexual, entonces te podías sentir bastante seguro en compañía de sus miembros. Los gays odiaban a Lech Kaczyński, pero si no eras Lech Kaczyński, entonces el problema era puramente teórico. En cambio, la agresividad estaba dirigida hacia todos.

La mayoría de los casos de los que se ocupaba el fiscal Szacki eran precisamente resultado de una absurda agresividad. Una furia que en cierto momento se materializaba en forma de asaltos, violaciones, asesinatos, palizas. ¿De dónde salía? ¿Del desengaño al comprobar que la vida era dura y aburrida, y no proporcionaba ninguna satisfacción? ¿Del miedo a que pudiera hacerse aún más dura en cualquier momento? ¿De la envidia porque a otros les iba mejor? A menudo reflexionaba sobre ello, pero no era capaz de dar una respuesta convincente a la pregunta: ¿de dónde sale la ira polaca?

Las compras le llevaron dos horas, terminó medio muerto de cansancio. Tenía la sensación de que, de no ser por el carro, se habría caído al suelo. Le daba vergüenza que su aspecto fuera el mismo que el de todos aquellos zombis que empujaban con esfuerzo sus jabones, quesos, ambientadores de baño y libros de Dan Brown. Deseaba tanto diferenciarse de ellos, sentirse alguien excepcional, desaparecer, olvidar, cambiar, enamorarse...

Para empezar, decidió comprarse un helado de sabores que nunca había elegido: mango y Snickers. (¿Cómo era posible que una bola de helado costara dos cincuenta? ¡Si eso era casi un dólar!) Los dos resultaron repugnantes y se arrepintió de no haber escogido sus preferidos, limón y fresa.

Hizo un intercambio con Hela, que por suerte había cogido fresa, y Szacki pensó que era estupendo tener niños.

2.

Miraba a Teodor Szacki, que se había quedado de pie a un lado y observaba con atención a los asistentes al funeral. Un hombre atractivo, pero él a su edad tenía mejor aspecto. Porque tenía dinero. El dinero da tranquilidad y seguridad en uno mismo. Una fuerza que jamás dependerá ni de la belleza física ni del encanto personal.

Al igual que el fiscal, no entró en la capilla —o «casa prefuneral»— del cementerio de Wólka para despedirse de Henryk Telak. Quería echar un vistazo a los asistentes, en especial a Szacki. Avanzó unos pasos junto a la horrenda pared de hormigón para verle mejor. ¿Se trataba de un oponente al que debía temer? ¿O bien de otro funcionario más, demasiado débil como para conseguir un trabajo como asesor o abogado?

No parecía débil. Caminaba más derecho que un poste y estaba sorprendentemente bien vestido para ser un hombre con un sueldo que salía de los presupuestos del Estado. El traje, negro y de corte clásico, debían de habérselo hecho a medida. O bien su dueño tenía muy buen ojo para buscar en las tiendas de ropa, aunque lo dudaba, porque seguro que el fiscal solo se podía permitir marcas como Wólczanka o Intermoda, no Boss o Zegna. Y aún no había nacido un hombre al que le quedaran como un guante los trajes de las marcas polacas, bastaba con ver a los políticos de segunda fila en la televisión. Además, Szacki era bastante alto, le pareció que metro ochenta y cinco más o menos, y muy delgado. Los hombres así tenían problemas hasta para encontrar vaqueros de la talla apropiada, cuanto más para escoger un traje en un surtido pensado para pequeños gorditos. A él se los hacían a medida en Berlín, donde tenía un sastre al que había conocido en los años ochenta.

Llevaba también una camisa blanca con rayas grises muy finas y una corbata lisa color grafito. Pensó con malicia que no se la habría escogido su esposa, no le parecía que una jurista del ayuntamiento pudiera tener demasiado buen gusto, sobre todo después de ver en fotos cómo se vestía.

Una mujer agradable, pero alguien debería advertirle que no se pusiera pantalones de pitillo con esa figura.

—Fue un buen esposo, un padre afectuoso y un ciudadano íntegro — declaró inexpresivamente ante los presentes el joven sacerdote. Estas palabras hicieron que aquel hombre estuviera a punto de soltar una carcajada, tuvo que toser para disimular su desliz. Varias cabezas se giraron en dirección a él, incluida la de Szacki.

Le miró a los ojos y aguantó la mirada.

El fiscal tenía un rostro joven, aunque no se podía decir que su belleza fuera de adolescente. Más bien de una delicada masculinidad. La suavidad de sus rasgos quedaba rota por su ceño apenas fruncido y sus ojos grises, desagradablemente fríos. No era el semblante de un hombre que sonríe a menudo. En julio cumpliría treinta y seis años, aunque muchos le echarían menos de no ser por su espeso pelo, canoso por completo. Contrastaba con sus cejas negras, que le conferían un aspecto severo y algo inquietante. Su monocromía era ideal. Solo negro, gris y blanco, ningún otro color estropeaba la composición. Al final, sin haber pestañeado, el fiscal apartó lentamente la mirada, y el otro pensó que, sin duda, se trataba de un funcionario al que no le gustaban los pactos.

Los empleados de la funeraria —que a pesar de los trajes y los guantes parecían peligrosos expresidarios— levantaron con energía el féretro y lo sacaron de la casa prefuneral. A pocos les gustaba aquel lugar. Impersonal, gélido, feo, con la fealdad típica de la arquitectura contemporánea. Pero a él le gustaba porque allí no apestaba a ninguna religión. Solo la muerte comunal, nada de vanas promesas. Iba con su forma de ser. En otro tiempo pensó que, igual que le ocurre a muchos otros, al llegar a la vejez abrazaría la religión. Se equivocó. Era capaz de creer en cualquier cosa —la vida le sorprendía a diario— menos en Dios: en Dios jamás.

Los asistentes, no más de cuarenta personas, se giraron en dirección al pasillo que había en el centro de la sala, esperando a que saliera la familia. Tras el féretro pasaron Jadwiga Telak y su hijo, serios, aunque no daban la impresión de estar abatidos por la desesperación. Después unos parientes que él no conocía, lejanos, porque Henryk Telak era hijo único. Un par de amigos, entre los que se encontraban los empleados de Polgrafex y también Igor, que le miró e inclinó la cabeza levemente.

El cortejo fúnebre lo cerraban las personas que le resultaban más

interesantes. Los testigos de la muerte de Telak y no solo testigos, porque estaba seguro de que uno de ellos era el asesino. El doctor Cezary Rudzki caminaba junto a Barbara Jarczyk, y tras ellos Hanna Kwiatkowska y Euzebiusz Kaim. Desde el otro lado del pasillo, Teodor Szacki observaba atentamente a los cuatro. Cuando pasaron por delante de él, el fiscal se unió al cortejo fúnebre. Aquel otro hombre se colocó a su lado y ambos salieron de la casa prefuneral hombro con hombro. Sonrió. Quién iba a pensar que nos encontraríamos todos junto al féretro de Henryk Telak. Parece que el destino es capaz de ser gracioso. Estaba por ver si el fiscal Teodor Szacki se acabaría enterando de todo lo que él sabía sobre los asistentes. No creía que pudiera. Esperaba que no pudiera.

3.

Una pérdida de tiempo. ¿Y qué pensaba que iba a ocurrir en el funeral? ¿Que uno de ellos llegara con una camiseta roja en la que pusiera «FUI YO»? Szacki sabía que no iba a resultar muy educado, pero en cuanto salió de la capilla se despidió rápidamente de la viuda, lanzó una fría mirada a los cuatro sospechosos y se dirigió al parking. Mientras caminaba por el sendero de hormigón, notó de repente que le estaba mirando un hombre mayor que no le había perdido de vista durante toda la ceremonia. Lo más probable es que sea algún pariente que se estará preguntando quién soy, pensó.

Se subió al coche e introdujo la llave de contacto, pero no puso en marcha el motor. De nuevo tenía la impresión de que se le escapaba algo. Durante una fracción de segundo le había parecido ver algo importante allá en la capilla. Sintió algo muy difícil de definir, un delicado cosquilleo en el cogote. ¿En qué momento había ocurrido? Hacia el final, justo después de que sacaran el féretro. Se quedó de pie y fue absorbido por el hombre que le estaba observando, que parecía luchar consigo mismo para no sonreír. Debía de tener unos setenta años, pero Szacki pensó que cuando llegara a esa edad le gustaría tener el mismo aspecto —como un hermano más guapo de Robert Redford— y poderse permitir trajes como el que llevaba. Miró de soslayo al hombre, la gente salió de las filas de bancos y siguieron despacio por el pasillo de la, llamémoslo así, nave. Y entonces vio algo. Algo importante.

Cerró los ojos y apoyó la frente en el volante, tratando de recordar ese momento. Una sala fría, música clásica desconocida para él, la gente camina en fila. Rudzki junto a Jarczyk, detrás Kwiatkowska y Kaim. Y esa extraña sensación, como un *déjà vu*, una súbita descarga eléctrica en sus neuronas. ¿Por qué?

Nada. Ni idea.

Salió del parking, que por sus dimensiones recordaba al del supermercado, giró en la calle de Wóycicki y poco después se detuvo junto al bosque

Młociński. Se cambió el traje del funeral por unos vaqueros y una camisa de lino, se echó agua mineral en una mano y se arregló un poco el pelo. Se miró en el retrovisor lateral e intentó sonreír con picardía. De pena. Como si fuera un alemán fingiendo que le hace gracia el humor polaco. Tras pensárselo un rato, decidió meter en el maletero la sillita de Hela que estaba en los asientos traseros, limpió un kilo de migajas y quitó una pajita de un brik pequeño de zumo y el envoltorio de una chocolatina Milky Way. Todo ello pensando en que quizá tendría que llevarla a casa.

Esta vez él llegó el primero. En Szpilka escogió una mesa junto a la pared en la entreplanta. Había mejores sitios en los pequeños sofás pegados a las ventanas, por las cuales se podía observar la vida en la plaza de las Tres Cruces, pero le daba miedo que Monika se sentara junto a él en uno de esos sofás y se quedara cortado al no saber cómo reaccionar. Además, recordó que Weronika iba a acercarse con Hela hasta el parque Ujazdowski, allí al lado. Prefería que no le viera. Monika llegó un momento después. Iba vestida con un ajustado top de tirantes y una falda larga de flores, y llevaba unas sandalias de tacones con unas correas que se enrollaban alrededor de sus pantorrillas de un modo muy original. El conjunto lo remataban unos pequeños pendientes de ámbar. Se paró en la puerta de la cafetería, se quitó las gafas de sol y echó un vistazo al interior parpadeando. Cuando le vio en la entreplanta, sonrió y le saludó alegremente con la mano. Le pareció preciosa y lozana. Contestó de forma automática con otra sonrisa, bastante menos forzada que la que había practicado frente al retrovisor, y pensó que desde hacía varios años la única mujer que se alegraba tanto de verle era su hija. Nadie más.

Se levantó cuando estaba llegando a la mesa. Saludó y le dio un beso en la mejilla.

—Y ahora explíqueme a su señoría —dijo frunciendo el ceño— por qué ha elegido la mesa más deprimente en el rincón más oscuro de este local, que excepto en este lugar está ampliamente iluminado por los rayos del sol de junio. ¿Eh?

Szacki se echó a reír.

—Ha sido un impulso, no sabía lo que hacía. Cuando he recuperado la conciencia, ya estaba aquí sentado. Juro que no ha sido culpa mía. La policía me ha tendido una trampa.

Se sentaron en un sofá junto a la ventana, desde donde había una hermosa vista de la iglesia de San Alejandro. Por la acera pasó una veintena de chicos con camisetas negras con el lema «No al julandreo» y un dibujo de dos personas practicando sexo por detrás, semiocultas por una señal de prohibido. Sin duda hacía referencia a los homosexuales. Y de pronto empezaron a gritar:

—¡Un chico y una chica forman una familia!

Szacki pensó que ellos mismos parecían una panda de maricones, un grupo de hombres con camisetas ajustadas que se animaban unos a otros con estúpidos eslóganes, pero se guardó el comentario para sí.

Mintió diciendo que había tomado un desayuno muy abundante, porque temía que la cuenta fuera elevada. Al final pidió un bocadillo de queso ahumado, y ella, unas empanadillas de espinacas. Después dos cafés. Charlaron un poco sobre el trabajo, sobre por qué resultaba a veces tan desesperante, y él la amenizó con unas divertidas anécdotas sobre sus colegas de la fiscalía. Después se obligó a decirle un piropo, alabó sus zapatos, pero enseguida se recriminó mentalmente porque igual le tomaba por algún maldito fetichista. Es por culpa del ruso ese, que no hace más que contarme sus fantasías, pensó para justificarse.

—¿Te gustan? —preguntó ella, levantando la falda y moviendo un pie en todas direcciones para que él pudiera ver bien las sandalias. Szacki dijo que sí y pensó que tenía unos pies muy bonitos y que toda la escena era de lo más sexy—. Aunque es una lástima que no pueda una quitárselos con un solo movimiento —suspiró—. Estas correas seguro que las ideó un hombre, ¿no te parece?

—Un hombre docto. Sabía lo que causa impresión.

—Gracias. Me alegro de haber logrado el efecto que pretendía.

En la cafetería entró Krzysztof Ibisz. Subió a la entreplanta y miró a su alrededor buscando a alguien. Szacki consideró que era una vergüenza reconocer a un presentador de televisión; si hubiera sido algún escritor o político famoso, habría hecho un comentario, pero en este caso prefirió fingir que no lo conocía. Le preguntó a Monika por su trabajo. En realidad, no estaba interesado en los relatos sobre un redactor venido de la ciudad de Gorzów que aprovechaba cualquier pretexto para mirarle el escote, por culpa de lo cual ella tenía que rectificar varias veces los artículos y aguantar sus peroratas acerca del eje del texto. Szacki comprobó que le gustaba

escucharla. Miraba cómo gesticulaba, se arreglaba el pelo, pasaba la lengua entre los labios, jugaba con la cucharilla del café; tenía la impresión de que la boca constituía un elemento comunicativo poco importante, porque la chica parecía hablar con cada uno de sus músculos. Recordó que cuando un hombre mira la boca de una mujer significa que la quiere besar, así que rápidamente concentró su atención en los ojos. Y al momento pensó que existían ciertas normas que regulan lo de mirar a los ojos. Había que mirar el tiempo suficiente para demostrar que se atendía, pero no tanto como para importunar. ¿Por qué le venían a la cabeza esas tonterías?

De pronto ella hizo una pausa.

—Te voy a decir algo —le señaló con la cucharilla del capuchino y rebuscó en el vaso alto los restos de espuma que quedaban—. Pero no te rías. Bueno, no, que yo en realidad no te conozco. O bueno, sí, que después de todo en cierto modo esto te afecta. Yo qué sé.

—¿Quieres que te interrogue?

Otra vez estuvo a punto de arder de vergüenza, pero ella se volvió a reír.

—Mira, es que me gustaría escribir un libro. Una novela.

—Eso sucede en las mejores familias.

—Ja, ja. Le sucede a todos los licenciados y casi licenciados en Filología Polaca. Pero eso es lo de menos. Quisiera escribir un libro sobre la fiscalía.

—¿Una novela policiaca?

—No, una novela normal. Solo que el protagonista sería un fiscal. Se me ocurrió hace tiempo, pero cuando nos vimos la última vez pensé que la idea no estaba mal. ¿Qué te parece?

No tenía ni idea de qué decir.

—Y el fiscal ese...

—Buf —hizo un gesto con la mano—. Es una larga historia.

Miró discretamente el móvil. ¡Dios! Llevaba ya hora y media allí. Si aquella amistad seguía desarrollándose, iba a tener que matar a alguien cada tres días para justificar ante Weronika las ausencias. Le prometió a Monika que con mucho gusto escucharía la trama y que con igual gusto dejaría que le exprimiera, le hablaría de todo lo que quisiera saber sobre la fiscalía. Pero otro día.

Cuando la camarera trajo la cuenta, él sacó la cartera pero Monika le detuvo.

—Deja, deja. Es muy amable de tu parte, pero la última vez pagaste tú y yo

soy feminista, trabajo en una empresa casi privada por un sueldo casi decente, y además te tengo que corromper un poco para que estés dispuesto a cooperar.

Quiso preguntarle en qué tipo de cooperación estaba pensando exactamente, pero al final no lo hizo.

Estaba claro que no era el rey del flirteo atrevido.

—Es algo embarazoso —dijo.

Ella dejó el dinero sobre la mesa.

—Es embarazoso que tú seas un hombre con estudios, que solo Dios sabe a qué coste persigue a los maleantes, mientras que yo eché a perder los míos, escribo textos mediocres y gano más que tú. No seas tan macho, de veras que esto no tiene importancia.

—Tiene una importancia enorme.

—¿Ah, sí? ¿Por qué?

—Porque de haber sabido que pagabas habría pedido además una sopa y un postre.

Dijo que vivía en Żoliborz, pero no quiso que la acompañara. Tenía intención de entrar en Empik a buscar algo interesante. Hablaba mucho, cosa que a él le iba bien. Una vez había leído que todo lo que más nos gusta al principio de una relación después es lo que más nos irrita. Gran verdad. Hubo un tiempo en que adoraba mirar a Weronika cuando cada noche movía un poco todas las macetas para que recibieran la misma cantidad de luz: ahora le sacaba de quicio escuchar a diario el rechinar de las macetas sobre el suelo de terracota de la cocina.

Apenas había desaparecido Monika tras la esquina de la calle Nowy Świat, cuando sonó el teléfono. «Gata.»

—¿Dónde estás?

—En el coche —mintió—. Voy a la biblioteca de la calle Koszykowa, tengo que mirar una cosa.

—¿Cuánto ha durado el entierro? ¿Tres horas?

—Empezó con retraso y se alargó mucho, quería observarlo todo con atención, ya sabes a lo que me refiero.

—Por supuesto que lo sé. Me ocurre tres veces a la semana. No hay más que entierros y entierros. ¿Nos recoges en la avenida Ujazdowskie dentro de dos horas?

—No sé si me dará tiempo.

—Inténtalo. Tu hija ha dicho que le gustaría recordar cómo es su padre.

—Vale —dijo, y se preguntó por qué justo entonces se le había ocurrido lo de ir a la biblioteca.

4.

Le gustaba ese lugar. Durante los estudios siempre prefería ir allí antes que buscar un sitio en la eternamente abarrotada biblioteca de la universidad. La sala principal de lectura era fantástica, parecía la sala de baile de un palacio clásico. Tenía dos plantas, estaba decorada con pilastras y adornos de estuco, y la luz entraba por la parte de la calle Koszykowa a través de dos hileras de ventanas. Recordaba un poco la atmósfera de un templo. Pero en vez del frío de las paredes de piedra y el olor a incienso, lo que allí se notaba era el aroma del parqué de roble y el olor a nuez del papel viejo. Las mesas que llenaban la sala le recordaban a los bancos de una iglesia y las sillas que había junto a ellas eran tan incómodas como los bancos de una iglesia. Sin embargo, la atmósfera irrepetible de ese lugar la creaban las lámparas de latón con pantallas de cristal verde que iluminaban cada mesa. En las tardes de noviembre, la sala de lectura de la principal biblioteca municipal era sin duda el lugar más mágico de la capital.

Mientras aparcaba se alegró de poder disfrutar de esa atmósfera, pero resultó que las publicaciones periódicas se hallaban en una desangelada sala del cuarto piso, un reino de mesas laminadas, lámparas fluorescentes y sillas tapizadas con telas marrones.

Buscó en el ordenador las firmas de los periódicos *Życie Warszawy* y *Express Wieczorny*, relleno las fichas para pedir los tomos correspondientes a septiembre de 1978 y 1987 y esperó. Durante un rato miró a la bibliotecaria, que estaba relleno unos papeles. Tenía un aspecto arquetípico. Pelo negro y largo con raya al medio, unas gafas grandes pasadas de moda, un suéter verde de manga larga y cuello alto, y una figura muy delgada con unos pechos grandes que la hacían parecer una caricatura. Debió de notar su mirada, porque dejó lo que hacía y le miró. Szacki apartó la vista.

No se quitaba de la cabeza la cita en Szpilka. Recordaba cada palabra, se preguntaba qué se le habría pasado por la cabeza a ella y cómo habría entendido lo que él decía. ¿No habría comentado algo que ella hubiera podido

interpretar de manera errónea? ¿Se habría mofado demasiado de sus compañeros de trabajo? Podía haber pensado que era a la vez un misántropo y un bufón. ¿Era realmente bonita? Dulce sí, sin duda, incluso mucho, pero ¿bonita? Los hombros algo anchos, los pechos demasiado pequeños, el culo muy bajo, encima parecía que era un poco patizamba.

De tanto pensar en su cuerpo, aunque estuviera buscando imperfecciones, le entraron unas ganas terribles de sexo. Todo el tiempo veía la escena en que, levemente girada, con la falda levantada hasta la mitad del muslo, le mostraba los zapatos nuevos. Se la imaginó levantándose aún más la falda. Hasta que se puso a cien. Cerró los ojos y se lo imaginó con mayor detalle. Pero no en una cafetería, sino en casa de ella, sobre el sofá.

No puedo, pensó, no puedo hacerlo. Tengo treinta y cinco años, casi treinta y seis. No puedo ir al baño en la biblioteca principal de la ciudad y masturbarme pensando en una pipirola de piernas torcidas.

Pero fue.

Cuando volvió, los periódicos ya le estaban esperando.

Empezó con el *Życie Warszawy* de 1978, aunque no pensaba que el asunto fuera a remontarse tanto en el tiempo. Henryk Telak tenía entonces diecinueve años, sus padres ya no vivían. El 17 de septiembre cayó en domingo. Echó un vistazo a los titulares. Se acaba el verano más frío de la década, la fase final de la cosecha se está llevando a cabo con eficiencia, exposición sobre la aviación en la plaza de la Victoria con ocasión del treinta y cinco aniversario del Ejército Popular Polaco. Vaya aburrimiento. Han muerto el escritor Zenon Kosidowski y el eminente oculista Witold Starkiewicz, en los Tatras ha fallecido un turista por un ataque al corazón y un alpinista se ha despeñado en el monte Mnich. ¿Tendría que ver con alguno de ellos? No. Curioso, *Życie Warszawy* publicaba un ciclo de textos antes de la conmemoración del sesenta aniversario de la obtención de la independencia, el 11 de noviembre. Le resultó raro, él pensaba que en la Polonia socialista se celebraba el 22 de julio como Día de la Independencia, lo cual no era tan tonto. Lo que sí carecía de sentido era celebrar algo en mitad de noviembre: siempre hace frío, llueve y a nadie le apetece ver desfiles. Leyó con atención todos los artículos pequeños, sobre todo los referidos a la capital, buscando información sobre un accidente de tráfico o un crimen. En lugar de eso encontró una reflexión acerca de que «los

ordenadores llevan una ascensión vertiginosa. Su desarrollo es tal que a veces provoca inquietud». Por inercia comprobó lo que echaban en la tele la noche del 17 de septiembre: en el primer canal, la primera parte de *La muñeca* de Prus, con Kamas y Braunek como protagonistas, y en la segunda cadena *Amor de soldado*, una producción yugoslava.

En Ochota un coche había atropellado a dos personas, una había muerto. Anotó con cuidado los nombres de todos los fallecidos el día anterior, incluido el del profesor Sylwester Kaliski, ministro de Ciencia Técnica y Educación Superior, miembro del POUP, miembro del Parlamento durante la dictadura socialista.

Deportes. En un concurso de saltos de esquí sobre superficie artificial Tadeusz Tajner ha ocupado el sexto lugar. ¿Sería pariente de Apoloniusz Tajner, el seleccionador de saltos? Los muchachos de Jacek Gmoch se preparan para el próximo partido de la fase de clasificación para la Eurocopa de fútbol. Han ganado a Islandia, el siguiente partido es contra Suiza y en la cola esperan Holanda y la RDA. El redactor del texto no podía saber lo que sabía Szacki en 2005: que Polonia no jugaría ni en esa Eurocopa ni en ninguna de las siguientes.

Siguió buscando, apuntando el texto de las esquelas referentes a todas las personas fallecidas el 17 de septiembre. La mayoría de ellos habían muerto de viejos, o «tras una larga enfermedad», o simplemente habían «pasado a mejor vida». Pensó que resultaba alentador ver que morían tan pocas personas en accidentes. Parecía que, por estadística, él también tenía posibilidades de llegar tranquilamente a los setenta. En la edición del 20 de septiembre encontró al fin algo interesante: «El 17 de septiembre fallecieron en trágicas circunstancias Marian Kruk, de cincuenta y dos años, y Zdzisław Kruk, de veintiséis». Dos esquelas de tamaño y contenido idénticos se diferenciaban únicamente por las firmas. En la primera, «su esposa, su madre y su familia» despedían a los «amados esposo e hijo», y en la segunda, «su esposa, su nuera y su familia» hacían lo propio con los «amados marido y suegro». Es decir, que padre e hijo habían fallecido juntos. Un accidente, dos muertes, una gran tragedia familiar. Un terremoto en el sistema. Subrayó en rojo sus nombres en la libreta. Habría que comprobar las circunstancias de aquel suceso.

Echó mano del *Express Wieczorny* con la esperanza de encontrar succulentos reportajes sobre crímenes y descripciones con pelos y señales de

trágicos accidentes, pero se llevó una decepción. El *Express* resultaba horriblemente aburrido, Szacki no entendía cómo podía ser que la leyenda de ese diario se hubiera mantenido durante tantos años. A no ser que hubiera tenido mala suerte y hubiera cogido los peores días. La única información que le había interesado era la que hablaba de que Wajda había empezado la adaptación de la novela *Las señoritas de Wilko*, película en la que el papel principal iba a ser interpretado por Daniel Olbrychski. Antes sí que se hacían buenas pelis, pensó.

En el *Życie Warszawy* del 17 de septiembre de 1987 —que cayó en jueves— no se hacía la menor mención a la invasión soviética de Polonia del año 39. Igual que nueve años atrás y que el resto de los años hasta la caída del gobierno comunista. En cambio sí que había un amplio artículo acerca del bombardeo del Castillo Real realizado por los nazis. Y sobre Wojciech Jaruzelski, que habló con Erich Honecker durante una visita de trabajo a la RDA. Ya no te queda mucho, hijoputa, pensó Szacki vengativo. Año y medio más y todos os iréis al cuerno.

En televisión, la serie policiaca inglesa *Cubridle el rostro*, el campeonato del mundo de gimnasia artística, el programa «Vodka, deja vivir» y el Congreso Internacional de las Asociaciones de la Universidad de la Tercera Edad. Daba la impresión de que el 17 de septiembre de 1987 habría bastado con pasarse un par de horas viendo la tele para cortarse las venas por el aburrimiento. Parte de Śródmieście sin gas. Avería en la red de calefacción central. Szacki pasaba la vista por los titulares con indiferencia. En otoño, reunión en la cumbre entre Gorbachov y Reagan. A pesar de que la recolección ha resultado excepcionalmente difícil, la cosecha de grano ha alcanzado los veinticinco millones de toneladas. El asesino no admite su culpa. Se detuvo. Un asesinato en Varsovia. El 17 de septiembre.

«Toda Varsovia habla de la tragedia ocurrida ayer en el centro de la capital. Hubo decenas de testigos. A las cuatro y cuarto de la tarde en el número 125 de la avenida de Jerusalén, ante los ojos de los transeúntes y de quienes esperaban en la parada del autobús, fue asesinada Danuta M., de cuarenta y ocho años. El asesino, Ryszard W., de cincuenta y tres años, le asestó una cuchillada en la zona del cuello. La mujer murió en el acto, los transeúntes retuvieron al asesino. La investigación la lleva a cabo la Oficina de Asuntos Internos del distrito de Ochota.»

¿La Oficina de Asuntos Internos del distrito? ¿Qué demonios es eso?, se

preguntó Szacki mientras tomaba nota. ¿La policía civil? ¿La fiscalía? ¿Alguna unidad camuflada de la policía secreta? El caso era llamativo, pero apestaba a alcohol a la legua. Siguió leyendo y se enteró de que la víctima estaba borracha, el autor también y que la había acuchillado porque no quería comprarle tabaco en el quiosco.

A continuar buscando.

La película *La madre de los Król* ha logrado el León de Oro en el festival de cine de Gdynia. Casi pegó un silbido cuando leyó la lista de los demás premiados, hoy día cada una de esas películas podría ganar de calle en Gdynia sin que nadie le hiciera sombra: *El magnate*, *Junto al Niemen*, *El azar*, *El río fiel*, *Vida interior*, *Tren a Hollywood*. Todas películas clásicas y todas se presentaban el mismo año. Increíble.

En el *Express* del 21 de septiembre encontró una pequeña noticia, apenas un par de frases: «El cadáver de Kamil S., de veintidós años, fue descubierto por su hermana, cuatro años más joven, en un piso de la calle Mokotowska, en el distrito de Śródmieście. “Se suponía que toda la familia se iba a ir de vacaciones fuera de temporada —nos comenta el capitán Stefan Mamcarz, de la comisaría de distrito de la policía civil—. El chico se quedó y esa fue su perdición, los asaltantes esperaban que el piso estuviera vacío, pero cuando entraron y le vieron dentro, les entró el pánico y le mataron”. La policía afirma que la tragedia tuvo lugar la tarde del 17 de septiembre. Se está realizando una intensa búsqueda de los autores».

Apuntó la noticia y golpeó con el bolígrafo desechable sobre el periódico propiedad de la biblioteca, dejando sobre él unas manchas negras. De nuevo sintió un cosquilleo en el cerebro. O bien la intuición le decía que aquello podía estar relacionado con el caso, o bien tenía un cáncer cerebral. Solo que buscaba a una chica muerta y aquí aparecía un chico. ¿Quizá se trataba de la hermana que encontró el cuerpo? ¿A lo mejor una exnovia de Telak? ¿O igual ese Kamil y Telak estaban...? No. Por culpa de ese pánico homófobo, ahora él también creía ver gays por todas partes. Pero habría que comprobar ese caso. Estaría bien conseguir el apellido del chico.

En el periódico de tres días después encontró dos esquelas. La primera: «El 17 de septiembre de 1987 nos arrebataron a Kamil Sosnowski, nuestro amado hijo y hermano. Kamil, te amaremos eternamente, tu madre, tu padre y tu hermana». Y la segunda, algo atípica: «El 17 de septiembre asesinaron a Kamil, nuestro mejor camarada y amigo. Jamás te olvidaremos, colega. Zibi

y todos los demás».

No pensaba que fuera a salir algo de todo aquello, pero decidió que debía pedirle a Oleg que encontrara el archivo de aquel caso.

Leyó maquinalmente el artículo que un momento antes había manchado con el boli. «El tomo segundo de la Enciclopedia Universal está ya a disposición de nuestros lectores. Para adquirirlo, es necesario cumplir los siguientes requisitos: sellar en un punto de recolección de papel reciclado la cartilla de compra de materiales usados; presentar el cupón de la suscripción al periódico y el carné de identidad; y pagar cinco mil cien zlotys.»

Vaya tontería. No recordaba bien el mundo de la Polonia socialista, pero parecía que Bareja^[11] había contado toda la verdad sobre aquella realidad. Aunque, por otro lado, en esa época todo debía de ser más sencillo. Y más divertido.

Dejó los volúmenes en un carrito, saludó educadamente a la bibliotecaria tetona y bajó las escaleras tarareando en voz baja la canción de Michael Jackson «Liberian Girl». Hasta que no llegó a la planta baja no encendió el móvil y entonces se dio cuenta de que había estado en la biblioteca tres horas. Mierda, otra vez la había jodido. Soltó un taco y llamó a Weronika.

Capítulo octavo

Lunes, 13 de junio de 2005

En Estados Unidos, un jurado declara a Michael Jackson inocente de los cargos de pederastia; a pesar de ello, el Rey del Pop abandona el edificio del tribunal triste y alicaído. En Bielorrusia, la policía detiene a un violador de personas mayores; la más joven de sus víctimas tenía sesenta y un años, y la mayor, ochenta y siete. En Ucrania, los concejales de Lviv adoptan la decisión de reabrir solemnemente el Cementerio de los Defensores de Lviv tras ser reconstruido. En Francia, el actor polaco Andrzej Seweryn es condecorado con la Legión de Honor. En Polonia, nada interesante. Roman Giertych quiere llevar al ministro del Interior ante el tribunal por no evitar la ilegal Marcha del Orgullo Gay. Jan Rokita (Plataforma Ciudadana) está de acuerdo con Jarosław Kaczyński (Ley y Justicia) en el tema de revisar el pasado durante el régimen socialista de cualquier persona con un cargo público, y además declara: «Es posible un gobierno en coalición». Leszek Miller pierde por amplio margen las primarias en la federación de Łódź del partido Alianza de la Izquierda Democrática, pero aun así será el primero en la lista de candidatos a la presidencia. En Varsovia, la policía desarticula una banda de ladrones de coches de lujo que empleaban el método de la «rueda pinchada»; durante el registro se ha incautado una pistola con silenciador, dos kilos y medio de anfetaminas y una antigua espada de samurái. Buen tiempo en la capital, 22 grados, cielo soleado, no llueve.

1.

A primera hora de la mañana fue a ver a Oleg a la comisaría de la calle Wilcza. Por desgracia, durante el fin de semana no habían matado a nadie y Szacki se temía que si el policía no le facilitaba nuevas informaciones sobre Telak, tendría que ocuparse del tema de las drogas.

Bebían café en vasos de plástico en la cafetería de la comisaría. Kuznetsov, con su chaleco de escay negro sobre una camiseta verdosa, parecía uno de esos traficantes de divisas que se paseaban por algunos bazares. Y Szacki, con su traje negro, un contable de la mafia que quiere hablar con él de negocios.

—Tengo el análisis de sonido —dijo Kuznetsov—. Por desgracia no es una peritación, sino una opinión no oficial. Leszek me lo hizo como un favor personal, normalmente el material para hacer la comparación hay que grabarlo en su estudio especial de análisis de sonido. Pagaron por él una cantidad estratosférica de dinero, dentro han eliminado hasta el ruido de los electrones en los cables eléctricos, así que ahora no aceptan otras grabaciones. Se lo tienen de un creído que espanta. Pero Leszek es un tío legal. ¿Sabes que sigue afinando pianos? Tiene un oído fantástico, me extraña que trabaje para nosotros.

Szacki compró una botella de agua para enjuagarse la boca y quitarse el sabor a trapo mojado del café. O lo habían hecho con cereales, o no habían lavado la cafetera en años. O ambas cosas.

—¿Y cuál es la opinión no oficial del señor Leszek?

—No tienes idea de lo chalado que está. Fui una vez a su casa, no recuerdo a qué. Tienen un piso de dos habitaciones en un bloque de Ursynów, pero el hijo duerme con ellos porque la otra habitación es un cuarto de escucha. Dentro hay solo una mesita y nada más. Las paredes y el techo están cubiertas de hueveras de cartón, de esas grandes, cuadradas.

—Oleg, ten piedad, me espera un montón de trabajo y puede que aún me llegue más. La opinión.

Kuznetsov pidió otro café.

—Espera, que no lo lamentarás.

—Lo lamentaré —dijo Szacki resignado.

—¿Qué crees que escucha en ese cuarto?

—Si preguntas, seguro que no es música.

—A su mujer.

—Qué técnico tan modosito. ¿Eso es todo?

—No. Escucha a su mujer teniendo orgasmos.

Kuznetsov hizo una pausa y le miró triunfal. Szacki sabía que en ese momento debería cortarle con un atinado comentario mordaz y finiquitar el tema, pero no pudo evitar sentir curiosidad.

—Vale, has ganado. ¿Quieres decir que follan en medio de todas esas hueveras?

—Casi. Le pide a ella que se masturbe en ese cuarto y graba sus gemidos. No puede haber ninguna interferencia.

Szacki lamentó no haber terminado el tema.

—La última pregunta: ¿para qué lo hace?

—Por dinero. Tiene la teoría de que durante el éxtasis una mujer emite un sonido muy especial, que en parte está más allá del umbral de audibilidad. Quiere sintetizar ese sonido, patentarlo y vendérselo a los que hacen anuncios. ¿Entiendes? Ponen en la tele un anuncio de cerveza Żywiec, parece que va a ser igual que los demás, y de pronto te vuelves loco de excitación porque en el anuncio han montado esa grabación. Luego vas a la tienda, ves esa cerveza y te empalmas. ¿Y qué? ¿Compras una Warka o una Żywiec? Ríete, pero ahí hay algo.

—Yo sé qué es lo que hay: el drama de un niño que tiene que dormir con sus padres.

Kuznetsov asintió, seguramente preguntándose si podría él también hacer negocio con los anuncios orgásmicos, y sacó su libreta del bolsillo del chaleco.

—Leszek está seguro al noventa por ciento de que la voz que dice «papá» pertenece a Kwiatkowska. Acento de Varsovia, una entonación característica, algo cercana a la francesa, es posible que la chica viviera algún tiempo en Francia, y una erre ligeramente sorda. Al noventa por ciento porque el material de comparación no era profesional. A la viuda la descarta por completo y a Jarczyk en realidad también, aunque en su caso ha hallado

algunos rasgos comunes. Afirma que ambas, Kwiatkowska y Jarczyk, deben de ser varsovianas de al menos segunda generación, y además de Śródmieście. También tienen un timbre de voz parecido, bastante agudo.

Szacki arqueó las cejas.

—No bromees. No me vas a hacer creer que por el acento se puede saber si eres de Praga o de este lado del río.

—A mí también me sorprendió. Seguramente no en el caso de que lleves aquí un par de años, pero si tus abuelos ya vivían aquí, entonces sí. Qué pasada, ¿eh?

Szacki asintió mecánicamente mientras se preguntaba si a su hija, que vivía en Praga desde su nacimiento, se le habría pegado ya la pronunciación proletaria de aquella orilla del Vístula.

Charlaron un rato más de la investigación, pero a Kuznetsov no le quedaba mucho que decir. Ese mismo día tenía que reunirse con el asesor financiero de Telak, también había mandado a un hombre para que encontrara a los amigos de Telak de la escuela técnica y de la politécnica y preguntara por sus antiguas novias. Al final discutieron cuando Szacki le pidió al policía que buscara cuanto antes un archivo de investigación de 1987.

—Ni hablar —dijo furioso Kuznetsov mientras se comía un bollo relleno de pudín—. Ni hablar, hostias, ni hablar.

—Oleg, por favor.

—Escríbele una carta al comandante. Siempre has sido un grano en el culo, pero con esta investigación te estás superando a ti mismo. Escribe en una hoja todo lo que me has pedido hasta ahora y verás. Ni hablar. O dirige una solicitud al archivo de la Central. Dentro de tres semanas lo tendrás. Yo no pienso ocuparme de ello.

Szacki se arregló los puños de la camisa. Se hacía cargo de que Kuznetsov tenía razón. Pero la intuición le decía que había que comprobar esos datos cuanto antes.

—La última vez, lo prometo —dijo.

Kuznetsov se encogió de hombros.

—Tienes suerte de que precisamente un colega mío esté trabajando en el archivo —murmuró al final.

¿Por qué no me sorprende?, pensó Szacki.

2.

Por fortuna, Janina Chorko tenía el aspecto feo de costumbre. Esta vez había resaltado con destreza su ausencia total de encanto con ayuda de un pantalón negro planchado con raya y una blusa gris de punto adornada con un broche de piel de dimensiones monstruosas. Szacki pudo relajarse y mirarla a los ojos durante la conversación.

—A veces tengo la impresión, fiscal —dijo lentamente y con indiferencia, mirándole como si mirara un trozo del papel de la pared que se hubiera despegado—, de que usted a su vez tiene la impresión de que goza de un trato de favor por mi parte. Pues resulta que es una impresión errónea.

Szacki estaba feliz. Si ella decidiera volver a actuar con coquetería y a mirarle de un modo sugestivo, tendría que cambiar de trabajo. Qué alivio.

—El miércoles —dijo Szacki.

—¿Y eso por qué?

—Por varios motivos... —empezó a decir, pero se detuvo porque en el despacho se oyeron unos pitidos que señalizaban la llegada de un sms. Había olvidado silenciar el móvil.

—Léalo. Quizá alguien se haya confesado culpable —comentó ella con una sonrisa maliciosa.

Lo leyó. «Sé que parecerá tonto, pero desde ayer adoro mis zapatos nuevos. Adivina por qué. ¿Un café? Mo.»

—Es privado —dijo fingiendo no reparar en el gesto de su jefa—. En primer lugar, necesito otros dos días para profundizar en el caso Telak; en segundo lugar, tengo que prepararme para el proceso de Gliński, y en tercero, tengo toneladas de papeleo.

—Todos las tenemos, no me haga reír.

—En cuarto lugar, no creo que en el asunto de los narcóticos sea preciso que trabajen tantas personas —dijo, esforzándose para que sonara lo más delicado posible.

Chorko miró por la ventana, infló el labio superior y resopló casi sin ruido.

—Haré como que no lo he oído —comentó sin mirarle—, de otro modo tendría que admitir que cuestiona usted la manera en que dirijo el trabajo de la fiscalía. O bien que pone en duda la competencia de sus compañeros. Pero eso no era lo que insinuaba, ¿verdad?

No contestó.

Ella sonrió.

—Entonces el miércoles. Pero ni una hora más.

Barbara Jarczyk apareció en su despacho a las once en punto. Szacki pestañeó, de nuevo había algo que le aguijoneaba en el cerebro. Un *déjà vu*. Barbara Jarczyk tenía un aspecto idéntico al de la semana anterior. Incluidos los pendientes. Pensó que quizá se vistiera de un modo diferente de lunes a domingo y luego repitiera el mismo ciclo semanalmente.

Le hizo unas cuantas preguntas rutinarias. Si había ocurrido algo en los últimos días, si había recordado algún hecho que no mencionara antes, si había tenido contacto con Kaim, Kwiatkowska o el doctor Rudzki. A todas las preguntas contestó con un sucinto «no». Tan solo comentó que el jueves la había visitado alguien de la policía por un asunto insignificante. No entendió el objeto de tal visita.

—La policía toma en consideración todas las pistas, seguramente se trataba de una comprobación rutinaria —mintió, ya que consideró que no necesitaba saber nada de los análisis de sonido—. Me temo que deberá hacerse a la idea de que hasta el final de la investigación este tipo de visitas pueden tener lugar bastante a menudo.

Ella asintió. Sin entusiasmo, pero comprendiendo la situación.

—¿Toma usted somníferos? —preguntó Szacki.

Arqueó las cejas, preguntándose sin duda por qué querría saberlo.

—A veces —respondió al cabo de un segundo—. Ahora muy rara vez, pero en su momento era casi una adicta, necesitaba tomar una pastilla cada noche.

—¿Una adicta?

—No en el sentido de adicta a una droga. Tenía problemas, no podía dormir, los médicos me dieron esas pastillas. Al final, tomarlas se convirtió en algo tan natural como lavarme los dientes antes de acostarme. Cuando tuve conciencia de ello, me asusté. Esa fue una de las razones por las que empecé la terapia.

—Pero aún hay ocasiones en que necesita tomar alguna.

—Como mucho una cada varios días, una a la semana. A veces incluso menos.

—¿Qué fármaco usa actualmente?

—Trankiloxil. Es francés.

—¿Fuerte?

—Bastante. Con receta. Después de todo, estuve demasiado tiempo tomando somníferos y ahora no me hace efecto cualquier cosa.

—¿Cuándo tomó Trankiloxil por última vez?

Se ruborizó.

—Ayer —contestó—. Últimamente no duermo muy bien.

—¿Sabe por qué se lo pregunto?

—A decir verdad, no.

Tardó un poco en hacer la siguiente pregunta. ¿Sería posible que Telak le hubiera robado las pastillas? En tal caso, ella debería haber notado su ausencia.

—En la habitación de Telak en el monasterio de la calle Łazienkowska, se encontró un frasquito de Trankiloxil vacío. El patólogo afirma que Telak, antes de ser asesinado, se tomó una gran cantidad de ellas y después vomitó. En el frasquito están las huellas de Telak y las de usted. ¿Me lo podría explicar?

Esta vez Jarczyk empalideció. Le miró con ojos asustados. Y no contestó.

—¿Y bien? —insistió.

—Yo, yo, oh, Dios mío, acabo de recordar... —soltó finalmente—. ¿No pensará usted que yo...? ¡Oh, Dios mío!

Se echó a llorar.

—Le ruego que me perdone —dijo buscando un pañuelo en el bolso.

Szacki quiso darle uno suyo, pero por desgracia no tenía. Al final lo encontró, se secó los ojos y se sonó.

—Le ruego que me perdone —repitió en voz baja, sin mirarle en ningún momento—. Pero ¿cómo iba a recordarlo todo, con lo de la terapia, lo del asesinato, lo del cadáver y lo demás? Y la policía y la fiscalía. Todo este asunto me hace sentirme permanentemente culpable y no puedo dormir. Y hasta me da miedo llamar a mi terapeuta porque quién sabe si no estará mezclado en todo esto. Así que me olvidé.

—Dígame qué olvidó —le sugirió con delicadeza.

—El viernes por la noche, después de la cena, me crucé con el señor Henryk en el pasillo. De casualidad, él volvía del baño y yo iba. Comentó algo así como que aquel lugar impresionaba un poco, que le daba escalofríos. No lo recuerdo con exactitud, yo pensaba todo el rato en la terapia y en cómo sería, estaba un poco distraída. Me dijo que estaba muy nervioso y que si no tendría algo para dormir. Le dije que podía darle una pastilla.

Szacki la detuvo con un gesto de la mano.

—¿Y en lugar de darle una o dos pastillas, le dio todas las que tenía, de un fármaco al que es usted adicta? No lo entiendo. ¿Por qué?

—Tenía dos.

—¿Pastillas?

—Envases. Uno lo eché en la maleta al salir de casa, el otro lo llevaba en la bolsa de aseo. No lo saqué después de un viaje de trabajo que hice a Hanover hace poco, a una feria de juguetes. Pensé que era estúpido darle una sola pastilla cuando podía dejarle todo el frasquito. Quedamos en que me lo devolvería antes de marcharnos.

—¿Había muchas pastillas?

—La mitad del frasco, puede que algo menos. Unas veinte.

Szacki notó la vibración del móvil en el bolsillo. Otro sms. Antes le había contestado a Monika que le encantaría tomarse un café rápido con ella a las cuatro, a condición de que le dejara elogiar sus trapitos. ¿Qué habría contestado?

—¿Y el sábado no temió usted que Telak pudiera usar esas pastillas para atentar contra su vida?

Jarczyk se mordió un labio.

—No pensé en ello.

Szacki cogió el acta del caso, que ya tenía abierta, y leyó: «Y pensé que quizá alguien le había hecho un favor, porque no creo que haya ningún mundo en el que el señor Henryk lo pueda pasar tan mal como en este».

—Son sus palabras —dijo.

—Pero no recuerdo que estuvieran en la transcripción —replicó mirándole a los ojos.

Szacki sonrió.

—Tiene razón, las he leído en mis notas. Lo cual no cambia el hecho de que sean sus palabras. Surge aquí la pregunta de si no sería el sábado cuando tuvo lugar la situación que me acaba de relatar. Y si por un casual no le daría

a Telak más pastillas de las necesarias para, por decirlo con delicadeza, darle una salida.

—¡Por supuesto que no! —elevó la voz—. Esa es una insinuación horrible. Él no reaccionó.

—Surge la pregunta de por qué durante el anterior interrogatorio no comentó la conversación que había mantenido con Telak aquella noche. A mí no se me habría olvidado.

Bajó la cabeza y apoyó la frente sobre las yemas de los dedos.

—No lo sé. No soy capaz de explicarlo —dijo en voz baja—. De verdad que no.

Szacki aprovechó el hecho de que ella estuviera mirando al suelo para echarle un discreto vistazo a la pantalla del teléfono. «En ese caso, voy a ir a cambiarme. Nos vemos, 4, en Szp. Mo.»

—Créame, le estoy diciendo la verdad —susurró—. ¿Por qué iba a mentir? Eso quisiera yo saber, pensó Szacki.

—Esta pregunta puede resultarle extraña, pero ¿dónde se crio usted?

Alzó la cabeza y le miró sorprendida.

—Aquí, en Varsovia, aunque mis padres son de Łódź.

—¿En qué distrito?

—En Śródmieście, cerca de la comisaría de la calle Wilcza. Pero me mudé a Grodzisk cuando tenía veintipocos años. Hace una eternidad.

Inclinó levemente la cabeza hacia ella. No quería que apartara la mirada cuando le hiciera la siguiente pregunta.

—¿Le dice algo el nombre de Kamil Sosnowski?

No apartó la vista. No parpadeó. No frunció el ceño.

—No —contestó escuetamente—. ¿Quién es?

—Uno con mala suerte. No importa.

Hanna Kwiatkowska se presentó con mucho mejor aspecto que la semana anterior y ya no estaba tan nerviosa. Quizá el mal estado en que se encontraba no era debido a una neurosis, sino a la terapia del fin de semana, rematada por el descubrimiento del cadáver de Henryk Telak. Parecía una persona enérgica y satisfecha con su vida. Gracias a ello resultaba más atractiva. Szacki pensó que, objetivamente, era bastante más bonita que Monika, aunque ocho años mayor. Las preguntas insustanciales que le hizo a modo de calentamiento las contestó con brevedad y precisión. Una vez incluso se

permitió hacer un chiste, pero Szacki no reaccionó, así que no volvió a intentarlo. Según vio, Leszek estaba en lo cierto: Kwiatkowska se había criado en los alrededores de la plaza de la Constitución, si bien en la actualidad vivía en el barrio de Grochów, en Praga, cerca de la plaza de Szembek. Tuvo ganas de preguntarle si se sentía una exiliada, igual que el general Piotr Szembek, pero lo dejó pasar. En cambio sí le preguntó por Kamil Sosnowski. Después de pensarlo un instante, negó conocerle. No quiso saber por qué a Szacki le interesaba esa persona.

—¿Sabe usted lo que es un análisis fonográfico? —le preguntó.

Se rascó una mejilla.

—Pues no —contestó—. Pero supongo que será algo relacionado con los sonidos, seguramente alguna técnica criminalística destinada al reconocimiento de voces. ¿Tengo razón?

—Al cien por cien. ¿Por qué lo pregunto? Pues porque durante la investigación nos hemos incautado —se maldijo mentalmente por usar esa jergonza— de un dictáfono propiedad de Henryk Telak. Puedo revelarles que se trataba de una especie de agenda y diario a la vez. En él grababa las reuniones de negocios y las reflexiones personales. A nosotros el fragmento que nos resultó más interesante fue el que grabó después de la terapia del sábado.

Kwiatkowska negó con la cabeza.

—No quisiera escuchar lo que grabó. Para nosotros aquello fue horrible, cuánto más no lo sería para él.

—Yo le haré un resumen. El señor Henryk se encontraba en muy mal estado, le parecía que oía voces, pensó que tenía visiones, alucinaciones. Decidió grabarlas para comprobar si eran reales.

Hizo una pausa y observó atentamente las reacciones de Kwiatkowska. No dijo nada, pero ya no se mostró tan relajada. Guiñó varias veces el ojo derecho. Szacki le preguntó si deseaba comentar algo. Negó con un movimiento de cabeza y se colocó las gafas. Szacki volvió a sentir ese cosquilleo en la corteza cerebral. O bien soy ya incapaz de asociar ideas, o bien tengo que ir a un neurólogo, pensó.

—Al escuchar la cinta, en un primer momento nos estremecimos porque Telak había grabado una conversación con su hija fallecida dos años antes. El material fue sometido a un análisis de identificación de voz y los resultados son concluyentes. La persona que se paró junto a la puerta de la habitación de

Telak y fingió ser su hija muerta es usted. ¿Puede decirme algo al respecto?

Kwiatkowska se quedó pálida.

—¿Se trata de una broma? —balbució—. No me creo nada.

El fiscal Teodor Szacki se sintió cansado. Ya estaba harto de esa patraña.

—Escúcheme —lo dijo más enérgicamente de lo que pretendía—. No le estoy presentando una hipótesis mía, sino hechos. ¡Y los hechos dicen que después de una terapia excepcionalmente dura para Henryk Telak, usted finge ser su hija junto a la puerta de su habitación y le sugiere que debería ir con usted, es decir, con su hija, y un momento después Telak graba una carta de despedida para su esposa y se traga todo un frasquito de somníferos! Así que haga el favor de no decirme qué es lo que cree o deja de creer y hábleme de estos hechos, por el amor de Dios. Antes de que me dé por pensar que se decidió usted por emplear el asador al ver que no había podido convencer a Telak de que se suicidara, porque entonces la encierro sin más.

No era un farol. Tras el hallazgo de la grabación y después de confirmarse que era la voz de Kwiatkowska, la profesora de educación secundaria se había convertido en la principal sospechosa. Por si acaso tenía en el cajón del escritorio una resolución firmada por Chorko para presentar cargos contra ella. Estaba preparado para confirmarla oficialmente como sospechosa de la investigación, registrar a fondo su casa, ponerla bajo vigilancia y mandar que le hicieran un examen psiquiátrico. Pero había dos cosas que le contenían: su intuición y el temor de perder sin paliativos en el tribunal ya en la primera vista. En lugar de pruebas irrefutables, lo único que tenía a su disposición eran vagas pruebas circunstanciales y teorías estúpidas situadas en los límites de lo esotérico.

La mujer se puso en pie de golpe y empezó a dar vueltas por el despacho con paso vivo.

—Esto tiene que ser un mal sueño —decía para sí—. No puede ser cierto, no puede ser.

Se paró y miró a Szacki.

—Me resulta difícil creer que no está usted mintiendo. Pero lo creo, porque, después de todo, ¿qué razón podría usted tener para hacerlo? Por favor, escriba que siendo consciente de todas mis responsabilidades penales o como se diga, juro y perjuro con todas mis fuerzas que no recuerdo haber estado junto a la puerta de Henryk Telak y haber fingido ser su hija. Lo juro. Puede usted hacerme pasar por el detector de mentiras, hacerme un examen

psiquiátrico o lo que sea, me avengo a todo.

Si ahora no preguntas qué fue eso que le dijiste a Telak a través de la puerta, presento cargo contra ti, pensó Szacki, y abrió el cajón.

—Y por encima de todo —Kwiatkowska apuntó al fiscal con el dedo— exijo que me muestre esa grabación. Quiero saber de qué se me acusa.

Sacó del cajón un cedé y lo introdujo en un viejo reproductor. Le puso a Kwiatkowska la «conversación con el espectro». Tras las primeras palabras tuvo que darle a la pausa, porque la mujer sufrió un ataque de histeria. Le dio agua, la tumbó en el suelo, le colocó bajo la cabeza su chaqueta enrollada, echó a los compañeros que llegaron asustados por los sonoros llantos y se preguntó si sería posible fingir tan bien. Al cabo de un cuarto de hora, Kwiatkowska dijo que se sentía mejor y que quería escuchar la grabación hasta el final.

Estaba blanca y tenía los puños muy apretados, pero ya no lloraba.

—¿Y bien? —dijo Szacki después de apagar el reproductor.

—Reconozco mi voz, pero tengo la sensación de que, bueno, que alguien va a salir de un momento a otro del armario y va a gritar «¡sorpresa!» y que usted me entregará un ramo de flores que guarda bajo el escritorio. No soy capaz de explicarlo, no sé cómo es posible, lo único que recuerdo de aquella noche es que me lavé los dientes con el dedo porque me había olvidado el cepillo y que luego me eché a dormir. Entiendo que pueda no creerme, pero esto es lo más extraño que me ha ocurrido en mi vida. Escucho palabras más que jamás he pronunciado.

Szacki lo anotó todo y le entregó el documento para que lo firmara. Antes de hacerlo, lo leyó detenidamente dos veces.

—No voy a presentar cargos contra usted, aunque podría hacerlo y nadie me criticaría por ello —dijo—. Pero quiero que sepa que en la actual etapa de la investigación, es usted, por así decirlo, la más observada. Por eso le pido que no hable de esto con nadie y que no salga de Varsovia. Si llego a tener la más mínima sospecha de que dificulta el procedimiento, la detendré ese mismo día. ¿Está claro?

Aún no se había cerrado la puerta del edificio de la fiscalía después de que Hanna Kwiatkowska lo hubiera abandonado, y Teodor Szacki ya se había arrepentido de su decisión. Tu fe en la intuición te va a perder, comentó para sí mismo. Tendrías que haberla encerrado y a ver qué ocurría.

3.

Le dio a su secretaria la orden de que no le pasara ninguna llamada, apagó el ordenador y se sentó cómodamente en el sillón para escuchar a través del interfono la conversación que tenía lugar en la habitación contigua. Lamentaba que en la oficina no hubiera cámaras instaladas, le habría gustado ver cómo el inspector con pinta de oso interrogaba a Igor. Si el madero hubiera sospechado siquiera una centésima parte de lo que sabía Igor y en lo que estaba involucrado, no habría aparecido allí sin un ejército de unidades antiterroristas. Le entraron ganas de reír al pensar que, aunque al policía se le hubiera ocurrido tal cosa, él no lo habría permitido. Con una sola llamada.

—Bonita espada. ¿Es samurái?

—Un regalo de uno de nuestros clientes. Una auténtica reliquia japonesa del siglo XVIII. Yo en su lugar la volvería a colocar en su sitio, inspector. Está muy afilada.

—Estoy acostumbrado a cortarme. Ayer sin ir más lejos, mientras limpiaba un pescado. Es la última vez que compro algo que no sean palitos de pescado. ¿Sabía usted que en Estados Unidos una vez les pidieron a los niños de un jardín de infancia que dibujaran un pez y algunos dibujaron un rectángulo? Qué pasada, ¿no?

—Fascinante, en efecto. Solo que en esta ocasión el corte puede significar la pérdida de algún dedo o, en el mejor de los casos, la mitad de los tendones de la mano. Siéntese, por favor. Estará más cómodo.

—Me paso el día sentado, se me queda el culo cuadrado. Espero no molestarle si me paseo por la habitación un rato. Su gabinete es más grande que los patios de más de una prisión polaca.

—No sabría decirle, nunca he tenido el gusto.

—No alabes el día antes de que se ponga el sol, decían los antiguos chinos. O quizá fueran los romanos, no estoy seguro. Pero en fin, vayamos al grano.

—Con mucho gusto. Ciertamente mi agenda está bastante cargada.

—Hábleme de las finanzas del señor Henryk Telak. Entiendo que era usted su contable.

—Su asesor de inversiones. Somos una empresa consultora, no nos encargamos de hacer declaraciones de hacienda.

—Lástima, por lo visto es un negocio muy rentable. Podría comprarse un abrecartas a juego con la espada.

—Administrábamos la cuenta de inversión del señor Telak y también depositó aquí la póliza de su seguro de vida.

—¿Cuenta de inversión? ¿Qué es eso?

—Teníamos poder notarial para administrar el dinero acumulado en ella, sin sobrepasar una cuota fijada de manera porcentual. En este caso, el cincuenta por ciento del estado de la cuenta al final del anterior medio año, pero nunca más de la media de los últimos dos años. Lo cual significa que, cuanto más ganábamos para el señor Telak, más podíamos invertir, pero si hubiéramos errado en la inversión y el señor Telak hubiera tenido pérdidas, no podríamos haber menguado su cuenta por debajo de la, llamémosla así, cuota de seguridad.

—¿Han tenido pérdidas a menudo?

—El señor Telak nunca ganó anualmente menos del veinte por ciento del capital acumulado. Como es natural, después de su muerte hemos detenido las nuevas inversiones. Lo que ocurra a partir de ahora con el dinero depende de la viuda del señor Telak. Puede liquidar la cuenta, puede sacar parte del dinero, puede confiar en nosotros para que sigamos manejando las finanzas en las mismas condiciones que hasta ahora o en condiciones nuevas...

—¿Cuánto dinero hay ahora mismo en la cuenta?

—Casi quinientos mil zlotys en efectivo y seiscientos mil en activos.

—¿Perdón?

—En total, alrededor de un millón cien mil. Naturalmente, esta suma cambia a diario, dependiendo del curso de las acciones, las divisas, etcétera. Algunas inversiones son a largo plazo, así que si la señora Telak quisiera convertirlo todo en efectivo cuanto antes y retirar el dinero, sería seguramente alrededor de un millón.

—¿Y la póliza?

—Medio millón.

—Parece que la viuda no va a necesitar pedir en la farmacia las versiones polacas de los medicamentos.

—El señor Henryk Telak era nuestro cliente pero también era un viejo amigo mío. Al igual que su esposa. Le rogaría que tuviera cuidado al escoger sus palabras.

—¿Ella estaba al tanto de la póliza y de la cuenta de inversión?

—No.

—¿Está usted seguro?

—Sí, a menos que Henryk se lo dijera.

—¿Los ha visitado ya?

—Nos vimos en el funeral, pero no hablamos de dinero. Prometió venir la próxima semana.

—Es un poco extraño, ¿no le parece?

—No. Por lo que yo sé, a Jadwiga no le falta dinero para sus gastos.

—Entiendo. ¿Conocía desde hace mucho a Henryk Telak?

—Nos conocimos cuando estudiábamos en la Politécnica, hacia finales de los años setenta, creo. En cualquier caso, antes de que impusieran la ley marcial. Después nuestros caminos se separaron durante un tiempo. Yo conseguí gracias a un amigo un trabajo en una de las oficinas de comercio exterior, me interesaba la economía, y él siguió siendo fiel a la poligrafía. Nos encontramos por casualidad ya después de la caída del régimen.

—Entonces, ¿esta empresa es suya?

—Soy uno de los socios y además vicepresidente.

—¿Durante cuánto tiempo se ha encargado de las finanzas del señor Telak?

—Más de diez años, desde el 94.

—¿Cualquiera puede entrar por la puerta y solicitar sus servicios?

—Sí, aunque eso no significa que le aceptemos como cliente. Somos una empresa pequeña, pero selecta. Tenemos pocos clientes y ninguno de ellos está aquí, por así decirlo, para hacerse rico, porque ya lo son. Todos han llegado hasta nosotros por recomendación. Somos capaces de ganar para ellos mucho dinero, pero nuestros honorarios no son precisamente bajos. A pesar de ello, nunca se ha dado el caso de que alguien no estuviera satisfecho con nuestros servicios.

—No serán ustedes una secta secreta, ¿no?

—¿En qué sentido?

—Rituales de iniciación repletos de sexo, azafatas vestidas tan solo con dos billetes de cien dólares, toques rítmicos de tambor y sacudidas rítmicas

en general...

—Yo no sé nada de eso.

—¿Y no sabrá si el señor Telak tenía enemigos, gente que le envidiara por su posición y su dinero?

—No sé nada de ese tema.

—¿Le dicen algo los nombres de Cezary Rudzki, Euzebiusz Kaim, Barbara Jarczyk y Hanna Kwiatkowska?

—A Rudzki le he visto un par de veces en la televisión, creo que le invitaron a un programa de entrevistas en calidad de experto. Además, mi esposa tiene un libro suyo sobre cómo solucionar problemas familiares. Los demás nombres no me dicen nada.

—¿Y Kamil Sosnowski?

—Tampoco.

—Lástima. Le ruego que no se extrañe de la siguiente pregunta, no es broma, estoy investigando una pista importante para la investigación.

—Lástima. Habían acabado gustándome sus bromas.

—Cierta fiscal diría que en ese caso es usted el primero. ¿Recuerda usted, de su época de estudiante, a mujeres con las que Henryk Telak saliera? O quizá incluso le hablara a usted de una época anterior. ¿Sabe si tuvo algún gran amor? ¿Ocurrió alguna tragedia que le afectara a él y a su pareja, alguna experiencia traumática o fuera de lo común?

—No sé nada de ese tema. La Politécnica nunca fue un lugar donde se observara a menudo ese tipo de cosas, porque allí estudiaban muy pocas chicas, pero recuerdo que Henryk casi nunca se venía con nosotros cuando íbamos, perdón por la expresión, «a buscar coños». Dos veces salió con alguien durante unos meses, aunque yo no diría que fuera algo serio. En general era bastante tímido. En el último año de la carrera, que debió de ser en el 84 o así, se enamoró perdidamente de Jadwiga. Ella no quería salir con él. Iba como abobado. Se sacó la carrera de milagro. Poco después nos separamos y cuando nos volvimos a encontrar ya eran marido y mujer. Se casaron en el 88 u 89.

—¿Era un matrimonio feliz?

—No nos veíamos tan a menudo como para que pueda opinar sobre eso.

En cuanto Kuznetsov abandonó la sede de la empresa, Igor entró en el despacho de su jefe. Estaba sin chaqueta.

—¡Maldito patán de mierda! Hasta me he puesto a sudar. Me entraba un escalofrío cada vez que el tipo abría la boca. Odio a las personas como él. ¿Lo ha escuchado todo?

Asintió.

—Parece que no podemos seguir fingiendo. No están dando palos de ciego. Me he quedado helado cuando ha preguntado por él. No pensé que fueran a encontrar ese cabo.

El presidente se levantó y se acercó a la ventana. En efecto, aquello suponía un inconveniente, pero en comparación con otras amenazas a las que habían tenido que enfrentarse en los últimos años, no era nada de lo que debieran preocuparse. Miró la feria de hormigón que se extendía abajo y pensó que si tuviera un poder divino, sacaría a la luz todos los secretos que se escondían tras las paredes de esa triste ciudad llamada Varsovia. Todos, de golpe. No solo los más importantes —él también se contaba entre sus depositarios—, de los cuales dependía la seguridad del Estado y por eso debían mantenerse ocultos. Todos los fraudes comerciales, las deslealtades, las infidelidades matrimoniales, las mentiras de los flirteos, las medias verdades de los padres, las mentirijillas de los niños. Tal que así, chasquear los dedos y todo quedaría al descubierto. ¿Habría después una sola persona que osara repetir lo que ya dijera ese ídolo suyo al que rodean de un culto ciego: la verdad os hará libres? Lo dudaba.

—Tienes razón —dijo dando la espalda a la ventana—. Es hora de empezar a actuar. En mi opinión, Kuznetsov es inofensivo, pero tenemos que saber todo lo posible del fiscal Szacki. Dónde trabaja su esposa, a qué colegio va su hija, a quién se está follando a escondidas, con quién queda para tomarse una cerveza, quién no le gusta del trabajo. Creo que antes de que acabe la semana habrá que hacerle una visita.

—¿Hasta cuándo tengo tiempo?

—Hasta el miércoles por la mañana. Después puede ser ya demasiado tarde.

4.

Cezary Rudzki se recuperó de su enfermedad y volvió a su imagen estilo Hemingway. Un finísimo jersey de cuello alto, el pelo de la cabeza y la barba entrecano con predominio del blanco, unos ojos penetrantes azul pálido y una sonrisita de terapeuta, amable y burlona a la vez. Todo su aspecto parecía decir que ese hombre sin duda alguna te iba a escuchar con interés y comprensión, pero mantendría una sana distancia y se abstendría de invadir tu territorio íntimo. Sí, Cezary Rudzki podría aparecer en las vallas publicitarias anunciando el psicoanálisis.

Szacki empezó una conversación sobre la hipnosis y el doctor le habló larga y detenidamente de ella, hasta que al final el fiscal tuvo que pedirle que no le explicara la teoría con tal detalle, que solo contestara a las preguntas.

—¿Es usted capaz de hipnotizar a un paciente?

—Por supuesto. Raras veces lo hago, pues considero que para el proceso terapéutico se debe estar plenamente consciente. A menudo el origen de la enfermedad es un recuerdo rechazado con tanta fuerza que no hay otra forma de llegar a él más que a través de la regresión del paciente. Pero lo tengo como último recurso.

—¿Regresión? —Szacki prefería asegurarse de que él y Rudzki estaban pensando en lo mismo.

—Hacer retroceder al paciente al pasado. Es una operación delicada, exige prudencia y tacto. Y valor, porque con frecuencia el paciente se mueve por los recuerdos que se han grabado con más fuerza en la memoria o por los que han sido rechazados más intensamente. Puede resultar traumático. Tuve una vez una paciente que de pequeña había sufrido abusos por parte de sus cuidadores en el orfanato, la mujer quedó terriblemente marcada. Pero yo no lo sabía y en cierto modo ella tampoco. De repente, durante una regresión empezó a contarme con la voz y las palabras de una niña pequeña los detalles de las orgías en las que la obligaron a participar. Imagínese cómo sería que me hizo vomitar.

—Quizá sea mejor que no recordemos ciertas cosas, ¿no?

—Eso pienso yo también, aunque muchos terapeutas tienen una opinión diferente. Creo que el cerebro sabe lo que hace cuando nos ordena olvidar. Aunque por supuesto hay actos que no nos está permitido eliminar de la memoria. Usted lo sabe mejor que nadie.

Szacki frunció el ceño.

—¿A qué se refiere?

—Actos por los que sus autores deben ser castigados. Delitos. Crímenes.

—¿Habló usted con la policía o la fiscalía sobre esos cuidadores del orfanato?

—La paciente tenía casi sesenta años.

—Pero si en el transcurso de una hipnosis se encontrara usted con información sobre un delito cometido hace poco y supiera que ocultarlo sería lo mejor para su paciente, ¿qué haría?

—Lo ocultaría. Yo me guío por el bienestar del paciente, no por el bienestar de la sociedad.

—En eso nos diferenciamos.

—Eso parece.

Szacki miró discretamente su reloj: eran las tres y media. Debía acelerar el tempo de la conversación si no quería llegar tarde a la cita con Monika.

—¿Y podría hipnotizar a alguien de manera que después, al margen de su voluntad, hiciera algo que en circunstancias normales no sería capaz de hacer?

Esta era una de sus teorías, que, a pesar de todo, le parecía más verosímil que la de Hanna Kwiatkowska cometiendo un asesinato. El terapeuta aprovecha su influencia natural en la gente y la hipnosis para llevar a cabo un ajuste de cuentas personal a través de las manos de los pacientes. Sí, cierto, parecía una teoría fantástica sacada de una serie policiaca, pero ¿quién ha dicho que no pueda ocurrir algo así? El razonamiento tenía bastantes puntos débiles, sobre todo la falta de un móvil, pero aparte resultaba difícil contestar a la pregunta de por qué Telak habría acudido a un terapeuta que tenía cuentas pendientes con él. En cualquier caso, la intuición le decía a Szacki que ese caso no iba a tener una solución obvia y que era preciso examinar todas las teorías, incluso las que a primera vista pudieran parecer estúpidas.

—No lo sé, nunca lo he intentado, soy médico, no ilusionista, estimado fiscal —era evidente que Rudzki se había sentido herido por la pregunta—.

Pero, por favor, no se crea lo que cuenta Dean Koontz en sus noveluchas. Para programar a alguien de manera que haga algo en contra de su voluntad y de su conciencia se precisaría no ya una hipnosis, sino un buen lavado de cerebro; muchas sesiones de hipnosis, seguramente combinadas con algún apoyo farmacológico, que tuvieran como objetivo una reconstrucción total de la personalidad del paciente, de modo que pudiera comportarse según el programa que le han inculcado. Pero incluso entonces el éxito no está asegurado. En cualquier libro sobre hipnosis leerá que es prácticamente imposible obligar a alguien a que actúe en contra de su ética. Le daré un ejemplo bien conocido: durante una clase en la academia, el profesor tiene que dejar en la sala a una paciente en estado de hipnosis al cuidado de un estudiante; claro está, el estudiante lo primero que hace es ordenar a la paciente que se desnude, ante lo cual esta vuelve en sí y le da una bofetada al estudiante. Como ve, si la cosa fuera tan sencilla, entonces la hipnosis sería utilizada en cualquier empresa para evitar que a los trabajadores les entraran ganas de ir a fumar un cigarrillo, cotillear o hacer solitarios.

Teodor Szacki asintió de manera mecánica, preguntándose todo el rato si debería hablarle a Rudzki de que Kwiatkowska había fingido ser la hija muerta de Telak. Ya había hablado de ello con Wróbel, no necesitaba la opinión de otro psicólogo. Pero podía hacer otra comprobación. Le pidió a Rudzki discreción absoluta y le puso la grabación de Telak.

—Absolutamente increíble —el terapeuta no parecía ni impresionado ni asustado. Al contrario, las mejillas se le encarnaron por la excitación—. ¿Sabe lo que esto significa? Que el campo puede ser más potente de lo que nadie era capaz de imaginar. Si la grabación es de las once de la noche, cuatro horas después de terminar la sesión, entonces resulta sencillamente impresionante.

Se levantó y empezó a andar por el despacho. O más bien a caminar en círculos y a dar saltitos, ya que las dimensiones de la habitación no permitían pasear, ni siquiera dar dos pasos enérgicos seguidos.

—Una identificación tan fuerte cuatro horas después de la sesión, hasta cuesta creerlo. Es de suponer que la personalidad de Hanna era de algún modo similar a la de la hija del señor Henryk y que surgió un vínculo entre ambas, ¡pero aun así! ¿Sabe usted lo potente que es la fuerza que demuestra este episodio? ¡No me extrañaría que la teoría de los campos traspasara las fronteras de la psicología y se convirtiera en el germen de una nueva religión!

Rudzki se estaba emocionando cada vez más y a lo tonto eran ya las cuatro menos cuarto.

—Siempre y cuando no estuviera fingiendo —comentó fríamente Szacki.

—¿Perdón? No le entiendo. ¿Cómo que «fingiendo»? —el médico dejó de dar saltitos y miró con asombro al fiscal.

—No olvide que su experimento terapéutico culminó con la aparición en el suelo de un cadáver con el ojo desparramado por la mejilla. Alguien le mató y no le ocultaré, aunque espero que quede entre nosotros, que para mí la principal sospechosa es Hanna Kwiatkowska. Todo encaja, mire: interpreta a una hija que se ha suicidado por culpa de su padre, no deja de identificarse con ella, le pide que vaya con ella pero él huye, no lo puede soportar, agarra un asador y... Todo encaja.

Rudzki se sentó en la silla.

—Está usted loco —dijo a duras penas—. Hanna no tiene nada que ver con eso. Me apuesto la cabeza. Es absurdo.

Szacki, sentado en su silla, se encogió de hombros y se echó hacia atrás despreocupadamente.

—¿Por qué lo cree así? ¿Sabe algo que yo no sepa? Dígamelo.

—No, en absoluto, es solo que usted no lo entiende. Un asesinato sobrecarga el sistema de un modo terrible, es siempre «contra», nunca «para». Una constelación puede ser el origen de un suicidio, nunca de un asesinato.

—Quizá tuviera otro móvil que no fuera el sistema.

El terapeuta calló.

—No lo creo —dijo al cabo de un rato.

—¿Seguro? Fue a verle para iniciar una terapia, le hablaría de ella, de su vida, su infancia, sus amores, sus odios. ¿No recuerda usted nada que pudiera constituir un móvil?

Rudzki no dijo palabra.

—Ya, ya, ya —continuó Szacki y suspiró—. De todas formas no me lo diría porque a usted le guía el bienestar del paciente, no el de la sociedad. Eso ya ha quedado claro antes. No importa, quizá la gente no esté tan dispuesta a confiar sus ideas a los policías y a los fiscales como lo está a contárselas a los encuestadores, pero aun así a veces logramos enterarnos de cosas. Espero que sea consciente de que, ahora mismo, cualquier contacto con Hanna Kwiatkowska puede llevarle a ser detenido. No creo que el tribunal considere

que ayudar a una persona sospechosa de asesinato sea parte del secreto profesional.

Rudzki se rio en voz baja y negó con la cabeza.

—Dios bendito, no sabe usted lo equivocado que está.

—Me encantaría saberlo.

—Ya se lo he dicho todo.

—Naturalmente. ¿Conocía usted a Kamil Sosnowski?

—Perdón, ¿qué apellido ha dicho? —Rudzki hizo un gran esfuerzo por dar la sensación de que no había escuchado la pregunta, pero Szacki había interrogado a demasiadas personas como para no advertir cuándo alguien quiere ganar tiempo. Un truco viejo y sencillo que otorga unos segundos más para decidir si contar la verdad o inventar una mentira.

—Kamil Sosnowski —repitió rápidamente.

—No, lo siento. En un primer momento me pareció que decía usted Kosowski. Tuve una vez un paciente con ese apellido.

Y una mierda, pensó Szacki. Quieres borrar la mala impresión, mentiroso.

—¿Kosowski? Curioso. ¿Se estaba tratando una depresión después de pasarse toda la temporada sentado en el banquillo del Kaiserslautern?

—Perdón, no comprendo.

—Perdóneme usted a mí, es una broma que se me ha escapado —miró el reloj. Ya llegaba tarde—. Tengo un último favor que pedirle: quisiera escuchar las cintas con las grabaciones de la terapia individual de Henryk Telak. ¿Podría hacérmelas llegar mañana antes del mediodía?

—Pero si ya le dije que esa terapia no la grabé.

—Entonces no sabía que usted estaba mintiendo. ¿Me entregará las cintas o llamo a la policía y vamos a registrar su piso?

—Hágalo, por favor. Puede incluso levantar el parqué. Si encuentra una sola cinta con la terapia de Telak, le doy mis ingresos de todo un año.

—Por desgracia, no me está permitido aceptar de usted ni un zloty. Hay una ley que lo impide.

Si Rudzki se sintió preocupado por esa información, no se le notó lo más mínimo.

—En tal caso, contésteme a una pregunta. Y le recuerdo que esto es un interrogatorio oficial y que está obligado a decir la verdad. En caso contrario, podría ser acusado de prestar falso testimonio.

—Ya me lo advirtió antes.

—Lo sé, pero me he dado cuenta de que a veces no escucha usted todo lo que digo. ¿Le habló Henryk Telak de antiguos amores, o de alguna novia de la época de los estudios, o de alguna amante que tuviera ya después de su matrimonio? De alguien muy importante que quizá falleció de forma trágica, aunque no necesariamente. O de alguien de quien Telak se separó en circunstancias dramáticas.

El hombre sentado al otro lado del escritorio se quitó las gafas, las limpió con una gamuza que sacó del bolsillo de la chaqueta y se las volvió a poner con cuidado. Szacki pensó que últimamente no hacía más que interrogar a gafotas. Jarczyk y Kwiatkowska también veían mal.

—No, nunca me habló de alguien así —dijo mirando a Szacki a los ojos. El fiscal se sorprendió, porque la mirada del testigo estaba llena de tristeza—. Y no creo que nunca existiera tal mujer. Henryk Telak amaba solo a su Jadwiga y a nadie más. Ni siquiera a su hija la quería como a ella. La amaba de una forma que probablemente ni usted ni mucho menos yo conoceremos jamás. Y quizá deberíamos darle gracias a Dios por ello.

5.

Eran las cuatro y diez. El fiscal Teodor Szacki marchaba a paso ligero por la calle Żurawia, bajo la sombra de los árboles que hay en la acera situada en el lado del Instituto de Geodesia. En los soportales del otro lado de la calle, la gente se sentaba junto a las mesas de los bares que se habían abierto allí en los últimos años. Uno de ellos, el bar italiano Compagnia del Sole, habría sido uno de sus favoritos si hubiera podido permitirse tomarse algo en él más de una vez al año. Comía en la ciudad en tan contadas ocasiones que le resultaba difícil decir que tuviera un bar favorito, sin contar los kebabs de la calle Wilcza. Conocía todos los *fast food* turcos de la zona y en ese campo era un experto. En su opinión, el bar Emil servía el mejor kebab de Śródmieście. Pero dudaba que tal información pudiera impresionar a cualquiera acostumbrado a comer un lunch por cuarenta zlotys.

Aminoró el paso, no quería llegar a Szpilka sofocado. Cruzó al otro lado de la calle a la altura de la Facultad de Etnografía de la Universidad de Varsovia y en ese momento llamó Kuznetsov.

—Rápido, llego tarde a una cita.

—¿Tu esposa sabe algo de esa conferencia?

Pensó que, mientras Kuznetsov trabajara en la policía de la ciudad, él nunca se atrevería a cometer un delito pensando que no le iban a coger.

—De veras que voy con retraso.

—El hijo de Telak y su mamá no necesitan preocuparse por los costes de la operación en el extranjero. Nuestra viuda va a heredar alrededor de un millón en efectivo y otro medio millón de la póliza del seguro. ¿Sigues en pie?

—No, me he hecho un ovillo sobre la acera. El tipo era el jefe de una empresa que iba viento en popa, ahorró durante años, alguien hizo buenas inversiones por él. Todo encaja. Y en cuanto a la póliza, si un mendigo como yo está asegurado en cien mil, él ni te cuento. Digamos que pagaba una prima de quinientos zlotys al mes. ¿Crees que eso le dejaba sin dinero para llenar el depósito de su Mercedes? ¡Venga ya! ¿Algo más?

—En los archivos de la Central no hay ni rastro de Kamil Sosnowski y su asesinato, aparte de la correspondiente nota en el libro de registro y el compendio de casos. Las actas se han evaporado.

—A lo mejor tu colega no sabe buscar.

—Mi colega lleva trabajando allí siete años, aún no ha habido un caso que no encontrara en media hora.

—¿Qué puede querer decir eso?

—Nada. Seguramente alguien las tomó prestadas «solo un momento», tan momento que ni siquiera fue anotado, luego se olvidaría de devolverlas y ahora las actas estarán en cualquier armario olvidado del Palacio Mostowski. Suele ocurrir. Pero si no tienes nada que hacer esta tarde, puedes ir a ver al policía que se encargó del caso, es vecino tuyo.

—¿Dónde vive?

—En la calle de Młot.

—Vale, mándame las señas completas por sms, quizá le haga una visita. Y si no, ve tú mañana o manda a alguien de los tuyos. La verdad es que yo no debería ocuparme de estos asuntos. Perdona, Oleg, tengo que colgar. Te llamo.

—Salúdala de mi parte.

—Bésame el culo.

Las cuatro y veinte. Entró en la cafetería imaginándose el gesto malhumorado de Monika, que ya se estaría preparando para marcharse. Y entonces volvió a sonar el móvil. Esta vez era «Gata». Suspiró, contestó y salió hacia la calle Bracka.

—¿Dónde estás?

—En la calle —gruñó—, he ido a comer algo y ahora vuelvo al trabajo.

Hermosa frase. Un tercio era verdad, otro tercio verdad a medias —un rato antes, en efecto, había ido a comer algo— y el último tercio era una mentira como una catedral. Menuda perla para un filósofo.

—Por favor, recoge a Hela de la escuela infantil. Yo no voy a poder, tenemos una reunión, mañana hay un juicio muy importante, está en juego un montón de dinero. Si me largo ahora, mejor que no vuelva nunca más.

Retiró el móvil de la oreja, lo tapó con la otra mano y soltó un sonoro taco. Una rubia simpática y pechugona, que pasaba por allí empujando un cochecito con unos gemelos dentro, le miró con lástima.

—¿Y tus padres?

—Les he llamado, se marcharon esta mañana a Wyszaków a ver a unos amigos, aún están allí. Imposible. Te lo ruego, Teo, dime que no estás interrogando en este momento a un asesino en serie...

—Vale, vale. ¿A qué hora hay que recogerla?

—La escuela está abierta hasta las cinco y media, pero por favor intenta...

—Lo intentaré —la interrumpió—. No te preocupes. Tengo que colgar. Besos.

—Chao, gracias.

Las cuatro y veinticinco. Entró corriendo en Szpilka presa del pánico, dejando a un lado lo de mantener la calma. Abajo no estaba. Miró hacia la entreplanta: tampoco. Se había ido. Bravo. Ahí se acababan sus flirteos con atractivas mujeres jóvenes. Debería encontrar a una cuarentona casada, aburrida de su viejo marido, que ya no esperara gran cosa de la vida, y pasarse a verla cuando su esposo se fuera a su despacho climatizado y los niños al cole. Se harían un favor el uno al otro, una situación ideal. Pero al menos Hela no sería la última niña en ser recogida de la escuela infantil. Sabía de sobra cómo era la cosa. Estaría sentada en el suelo, jugando sin ganas, dando un salto cada vez que se abría la puerta. La señorita, enfadada, lee un periódico sentada junto al escritorio y a cada momento mira el reloj. Pero bueno, ¿cuándo va a venir ese padre? ¿Cuándo? Ayayay, hoy no se ha portado bien este padre.

Se dio la vuelta y se chocó con Monika.

—Estás alelado, Teodor —se echó a reír—. Corres de un lado para otro y a mí ni me ves. No pensarías que con un día como este iba a esperarte dentro, ¿verdad? Ahí me habría visto poca gente —y tras decir eso, se giró sobre los tacones de los mismos zapatos que él había alabado el día anterior.

Pensó que debía retractarse de todo lo que había dicho sobre su figura. Las piernas no estaban torcidas, ni los hombros eran demasiado anchos, ni los pechos demasiado pequeños. Todo en ella le parecía absolutamente perfecto y no se podía deber solo al fino vestido de lino, abierto por todos los lugares donde le convenía estarlo. Le vino a la cabeza una fábula rusa en la que se quería comprobar la sabiduría de la protagonista, para lo cual le pedían que fuera a palacio vestida y desnuda a la vez. La inteligente muchacha acudió llevando puesta únicamente una red de pescar. Le pareció que Monika, allí de

pie bajo el sol, llevaba encima poco más que la chica de la fábula. Cuando se sentaron, aún podía distinguir la línea de su cuerpo y de la ropa interior blanca.

—Es cierto que te has cambiado —fue la tontería con la que inició la conversación.

—¿Me lo vas a reprochar?

—Lo único que siento es no haber traído una cámara.

—No es el fin del mundo, puedo volver a ponerme esta ropa para ti.

—Pero sin ropa interior —soltó sin pensarlo, y estuvo a punto de salir corriendo. No es Weronika, imbécil, sino una chica a la que conoces desde hace una semana. Contrólate.

—Hmm, no sabía que nos conociéramos tan bien —dijo riéndose y evidentemente satisfecha, lo cual le dejó tan turbado como sus propias palabras un momento antes. Inició una disculpa, pero ella se rio aún con más fuerza y le puso un dedo en los labios para que no siguiera—. Vale, entonces de acuerdo —dijo y se echó para atrás en la silla.

—¿De acuerdo qué? —preguntó instintivamente sin dejar de sentir su dedo en los labios.

—Sin ropa interior.

Tú te lo has buscado, George Dandin, pensó.

6.

A las seis menos cuarto entró en la escuela infantil. Hela se le colgó del cuello con tal alegría que parecía que no se hubieran visto durante diez meses, en lugar de durante diez horas. Era el último niño que quedaba allí. Por suerte la señorita Marta no dijo nada, aunque miró a Szacki de una manera significativa.

En casa le permitió a la pequeña que encendiera la tele. Se sentía lo bastante culpable como para no prohibirle nada y demasiado distraído tras la cita en Szpilka como para jugar con ella. Con Monika de nuevo había hablado principalmente de trabajo, ella le había preguntado todo tipo de detalles porque, según decía, los necesitaba para su libro. Le interesaban menos las cuestiones técnicas del trabajo de fiscal y más las emociones que se experimentaban, y a medida que profundizaban en las confidencias la cita se había ido haciendo más íntima de lo que deseaba, rodeada además de una permanente atmósfera de flirteo.

—Hay una cosa que no entiendo —dijo ella cuando se levantaron para irse—. Eres un funcionario público, tienes treinta y cinco años, mujer e hija, y el pelo canoso. ¿Puedes explicarme por qué pienso continuamente en ti?

Szacki contestó que también a él le extrañaba, casi tanto como el hecho de que, evidentemente, el sentimiento era recíproco, y huyó de allí.

Ya en casa, intentó contactar con el capitán de policía retirado Stefan Mamcarz, pero su teléfono debía de estar estropeado o desconectado porque todo el tiempo salía una grabación informando de que no se podía establecer la conexión. Weronika volvió poco antes de las siete y Szacki consideró que el pretexto de visitar a Mamcarz era perfecto para salir de casa. Temía que su esposa leyera en sus ojos todo lo que había ocurrido esa tarde, cada palabra escuchada y dicha.

Oleg tenía razón. Eran vecinos. Por desgracia, todos los días veía desde su ventana el horrendo bloque de diez pisos de la calle de Młot. Tardó dos

minutos en llegar. Marcó el «46» en el portero automático, pero nadie contestó. Iba a renunciar cuando se acercaron a la puerta un greñudo quinceañero de rostro inteligente y atractivo, aunque con bastante acné, y una niña rubia de ocho o diez años con el diablo en la mirada.

—Su telefonillo no funciona. Yo le abro —dijo el chico, y marcó su código en el panel.

Szacki tendría que haberle dado las gracias, pero se quedó mudo. Siempre reaccionaba así cuando trataba con personas discapacitadas. El amable quinceañero había pronunciado la frase extraordinariamente despacio, arrastrando las vocales hasta el infinito. La frase resultó tan larga dicha por él, que tuvo que hacer tres pausas para tomar aire. «Su telefonillo no», inspiración, «funciona», inspiración, «yo le abro». Pobre chaval, debía de tratarse de algún defecto en el centro del habla, aunque no algo más grave. Sus padres no le habrían confiado a su hermana pequeña si tuviera una deficiencia grave.

Se espabiló y le dio las gracias, procurando hablar despacio y con claridad, pero el chico le miró como si mirara a un loco. La niña entró corriendo y subió al descansillo.

—Te echo una carrera —dijo ella dando saltitos sin parar.

Quizá fuera hiperactiva. Szacki pensó que el destino había puesto a prueba a esa familia, concediéndole unos hijos hermosos pero enfermos. El hermano, en lugar de contestar, la miró con lástima.

—No quieres echar una carrera porque eres un gordo —le espetó ella cuando los tres esperaban el ascensor.

El chico sonrió y se dirigió a Szacki.

—No le —inspiración— haga caso —inspiración—. Aún es —inspiración— muy pequeña.

—¡No soy pequeña! —chilló.

Entraron los tres en el ascensor. El chaval le miró con aire interrogativo.

—¿El 46 en qué planta es? —preguntó Szacki.

—En la cuarta —el quinceañero apretó el botón.

El ascensor era viejo, estaba en muy mal estado y apestaba a meado. Poco después el fiscal comprobaría por sí mismo que probablemente eran meados del capitán Mamcarz o de sus amigos.

—No soy pequeña —susurró enfadada una vez más la pequeña rubia y le dio una patada a su hermano.

—Eres —inspiración— una pequeña —inspiración— enanita —le replicó sin dejar de sonreír, algo que sacó de quicio a la chica. Por si fuera poco, intentó acariciarla.

—¡Déjame en paz! —le golpeó en la mano, cosa que no causó el menor efecto en el chico—. ¡Te van a castigar, ya lo verás! No te van a dejar comer cosas grasas, bebé.

A Teodor Szacki le divertía un montón esa discusión, pero el ascensor se detuvo. Los simpáticos hermanos salieron con él y desaparecieron tras la puerta de uno de los tres pisos de la planta en la que estaban. Antes de entrar, el chaval miró extrañado al fiscal y después a la puerta frente a la que este se había parado. Szacki comprendió esa mirada. La puerta no tenía cerraduras, estaba entreabierta y del interior salía una horrible peste a meado. En el umbral había dos cucarachas que ni se inmutaron. No cabía duda de que el capitán Mamcarz no era el más querido del vecindario.

El timbre no funcionaba. Golpeó la puerta enérgicamente con los nudillos. Pensó que nadie saldría, pero rápidamente apareció en la puerta un hombre hecho polvo... o una mujer hecha polvo... Hasta que no vio los pendientes, Szacki no supo que tenía delante a una mujer. Podría haber interpretado sin maquillaje a una morlock de *La máquina del tiempo* en su versión cinematográfica. Parecía que no tenía más de sesenta años, pero de igual modo podría andar por los cuarenta. Silueta cuadrada, rostro cuadrado de campesina, pelo negro y espeso que probablemente se había cortado ella misma. Mirada de ira.

—¿Dígame? —preguntó. Tenía una voz clara, dulce, falsamente amable, habituada a pedir.

—Busco a Stefan Mamcarz —contestó.

La mujer se apartó y abrió la puerta para dejar pasar a Szacki. Un asqueroso y profundo tufo le golpeó la cara y le provocó arcadas, pero pasó al interior. Sabía que tras unos momentos se acostumbraría, igual que le ocurría con el hedor a cadáver del laboratorio forense. Aunque saberlo era un pobre consuelo.

El apartamento era oscuro, un pequeño estudio con una cocina abierta, en la que se veía una bombona de gas junto a una estufa apagada. Estaba claro que a los dueños les habían cortado el gas hacía mucho. Y la luz. Aún había claridad, pero las velas metidas en charcos de cera seguro que no eran solo para crear ambiente por las noches al abrir una botella de vino. Precisamente,

había algunas botellas vacías colocadas bajo la ventana y en el alféizar de la misma se veía una fila perfecta de tapones rojos de plástico.

—Tienes visita, capitán —gritó hacia el interior. El tono empleado no dejaba duda alguna sobre quién mandaba en aquel antro.

Del sofá cama se levantó un hombre pequeño de rostro menudo. Llevaba puesta una camisa a rayas y una vieja chaqueta. Tenía una mirada triste aunque sorprendentemente agradable. Se acercó a Szacki.

—Yo a usted no le conozco —dijo intranquilo.

Szacki se presentó, lo que hizo que la inquietud de su interlocutor aumentara de forma considerable, y luego le explicó en breves palabras el asunto que le había llevado hasta allí. El capitán jubilado asintió, se sentó en el sofá cama y le indicó al fiscal que hiciera lo propio en el sillón. Szacki se sentó, disimulando con cuidado el asco que sentía y procurando no quedarse mirando cada lugar por el que pasaba una cucaracha. No soportaba esos bichos. Arañas, serpientes, babosas viscosas, crustáceos, ninguno causaba en él tanta repugnancia como esa pequeña cucaracha rubia e increíblemente rápida que al ser aplastada producía un desagradable chasquido y que después agonizaba convertida en una masa blanca y pegajosa. No respiraba hondo, para evitar percibir el hedor del piso, pero a la vez deseaba hacerlo para poder controlar la fobia que le producían esos insectos. Luchó un rato consigo mismo y al final tomó una bocanada de aire y la expulsó despacio. Mejor. Poco, pero mejor.

Mamcarz se quedó pensativo. Su pareja —dudaba que fuera su esposa— le ofreció a Szacki un café, pero este lo rechazó. De todas formas estaba seguro de que le pediría dinero cuando se marchara. Prefería darle simplemente una limosna antes que pagar por algo que no iba a ser capaz de tragarse.

—¿Recuerda usted ese caso? —se apresuró a decir Szacki.

—Lo recuerdo, señor fiscal. Los asesinatos no se olvidan. Bien lo sabe usted.

Szacki asintió en silencio. Era muy cierto.

—Pero estoy tratando de recordar todos los detalles posibles. Porque aquello sucedió hace casi veinte años. No estoy seguro de en qué año exacto, pero sin duda fue un 17 de septiembre. Un pez gordo de la URSS vino de visita y nos reíamos a escondidas diciendo que, si eran rusos, solo podían venir un 17 de septiembre.

—1987.

—Es posible. Seguro que fue antes del 89. Permítame un momento, tengo que pensar.

—Date prisa, Stefan —gruñó la mujer, para después añadir con más dulzura—: El señor fiscal no va a estar aquí eternamente.

Szacki adoptó su expresión facial más gélida.

—No moleste al capitán —le dijo—. Es un buen consejo.

La amenaza era algo vaga, gracias a lo cual la podía entender como quisiera. Ella murmuró una humilde disculpa y se retiró a la otra punta de la habitación. Aun así, a Mamcarz se le notaba tenso y, cuando empezó a hablar, no hacía otra cosa que mirar inseguro hacia su concubina, oculta en la oscuridad. O igual era su esposa. Szacki le interrumpió.

—Le pido de corazón que me disculpe —le dijo a la mujer—. Pero ¿no podría dejarnos a solas durante quince minutos? Le ruego que me perdone, pero esta investigación tiene una importancia extraordinaria para la oficina fiscal y para la policía.

Usar en una misma frase las palabras «investigación», «oficina fiscal» y «policía» dio resultado. No pasaron ni quince segundos cuando la puerta se cerró tras la mujer. Mamcarz no reaccionó. Seguía pensando.

Teodor Szacki miró por la ventana para no prestar atención a los bichos que jugueteaban sobre la alfombra. Sonrió para sí porque el balcón parecían haberlo traído desde otro piso. Estaba pulcro, la barandilla y el pasamanos recién pintados de color azul, en unas cajas verdes crecían gran cantidad de petunias plantadas en filas. A los lados, en unos soportes metálicos, había tiestos con rosas. ¿Cómo era posible? ¿Sería cosa de él o de ella? Sentía curiosidad, pero sabía que no iba a preguntar por ello.

—Lo siento, no hay demasiado —dijo por fin Mamcarz—. Fui el primer oficial en llegar al lugar. Aparecí en el piso de la calle Mokotowska cuando allí solo estaba el cadáver en descomposición, su hermana en estado catatónico y dos miembros de la policía que le repetían continuamente que se tranquilizara. El cadáver tenía un aspecto horrible. El chico se encontraba tumbado en la bañera con el cuello abierto. Estaba desnudo, atado, las manos anudadas a la espalda y sujetas a los pies, también atados. El piso se hallaba patas arriba y, como nos enteramos más tarde cuando llegaron los padres del fallecido, saqueado con esmero, con sorprendente esmero. Desaparecieron todas las cosas de valor.

—¿Por qué «sorprendente»?

—Normalmente los ladrones de casas actúan deprisa. Cogen lo que está a la vista y lo que pueden meter en una bolsa. Nadie quiere correr más riesgos de los necesarios. Aquí los ladrones tuvieron más tiempo gracias a que encontraron a alguien dentro.

Szacki le pidió que se lo explicara.

—Creo que cuando entraron en el piso y encontraron allí a ese muchacho, Kamil, primero se asustaron, pero luego rápidamente se le echaron encima y le ataron. Quizá lo torturaron por diversión. Aunque creo que al principio no querían matarlo. Se enteraron de que el resto de la familia no llegaría hasta el día siguiente. Tenían tiempo. Quizá se quedaron mucho rato, porque se preguntaban qué hacer con el rehén, que los había visto perfectamente. Durante ese intervalo miraron en cada cajón, sacaron hasta el último anillo.

—¿Y al final le mataron?

—Y al final le mataron.

—¿Sopesaron ustedes alguna otra posibilidad que no fuera el robo?

—No. Quizá al principio, pero enseguida nos enteramos de que un menda del barrio de Gocław andaba presumiendo de que habían maniatado y degollado a un pringado cuando limpiaron una casa. Pero le perdimos la pista, al parecer el tipo no era de aquí, estaba de paso en Gocław. Nos quedamos en punto muerto, no había ni un solo saliente al que agarrarnos para seguir la investigación. Ni un soplo, ni un rastro, ni una huella dactilar. No había pasado un mes y ya estaba archivado. Recuerdo que me cogí un cabreo monumental. No dormí en una semana o así.

Szacki pensó que las pesquisas realizadas por Mamcarz guardaban una extraña similitud con su propia investigación. Ya estaba harto de tantas casualidades.

—¿Cómo era el piso?

—No muy grande, pero había libros por todas partes. A mí me resultó un poco acojonante. Yo soy un hombre sencillo, me sentí turbado cuando fui a visitarlos y me ofrecieron un café en una tacita elegante. Tenía miedo de romperla con la cucharilla, así que no me eché ni leche ni azúcar. Recuerdo aquella habitación repleta de libros, a los padres de Sosnowski (a la hija la habían mandado a un pueblo con unos familiares) y el sabor amargo del café. No tenía nada que decirles aparte de que íbamos a «suspender temporalmente» las pesquisas y que no conseguíamos encontrar a los autores. Me miraron como si yo fuera uno de los asesinos. Me marché en cuanto

terminé el café. No los volví a ver.

—¿Sabe a qué se dedicaban?

—¿Su profesión? No. En su momento seguro que lo supe, porque tuve que rellenar las casillas en las transcripciones de las declaraciones. Pero no debió de ser importante para el caso, porque lo recordaría.

—¿Los volvió a ver alguna vez?

—Nunca.

Mamcarz se levantó, se acercó encorvado a un rincón y trajo de allí una botella de vino dulce de frutas de la marca La Copa Dorada. Llenó dos vasos y le dio uno a Szacki. El fiscal tomó un sorbo y se sorprendió al pensar que, a pesar de tener ya casi treinta y seis años, era la primera vez que bebía esa clase de vino tan barato. Pensó que sabría a lejía, pero resultó que no estaba nada mal. Un poco parecido al champán ruso, pero sin burbujas. Y más dulce. Aunque no habría querido emborracharse con eso.

—Bueno, una vez me pareció ver a Sosnowski padre en la tele. Fue en casa de unos amigos —añadió, al darse cuenta de que el fiscal recorría la habitación con la mirada en busca de un televisor.

Szacki se imaginó a Mamcarz caminando por las calles de Praga con su chica del brazo y una botella de vino barato en la mano, yendo a «casa de unos amigos». Puro glamour. Se preguntó si sería fácil que a uno le pasara inadvertido el momento en que se entra en la senda que conduce a beber vino barato a la luz de unas velas, en compañía de una mala mujer y un regimiento de cucarachas. Seguramente sí era fácil. Se empezaba por mentirle a la esposa.

—¿Qué hacía en la televisión? —preguntó, con la extraña seguridad de que esta vez tampoco iba a sacar nada en claro.

—No tengo ni idea. Solo le vi un segundo. Si era él, había envejecido mucho. Pero no estoy seguro.

Szacki le preguntó aún acerca de algunos detalles, de las personas que podían conocer a Sosnowski, trató de enterarse de qué había sucedido con las actas. Fue inútil. El capitán jubilado de la policía civil recordaba en realidad bien poco. Tras la enésima pregunta sin respuesta, Szacki miró con odio la botella de vino barato que, junto a otras muchas consumidas a lo largo de los años, habían convertido a su fuente de información en alguien cuyo cerebro parecía tener la estructura de una piedra pómez: daba una imagen de dureza, pero por dentro no había más que agujeros. Cuando ya iba a salir y pensaba

que, antes de volver a casa, iba a tener que quemar su ropa en el patio de su bloque, junto al contenedor de basura, Mamcarz le comentó algo que a él mismo debería habersele ocurrido antes.

—Pregunte por Sosnowski a sus compañeros encargados de hurgar en los archivos de la policía secreta comunista.

—¿Por qué?

—Porque era un universitario procedente de una familia de intelectuales. Es posible que prepararan un dossier sobre él. Aunque no recogieran mucha información, siempre podrá encontrar algunos nombres y direcciones. Sé cómo es cuando no hay ni un solo saliente al que agarrarse para continuar la investigación.

Debía de ser su frase favorita.

Tal y como se imaginaba, junto a la puerta le esperaba la concubina de Mamcarz con una falsa sonrisa en los labios. Se preocupó al pensar que esa mujer tuviera que volver con el capitán, que al final le había parecido un hombre simpático, aunque derrotado. Pero «en lo referente a la cuestión de quién es el bueno y quién el malo en la constelación, casi siempre es al revés». ¿Sería ella la que había plantado las flores y pintado el balcón?

Naturalmente, le pidió una ayudita. Ya estaba lista para contarle con detalles todas sus necesidades, pero Szacki la detuvo con un gesto de la mano y metió la otra en el bolsillo para buscar algo de suelto. Le dio diez zlotys. Ella se lo agradeció efusivamente y entonces se abrió la puerta por la que antes habían desaparecido los hermanos con los que se había encontrado en el portal y por la que ahora salía una pareja de jóvenes. Su vecina entró a toda velocidad en su madriguera. A Szacki se le pasó por la cabeza la repugnante idea de que en casa de Mamcarz las cucarachas les corretearían por la cara a las personas que ahí durmieran. Se estremeció.

—La enana tiene que tener la luz apagada a las diez y tú no te pases el tiempo jugando. Volveremos tarde; si ocurre algo, nos llamas al móvil — fueron las instrucciones que el joven le dio al quinceañero de las greñas, con la mano puesta en el pomo de la puerta abierta.

Entraron los tres en el ascensor. La pareja miró a Szacki con lástima, lo mismo que él habría hecho con cualquier invitado del capitán Mamcarz. Contestó con una sonrisa amarga. Ambos parecían andar por los veintipocos y Szacki pensó que era imposible que tuvieran hijos tan mayores. A no ser

que su aspecto fuera tan juvenil porque eran felices. ¿Porque se querían? ¿Porque hacían el amor con frecuencia y se besaban en la boca muchas veces? Quizá él también habría tenido un aspecto joven de no ser por las usadas zapatillas de los Tatras de Weronika y su pijama de sobacos amarillentos. Tema aparte era que él también usara unas zapatillas iguales. Y pensar que una vez había dicho que las zapatillas de los Tatras eran la muerte de un hombre. Le encantaba ese chiste. Una vez se había traído de Zakopane unas zapatillas de esas por hacer la gracia y resultó que empezaron a usarlas a diario. Bastante cómodas.

Szacki apartó la mirada de la pareja. A su pesar, porque la chica era muy sexy, exactamente su tipo de mujer, no demasiado delgada pero para nada gruesa, de formas muy bonitas, labios carnosos. Llevaba puesto un vestido rojo con florecitas blancas, con un escote que estimulaba la imaginación pero no era vulgar. Parecía una persona que se reía a menudo.

El ascensor se detuvo y a Szacki le entraron ganas de decirles que tenían unos hijos fantásticos, pero se contuvo. Desde la época del doctor S. y toda esa mierda suya, tales comentarios ya no resultaban inocentes.

Mientras iba camino de casa, se puso a pensar en aquellos dos hermanos que se chinchaban mutuamente. Con frecuencia se había preguntado si no estarían causando algún daño a Hela al renunciar a tener otro hijo. Aunque quizá no fuera demasiado tarde. Entre el quinceañero con el defecto en el habla y su hermana hiperactiva habría unos seis o siete años de diferencia. Si él y Weronika se decidieran ahora a tener otro hijo, entre Hela y su hermano o hermana habría ocho años.

Y quizá entonces todo sería más sencillo. Quizá entonces no necesitaría cambios. Quizá, quizá, quizá.

Bastaba con tomar una decisión. A Teodor Szacki, el hombre que prefería que todo le viniera dado y no que sucediera como resultado de sus propias elecciones, esa idea le parecía que debía de ser muy similar a la decisión de alcanzar el Aconcagua en un fin de semana.

Llegó hasta su bloque y miró la ventana de la cocina del segundo piso, donde se veía luz. No le apetecía subir. Se sentó en un banco del patio para disfrutar de esa noche de junio. Ya habían dado las nueve, pero aún hacía calor y había claridad. Olía a ciudad enfriándose. En tales momentos se sentía como el ruiseñor del poema de Tuwim, que había ofendido a su esposa al llegar tarde a cenar.

—Perdóname, mi tesoro, con una noche tan buena apetece pasear un poco —dijo en voz alta, y se echó a reír.

Pensaba en lo que le había contado el capitán Mamcarz. Era verdad que había recibido unas informaciones que de poco le valían para avanzar en el caso. Pero la comezón que tenía en la cabeza era cada vez más molesta. Estaba convencido de que ya debería haber adivinado de qué iba todo aquello. Tenía la sensación de que ya no le faltaba ningún dato, pero que, en lugar de conectar las informaciones para formar un todo lógico, estaba girándolas sin sentido, como si fuera un chimpancé intentando ordenar un cubo de Rubik.

Una visita extraña, algo surrealista debido a los encuentros casuales con aquella familia con la que había compartido el ascensor. Pensó en la pareja, dos jóvenes o al menos dos personas cuyo aspecto era juvenil, y entonces se puso en pie de golpe, como un muelle suelto. Ya no notaba la sensación de picor y en su lugar apareció una idea tan clara e intensa que hasta causaba dolor.

Teodor Szacki empezó a pasear enérgicamente delante de su bloque de Praga, dando vueltas sin cesar alrededor del banco verde y de la caseta de las basuras, y repitiéndose sin cesar la misma pregunta, a veces en voz alta e intercalando la palabra «joder»: ¿es eso posible? ¿De verdad es eso posible?

Capítulo noveno

Martes, 14 de junio de 2005

Nuevo récord del mundo de los cien metros lisos: en Atenas, el jamaicano Asafa Powell recorre una distancia idéntica a la longitud de la plaza de la Constitución en 9,77 segundos. En Polonia, al igual que en otros doce países europeos, tiene lugar la gran final de la acción policial llamada «Rompehielos», dirigida contra los pedófilos, y que comenzó con la vigilancia de foros de internet. Se han registrado ciento cincuenta casas y pisos y se ha detenido a veinte personas. Los periódicos no informan de si alguno de los condenados por el delito de pedofilia se encontraba en el equipo de fútbol de la cárcel de Łowicz, que ha jugado un partido contra los alumnos del seminario local. Los futuros curas se adelantaron en el marcador, pero finalmente los enchironados ganaron dos a uno. Aparte de esto, una hermandad de tiradores de Rawicz, entre los que se contaba el alcalde, de la Alianza de la Izquierda Democrática, organiza una competición de tiro que consiste en disparar a una diana con una imagen de Juan Pablo II. Ellos explican que lo hacen como homenaje al papa, pero la oposición pide la cabeza del alcalde. Como contrapartida política, en Białystok ha perdido su puesto un profesor de la Escuela Superior de Economía por obligar a sus estudiantes a firmar una carta de apoyo al ultraconservador Maciej Giertych (padre de Roman Giertych) para que pueda presentarse como candidato en las elecciones presidenciales. En Varsovia, la policía municipal empieza a patrullar en patines los parques de Powiśle. La temperatura máxima en la capital es de 27 grados, no llueve y el cielo está despejado. Un día perfecto de junio.

1.

El fiscal Teodor Szacki estaba furioso cuando logró salir del edificio de los juzgados de la calle Leszno. Hacía mucho que no tenía un día así, en el que todo le salía al revés. Por la mañana había discutido con Weronika, ella acabó llorando y de paso también Hela, que había sido testigo de la pelotera. Lo peor era que ya no recordaba por qué habían reñido. Peor aún, tenía la sensación de que cuando se estaban gritando el uno al otro, tampoco recordaba ya cómo había empezado todo. Se había levantado bastante pronto, con intención de ir a la piscina tras haber dormido fatal toda la noche. Notaba que necesitaba darse una buena paliza a nadar, sacarse de la cabeza al menos durante un rato el caso Telak. Despertó a su esposa con un beso, preparó café, luego buscó sin éxito sus gafas de nadar, aunque estaba seguro de que la última vez las había dejado en el cajón de la ropa interior. Rebuscó en todos los cajones refunfuñando, Weronika se estaba tomando el café en la cama, se burlaba de él diciendo que, como hacía tanto que no iba a la piscina, quizá las gafas se habían resecado tanto por la falta de agua que se habían convertido en polvo. Szacki le soltó que, en lo que tocaba a cuidar el físico, no era él quien tenía algo que reprocharse. Después la conversación subió de tono, quién hace qué, quién no hace qué, quién renuncia a qué por quién, quién se sacrifica, quién tiene un trabajo más importante, quién se ocupa más de la niña. El último comentario hirió a Szacki, gritó que no recordaba que el principal deber de un padre fuera criar a niñas pequeñas y que por desgracia no podía hacerlo todo en su lugar, cosa que seguramente ella lamentaba mucho. Y se fue. Ya era demasiado tarde para ir a la piscina, además se le habían quitado las ganas de nadar y, por si fuera poco, no tenía gafas y sin ellas le escocían los ojos a causa del cloro. Lo único bueno era que mientras discutían no había pensado en Telak.

Desde el trabajo llamó a un compañero de estudios. Sabía que Marek había trabajado durante un tiempo en una fiscalía de los alrededores de Varsovia, en Nowy Dwór Mazowiecki o por ahí, y que después a petición propia lo

habían trasladado al departamento de investigación del Instituto de la Memoria Nacional. Por desgracia, Marek estaba de vacaciones junto a un lago cerca de Nidzica, pero además mantuvo bastante las distancias y aconsejó a Szacki que siguiera la vía administrativa.

—Lo siento, tío —dijo sin el menor atisbo de arrepentimiento—, pero desde el escándalo Wildstein las cosas han cambiado. No nos atrevemos a comprobar ningún dato a escondidas, después podemos tener problemas. Nos miran con lupa, nos da pavor pedir que comprueben algo en los archivos. Presenta una solicitud y luego llama, intentaré que no tengas que esperar demasiado la respuesta.

Resultó que «no esperar demasiado» era como mínimo una semana. Szacki le dio las gracias con igual frialdad y al final de la conversación animó a Marek a que le llamara sin miedo cuando necesitara ayuda para algún asunto. Ya me las pagarás, cabrón, pensó mientras escuchaba las tradicionales palabras sobre que tenían que quedar sin falta para tomarse una cerveza y recordar los viejos tiempos.

Intentó contactar con Oleg, pero tenía el móvil apagado y en la comisaría lo único que supieron decirle fue que al comisario le había surgido un asunto familiar de mucha importancia y llegaría pasadas las doce.

Encendió su primer cigarrillo, a pesar de que aún no eran las nueve.

Siguiendo un impulso llamó a Monika. Estaba exultante y le aseguró vivamente que llevaba mucho tiempo despierta, aunque Szacki habría jurado que la acababa de despertar. Andaba tan concentrado en el asesinato de Telak que ni siquiera trató de flirtear. Con un tono bastante oficial, como más tarde pudo comprobar, le preguntó si no tenía algún conocido o algún contacto periodístico en el Instituto de la Memoria Nacional. Increíble, pero sí lo tenía. Un exnovio de la época del instituto había terminado la carrera de Historia y había encontrado acomodo entre las toneladas de carpetas del archivo de la policía secreta del régimen socialista. Szacki no podía creer la suerte que había tenido, pero entonces Monika le dijo que la última vez que le había visto acababa de tener un hijo con síndrome de Down y probablemente se habría buscado un trabajo mejor pagado. Aun así prometió llamarle y enterarse. Szacki tenía que marcharse si quería llegar al comienzo del proceso contra Gliński, a las nueve y media, así que muy a su pesar tuvo que terminar la conversación.

A las nueve y cuarto ya se encontraba en la sala. A las diez entró la

secretaria del juzgado para informar de que el furgón que traía al arrestado se había averiado en la calle Modlińska y por tal motivo habría una pausa hasta las doce. Se comió un huevo en salsa tártara, se bebió un café, encendió su segundo cigarrillo, se leyó entero el periódico, incluyendo las noticias de economía. Un aburrimiento total, lo único que le llamó la atención fue la discusión sobre las joyas arquitectónicas de la época socialista. Los arquitectos opinaban que había que tratarlas como monumentos y protegerlas por ley. Los dueños de la antigua sede del Comité Central y del Palacio de la Cultura estaban horrorizados, porque, según ellos, si cada vez que hubiera que arreglar un agujero en la pared iban a tener que pedir permiso, entonces nadie iba a querer alquilar ni la más pequeña oficina y se convertirían en edificios fantasma completamente vacíos. Szacki pensó con acritud que si tras la caída del régimen hubieran destruido el Palacio de la Cultura, no habría estos problemas y quizá el centro de Varsovia sería digno de una gran ciudad. O igual el solar que surgiera lo ocuparía un enorme mercadillo, cualquiera sabía lo que en ese país del tercer mundo podía suceder.

A las doce anunciaron que la pausa se ampliaba hasta la una. Oleg le llamó desde el trabajo, pero Szacki no quería contarle por teléfono las conclusiones a las que había llegado. Tan solo le pidió que dejara en paz a Rudzki y compañía y que siguiera hurgando en el pasado de Telak, porque con toda seguridad esa era la clave del caso. Kuznetsov no tenía ganas de hablar de la investigación, pero a cambio le confesó que había llegado tarde al trabajo porque Natalia y él tenían la costumbre de organizar cada segundo martes de mes una «mañana retozona».

A la una casi dio comienzo la vista, pues trajeron por fin al acusado, pero entonces el que no estaba era el abogado defensor, que había ido «un momentito» al despacho y había quedado atrapado en un atasco, motivo por el cual se disculpaba de corazón. Con estoica tranquilidad, la jueza anunció una pausa hasta las dos. Medio muerto por un ataque de furia, hizo una inversión de cuatro zlotys y medio para comprar el *Newsweek* y tener algo en qué entretenerse. Hojeó la revista y le entraron ganas de llamar al editor para que le devolviera el dinero que se había gastado en «Un retrato de la prostituta polaca actual»: atractiva, con estudios y muy trabajadora.

A las dos leyó finalmente el acta de acusación. Gliński se declaró no culpable. No ocurrió nada más en la vista, porque la hora era ya muy avanzada para lo que es habitual en los juzgados polacos y el abogado

defensor vomitó media tonelada de mociones formales que Szacki olvidó en cuanto fueron expuestas, pero que bastaron para aplazar la vista un mes y medio. Se levantó y se fue sin esperar a que su señoría abandonara la sala. Se contuvo como pudo para no dar un portazo.

Cuando encontró bajo el limpiaparabrisas del Citroën una multa por no tener un ticket de aparcamiento válido, se encogió de hombros. Encendió el tercer cigarrillo y pensó que mandaba a tomar por culo sus normas, que era un hombre libre y que iba a fumar cuanto le diera la gana.

No era capaz de concentrarse en el trabajo. Meditaba sobre el asesinato de Telak y —más a menudo— sobre Monika. Apenas se podía reprimir para no llamarla solo por oír su voz. Buscó en Google alguna información acerca de ella, pero únicamente había artículos de *Rzeczpospolita* y una página antigua en la que aparecía su nombre como parte de la asociación de estudiantes en la Facultad de Filología Polaca. Ninguna foto, por desgracia. ¿Resultaría grosero pedirle que le mandara por mail una foto suya? Solo pensar en ello ya le resultó embarazoso, pero no pudo contenerse. Le pareció que un momento de vergüenza era un precio muy bajo por una foto de Monika, sobre todo si salía con el vestido que llevaba el día anterior. Podría poner la foto como fondo de escritorio en el ordenador, porque aparte de él nadie lo usaba y Weronika nunca iba a la fiscalía.

Su imaginación le estaba proporcionando unas imágenes de lo más gráficas y Szacki empezó a preguntarse si irse en ese momento al baño de la Fiscalía de Distrito para masturbarse significaría que debería ir pidiendo ayuda especializada. Dudó apenas unos cuantos segundos. Se levantó y se puso la chaqueta para disimular la erección.

Y entonces llamó ella.

—Hola, ¿qué haces? —preguntó.

—Pienso en ti —contestó él ciñéndose a la verdad.

—Mientes, pero eres muy amable. ¿Tienes internet ahí o el presupuesto no da para tanto?

Szacki le dio su dirección de correo y le preguntó qué quería enviarle.

—Un virus terrible que os va a acusar a todos de actividades subversivas y os mandará a un seminario de cinco días en Łódź. Ocho horas diarias de clases obligatorias con Miller, Jaskiernia y otros políticos de izquierda, y para finalizar Andrzej Pęczak bailará agarrado a la barra para vosotros. Ya verás.

¿No quieres que sea una sorpresa?

Se le escapó que no le gustaban las sorpresas.

—A todos nos gustan —dijo suavemente—, pero no es por eso por lo que llamo. Hablé esta mañana con Grzesio, figúrate que aún me tiene cariño, y me prometió que me ayudaría encantado. Hace un momento ha llamado y me ha dicho que ha encontrado algo, pero que preferiría verse contigo en persona. No he querido darle tu número, así que te doy el suyo. Puedes llamar a coste del contribuyente. Es decir, yo.

Szacki comenzó a darle las gracias, pero ella dijo que acababa de empezar una reunión en la redacción a la que debía asistir y colgó antes de que le diera tiempo a invitarla a un café.

Llamó rápidamente al tal Grzesio para quedar con él y, por fin, se fue al baño.

2.

Grzesio se llamaba en realidad Grzegorz Podolski y parecía un tipo simpático, aunque daba la impresión de ser alguien incapaz de abandonar biológicamente la adolescencia. Alto, desproporcionadamente delgado, encorvado, con piernas y brazos demasiado largos, y por si fuera poco tenía algo de acné y apuraba mucho el afeitado. Llevaba ropa muy pasada de moda, como si fuera el protagonista de alguna película juvenil setentera de la antigua RDA. Playeras, pantalón marrón de tela indefinida, camisa verdosa de manga corta, tirantes. Szacki no sabía que esa imagen retro le había costado a Podolski una gran parte de su sueldo como archivista.

—¿Sabe usted qué era la sección «C»? —le preguntó Podolski cuando ya se hubieron saludado.

No lo sabía.

—Era, por así decirlo, el sistema nervioso de la policía secreta, las neuronas que conectaban a cada funcionario, departamento y unidad. Una megarred informativa. En los documentos oficiales aparecía el nombre de «Archivo Central del Ministerio del Interior», pero de puertas adentro todos lo llamaban la «C». Me intereso por este tema desde hace años y debo decirle que si los rojos hubieran tenido unos ordenadores como los que tenemos ahora, nos habrían podido reducir a cenizas con un solo clic. Más aún, pienso que el sistema de fichas que usaban entonces para registrar y completar la información era mil veces mejor que el famoso sistema de ordenadores supermodernos de la Seguridad Social.

Szacki se encogió de hombros indiferente.

—Impresionante, pero ya hace tiempo que se sabe que la burocracia es un rasgo característico de cualquier régimen totalitario.

—Exacto —para Podolski debía de ser en efecto un tema fascinante—. Sin burocracia, sin llevar un registro de la información y sin mantener en orden los documentos, ningún sistema de ese tipo se sostendría. Por eso a los alemanes les fue tan bien, porque tenían orden, guardaban un resguardo de

cada cosa. Pero es una espada de dos filos. Por un lado, gracias a la burocracia un sistema totalitario puede funcionar, pero por otro deja tras de sí un montón de documentos para aquellos que van a hacer una valoración de dicho sistema. En este caso, para nosotros. Le pondré un ejemplo...

Szacki intentó detenerle con un delicado gesto de la mano, pero Podolski ni siquiera vio el ademán.

—¿Conoce usted la historia de Lesław Maleszka? Seguro que sí, todos la conocen. Maleszka era un conocido opositor, naturalmente su número figuraba en la lista negra durante la ley marcial, como todos a los que ponían vigilancia, a los que les abrieron un expediente por una investigación operativa, etcétera. Un policía cualquiera, secreto o civil, no podía así como así echarle un vistazo a los documentos de un colaborador secreto como Maleszka: todo era secreto y confidencial. Pero imagínese que en los documentos de los presupuestos para operaciones, que están completamente desclasificados, hay una nota en la que pone cuánto le pagaron al colaborador secreto «Zbyszek» por una información, y en ella aparece el mismo número de Maleszka. ¿Absurdo? Para nada. Tenía que haber orden en los documentos, simplemente. Una persona, un número. Maleszka y «Zbyszek» eran en realidad la misma persona. Por eso me cabreo tanto cuando algún delator de aquellos empieza a lloriquear con el cuento de que los rojos malos falsificaron el archivo para hundirle. Los funcionarios de aquella época tenían mogollón de trabajo con rellenar los formularios. De verdad, solo alguien que no tenga ni idea de cómo funcionaba todo eso puede decir que por las noches se dedicaban a fabricar «recibís» falsos. Los de la policía secreta eran malos, a veces tontos, pero no retrasados. Piense usted que cada persona por la que se interesaban, aunque fuera por el motivo más banal, de inmediato quedaba registrada con su correspondiente número de orden en el CIG, el Catálogo de Información General. A condición de que no hubiera sido registrada anteriormente, lo que, como es natural, debía ser comprobado mediante unas tarjetas especiales diseñadas a tal efecto. En cuanto quedaba registrada una vez, luego, siempre que ocurría algo relacionado con esa persona, había que rellenar las tarjetas complementarias, que iban a parar a los diferentes ficheros y catálogos.

—¿Para qué? —preguntó involuntariamente Szacki cuando el archivista hizo una pausa para tomar aliento, aunque en realidad no quería conocer la respuesta a esa pregunta.

—¿Cómo que para qué? Pues porque si va usted de vacaciones a Łeba y allí los policías secretos que vigilan al «enemigo» local se enteran de que está usted comiendo con él, enseguida querrán saber quién es usted. Lo consultan con la «C», donde alguien comprueba si está usted en el CIG, qué número tiene y si su caso está «abierto» y lo está llevando algún mando regional, por ejemplo, o si se trata de un caso ya archivado. Y entonces facilita la oportuna información, si es que puede, porque igual es usted un colaborador secreto muy importante, cuyo dossier por supuesto existe, pero facilitar la información incluida en él precisa de numerosas...

A Szacki todo aquello le importaba un pimiento. Desconectó y se sumió en fantasías eróticas.

Hablaron una hora. Durante ese tiempo se enteró, entre otras cosas, de qué diferenciaba un formulario de registro EO-4 de un EO-13-S, información que recordó únicamente porque asoció las siglas con las cámaras EOS de Canon. Le gustaría hacerse alguna vez con una. Quizá pudiera pagarla a plazos. Tendría que hablarlo con Weronika, después de todo deberían tener una cámara digital. Todo el mundo tenía una. A Szacki ya le aburría aquella disertación sobre archivos y formularios de la policía secreta. Le entraban ganas de zarandear a su interlocutor y gritarle: «¡Tío, tengo que encerrar a un asesino y tú no haces más que contarme gilipolleces sobre fichas!».

—Le ruego que me disculpe, Grzegorz —interrumpió amablemente su explicación acerca de que la práctica no siempre se ajusta a la teoría, los expedientes iban de un lado para otro, o eran retenidos, o adjuntados a otros casos «por unos momentos», y a veces él, el archivista Grzegorz Podolski, tenía la impresión de que sería más fácil encontrar el Arca de la Alianza y el Santo Grial en un mismo día, que un maldito dossier de la policía secreta.

—Pero los encontramos continuamente —dijo alzando un dedo—, así que mejor que no se hagan ilusiones.

Szacki ni siquiera intentó preguntarse a quiénes se refería Podolski con lo de que no se hicieran ilusiones.

—Perdón —insistió con más efusión—, le agradezco mucho que me cuente todo esto, pero ¿qué hay del archivo de Kamil Sosnowski? ¿Está o no? ¿Qué es eso tan importante que ha ocurrido para que no pudiera contármelo por teléfono?

Grzegorz Podolski reaccionó como alguien a quien hubieran golpeado de repente en la cara. Escondió la cabeza entre los hombros, cruzó los brazos

sobre el pecho y torció la boca como si fuera a hacer pucheros. Pero al menos se calló.

—No está —dijo al cabo de un rato.

Szacki suspiró y empezó a frotarse las sienes con el pulgar y el índice de la mano izquierda. Sintió que se aproximaba una jaqueca.

—Gracias por las molestias que se ha tomado. Sus conocimientos son impresionantes y me encantaría seguir charlando con usted un poco más, pero, compréndame, tengo mucho trabajo —hubiera preferido echar a patadas al muermo ese de Podolski, pero se contuvo porque en cualquier momento podía serle útil tener a un maestro archivista en el Instituto de la Memoria Nacional.

—La carpeta no está —resultaba evidente que Podolski quería torturarlo con ese dato—. Lo cual no significa que no haya información. Entiendo que se aburra usted, pero le diré que lo más importante es saber en qué inventario buscar. Monika me dijo que el sujeto en cuestión era joven, poco más de veinte años, así que resulta difícil suponer que fuera un colaborador secreto o un candidato a colaborador secreto, porque entonces estaría registrado bajo el símbolo «I», que designaba a los FPI, a los candidatos a FPI, a los dueños de LC o PC...

—¿Qué? —a Szacki no le decían nada esas siglas.

—Fuentes personales de información, locales de contacto, pisos clandestinos. Pensé que era evidente —Podolski le miró con aire de superioridad—. En cualquier caso, de inmediato empecé a buscar en el inventario «II», donde estaban registrados los dossieres de las investigaciones operativas.

Szacki le echó coraje y sin perder más tiempo tomó la decisión de sacarlo a empujones. Se levantó.

—Y lo encontré. El sujeto en cuestión, Kamil Sosnowski, fue investigado por la policía secreta de Varsovia. Quedó registrado en el CIG con la signatura 17875/II. El expediente fue creado en 1985, dos años antes de su muerte. Tenía entonces veinte años. Debió de tener mucha actividad en las organizaciones estudiantiles o bien sus padres eran activistas de la oposición, porque rara vez se abrían expedientes a personas tan jóvenes.

Szacki se sentó.

—¿Ha conseguido enterarse de algo más?

—El inventario solo te da información acerca de si los expedientes se

movieron, quién y cuándo los cogió, cuándo los devolvió. Nada más.

—¿Y este se movió?

Grzegorz Podolski, con sus pantalones pasados de moda, cruzó sus delgadas piernas y se echó para atrás en la silla.

—¿Y bien? —insistió Szacki.

—Según el compendio de casos, en julio del 88 lo sacó alguien del departamento «D».

—¿Y eso qué es? ¿Otro tipo de archivo?

—No, no creo. No sé nada de él. Es decir, sé algo, imagino algo. No quiero hablar de ello.

—¿Por qué?

—Porque no, no quiero. No sé, no soy un experto, solo un archivista. Puedo darle los datos de la persona que se ocupa de eso. Es un auténtico cazador de antiguos policías secretos, no le teme a nada. Soltero, sin hijos, sus padres murieron, algunos dicen que tiene cáncer. Alguien así puede asumir riesgos.

La última frase Podolski la pronunció con una evidente envidia que a Szacki le pareció extraña.

—¿Preferiría usted estar muriéndose y no tener a nadie para así poder perseguir a antiguos policías secretos? —se le escapó.

—No, claro que no. Pero si usted viera lo que hay en esos archivos... Si usted supiera todo lo que yo sé, si hubiera visto las fotografías, leído las denuncias, hojeado los «recibís». Y siendo en todo momento consciente de que seguramente nadie verá nunca todo eso, que la verdad no saldrá a la luz, que toda la basura quedará oculta bajo la alfombra para que cualquier régimen que esté en el poder pueda dormir tranquilo. Dicen que Wildstein sacó una lista con muchos nombres, pero ¿de qué ha servido? ¿Ha visto usted la película *El club de la lucha*? O quizá haya leído la novela de Palahniuk.

Szacki no conocía ni la película ni el libro. Le dio un poco de vergüenza, porque el título le sonaba mucho.

—Trata de personas normales que se juntan para hacer saltar por los aires este mundo de hipocresía, mentira y dinero. A veces me da por imaginar lo estupendo que sería montar una organización como esa, tomar el control de los archivos del Instituto, escanearlo todo en una semana y colgarlo en un servidor de un país verdaderamente democrático. La que se iba a liar.

—No todos los secretos deberían salir a la luz. A veces el precio de luchar

contra la injusticia es demasiado alto —dijo Szacki cauteloso.

Podolski soltó una carcajada y se levantó con intención de marcharse. Le entregó al fiscal una tarjeta con el nombre y los apellidos del «cazador de antiguos policías secretos». Karol Wenzel.

—¡La madre que me parió! —dijo de pie junto a la puerta—. ¿Y esas palabras las dice un fiscal de la República de Polonia? Pues entonces emigro a Londres con mi hermano. ¡Me cago en la hostia puta! ¿Cómo puede hablar así? Ni siquiera la lectura de los tendenciosos comentarios de Piotr Stasiński en *Gazeta Wyborcza* deberían ahogar el deseo de la fiscalía de esclarecer la verdad a toda costa. Precisamente usted está ahí no para tener en cuenta el balance de pérdidas e injusticias, sino para esclarecer la verdad. Hay que joderse, es que no me lo creo.

Meneó la cabeza y salió antes de que Szacki pudiera contestar algo. Tendría que haber llamado inmediatamente a Karol Wenzel, pero en lugar de eso miró el correo por si Monika había mandado ya la sorpresa.

Y la había mandado. Una foto hecha en la playa, llevaba puesto el mismo vestido que el día anterior. Se la habrían tomado un año antes, porque estaba más morena y tenía el pelo corto. Caminaba descalza, el agua apenas le cubría los pies, pero el bajo del vestido estaba empapado. Sonreía con coquetería a la cámara. ¿Sería a un hombre? Szacki sintió una punzada de celos. Celos irracionales, teniendo en cuenta que era él, y no ella, quien tenía mujer e hija y que últimamente, de manera excepcional, hacía el amor con su esposa con regularidad.

Miró un rato más la foto, llegó a la conclusión de que no llevaba bañador bajo el vestido y se fue al servicio. Bueno, bueno. Ya no recordaba cuándo había sido la última vez que había practicado sexo dos veces en un día.

3.

La conversación con Karol Wenzel se desarrolló de una manera totalmente diferente a como se la había imaginado. Pensó que tendría que pedirle a un señor mayor que fuera a visitarle cuanto antes, pero la voz que le contestó por teléfono era la de una persona joven que no tenía la menor intención de dejarse ver por el edificio de la fiscalía.

—No me haga reír, por favor —dijo Wenzel con mucha expresividad, pronunciando unas erres muy vibrantes, algo exageradas—. Su despacho está entre los cinco lugares en los que no me gustaría hablar con usted. Bueno, digamos entre los diez lugares.

Szacki preguntó por qué.

—¿A usted qué le parece?

—Si me dice que es por miedo a que haya micrófonos, tendré que pensar que tantos años entre archivos de la policía secreta le han llevado a sufrir algo parecido a la paranoia —Szacki lamentó no poder definir sin tapujos el estado psíquico de su interlocutor.

—No me apetece explicarle lo que es evidente —soltó enojado Wenzel—. Pero de buena fe le digo que, ya que su investigación, sea cual sea, ha llegado hasta este punto, es decir, al lugar donde quiere hablar conmigo, le aconsejo que tenga cuidado. Nada de interrogatorios en la fiscalía, las conversaciones solo a través de teléfonos privados, máxima discreción frente a sus compañeros, sus superiores y la policía.

Teodor Szacki notó de pronto que el auricular se había vuelto muy pesado. ¿Por qué? ¿Por qué le ocurría eso precisamente a él? ¿Por qué en esa investigación no podía haber ni un solo elemento normal? Un cadáver en condiciones, sospechosos de los bajos fondos, testigos sencillos que acuden con miedo en el corazón a ser interrogados por el fiscal. ¿Por qué todo ese zoo? ¿Por qué cada nuevo testigo es aún más excéntrico que el anterior? Pensaba que después del felino doctor Jeremiasz Wróbel ya nada le iba a sorprender, pero mira por dónde se equivocaba: primero un archivista

obsesionado con ajustar cuentas con los del régimen socialista y ahora un loco con manía persecutoria.

—¿Oiga? ¿Está usted ahí?

—Sí, perdón, es que he tenido un día muy duro. Estoy muy cansado, lo siento —dijo por decir algo.

—¿Ya ha empezado alguien a hacer preguntas sobre usted?

—¿Cómo dice?

—¿Ha incomodado alguien a su familia o a sus amigos, les han preguntado por usted con un pretexto trivial? Ha podido ser alguien de la policía, de la Agencia de Seguridad Interna, la Oficina de Protección del Estado. ¿Qué? ¿Ha ocurrido algo de eso?

Szacki lo negó.

—Entonces a lo mejor aún no es tan grave la cosa. Pero ya veremos mañana. Venga a visitarme pasadas las diez. Le estaré esperando.

El fiscal Teodor Szacki aceptó de inmediato. No quería discutir. Quería leer el nuevo mensaje de Monika.

«Hace un año a orillas del Báltico. Hizo un sol fantástico, como si fuera Grecia. Ayer me fijé en que te había gustado mi vestido, así que *voilà*: puedes tenerlo para siempre. Y si te apetece ver en persona algún otro trapito mío (hoy no hay muchos, lo reconozco), nos podemos encontrar por la tarde en algún sitio.»

4.

Se vieron un rato en el parque Ujazdowski. Fue el primer lugar que le vino a la cabeza, él mismo no supo por qué. Se había criado en ese barrio y, por lo que mostraba las fotos de la infancia, entonces empezó a pasear por ese parque tumbado en un cochecito profundo, después sentado en uno reclinable, más tarde andando de la mano de su madre y al final iba él solo con las chicas. Cuanto mayor se hacía, más diminuto le parecía aquel hermoso parque de ciudad. De pequeño tenía la sensación de que estaba lleno de veredas que conducían a ninguna parte, misteriosos rincones y lugares por descubrir; ahora, al entrar por la puerta del parque, al instante veía cada uno de sus recovecos.

Llegó antes para poder darse una vuelta. La vieja zona infantil, con sus escaleras de hierro en forma de arco con la pintura desconchada, había sido sustituida por otra más moderna, con una pirámide de cuerdas, un complejo parque de aventuras con puentecitos y toboganes, columpios, todo sobre un suelo hecho con unas extrañas planchas de material blando para que las caídas fueran lo menos dolorosas posible. Solo el recinto de arena seguía en el mismo lugar que entonces.

Recordaba que siempre que iba allí con su madre se quedaba parado, indeciso, con sus juguetes en las manos y mirando a los otros niños que ya jugaban juntos. Temblaba porque sabía lo que iba a ocurrir. Su madre le empujaba delicadamente en dirección a los niños y le decía: «Ve a jugar con ellos. Pregúntales si quieren ser tus amigos». Así que iba, un poco de mala gana, seguro de que le tirarían al suelo y se reirían de él. Y aunque nunca llegó a ocurrir tal cosa, cada vez que atravesaba con su madre la puerta del parque, le oprimía ese mismo temor. En su vida adulta, siempre que en una fiesta se acercaba a un grupo de personas que no conocía, el primer pensamiento que aparecía en su cabeza era: «Hola, soy Teodor. ¿Queréis ser mis amigos?».

Alguien le tapó los ojos.

—Te doy un zloty por tus pensamientos, fiscal.

—Nada interesante. Soñaba con practicar sexo con esos niños del cajón de arena.

Ella se rio y apartó las manos. Él la miró y se sintió completamente indefenso. Dio un paso atrás. Ella advirtió el gesto.

—¿Tienes miedo de mí?

—Igual que de cualquier *femme fatale*. Quería ver qué aspecto tenías hoy —mintió.

—¿Y? —preguntó posando en *contrapposto*. Llevaba puesta una camisa naranja con las mangas recogidas, una falda blanca y unas sandalias. Parecía una alegoría del verano. Su frescura y energía eran casi insoportables y Szacki pensó que debía huir porque si no, no sería capaz de resistirse y convertiría su vida, construida con gran esfuerzo a lo largo de muchos años, en un montón de escombros humeantes.

—Extraordinaria —dijo al final muy sinceramente—. Quizá incluso demasiado extraordinaria para mí.

Pasearon y conversaron sobre asuntos intrascendentes. A Szacki le causaba placer escuchar su voz y por eso la dejaba hablar todo lo que podía. La irritó ligeramente con su altivez de hombre de gran ciudad cuando ella comentó que había nacido en Pabianice. Habló de su familia, de que su padre había muerto hacía poco, de su hermano menor, de una hermana mayor sin hijos y enredada en una relación dañina, y de su madre, que había decidido volver a Pabianice a pasar allí el resto de su vida. Sus relatos eran inconexos, los dejaba como a medias y Szacki no siempre podía seguirlos. Pero no le importaba.

Pasaron junto al estanque, donde los niños echaban trozos de pan a unos patos impasibles porque estaban ahítos; cruzaron saltando de piedra en piedra el arroyo artificial, que nacía en un tubo metálico oxidado demasiado visible, y llegaron a un montecillo en lo alto del cual había una estatua indefinida. Se trataba de una escultura moderna que parecía una rosca vienesa, pero sin arrugas. Estaba cubierta de declaraciones de amor, y Szacki recordó que él mismo había grabado allí una vez sus iniciales y las de su «novia» cuando estaba en octavo de primaria.

Él se apoyó en la estatua, ella se sentó en el hueco de la «rosca». Se oía el murmullo de los coches pasando por la cercana Ruta Łazienkowska, al otro lado de la cual estaba el Castillo Ujazdowski y detrás de él quedaba la altiva

—¡vaya si lo era!— iglesia-castillo en la que unos días antes el fiscal se había arrodillado junto al cadáver de Henryk Telak.

No decían nada, pero Szacki sabía que si en ese momento no la besaba, entonces, a pesar de todas las explicaciones e intentos de racionalizarlo que pensara más tarde, jamás dejaría de arrepentirse. Así pues, superó la vergüenza y el miedo al escarnio, se inclinó y la besó con torpeza. Tenía unos labios más finos y duros que los de Weronika, abría menos la boca y no era una artista besando. O se quedaba parada, o movía la cabeza y le metía de golpe la lengua en la boca. Szacki estuvo a punto de echarse a reír. Tenía un sabor curioso: un poco a tabaco, un poco a mango, un poco a sandía.

Se apartó rápidamente.

—Perdón —dijo Monika.

—¿Por qué?

—Sé que tienes familia. Sé que me vas a romper el corazón. Sé que no he debido hacerlo, pero no he podido contenerme. Perdón.

Szacki pensó que tenía razón. Quiso decir que no era verdad, pero no pudo. Algo es algo.

—Vamos —dijo ella un poco más alegre y le cogió de la mano—. Acompáñame a la parada.

Bajaron del montecillo que en su momento le había parecido tan alto y caminaron por el sendero que iba pegado a la valla trasera del parque, al otro lado de la cual se veían las cabañas prefabricadas hechas en Finlandia y enviadas por los soviéticos tras la guerra como viviendas provisionales, y que eran la prueba viva de que lo que más perdura es precisamente lo provisional. Al principio no dijeron nada, pero de pronto ella le pellizcó con fuerza en un costado. Szacki temió que le hubiera dejado señal.

—Eh, señor fiscal, nos acabamos de besar en un escenario muy romántico, no ha sucedido nada terrible. A mí me ha gustado, ¿y a ti?

—Ha sido fantástico —mintió.

—Es más: me ha gustado de verdad. Incluso podría llegar a adorarlo, aunque hasta ahora pensaba que los besos solo eran los momentos aburridos antes del sexo —soltó una fuerte carcajada que sonó algo forzada—. No debería decírtelo, pero ya que nos hemos convertido casi en amantes, creo que puedo —de nuevo se rio—. Me da que en breve te van a ascender.

—¿Por qué lo crees? —preguntó, aunque él se refería a lo de ser amantes.

—Los de la Agencia de Seguridad Interna me han estado preguntando hoy

por ti. Y por cierto, si saben que nos estamos viendo, entonces seguro que llevan ya un tiempo controlándote. Qué imbéciles, me preguntaron tales memeces que por poco me muero de risa. No sé qué importancia puede eso tener para la seguridad del Estado, pero...

Szacki ya no escuchaba. ¿Sería posible que Wenzel tuviera razón? ¿Habría tocado asuntos intocables? Pero qué tontería, era solo una coincidencia. Volvió en sí y empezó a preguntar a Monika por todos los detalles. Ella se mostró sorprendida, pero contestó. Un momento después ya sabía que habían sido dos personas, bastante jóvenes, menos de treinta años, vestidos como agentes del FBI en las series televisivas. Enseñaron sus acreditaciones. Fueron directos, con preguntas cortas y precisas. Algunas preguntas, como por ejemplo si derrochaba el dinero o si contaba cosas de los bajos fondos, parecían justificadas. Otras, sobre sus ideas políticas, sus hábitos, sus vicios, ya no tanto. Muy a su pesar, se puso cada vez más nervioso. No podía tranquilizarse. Si habían dado con Monika, con mucha mayor facilidad podrían llegar hasta su familia.

De un plumazo, la aventura amorosa se esfumó de su cabeza. Ya estaban saliendo del parque, Monika cada vez más extrañada por sus insistentes preguntas, cuando Szacki recordó que aquello era una cita. Le propuso que se pesara en una báscula antigua que había junto a la entrada.

Era toda una atracción, una de las mejores de su niñez. Primero, el viejecito que manejaba la báscula medía la altura de la persona, luego la sentaba en el asiento, manipulaba durante un momento diferentes pesas, hasta que al final tiraba con fuerza de una palanca desgastada y le entregaba un cartoncito en el que aparecía estampada —solo estampada, sin tinta— la fecha y el peso. Qué gracioso, la cantidad de cartoncitos que llegó a acumular. Pero luego todos se perdieron. ¿O quizá estaban en casa de sus padres?

—Ni en broma —dijo indignada—. ¿Para que te enteres de que soy muy baja y encima peso demasiado? Ni hablar.

Szacki se rio, pero le pareció una lástima.

5.

De vuelta en casa, disfrutó del sexo como nunca, de nuevo. Cuanto más se veía con Monika, cuanto más la deseaba, mejor se llevaba con Weronika. No tenía ni idea de por qué ocurría eso.

Se puso a meditar tumbado junto a su esposa dormida.

En primer lugar: estaba claro que no habían sido los de seguridad interna los que le habían preguntado a Monika, y tenía que enterarse por Wenzel de quién estaba detrás y por qué. Comprobarlo en la propia Agencia de Seguridad Interna y, si fuera el caso, presentar una denuncia. Esto último no le hacía demasiada gracia por Weronika, ya que podría haber filtraciones y entonces su esposa se enteraría por la prensa de su aventura (cuasiaventura, de momento).

En segundo lugar: ¿era Kamil Sosnowski, el misterioso cadáver de finales de los ochenta que no había dejado ningún rastro tras de sí, la persona que faltaba? ¿El hombre que Jeremiasz Wróbel le había dicho que buscara? ¿El espectro al que miraba aterrizado Henryk Telak durante la terapia? No tenía ni idea de lo que podía significar eso. Según la teoría de la terapia de constelaciones familiares, la persona ausente debía de ser una mujer, el primer gran amor de Telak, que jamás aceptó su pérdida. Y se sentía culpable por su muerte. El sentimiento de culpa por su pérdida y su muerte habría sido el motivo por el que su hija, que se identificaba con la fallecida y al mismo tiempo quería aliviar el sufrimiento de su padre, se había suicidado. ¿Y ahora? Resultaba difícil imaginar nada, ya que sobre Sosnowski lo único que sabía era que había sido asesinado durante un robo. Nada más. ¿Pudo ser Telak el asesino, uno de los ladrones? Era muy improbable. En realidad, casi imposible. Preguntas, preguntas y más preguntas.

En tercer lugar: ¿se había enamorado de esa chica de pechos pequeños? No lo creía. Pero, entonces, ¿por qué no se la quitaba de la cabeza? ¿Por qué era su último pensamiento antes de dormirse y el primero al despertarse? Se partía de risa. ¡Santo Dios, si parecía sacado de alguna novela rosa de hacía

cien años! O bien toda aventura no es más que un pésimo folletín sentimentaloido, o bien él solo era capaz de experimentarlas en su versión para cachorros. Lo cual no resultaría tan extraño, ya que la última vez que se había enamorado había sido precisamente siendo un cachorro y de su actual esposa. Quizá había llegado el momento de enamorarse como hombre. Se le ocurrió la idea de que a lo mejor debía probar con su mujer ese nuevo tipo de enamoramiento, pero enseguida la rechazó. El mundo es tan grande... Y vida solo tenemos una.

Cogió con cuidado el móvil de la mesilla de noche y se fue al baño a orinar antes de dormir. Últimamente en casa siempre lo tenía silenciado, temía la pregunta de «¿quién es esta vez?» y las mentiras que pudiera ofrecer como respuesta.

El mensaje era corto: «¿Qué me has hecho? Me voy a volver loca. M.». Le envió una contestación no comprometedora: «¿Yo? Deja tú de echarme drogas en el café», y volvió feliz a la cama.

Se abrazó a Weronika y se quedó dormido al instante.

Capítulo décimo

Miércoles, 15 de junio de 2005

En Japón han construido una máquina que taladrará de parte a parte la corteza terrestre. En España han sido arrestadas dieciséis personas sospechosas de ser terroristas islámicos. En Holanda ha sido quemada una mezquita. «Estoy impresionado por el desarrollo de los acontecimientos tanto en Polonia como en el mundo y por los muy diversos argumentos que me hacen llegar», dice Cimoszewicz a la Agencia de Prensa Polaca; no descarta presentarse finalmente como candidato a la presidencia. Por su parte, la delegada del Gobierno para la Igualdad entre Hombre y Mujer, Magdalena Środa, está «impresionada» por los libros de texto polacos en los que mamá limpia y cocina como loca y papá es un hombre de negocios que tiene a bien ir a casa a comer; la delegada ha anunciado una cruzada feminista. Mientras, Lech Kaczyński, que hasta no hace mucho hablaba de que la orientación sexual no puede ser objeto de manifestaciones en las calles, ha dado el visto bueno a la cruzada homófoba de la Juventud de la Polonia Unida: la Marcha de la Normalidad. El Legia, tras ciento veinte minutos, empata a uno en Grodzisk Wielkopolski con el Groclin y después de llevar la ventaja pierde de manera penosa en la tanda de penaltis, por lo que no estará en la final de la Copa de Polonia. En Varsovia, tan pronto hace sol y la temperatura roza los 30 grados, como el cielo se vuelve tan negro que es preciso encender las farolas y se producen violentas tormentas. La caída de un rayo provoca la muerte a una mujer de treinta y cinco años.

1.

Se puso de mala leche cuando aparcó su Citroën junto a una farmacia en la esquina de la calle de Żeromski con la de Makuszyński, en el distrito de Bielany. En Varsovia los bordillos eran demasiado altos, incluso para la suspensión hidráulica de su fueraborda francés. No tardó en encontrar el edificio bajo en el que vivía Wenzel y subió corriendo al segundo piso. Antes de llamar al timbre, ante una puerta blindada, hecho que le sorprendió, apretó una mano contra otra y miró hacia arriba: si allí no conseguía nada que le permitiera solucionar el caso Telak, se acabó.

Karol Wenzel abrió y dejó doblemente desconcertado a Szacki: tras la puerta había montada una sólida reja que separaba aún más el piso del exterior, y además el propio Wenzel, por su aspecto, parecía alguien del que nadie sospecharía que trabajaba en el Instituto de la Memoria Nacional, sino más bien como mánager en una próspera agencia de publicidad. Era de estatura mediocre, poco más alto que Tom Cruise y quizá ni eso, pero no tenía ningún otro rasgo destacable. Iba descalzo, con pantalón corto y un polo blanco, y daba la impresión de que su cuerpo estaba formado única y exclusivamente de músculos. No de una manera exagerada como en un culturista, sino como una persona que dedicara cualquier rato libre a practicar deporte. Bronceado, bien afeitado, de pelo negro y espeso cortado a cepillo, debía de tener la edad de Szacki, pero el fiscal al lado de aquel historiador parecía su tío.

—¿No me pregunta si me ha seguido alguien? —preguntó Szacki con más sarcasmo del que pretendía y pensando al mismo tiempo que, si se pusiera de puntillas, Wenzel podría pasar por debajo de su sobaco.

—Ya saben dónde vivo —contestó Wenzel sin más.

Cada detalle del interior del piso parecía gritar: «¡Aquí vive un soltero!». No tendría más de treinta metros cuadrados en total y en su momento seguramente se componía de habitación y cocina, pero ahora estaban unidas. Había dos ventanas y las dos daban al oeste. Entre ambas había otra, pintada

en la pared, y al otro lado de la misma había montañas. Szacki no estaba seguro, pero le pareció que se trataba de una vista de los Altos Tatras, con los picos Kozi Wierch y Zamarła Turnia contemplados desde la zona de los lagos Gąsienicowe. Hacía mucho que no iba por allí. La vida pasaba y en ella solo destacaban trabajo, esposa, trabajo, hija, esposa, trabajo. Pero eso iba a cambiar. Ya empezaba a cambiar.

Toda una pared estaba ocupada por una estantería llena de libros y archivos, único testimonio de la profesión del dueño. El resto: un escritorio unido a una cama plegable, un televisor, un ordenador, un equipo de alta fidelidad, altavoces en cada esquina, pósteres de todas las películas de *La guerra de las galaxias* en las paredes y una cafetera exprés de diseño en el sitio de honor de la cocina. Eran los juguetes de un niño grande que vivía solo.

—¿Quieres un café? —preguntó Wenzel señalando la cafetera.

Szacki asintió. Pensó que su anfitrión, aunque hubiera sido por pura formalidad, podría haber propuesto que se tutearan, a pesar de ser más o menos coetáneos y trabajar en lo mismo. Mientras el otro andaba con la cafetera, el fiscal se preguntó qué debía contarle primero al historiador, si lo del caso o lo de que ya le habían encontrado. Optó por hablarle del caso.

Hizo un relato detallado de cómo había discurrido la terapia, describió a los potenciales asesinos —Rudzki, Jarczyk, Kaim y Kwiatkowska—, resumió la conversación con Wróbel, que le había sugerido buscar a la persona que faltaba. Le habló de los números de la suerte de Telak, de lo que encontró en los periódicos, del extraño asesinato de Kamil Sosnowski y de que había desaparecido de los archivos policiales toda información sobre el mismo. Le contó la conversación con el capitán Mamcarz y lo del expediente eliminado por el departamento «D», sobre el cual Podolski no quiso hablar.

Wenzel calló durante un momento y después se echó a reír.

—A mí me parece que ya lo sabes todo —dijo—. Solo hay que unir los hechos.

—Nada de acertijos, por favor.

—Ese tal Sosnowski, en la bañera, con el cuello rebanado, con las manos y los pies atados juntos a la espalda. Seguro que sabes a qué otra persona ataron de ese modo en los ochenta, unos años antes. Todo el mundo lo sabe.

—¡Dios!

—Casi, pero no.

—El padre Popiełuszko.

—Exacto.

—¿Quieres decir que a Sosnowski lo mató la policía secreta? ¿Por qué?

Wenzel se encogió de hombros.

—O bien para hacer que sus padres se moderaran, o bien por error. Esas cosas ocurrían. Voy a contarte brevemente a quién le has tocado las narices para que sepas de qué hablamos. Seguro que conoces por encima su esquema de funcionamiento: el departamento III para la oposición, el IV para la Iglesia, la vigilancia de «marionetas», la captación de fuentes personales de información, el fichero central, el sistema de carpetas, etcétera.

Szacki le confirmó que lo conocía.

—La gente piensa que se trataba simplemente de la burocracia de la policía civil y que todos aquellos policías secretos no eran más que unos funcionarios torpes que recogían información inútil, como el teniente interpretado por Krzysztof Kowalewski en *Conversaciones controladas*. Por cierto, no soporto a Bareja. Y a Chęciński tampoco por haber rodado *Conversaciones controladas*.

—¿Por?

—Porque es todo mentira. Una mentira que les vino de perlas a esos hijos de puta. Y que les sigue viniendo de perlas. Una mentira por culpa de la cual la gente ha creído que la República Popular de Polonia fue un país extravagante en el que quizá la vida no fuera sencilla, pero al menos sí divertida, que todos nos lo pasábamos bomba.

—¿Y no era un poco así? —Szacki, por su parte, adoraba las películas de Bareja.

El historiador suspiró y le miró como si tuviera intención de echarlo de su casa.

—Pregúntale a Kamil Sosnowski. ¿De verdad crees que fue la única víctima? ¡Por qué cojones nadie quiere entender qué era la Polonia socialista! Pues era un sistema totalitario basado en la represión y la persecución a sus ciudadanos a través de todo tipo de medios, donde el que llevaba las riendas, aunque pueda sonar pomposo, era el aparato de terror, es decir, la omnipresente policía secreta, que vigilaba a casi todo el mundo y estaba preparada para reaccionar en cualquier momento. Joder —Wenzel se cabreó de veras—, ¿no comprendes que ellos quieren que sigas creyendo en *El osito*

y *Un moreno en horas vespertinas*? Y no me extraña, en esas pelis no aparece nada acerca de las cárceles, los accidentes o las desapariciones. No hay Sección III, ni chantajes, ni vendidos. Tampoco aparece el departamento «D».

—Perdón —dijo humildemente Szacki—. En el 89 yo tenía veinte años.

—Ya, y yo tenía dieciocho, ¿y qué? ¿Eso te exime de conocer la historia? ¿Te da permiso para reducir tu infancia y la vida de tus padres y abuelos a una película satírica? Pues te felicito. Ve a comprar medio kilo de esas salchichas que en los ochenta eran un producto de lujo por la escasez y las llevas a la tumba de Jacek Kuroń, que pasó años en prisión por motivos políticos, a ver si se ríe.

—Te ruego que me disculpes —murmuró Szacki—, pero yo no trabajo en el Instituto de la Memoria Nacional. No me entero de crímenes de la policía secreta a diario. Y hoy que vengo precisamente a enterarme de uno, resulta que me ponen a parir en vez de darme la información. Si quieres que me vaya, me lo dices. Si no, explícame lo que sabes. Lo demás te lo puedes ahorrar.

Wenzel frunció el ceño y se pasó la mano por el pelo.

—«D», o sea, desinformación y desintegración. Era la estructura mejor camuflada del Ministerio del Interior, ellos mismos se definían como «una conspiración dentro de una conspiración». No solo estaba el departamento «D» central, sino que cada voivodato tenía también su propia sección «D». Eran los que se encargaban del trabajo sucio. Su labor consistía en propagar rumores, provocar discusiones entre los opositores, desacreditar. Chantajes, secuestros, palizas, incluso asesinatos. Ya sé que no has oído hablar de ello, pero su existencia es lógica. ¿Te parece creíble un aparato de terror que se limita a recoger denuncias e informes de sus colaboradores? No, ¿verdad?

Teodor Szacki nunca se había parado a pensar en ello. De hecho, nunca había oído a nadie reflexionar sobre tal cosa. Pero ciertamente todo aquello sonaba verosímil. Le preguntó qué podían querer de un joven estudiante los matones de la secreta, que a pesar de todo lo que le acababa de decir seguro que solo entraban en acción como último recurso.

—Ya te lo he dicho: o por sus padres o por un error. ¿Qué hacían sus padres?

—Eso también es extraño —murmuró Szacki—. No tengo ni idea. Era una familia de intelectuales, quizá juristas o médicos. Aún no he conseguido

encontrarlos, desaparecieron. Tengo ciertas sospechas fantasiosas, pero lo más probable es que cogieran a su hija pequeña y se marcharan al extranjero. Era lo mejor que podían hacer en esa situación.

—Seguramente sí. En cualquier caso, debes saber que en aquel régimen no trabajaban imbéciles. Un atentado directo, como ocurrió en el caso del padre Popiełuszko, traía consigo un escándalo, un proceso, una tormenta en Occidente. Pero si asesinaban a la madre de alguien durante un robo en una casa, pues en fin, son cosas que pasan. Así murió Aniela Piesiewicz[12]. ¿El hijo de alguien se perdía o era víctima de un desgraciado accidente? ¿La mujer de alguien se quemaba viva en el incendio de su vivienda? Mala suerte. Pero aquellos a quienes iban dirigidos los mensajes seguro que los entendían. ¿Sabes cuándo asesinaron a la madre de Piesiewicz?

—No sé.

—El 22 de julio, aniversario de la creación de la República Popular de Polonia. ¿Crees que fue una casualidad? Algunos aspectos de esos crímenes, como la forma de atar a las víctimas o las fechas importantes, eran como la firma de los asesinos rojos. ¿Cuándo mataron a ese tal Sosnowski?

—El 17 de septiembre.

—La invasión soviética en el 39. ¿Alguna pregunta más?

A Szacki se le secó la garganta. Pidió un vaso de agua.

—Has dicho dos veces que pudo ser un error. ¿De veras se daban errores?

—Por desgracia sí. Recuerda que los oficiales no se ponen el mono de trabajo. A veces, a través de diversos intermediarios, se contrataba a criminales comunes para que ellos no se mancharan las manos. Y con los esbirros ya se sabe: que si leen mal la dirección, que si se equivocan de piso, que si los oficiales no han examinado bien el asunto y los mandan a un sitio que no es. Tenemos documentados tales errores. Aterradores. Más aún si pensamos que quienes luchaban en la clandestinidad, y también sus familias, conocían los riesgos que corrían, pero estos otros, víctimas de un error, vivían su vida tranquilamente sin mezclarse en esos temas. Pero lo que también significa eso es que, en época de totalitarismo, nadie puede vivir tranquilamente. Y que abstenerse de luchar y esconder la cabeza en la tierra ni justifica ni protege.

Teodor Szacki ordenó en su mente las informaciones obtenidas. Se podía suponer que Sosnowski había sido asesinado por la secreta. Quizá debido a las actividades de sus padres, pero Szacki las desconocía. La fecha de su

asesinato la utilizaba Telak para traerle suerte. ¿Por qué? ¿Estuvo implicado de algún modo en el crimen? ¿O sacaba algún beneficio de esa muerte? Se lo preguntó a Wenzel.

—¿Dónde trabajaba Telak?

—Era director de una empresa de poligrafía con el sonoro nombre de Polgrafex. Bastante próspera, nos hemos enterado de que había amasado una buena suma y de que Telak había contratado un seguro por una cantidad elevada.

Wenzel se echó a reír.

—¿Sabes quién es el dueño de Polgrafex?

Szacki lo desconocía.

—Las Empresas Polacas de Juegos de Azar. Quizá te suenen porque poseen casi en exclusiva el monopolio de los casinos en Polonia. Y también porque ningún fiscal o inspector de hacienda es capaz de darles por el culo. O porque entre ellos hay un montón de antiguos funcionarios. Si te preguntabas si Telak estuvo en los servicios secretos de la Polonia socialista, puedes dejar de hacerlo: lo estaba. La pregunta es si también estuvo involucrado en el asesinato del chico. Y si por eso se lo han cargado ahora. Pero en esto no te puedo ayudar. Puedo intentar comprobar si fue un oficial de la secreta en los años ochenta, pero si trabajaba en el «D», entonces todo habrá sido adecuadamente limpiado.

—¿Destruído?

—Ni de broma. Esas cosas no se destruyen. Estarán en la caja fuerte de algún palacete en los alrededores de Varsovia.

Szacki preguntó si podía fumar. Podía, pero fuera. Salió a un estrecho balcón. Hacía bochorno y no corría ni pizca de aire, todo parecía pegajoso. El cielo se estaba cubriendo de nubes negras y Szacki esperaba que por fin estallara alguna tormenta en condiciones. Todos lo aguardaban con impaciencia. Sintió cierta tranquilidad. Cuanto más lo pensaba, más elementos se iban colocando en su sitio. El cubo de Rubik ya tenía dos colores completos. Era cierto que muchas de las piezas añadidas eran suposiciones suyas, no pruebas circunstanciales y mucho menos hechos o pruebas fehacientes, pero aun así presentía que este caso no sería una AD más en el archivo. Todavía tenía que hablar con Wenzel de otra cosa.

—Ya han preguntado por mí —dijo cuando volvió a sentarse.

Wenzel soltó un chasquido.

—Era de imaginar. Me da que te echaron el ojo en cuanto se enteraron de que ibas a dirigir la investigación. Ahora querrán acercarse para reaccionar rápidamente si fuera necesario.

—¿Cuánto saben?

—Es mejor suponer que lo saben todo. Aunque te equivoques en tal suposición, será por poco.

Szacki bajó la cabeza. Santo Dios, seguía sin poder creer que aquello estuviera ocurriendo de verdad.

—¿Quiénes son «ellos»? —preguntó.

—Buena pregunta. Sé mucho sobre ellos, pero aun así es poco. ¿Has leído *El expediente Odessa*?

Szacki asintió.

—Entonces sabrás que «Odessa» era una sociedad de exoficiales de las SS que tras la guerra crearon una organización secreta para apoyar a sus antiguos compañeros de armas. Dinero, trabajo, negocios, ayuda para ocultarse o desviar la atención, documentación falsa, nuevas identidades, a veces liquidar a personas que llegaban muy lejos con sus indagaciones. O bien a gente ansiosa por contar la verdad. Y aunque sé que a muchos esta analogía les puede parecer exagerada, te diré que aquí en Polonia también tenemos nuestra propia «Odessa», que quizá incluso funcione mucho mejor que aquella otra. Nuestros oficiales no necesitaron huir a Argentina, realmente nunca han sido perseguidos, algunas tímidas investigaciones murieron cuando aún estaban en fase embrionaria. Ni siquiera hemos sido capaces de encerrar a quienes dieron la orden de asesinar a Popiełuszko. Por no hablar de otros cientos, o quizá miles de asuntos menores. Piénsalo: una red magníficamente organizada, gran cantidad de información y datos comprometedores sobre casi todo el mundo, expedientes extraídos en el momento oportuno, mucho dinero procedente de antes de la guerra, de la época socialista y también de negocios realizados con gran éxito durante los últimos dieciséis años. Ya sabes con qué palabra se designa a tal organización.

—Mafia.

—Exacto. Quizá la única que puede compararse con los mejores modelos italianos. Ahí están «ellos». Y si estás tramando echarles el guante de alguna manera, olvídale. Piensas en ello por la mañana y por la tarde estarás llorando junto al cadáver de tu hija. Y como sin ellos no vas a poder resolver el caso,

es mejor que lo archives. No arriesgues la vida.

—¿Y tú?

—Yo soy una de las pocas personas que se ocupan de los crímenes de la secreta, e incluso en este pequeño círculo se me considera un pirado y un maldito devorador de policías secretos. Nadie me apoya, mis investigaciones son ignoradas. No me extraña. El Instituto está el primero en la lista de instituciones en las que se ha infiltrado la «Odessa polaca». Incluso por delante de la fiscalía, con todos mis respetos. Naturalmente, conocen todo lo que hago, pero me consideran inofensivo. Además, tengo una enfermedad terminal, aunque ahora no se me note. Me quedan unos dos años, no más. Sé muchas cosas, pero soy consciente de que no voy a poder publicar toda esa información antes de morir. Quizá un día, cuando todos ellos hayan muerto, algún historiador aproveche lo que yo he ido reuniendo.

—Exageras —comentó Szacki—. Esto no es Sicilia. Seguro que estamos hablando de unos cuantos tipos que alquilan alguna oficina en Varsovia empleando una tapadera y allí juegan a ser importantes y terribles policías secretos porque han sacado del archivo unos cuantos expedientes. Pienso hacer mi trabajo.

Wenzel torció el gesto.

—¿Que exagero? Corrígeme si me equivoco, pero ¿acaso en el año 89 explotó alguna bomba especial que hizo desaparecer de golpe a todos los putos rojos del partido, los matones sujetos con correas soviéticas, los policías secretos, las fuentes personales de información, los colaboradores secretos y en general a toda esa chusma totalitaria? Te diré algo: o te compran o te asustan. Puede que hoy mismo, en cuanto se enteren de que has hablado conmigo. Por si las moscas.

—No me conoces.

—Conozco a los que estuvieron aquí antes que tú. Todos igual de inquebrantables. Todos dijeron que yo no sabía cómo eran. Desde entonces no he vuelto a oír hablar de ellos ni de los casos que investigaban. No tengo nada que reprocharles. La vida es así: cuando en el aspecto personal uno tiene mucho que ganar o mucho que perder, es fácil cambiar de opinión.

2.

Lo primero que hizo al llegar al despacho fue citarse para el día siguiente con el doctor Jeremiasz Wróbel. Se le había ocurrido la loca idea de realizar un experimento judicial, pero para llevarlo a cabo, antes tenía que trabajar los detalles con el doctor. Resultaba gracioso, pero Wróbel, que tanto le había irritado cuando hablaron con su altivez y sus bromas de colegial, había quedado grabado en su memoria como una persona simpática y digna de confianza. Szacki estaba encantado de poder volver a verle.

Después llamó a Kuznetsov. Excepcionalmente, el policía cogió el teléfono, pero se mostró tan desganado como de costumbre.

—En teoría, un poco; en la práctica, un cero tan enorme que se podría meter en él todo el dinero estafado por el equipo de Piskorski en billetes de diez zlotys —contestó al ser preguntado por los avances en la investigación del pasado de Telak—. Hemos encontrado a sus compañeros del instituto, solo recordaban que asistía a clase. Hemos encontrado a sus compañeros de la universidad, que recordaban lo mismo. Hemos encontrado a sus compañeros de Empresas Gráficas Varsovianas, donde Telak trabajó al terminar la carrera. La mayoría ni se acordaba de él, solo un capataz, que recordaba que había aprendido muy rápido y quería experimentar con nuevas tecnologías. Lo que en aquellos tiempos seguramente significaba impresoras de inyección. Bueno, lo que fuera.

—Deja a Telak —dijo Szacki tras dudar unos momentos—. Ahí no vamos a encontrar nada. Parece que hemos estado rebuscando en el pasado de las personas equivocadas.

—Perfecto —Oleg no ocultó su resentimiento—. Pero si ahora quieres que encontremos a los compañeros de instituto de alguna otra persona, búscate otra comisaría de distrito para ese trabajo o pide ayuda a los de la Central.

—No te preocupes. Se trata de algo sencillo. Y quizá la última tarea de comprobación en este caso. Escucha —se quedó callado y paseó la mirada por su despacho: le vinieron a la mente los relatos de Podolski y Wenzel—. O

mejor no escuches, porque esto hay que hablarlo en persona, no por teléfono.

—Bueno, de todas formas iba a salir un rato, me puedo acercar ahí.

—No, no es buena idea. Nos veremos un momento en las escaleras del Ministerio de Agricultura. Dentro de quince minutos.

Kuznetsov suspiró con teatralidad, susurró «vale» con voz grave y colgó.

Szacki dedicó los quince minutos a anotar lo que le había dicho Wenzel y a esbozar sus propias hipótesis. Reflexionó sobre lo que quería pedirle exactamente a Kuznetsov y si debía contarle solo una parte de lo que sabía. ¿Es que ya empezaba a pensar como un paranoico? Eso parecía. Naturalmente que le contaría todo y juntos establecerían los pasos que debían seguir. Siempre lo habían hecho así. Arrancó una hoja de su libreta y la dividió en dos partes. En una apuntó los nombres de las personas que habían aparecido en el caso y en la otra, palabras clave correspondientes a personas que estuvieron ligadas al asesinato de 1987. ¿Se las podía conectar de alguna manera? Aparte —probablemente— de Telak, ¿existían otros elementos comunes? En ese momento estaba ya convencido de que había, al menos, uno más. Pero no descartaba en absoluto que se tratara de una pista falsa. Y también podría ocurrir que la persona que unía ambas historias no fuera esa en la que estaba pensando. Por fortuna tenía un plan para enterarse de eso.

Como de costumbre, cuando se encontraba ya junto a la puerta para salir, sonó el teléfono.

—¿El fiscal Teodor Szacki? —preguntó amablemente un hombre mayor. Szacki no reconoció la voz.

—Soy yo. ¿Con quién hablo?

—Con un viejo amigo de Henryk Telak, trabajamos hace tiempo juntos para la misma empresa. Creo que deberíamos charlar. Dentro de media hora le esperaré en el restaurante italiano de la calle Żurawia, el que está entre Krucza y Bracka. Espero que no haya usted comido nada hoy, estaré encantado de invitarle a almorzar.

Wenzel tenía razón: hoy mismo.

3.

Pidió agua mineral y esperó. Le apetecía un café, pero ya se había tomado dos y ese día tanto su tensión como la presión atmosférica se habían vuelto locas. Como de todas formas no le iba a hacer ascos a un pequeño café solo después de la comida, tomarse antes otro más sería una estupidez. Lo sabía pero, aun así, le hacía sufrir. Resulta curioso cómo los pequeños hábitos pueden convertirse en obsesiones.

El fiscal Teodor Szacki llegó puntual. Con un traje color plata diluida, erguido, seguro de sí mismo. Sin pensárselo y sin pasear la mirada por la sala, fue directamente a su mesa y se sentó enfrente de él. No le tendió la mano. Habría sido un buen oficial. El fiscal no dijo nada y él también permaneció en silencio. Al final decidió interrumpir esa situación, tampoco disponía de tanto tiempo como para andarse con jueguecitos hasta la noche.

—No sé si conoce este lugar, pero mejor aún que esperar al camarero es ir a la cocina. Puede ver lo que hace el cocinero, hablar con él, escoger. Y, sobre todo, puede uno componer su propia ensalada.

Szacki asintió. Se levantaron. Él —otro hábito más que se había convertido en una obsesión— eligió un poco de rúcula con mozzarella, mientras que el fiscal optó por alcachofas y berenjenas al grill, una ensalada romana y unos pocos tomates secos. De primero, sin dirigirse en ningún momento la palabra, pidieron tortellini con ricota y setas y canelones rellenos de espinacas en salsa de gorgonzola. Seguramente solo en la avenida Krakowska cocinaban mejor la pasta que allí.

—¿Va a intentar usted comprarme o asustarme? —preguntó Szacki cuando volvieron a la mesa.

Uno a cero para el fiscal. Si había permanecido tanto tiempo callado porque se preguntaba cómo comenzar la conversación, la espera le había dado buenos resultados. El otro no se esperaba un inicio así. Le tocaba retrasarse un poco y eso ya le colocaba en peor posición. La rúcula le parecía más amarga que de costumbre.

—Veo que le gusta vestirse con pulcritud —dijo señalando el traje.

—Prefiero decir que con elegancia.

El hombre sonrió.

—La elegancia empieza a partir de los diez mil. Usted es pulcro.

—Es decir, que toca soborno. A decir verdad, desde hace algún tiempo me preguntaba cuánto me iban a proponer. Así que ahórrese esta introducción y diga la cantidad. Así sabremos de qué estamos hablando antes de que traigan la pasta.

Dos a cero. O estaba jugando con él, o de verdad le interesaba el dinero. ¿Iba a ser todo tan sencillo? Sabía ya tantas cosas acerca del fiscal Szacki que había olvidado que se trataba de un funcionario público mal pagado, tan ávido de dinero como cualquier otro. Se sintió algo decepcionado, pero igual sí que podrían arreglar el asunto antes de que les sirvieran la pasta. Miró a un hombre sentado unas mesas más allá que le hizo una señal con la cabeza, dando a entender que el fiscal no llevaba micrófono ni ningún aparato de grabación.

—Doscientos mil. Con cincuenta mil le da para llevarse a la familia a dar la vuelta al mundo. A no ser que prefiera ir con su amante. A decir verdad, no sé por dónde va a tirar su aventura después del tierno beso de ayer. Con el resto, le compra a su hija un pisito para dejarlo ahí esperándola y de paso que vaya revalorizándose.

Szacki se limpió la boca con la servilleta.

—¿Me va a descontar de esa suma sus honorarios por asesorarme sobre cómo invertir? —se burló—. ¿O es que su donación trae condiciones sobre cómo debo gastar el dinero?

Tercer gol. El otro había hablado demasiado y se había llevado un cachete. Había llegado el momento de tomar el control de la conversación.

—Doscientos mil y, naturalmente, le ayudaremos a documentar ese ingreso. La oferta es seria, así que ahórrese las bromitas.

—Le daré mi respuesta el jueves de la semana próxima.

Error.

—No. Me va a dar su respuesta ahora. Esta no es una conversación sobre trabajo, sino sobre un soborno inmenso. Debe usted tomar la decisión sin consultar con los amigos, la esposa, la amante, sus padres; con nadie. Tiene tiempo, digamos, hasta que nos acabemos el café de despedida.

Szacki asintió. El camarero trajo la pasta y se dedicaron a comer. Pidieron

también un vaso de agua cada uno: a pesar del aire acondicionado, la camisa se les pegaba a la espalda. El cielo estaba negro. A lo lejos tronaba y relampagueaba, pero seguía sin caer ni una gota de agua.

—¿Y si no? —preguntó Szacki.

—Lo lamentaré. Sobre todo porque es usted un fiscal magnífico y, según dicen, una persona muy simpática, pero por casualidad ha tocado usted un mundo que no debe ser tocado. Creo que ese dinero le vendría bien, le facilitaría la vida. De todas formas, seamos sinceros: este caso igualmente acabará archivado sin resolver.

—En tal caso, ¿por qué no espera sin más?

—Todo lo que le puedo decir es que mi prioridad es mi tranquilidad y la de mis camaradas. No nos sentimos amenazados, no se crea más importante de lo que es. Lo que tememos es que si usted enreda las cosas sin querer, eso nos costará más molestias, más dinero y más acciones que, en contra de la opinión general, siempre hemos tratado como un mal necesario.

—O sea, que sí me amenaza. Vaya chapuza.

—Me doy cuenta de ello mucho mejor que usted, créame. Le respeto demasiado como para andar contándole lo que podemos hacer, lo que sabemos sobre su familia, sus amigos, sus conocidos, sus compañeros de trabajo, los testigos, los sospechosos, etcétera. Lo que no quisiera es que pensara erróneamente que somos débiles. Porque si se deja guiar por esa falsa idea, podría hacer usted algo que no tuviera ya marcha atrás, algo que no se pudiera discutir sentados en un agradable restaurante.

Teodor Szacki no contestó, terminó de comer sin decir palabra y luego preguntó:

—¿No teme usted que esté grabando esta conversación?

El otro estuvo a punto de escupir en el plato el bocado de comida que tenía en la boca. Se esperaba cualquier cosa menos aquella infantil impertinencia que parecía sacada de una película de espías rodada por un grupo de quinceañeros aficionados. Tener que contestar a eso le hizo sentirse abochornado.

—Sé que no la está grabando. Eso resulta evidente. La pregunta es si yo la estoy grabando. Si mi amigo del Laboratorio de Criminalística de la Comisaría Central no la va a montar de una manera tan perfecta que después, cuando la analice otro compañero suyo por orden de la Fiscalía Regional, no sea capaz de distinguir que es un montaje. Y en la Fiscalía Regional se

devanen los sesos preguntándose cómo ha podido tener usted la desfachatez de intentar extorsionar a alguien para sacarle un soborno de medio millón de zlotys.

—Eso es un farol.

—Pues entonces regístreme.

—Otro farol.

Suspiró y apartó el plato vacío. La salsa era tan buena que le entraron ganas de limpiar el plato con los dedos. Poesía pura. Se preguntó si no iba siendo hora de hacer una demostración de fuerza. El camarero se acercó y le pidió dos cafés solos y una ración de tiramisú. Szacki no quería postre. Un error por su parte: con ese gesto dejaba ver que tenía miedo. Así que había que apretarle un poco más y el asunto quedaría concluido.

Miró a su alrededor. A pesar de ser la hora de la comida, el restaurante estaba bastante vacío, la mayoría de los clientes ocupaban las mesas que había en la calle y que casi no se veían desde el interior. En la parte de la sala que ellos ocupaban había dos hombres de negocios vestidos con trajes caros aunque feos y que charlaban sobre algo que estaban viendo en la pantalla de un portátil. Una parejita de treintañeros comiendo pizza, que parecían extranjeros, porque cuando alzaban la voz se oían palabras en inglés. Y un hombre con camisa de lino sentado solo, enfrascado en la lectura de un periódico.

El camarero trajo los cafés. Echó en la pequeña taza dos cucharadas de azúcar de caña y las removi6 bien. El resultado fue un sirope con la misma consistencia que un tofe olvidado en un coche en un día de calor sofocante.

—Un farol, dice. Escúcheme. Podría sacar ahora mismo el arma que llevo y pegarle un tiro. Así, sin más. Supondría un fastidio, se montaría mucho alboroto, la prensa, una investigación muy mediática, etcétera. Se diría que si la mafia, que si un ajuste de cuentas, que si le tocó usted las narices a alguien. Resultaría que no es usted tan íntegro como todos pensaban. Aparecería una extraña grabación. Al final sus superiores llegarían a la conclusión de que quizá sería mejor no hurgar en el tema. Por supuesto, yo nunca haría una cosa como esa, sería una soberana idiotez. Pero teóricamente podría.

Szacki se bebió de un trago el café, se retiró la servilleta de las rodillas, la dobló y la dejó junto al borde de la mesa.

—Ese es el farol más estúpido que he oído en mi vida —dijo hastiado—. Siento que esté usted como una puta cabra; si lo necesita, le ayudaré

encantado a encontrar a un especialista. En los últimos tiempos hablo mucho con psicólogos. En cualquier caso, yo me tengo que ir ya. Gracias por la comida, espero que no nos volvamos a encontrar.

Teodor Szacki echó la silla hacia atrás.

El otro sacó de una pistolera que llevaba bajo el brazo una pequeña pistola con silenciador de fábrica y apuntó al pecho de Szacki.

—No se levante —susurró.

Szacki se puso pálido, pero no perdió la compostura. Lentamente volvió a acercar la silla a la mesa.

—No sé hasta qué punto está usted loco —dijo con tranquilidad—. Pero no creo que tanto como para liquidarme delante de testigos.

—¿Y qué pasaría —le preguntó sonriendo suavemente— si aquí no hubiera ningún testigo? ¿Si aquí solo estuviera mi gente?

Como si les hubieran dado una orden, la parejita de extranjeros, el tipo de la camisa de lino y los dos hombres de negocios levantaron la cabeza y saludaron con la mano a Szacki alegremente. El fiscal miró hacia la barra: el camarero le saludó de igual manera.

Le quitó el seguro al arma y la apretó con fuerza contra el pecho del fiscal. Sabía que en la camisa blanca iba a quedar una marca y olor a aceite lubricante. Mejor, así no lo olvidaría.

—¿Tiene alguna otra pregunta? ¿Le apetece decir otra vez que es un farol? ¿O hacer hincapié en lo de que estoy como una puta cabra?

—No —contestó Szacki.

—Perfecto —dijo, guardó la pistola bajo el brazo y se levantó—. No voy a esperar una declaración. Sé que sería humillante para usted. Pero tengo plena confianza en que esta haya sido nuestra última conversación.

Al salir le hizo una señal al hombre de la camisa de lino para que abonara la cuenta. Cuando iba hacia el coche, empezó a soplar un fuerte viento y sobre la polvorienta ciudad cayeron grandes gotas de lluvia que anunciaban un copioso aguacero. Un rayo cayó no muy lejos de allí.

4.

Estaba mojado por el sudor y la lluvia cuando se arrodilló para vomitar en el baño de la fiscalía del distrito de Śródmieście. No pudo contener las arcadas. Ya había echado el café, los canelones y las alcachofas al grill, también el desayuno; de la garganta le venía a la boca una bilis ardiente y no era capaz de contener las arcadas. La cabeza le daba vueltas y tenía chiribitas en los ojos. Finalmente consiguió tomar aliento, tiró de la cadena y se sentó en el suelo del servicio. Apoyó la frente en los fríos azulejos y trató de respirar despacio. Le volvió a venir una arcada repugnante, pero esta vez consiguió frenar el contenido del estómago. Se quitó la corbata llena de vómito y la tiró en la papelera que había junto al retrete. Unas cuantas inspiraciones más. Se levantó, regresó al despacho con las piernas temblándole y cerró la puerta con llave. Tenía que pensar.

Levantó el auricular para llamar a Oleg, pero lo volvió a dejar en su sitio sin marcar ningún número. En primer lugar: no podía contárselo a nadie. A nadie. Jamás se había producido la conversación del restaurante italiano, no existía ninguna «Odessa polaca», nadie le había restregado jamás el cañón de una pistola por la camisa, en la que aún se veía una ligera marca marrón. Ya pensaría la manera de darles por el culo a esos hijos de puta, ya los reduciría a cenizas, pero de momento ni una palabra a nadie. Todo el que había estado en contacto con Szacki ahora se encontraba en peligro. Aquel que se enterara de algo podría ser víctima de un desafortunado accidente. Una palabra de más podría significar que sus allegados se vieran amenazados cada vez que cruzaran la calle en un semáforo. Weronika, Hela, también Monika.

Claro, Monika, tenía que terminar cuanto antes esa embarazosa aventura para arrancarles de las manos un instrumento más de chantaje.

La llamó. Le dijo que le gustaría encontrarse con ella un momento. Adoptó un tono serio. Ella se rio y dijo que se sentía como si la acusaran de genocidio. No le siguió la broma. Resultó que no estaba en el centro, sino en su casa, escribiendo un artículo, y no tenía intención de moverse de allí hasta

que no lo terminara.

—Quizá me pase a tomar café —le propuso sin dar crédito a lo que estaba diciendo. De todas las formas posibles para poner fin a su amistad, esa era, sin lugar a dudas, la peor que había.

Ella se mostró encantada, por supuesto. No podía ser de otro modo. Szacki preguntó cuál era la dirección y al oír el nombre de la calle no pudo evitar una carcajada.

—¿De qué te ríes?

—¿En la calle Andersen? Cómo se nota que no eres de Varsovia.

—¿Por?

—Porque me dijiste que vivías en Żoliborz.

—Bueno, vale, es el distrito de Bielany, ¿y qué?

—¿Cómo que y qué? ¡Pero chica, si eso es el barrio de Chomiczówka, está casi en las afueras!

—Administrativamente es el distrito de Bielany. Y además, debo decir que no estás siendo demasiado amable.

—¿Y si llevo bollitos para tomar con el café?

—Entonces quizá te perdone. Me lo pensaré.

Iban a dar las seis. Estaba parado en un atasco en la plaza del Banco y escuchaba la radio. Los limpiaparabrisas funcionaban al máximo de revoluciones y los rayos caían en el mismo centro de la ciudad. Parecía que uno de cada dos le acertaba a la antena del Citroën. En el asiento del acompañante había un paquete con pasteles. Hacía poco había vomitado, pero tenía la sensación de que podría comerse todos esos dulces en ese momento y hasta hincarle el diente a un codillo de jamón. Junto a los pasteles había un elixir bucal mentolado que había comprado de camino al coche. Lo había usado en el aparcamiento para quitarse el sabor a pota. Se volvió a enjuagar la boca, bajó la ventanilla y escupió el líquido sobre el asfalto mojado. La gente que estaba en la parada del autobús le miró asombrada.

Las seis. Subió el volumen de la radio y cambió de emisora para escuchar las noticias.

—Comenzamos con una tragedia que ha ocurrido en Varsovia —dijo alegremente el locutor, y Szacki se preguntó si Radio Zet pagaría menos impuestos por contratar a deficientes mentales y si ese puesto de trabajo sería uno de los reservados por ley para personas con discapacidad psíquica—. En

el centro de la ciudad, en un lugar rodeado de altos edificios y árboles, un rayo ha matado a una mujer que iba a recoger a su hija de siete años del colegio. En Praga Norte está nuestro reportero.

Teodor Szacki sintió que iba a dejar de existir. Era todo oídos, angustia y esperanza de que no se tratara de ella. Detuvo el coche junto a la parada de autobús y apagó el motor.

—El ruido ha sido tremendo. En mi vida había oído algo así —contaba un señor mayor muy alterado—. Estaba con mi esposa en la ventana, mirábamos los relámpagos, nos gustan mucho. Hemos visto a esa señora correr, iba como saltando de árbol en árbol para mojarse lo menos posible, aunque de todas formas estaba empapada.

Vio la escena en su mente. Vio a Weronika en vaqueros, con sandalias, la camiseta mojada pegada al cuerpo, el pelo oscurecido por el agua y gotas de lluvia en las gafas.

—De repente ha tronado y a la vez ha habido un resplandor, pensé que era el fin, se ha iluminado toda la calle, me ha cegado. Creo que la mujer ni siquiera ha gritado, cuando me ha vuelto la vista ya estaba tirada en el suelo.

Reportero: «Hablaba el señor Władysław, vecino de la calle de Szymanowski. Ha llegado una ambulancia enseguida, pero por desgracia los intentos por reanimar a la mujer no han dado frutos. Su hija está siendo atendida por los psicólogos de la policía. Desde Praga para Radio Zet, Marek Kartaszewski».

Locutor: «Volveremos a ocuparnos de este asunto en las noticias de las siete, tendremos como invitado a un profesor de la Politécnica de Varsovia especialista en descargas atmosféricas. El presidente del Parlamento, Włodzimierz Cimoszewicz, ha anunciado hoy en conferencia de prensa...».

Szacki ya no escuchaba. Por quinta vez marcaba el número de Weronika y por quinta vez saltaba el buzón de voz. Medio inconsciente, se puso en contacto con información telefónica y pidió el número del colegio de Hela en la calle de Szymanowski. Llamó, pero comunicaba. Fue alternando ambos números. En uno no contestaban, en el otro comunicaba. Iba a intentarlo con Oleg cuando oyó un tono de llamada. No sabía cuál era el número que había marcado.

—Escuela infantil, dígame.

—Buenos días, soy Teodor Szacki, mi hija está en su escuela. Quería saber si mi esposa ya la ha recogido.

Estaba convencido de que la mujer iba a decir: «¿Es que no se ha enterado usted?». Ya casi le había parecido escuchar esas palabras, así que le entraron ganas de colgar para demorar el momento en que se confirmara que su mujer yacía muerta sobre el asfalto de una calle de Praga, que él se había quedado viudo y que su queridísima hija era huérfana de madre.

Se imaginó viviendo con Hela, regresando a un piso vacío. ¿Le seguiría amenazando el misterioso policía secreto después de algo así? ¿Querría Monika quedar con él? ¿Le gustaría a Hela esa relación? Se enfureció consigo mismo por pensar esas idioteces.

—Un momentito, voy a comprobarlo —contestó la mujer, y dejó el auricular a un lado.

Pensó que seguramente había ido a buscar a un policía. Tendría miedo de dar ella la noticia.

Alguien cogió el auricular.

—Hola, Teo —escuchó una voz de hombre y tuvo ganas de ponerse a gritar. Las lágrimas le caían a chorros por las mejillas—. Soy Konrad Chojnacki, de Praga Norte, antes estaba en la Central. Trabajamos juntos hace un año en el caso del chatarrero, ¿recuerdas?

—Dímelo ya, joder —dijo con la voz quebrada.

—¿Que te diga qué?

—La verdad, joder, qué va a ser —empezó a sollozar. No podía pronunciar ni una palabra más. Quería escucharlo de una vez.

—Por Dios, Teo, ¿qué te pasa? Espera, voy a preguntar.

¿Preguntar? ¿Preguntar qué? ¿Qué estaba ocurriendo? Escuchó unos murmullos al fondo.

—¿Señor Szacki? —la misma mujer de antes—. Hela ya no está, se la llevó su madre hace media hora.

No entendía nada.

—¿Y el rayo? —preguntó sin dejar de llorar.

—Ah, sí, qué horror. Me lo ha contado Konrad. Santo Dios, y pensar que ha podido ser en nuestro colegio, que podía haber matado a la madre de alguno de nuestros niños. Me dan ganas de llorar. Menuda tragedia. Pero le paso otra vez con Konrad.

Szacki colgó. No quería hablar en ese instante con un antiguo compañero que había aparecido en el peor sitio y en el peor momento. Apoyó la cabeza en el volante y lloró con todas sus ganas, esta vez por el alivio. Sonó el

teléfono.

—Hola, ¿por qué me has llamado tantas veces? ¿Ha pasado algo? Estábamos comprando, no he escuchado el teléfono.

Inspiró profundamente. Tenía ganas de confesárselo todo, pero en lugar de eso mintió.

—Sabes que a veces me ocupo de casos de los que no puedo hablar ni siquiera contigo.

—Así es tu trabajo. Yo también preferiría no hablarte de algunos de mis juicios.

—Lo siento, pero hoy volveré tarde y no puedo darte detalles.

—¿Muy tarde?

—No lo sé. Estaré en la Comisaría Central. Te mandaré un sms cuando pueda.

—Bueno, qué se le va a hacer. Hela se va a preocupar. Pero recuerda comer algo normal en vez de chocolatinas y refrescos. Vas a echar barriga y a mí no me gustan los hombres con barriga, ¿vale?

Prometió solemnemente comer una ensalada, dijo que la quería y que el fin de semana se lo dedicaría a Hela para compensarla. Después arrancó y se incorporó al torrente de coches que iban en dirección a Żoliborz.

El bloque era enorme y feo, como todos los bloques de Chomiczówka, pero el piso era muy bonito, aunque de techos bajos. Y sorprendentemente grande para una sola persona. Unos sesenta metros cuadrados. Szacki sujetaba una copa de vino blanco con hielo y dejaba que ella le enseñara su casa. El salón estaba abarrotado de libros. Destacaban un televisor antediluviano y un sofá grande y mullido. En las otras dos habitaciones del piso, Monika tenía su dormitorio y un guardarropa-trastero. Se notaba que era alquilado, los muebles de la cocina, los armarios y las estanterías decían a gritos: «Hola, nos fabricaron en los años setenta, cuando aún no existía Ikea». Las paredes del recibidor estaban revestidas con paneles de madera, como no podía ser de otro modo.

Había fotos por todas partes. Pegadas, clavadas con chinchetas, en marquitos. Postales, fotos de viajes, fotos de fiestas, fotos de periódicos. Aunque la mayoría eran personales. Monika de pequeña con un elefante inflable, Monika en un camello, Monika dormida en el suelo con unas bragas (¿las suyas?) en la cabeza, Monika esquiando, Monika en la playa, Monika

desnuda sobre la hierba leyendo un libro. También estaba la foto que le había mandado, con el vestido blanco, a la orilla del mar. La vio joven y fresca en esas fotos y se sintió tremendamente viejo. Como si estuviera visitando a una sobrinita. ¿Qué hacía él allí?

En el coche, antes de subir, se había quitado la chaqueta, desabrochado la camisa y subido las mangas. Pero allí junto a Monika, que iba descalza, con unos vaqueros cortos y una camiseta con la reproducción del cuadro de Hopper *Noctámbulos*, parecía un funcionario público. Sonrió ante ese pensamiento. Era un funcionario público, ¿qué otro aspecto podía tener?

—Me pregunto si no tendría que haber quitado la mitad de estas fotos cuando me enteré de que venías. Incluso empecé a hacerlo, pero luego pasé y me fui a comprar. ¿Te gustan los espaguetis con espinacas?

—¿Por qué?

—Ya es casi la hora de cenar, así que he pensado que podríamos comer algo antes del café.

Se la veía tremendamente tensa. No le miraba a los ojos, la voz se le quebraba, los cubitos de hielo tintineaban en su copa. No paraba de andar de un lado a otro, casi saltaba a su alrededor. Se fue corriendo a la cocina.

—¿Por qué querías quitar las fotos? —gritó para que le oyera.

—En algunas salgo mal. O muy delgada, o muy gorda, o con un aspecto muy infantil, o alguna otra cosa. Ya lo ves tú mismo.

—Veo a una chica estupenda en miles de tomas distintas. Bueno, vale, quizá aquí tengas un peinado pésimo. ¿No eres muy joven para un peinado afro?

Volvió corriendo.

—Exacto. Tendría que haber quitado al menos esa.

Se fue otra vez a la cocina. Quería besarla, pero prefería que surgiera de forma natural, como el día anterior. Que ocurriera por sí solo. Además, había ido allí a terminar con aquello. Suspiró. Mejor hacerlo cuanto antes. Fue a la cocina. Ella cogió un espagueti de la cazuela y lo probó.

—Un minuto más. Puedes sacar los platos del armario que hay encima de la nevera.

Dejó la copa sobre la mesa y cogió dos platos hondos con ribete azul. Le recordaron a los de los comedores de los antiguos centros vacacionales para trabajadores. La cocina era larga pero absurdamente estrecha. Se dio la vuelta con los platos y fue la primera vez en toda la tarde que se miraron a los ojos.

Ella enseguida apartó la mirada, pero durante ese instante le pareció hermosa. Pensó que le gustaría despertarse a su lado al menos una vez.

Avergonzado, cogió la copa y se marchó al salón a curiosear entre los libros de las estanterías. Toda aquella situación le pareció ridícula. ¿Qué estaba haciendo? Unos días antes había quedado a tomar café con una chica bonita y en vez de follársela, olvidarla y ocuparse sin más de su esposa, como hacían todos, él la miraba a los ojos y soñaba con desayunar con ella. Increíble.

Al pensar en Weronika y Hela sintió un pinchazo de arrepentimiento. ¿Culpa? No necesariamente. Más bien tristeza. En su vida ya había sucedido todo. Nunca volvería a ser joven, ni se enamoraría con el amor de un veinteañero, ni amaría sin que nada más importara. Tantas emociones que ahora ya siempre serían repeticiones. Ocurriera lo que ocurriera, se iba a convertir en un hombre —de momento de mediana edad, después cada vez mayor— que estaba de vuelta de todo, con una exmujer y una hija, con una lacra visible para cualquier mujer. Quizá alguna le quisiera por puro interés, porque seguía estando de buen ver, porque era delgado, tenía un trabajo fijo y se podía hablar con él. Quizá él aceptara a alguien, porque después de todo se vive mejor en pareja que solo. Pero ¿alguna se enamoraría locamente de él? Lo dudaba. ¿Se enamoraría él así? Sonrió con amargura, le entraron ganas de llorar. Su edad, su esposa, su hija, de repente todo aquello le pareció una sentencia, una enfermedad incurable. Un diabético no podía comer bocaditos de nata, un hipertenso no podía correr por las montañas, Teodor Szacki no podía enamorarse.

Ella le tapó los ojos con las manos.

—Un zloty por tus pensamientos —susurró.

Él solo movió la cabeza de lado a lado.

Ella se apretó contra su espalda.

—Es tan injusto —dijo finalmente.

—Bueno, sin exagerar —replicó ella con una alegría forzada—. Un poco es más que nada.

—Un poco no me interesa.

—No siempre es posible tener más.

—Quizá nunca.

—¿Has venido para decirme eso?

Titubeó un momento. Quería mentir, como siempre. ¿Desde cuándo le

salían las mentiras con tanta facilidad?

—Sí. Y no se trata solo de... —se detuvo.

—¿De tu familia?

—Sí. Ha sucedido algo más, no puedo contarte los detalles, me he mezclado en un asunto turbio, no quiero involucrarte.

Se puso tensa, pero no le soltó.

—¿Me tomas por tonta? ¿Por qué no me dices la verdad? ¿Que has hecho que me enamore de ti por diversión, que fue un error y ahora tienes que volver con tu esposa? Déjate de trolas. Y todavía me dirás que trabajas para el gobierno.

—En cierto sentido es así —sonrió—. Y te juro que no miento. Temo que puedan utilizarte para llegar hasta mí. En cuanto a lo del enamoramiento, créeme, te equivocas por completo.

Le abrazó con más fuerza.

—Pero ¿te quedarás hoy? Eso al menos me lo debes.

Se había imaginado la escena de todas las formas posibles, pero la que en efecto tuvo lugar no fue capaz de preverla. Caminó tras ella hasta el dormitorio pasando por el recibidor y de repente le entraron unas ganas terribles de echarse a reír. Andas como un pato, se dijo. O como un fauno de patas torcidas y peludas. O como un chimpancé bonobo con el culo rojo, cachondo a todas horas. O como un perro viejo que ha olido a una hembra. O como un idiota de mediana edad. Ahora mismo no hay en ti nada humano.

Cuando le abrió la puerta del dormitorio y le sonrió insinuante, tuvo que morderse con fuerza el interior de las mejillas para no soltar una carcajada.

Fueron con mucho cuidado, se buscaban como jovencitos, no como adultos que habían decidido hacer el amor. Al desabrocharle el pantalón corto, al ver cómo levantaba las nalgas para quitárselo, y luego cómo se sacaba por la cabeza la camiseta con la reproducción del cuadro de Hopper, lo único que sintió fue una fría curiosidad. Y un momento después, tumbado desnudo junto a ella y acariciando su cuerpo, ya no sintió nada de nada.

Estaba asustado. Sabía que era preciosa. Joven. Atractiva. Diferente. Sobre todo diferente. Había visto cómo la miraban los hombres. Mil veces se había imaginado cada fragmento de su cuerpo. Pero en ese instante, aquel cuerpo deseoso de sexo tumbado a su lado le dejaba completamente frío. Estaba asustado porque de pronto se dio cuenta de que quizá no pudiera cumplir

como hombre. Su cuerpo no quería el de ella y recibía con total indiferencia los esfuerzos realizados por su cerebro. Su cuerpo no quería ser infiel. Y de no haber sido por la idea de que aquello no llevaba a ninguna parte, quizá todo se hubiera desarrollado de otro modo. Pero aquella idea, la peor que puede surgir en el pensamiento de un hombre, le hizo ponerse muy rígido, aunque por desgracia no en la zona de su cuerpo más importante en ese momento. El pánico y la vergüenza lo invadían a partes iguales. No quedaba sitio para el deseo.

Quería desaparecer.

Finalmente ella le obligó a mirarla y le sonrió, cosa que a él le sorprendió.

—Oye, tonto —dijo—. ¿Sabes que podría tirarme semanas aquí tumbada a tu lado y sería la mujer más feliz del planeta?

—Estoy enfermo —gimió desalentado—. Tráeme unas cuchillas de afeitar. No quiero vivir.

Ella se echó a reír.

—Qué tonto eres, estás tenso como un adolescente. Abrázate a mí y vamos a dormir unas horas. Llevo días soñando con despertarme a tu lado. Nunca lo entenderás.

No lo entendía. Se quería morir. Le hizo tumbarse de lado, se acurrucó contra su espalda y se quedó dormida casi de inmediato. Sorprendentemente él también. Se puso a pensar si ella estaría ya lo bastante dormida como para largarse de allí, pero antes de darse cuenta cayó en brazos de Morfeo.

Se despertó unas horas más tarde, sudoroso, porque el calor era sofocante. En un primer instante no supo dónde estaba. Se asustó. Pero solo en un primer instante.

Fue, en fin, quizá no fantástico, pero sí decente. En el momento culminante recordó algo que le contó un amigo del instituto, que, tras conseguir por fin acostarse con la chica con la que soñaba desde hacía años, llegó al día siguiente al instituto y comentó meditabundo mientras se fumaba un cigarrillo: «¿Sabéis qué? Disfrutaba mucho más cuando me la cascaba en el servicio pensando en ella».

De nuevo tuvo que morderse el labio.

El reloj del Citroën marcaba las cinco y unos minutos, y el sol estaba ya bastante alto cuando aparcó junto a su casa, al otro lado del río. Entró sin hacer ruido en su piso, se quitó la ropa en la entrada, metió sus prendas

interiores en el fondo del cesto de la ropa sucia para que Weronika no notara el olor de otra mujer. En el salón-dormitorio, sobre la mesa, había un juego de ordenador con una fina cinta atada alrededor. Era la última entrega del Splinter Cell. También había una tarjeta: «Para mi sheriff. W.». Szacki sonrió con amargura.

Capítulo undécimo

Viernes, 17 de junio de 2005

Gran fracaso de la cumbre de la Unión Europea: a pesar de la presión de los nuevos Estados miembros, representados por el primer ministro polaco Marek Belka, británicos y franceses no permiten aprobar el nuevo presupuesto, lo cual nos provoca enormes pérdidas. La campaña electoral continúa en la repentinamente empobrecida Polonia: el partido Liga de las Familias Polacas quiere que se investigue el pasado del primer ministro durante el régimen socialista; no prospera la ley de igualdad entre mujeres y hombres —presentada, naturalmente, como una promoción de todo tipo de perversiones—; y también acaban en la papelera los planes de reformar la ley electoral. El Partido del Pueblo Polaco ha decidido que Jarosław Kalinowski será su candidato a la presidencia, mientras que Tomasz Nałęcz se convierte en jefe del equipo electoral de Marek Borowski (de Socialdemocracia Polaca), a quien las juventudes de la Alianza de la Izquierda Democrática le piden que renuncie a presentarse para favorecer la candidatura de Włodzimierz Cimoszewicz (cosa por demás extraña, ya que este último, al parecer, sigue sin presentar su candidatura). Ryszard Kapuściński es investido en Barcelona con el título de doctor honoris causa. Polonia gana a Grecia en voleibol asegurándose así el pase a la final de la Liga Mundial, y el Celtic de Glasgow se interesa oficialmente por Maciej Żurawski y se muestra encantado con Artur Boruc. Científicos americanos afirman que la carne provoca cáncer y los rusos dicen que, según las encuestas, el mejor amigo de Rusia es Bielorrusia y su peor enemigo, Letonia, mientras que se muestran indiferentes en relación a Polonia. En Varsovia, en el Ministerio de Trabajo se coloca una placa dedicada a la memoria de Jacek Kuroń; en el Camino Real aparecen ciclotaxis; y la ciudad se prepara para la Marcha de la Normalidad del sábado, para la noche de los museos —con entrada gratuita— y para la ceremonia de beatificación de otros cinco religiosos polacos. La temperatura máxima en la capital del crimen a orillas del Vístula es de 24 grados, pero el cielo está cubierto y llueve.

1.

Cómo había conseguido Szacki superar el jueves constituía para él mismo todo un enigma. Se había despertado —o más bien había sido despertado— con dolor de cabeza y casi treinta y nueve de fiebre. Cuando logró salir a rastras de la cama para ir a vomitar, estuvo a punto de desmayarse por el camino y tuvo que sentarse en el suelo del recibidor hasta que desaparecieron las manchas negras que veía. Llamó al trabajo, dijo que llegaría tarde, se tomó dos aspirinas y volvió a la cama, donde estaba convencido de que no se había quedado dormido, sino que había perdido el conocimiento.

Se despertó a las dos, se dio una ducha y se fue a la fiscalía. Mientras subía al segundo piso tuvo que detenerse cada pocos escalones para recuperar el aliento. Se dijo que no era nada, solo la reacción normal del organismo a una dosis concentrada de emociones que se suelen recibir a lo largo de varios años, no en un mismo día. Aunque eso no le hizo sentirse mejor.

Cuando estuvo sentado a su escritorio encendió el móvil. Ignoró los sms de Monika y escuchó los mensajes que Oleg le había dejado en el buzón de voz, cada vez más cabreado, en los que gritaba que si no le devolvía la llamada inmediatamente, le pondría en busca y captura.

Le llamó y se enteró de algo que venía sospechando desde su visita al capitán Mamcarz, por lo cual en teoría no tendría que haberse sorprendido, pero aun así un escalofrío le atravesó de parte a parte. Siempre que la verdad sobre un crimen salía a la luz, no sentía satisfacción, sino una tristeza nauseabunda. Una vez más resultaba que un ser humano no había muerto por casualidad. Que los recuerdos y esperanzas de alguien se habían apagado en ese breve instante que necesitaba la punta afilada de un asador para atravesar un ojo, para atravesar el hueso del cráneo, que en ese lugar es más delgado. ¿Se sentiría algo en ese momento? ¿Por cuánto tiempo se conservaría la consciencia? Los médicos dijeron que había muerto en el acto. Pero ¿quién puede saber eso realmente? ¿Qué habría sentido Szacki si el cabrón de la policía secreta hubiera apretado el gatillo?

Ahuyentó esa idea que estaba entrecortando su respiración, escribió a toda velocidad en una hoja la lista de cosas que debía solucionar y llamó de nuevo a Kuznetsov para que preparara el lugar necesario para llevar a cabo el experimento judicial. Después se puso en contacto sucesivamente con Cezary Rudzki, Euzebiusz Kaim, Hanna Kwiatkowska, Barbara Jarczyk y Jadwiga Telak. Esta vez fue como la seda. Todos cogieron el teléfono. Resulta curioso que, cuando la cosa se tuerce, nada sale bien, pero cuando empieza a enderezarse, de repente todo va de cara.

—Ojalá sea así —dijo en voz alta golpeteando nervioso con los dedos—. Ojalá.

Le hizo a su jefa una lacónica exposición de lo que planeaba, sin mencionar los acontecimientos del día anterior, y se fue antes de que la sorpresa de Chorko se transformara en ira. Se había citado con Jeremiasz Wróbel: aún tenía que hacerle un par de preguntas al doctor felino.

Se jugaba el todo por el todo. Si tenía suerte, la investigación estaría cerrada antes del martes. Si no, habría que archivarla sin resolver. Naturalmente quedaba la opción de seguirle el rastro a la «Odessa polaca», pero, por desgracia, eso no lo podía hacer.

De nuevo tuvo náuseas.

2.

Pero eso había sido el jueves. Era viernes e iban a dar las once. Estaba sentado en su Citroën, aparcado junto a la casa de la cultura de la calle Łazienkowska, y trataba de entender por qué se encendía tantas veces la bomba que regulaba la presión del líquido hidráulico en el torrente sanguíneo de su monstruo francés. Cuando quitaba la radio, aquel siseo regular, que se repetía cada pocos segundos, se volvía realmente irritante. Apagó el motor para no oír ese ruido que le destrozaba los nervios.

Era uno de esos días húmedos veraniegos en que el agua, en lugar de caer del cielo, se elevaba en el aire dejándolo todo pegajoso. Al otro lado de las ventanillas del Citroën el mundo era neblinoso y turbio, y las gotas que de vez en cuando resbalaban por los cristales desdibujaban aún más su estructura. Teodor Szacki suspiró, cogió el paraguas y salió del coche con mucho cuidado para no mancharse los pantalones gris claro. Cruzó la calle sorteando los charcos, se paró delante de aquella irreal iglesia de ladrillo y, para su propia sorpresa, se santiguó. De niño tenía la costumbre, adquirida en la casa familiar, de hacer la señal de la cruz cada vez que pasaba junto a una iglesia. Durante la adolescencia empezó a avergonzarse de lo que a él le parecía una muestra descarada de religiosidad, y solo en algunas ocasiones recuperaba ese hábito de su niñez cuando se encontraba junto a un templo católico. ¿Por qué esta vez no había sido capaz de contenerse? No tenía ni idea.

Observó bajo su paraguas aquel edificio feo y sombrío. Maldita iglesia, maldito Henryk Telak y maldito asesinato, por culpa del cual su vida ya nunca sería la misma. Quería acabar cuanto antes con aquel asunto, sin importar el desenlace. Me empiezo a parecer a los demás, pensó con acritud. Un poco más y estaré sentado tras mi escritorio, mirando con impaciencia el reloj y preguntándome si alguien se daría cuenta si me diera el piro a las cuatro menos cuarto.

—Documentación, por favor —vociferó Kuznetsov al oído de Szacki.

—Vete por ahí —gruñó él en respuesta. No estaba para bromas.

Entraron juntos en el edificio adyacente a la iglesia, por la misma puerta que casi dos semanas antes, cuando en el suelo de la pequeña sala de catequesis yacía el cadáver de Henryk Telak y una mancha color cereza grisáceo en su mejilla había traído a la mente de Szacki la imagen de un fórmula 1. En esta ocasión la sala estaba vacía, exceptuando unas cuantas sillas y la presencia del padre Mieczysław Paczek, cuyo rostro, bajo la luz mortecina de los fluorescentes, parecía aún más blando que la vez anterior.

Szacki conversó un momento con el cura. Mientras, Kuznetsov y un técnico de su comisaría colocaron una cámara en un trípode y repartieron por la oscura habitación algunos focos para poder grabar con suficiente luz el experimento judicial.

A las doce menos cuarto todo estaba preparado, solo faltaban los personajes principales del drama, que debían llegar a las doce en punto. El padre Paczek volvió con desgana a sus ocupaciones y el técnico salió dejando con desgana sus juguetes, intranquilizado por las palabras de Kuznetsov, que aseguraba apañárselas mejor con el material electrónico que con las mujeres.

El madero y el fiscal se sentaron en silencio uno junto al otro en aquellas sillas pequeñas y feas, de patas metálicas y tapicería marrón. Szacki, inmerso en sus pensamientos, empezó a reírse en voz baja.

—¿Qué pasa? —le preguntó Kuznetsov.

—Te vas a reír, pero es que estaba pensando en cómo será físicamente Hela dentro de quince años. ¿Crees que se seguirá pareciendo a mí?

—El destino no puede ser tan cruel.

—Muy divertido. Me preguntaba cómo puede ser que algunos hijos sean tan poco parecidos a sus padres.

—Quizá porque en primer lugar son ellos mismos y después los hijos de alguien.

—Quizá.

3.

Aparecieron puntualmente, casi a la vez, como si hubieran ido en el mismo autobús. Jadwiga Telak triste, como siempre, con pantalones de lino beis, un jersey de cuello alto de color similar y unos elegantes zapatos de tacón. Llevaba el pelo recogido en una coleta y, por primera vez en toda la investigación, parecía una mujer de cuarenta y tantos años bien conservada y atractiva, de belleza elegante y altanera, en vez de su hermana quince años mayor. Cezary Rudzki se había recuperado por completo. De nuevo era el rey de los terapeutas polacos: pelo abundante y canoso, bigote blanco, ojos claros de mirada penetrante y una sonrisa que invitaba a contestar a la pregunta: «¿Qué siente exactamente cuando me cuenta eso?». Vaqueros de marca, camisa de sport abrochada hasta el cuello, una chaqueta de tweed azul oscuro ajustada a sus anchas espaldas. Sin decir palabra, ambos se sentaron uno al lado del otro en aquellas sillas tan horrendas. Esperaban. El fiscal notó que el ambiente se volvía tenso.

Hanna Kwiatkowska no lo destensó. Le faltaba su tradicional alteración, quizá debido a que parecía extremadamente cansada, el maquillaje no podía ocultar las sombras oscuras bajo sus ojos. Los cabellos seguían siendo de color ratón, su traje seguía sin destacar en nada frente a otros miles de trajes que se lucían por la capital, pero el escote de la blusa y la altura de los tacones hicieron que Szacki se preguntase si no la había juzgado demasiado a la ligera cuando le puso la etiqueta de monja encubierta asexual. Con Kwiatkowska entró en la sala Barbara Jarczyk, que volvía a tener exactamente el mismo aspecto que cuando Szacki la había visto por primera vez, hasta la ropa parecía la misma. Sonrió al fiscal, que pensó que en su momento había tenido que ser muy bonita. También en ese momento merecería el calificativo de atractiva de no ser por el rímel. Euzebiusz Kaim llegó el último, a las doce y un minuto. Como de costumbre irradiaba seguridad en sí mismo y clase. Incluso el puto policía secreto habría considerado elegante su indumentaria, no pulcra. Solo los zapatos y el

pantalón por separado debían de costar tanto como el traje entero de Szacki. Su gruesa camisa blanca con las mangas recogidas parecía sacada del armario de Brad Pitt.

Cuando todos estuvieron sentados, Szacki preguntó si alguno deseaba ir al baño. Nadie quiso.

El fiscal respiró profundamente y comenzó a hablar.

—Les he hecho venir para realizar un experimento judicial que nos permitirá al aquí presente comisario Kuznetsov y a mí comprender mejor lo sucedido en esta sala hace dos semanas. Como es natural, conozco los relatos de todos ustedes y conozco la teoría de las constelaciones familiares, que me explicó el señor Rudzki, a quien doy las gracias por ello. Aun así, considero imprescindible llevar a cabo este experimento. Les pido disculpas por traerlos de nuevo a este lugar, que sin duda provoca en ustedes emociones negativas. Comprendo que permanecer aquí debe de ser desagradable y les prometo que trataré de terminar cuanto antes.

Recitó el discurso que había preparado consciente de lo insulso que sonaba, pero le importaba una mierda el estilo. Quería que bajaran la guardia, hacer que creyeran que se trataba de la simple repetición de la terapia realizada dos semanas antes. Procuró no mirar a Oleg, que estaba en un rincón concentrado en limpiarse las uñas.

Rudzki se levantó.

—¿He de colocar a los pacientes de la misma forma que entonces? —preguntó.

—No es necesario —contestó tranquilamente Szacki—. Yo lo haré, gracias a ello podré entender mejor el funcionamiento del mecanismo.

—No estoy muy seguro de... —empezó a decir Rudzki con aire de superioridad.

—Pero yo sí lo estoy —le cortó bruscamente el fiscal—. Esto es un experimento judicial realizado por la fiscalía en relación con la investigación de un crimen de la mayor importancia, no una clase impartida a estudiantes de primer curso. No les estaba pidiendo un favor amablemente, les estaba informando de lo que voy a hacer, así que le ruego que me deje trabajar.

Szacki se había pasado un pelín de antipático, pero tenía que pararle los pies al doctor desde un principio, pues de lo contrario habría empezado a cuestionar cada uno de sus movimientos. Y eso el fiscal no lo podía permitir.

El terapeuta se encogió de hombros e hizo una mueca de desaprobación,

pero se calló. Szacki se acercó a él, le cogió de la mano y lo llevó hasta el centro de la habitación. Cezary Rudzki, que sonreía burlón, seguro que no sospechaba que el lugar en que estaba parado, al igual que los lugares de los demás, no era casual, sino fruto de la larguísima conversación que Szacki había mantenido el día anterior con el doctor Jeremiasz Wróbel.

Cogió de la mano a Barbara Jarczyk y la colocó a la derecha de Rudzki. Estaban muy juntos y miraban hacia la puerta. La sonrisa burlona desapareció del semblante del terapeuta, que miró intranquilo al fiscal. Szacki se permitió dirigirle un guiño.

Después colocó a Hanna Kwiatkowska enfrente de Rudzki y Jarczyk, de manera que mirara hacia ellos. A Kaim lo puso a un lado, un poco apartado de la composición, y le pidió que mirara hacia un punto que se encontraba aproximadamente a mitad de camino entre Kwiatkowska y los otros dos, Jarczyk y Rudzki. Cerca de ese punto colocó a Jadwiga Telak, que miró extrañada a Szacki cuando la cogió de la mano. Probablemente no se esperaba que fuera a tomar parte en aquello. Pero se quedó sin poner objeción cerca del punto «X», vuelta en dirección a ese lugar y lo bastante separada como para que Kwiatkowska, Jarczyk y Rudzki se vieran sin problemas.

Rudzki estaba más blanco que la cal. Con seguridad ya sabía qué pretendía Szacki. Pero seguía teniendo la esperanza de que fuera una casualidad, de que el fiscal estuviera dando palos de ciego tratando de acertarle a algo.

—Doctor —Szacki se dirigió a Rudzki—, díganos cuál es la pregunta más importante durante una constelación. O al menos una de las más importantes. La que usted se haría si alguien le presentara una composición como esta.

Cada vez que alguien hablaba, las palabras sonaban en la sala muy alto, de un modo poco natural, y además resonaban con un tono grave. Por eso resultó aún más intenso el silencio que siguió a la pregunta del fiscal.

—No es fácil contestar a eso —dijo finalmente Rudzki encogiéndose de hombros—. Todo esto me parece demasiado casual, no veo ningún orden. Debe usted comprender que...

—En ese caso lo diré yo, puesto que usted no quiere hacerlo —le volvió a interrumpir Szacki—. La pregunta es: ¿quién no está presente? ¿Quién falta? Y, en efecto, parece que todos ustedes miran ahora mismo a alguien que no está. En el lugar de esa persona hay un vacío. Pero eso lo podemos arreglar poniendo en ese lugar al comisario Kuznetsov.

Szacki se acercó al policía y le cogió de la mano, a lo cual Kuznetsov

reaccionó mandándole un dulce beso. Szacki se juró a sí mismo que luego mataría al madero y lo llevó hasta el punto «X», exactamente entre Kwiatkowska, Jarczyk y Rudzki, muy cerca de Jadwiga Telak. Lo colocó de tal manera que él y Jadwiga se miraran. La mujer tragó saliva e hizo un gesto como queriendo apartarse.

—No se mueva de ahí, por favor —bramó Szacki.

—Apártese ahora mismo para que pueda verla —gritó Jarczyk tratando de inclinarse para poder mirar a Kwiatkowska—. ¿No me oye? Déjeme verla —le temblaba la voz, estaba al borde del llanto.

—Señor fiscal, este es un juego muy peligroso —dijo entre dientes Rudzki mientras le pasaba un brazo por encima de los hombros a Jarczyk. La mujer se apretó contra él—. Usted no sabe con qué fuerzas está jugando. Me alegro de que todo este «experimento» se esté grabando, espero que sepa a qué me refiero con eso. Y haga el favor de darse prisa.

—Sí, podrías darte un poco de prisa —murmuró Kuznetsov tragando saliva—. No creo en cuentos de hadas, pero si no me muevo de este sitio inmediatamente, me voy a desmayar. Me encuentro fatal, como si se me estuviera escapando la vida.

Szacki asintió. La victoria estaba cerca. Kuznetsov respiró profundamente; frente a él, a Jadwiga Telak le caían lágrimas de los ojos. Había obedecido a Szacki y no se había movido del sitio, pero había girado de un modo poco natural el tronco tratando de estar lo más lejos posible de Kuznetsov. A pesar de ello, no apartó la mirada. Jarczyk hacía esfuerzos por controlar los espasmos en brazos de Rudzki, que miraba asustado al fiscal. Ya podía estar cien por cien seguro de cuál era el plan de Szacki. Kwiatkowska no había dejado ni un momento de mirar las anchas espaldas de Kuznetsov y sonreía ligeramente. Kaim estaba tranquilo, con los brazos cruzados sobre el pecho.

—Vale, pero ¿qué estamos haciendo ahora? ¿Representamos a la familia de Telak y el comisario es precisamente Henryk Telak? —preguntó Kaim—. A decir verdad, no acabo de comprender quién es quién.

Szacki se quitó la chaqueta y la colgó en una silla. Al cuerno la elegancia, sudaba como un pollo. Tomó aire. Era el momento decisivo. Si después de decir a quién estaban representando mantenían la calma; si lo habían previsto todo y sabían cómo debían comportarse, entonces era el fin. Solo le quedaría despedirse de ellos educadamente y pedir que el caso fuera sobreseído. Pero si les sorprendía y se venían abajo, entonces uno de ellos abandonaría

esposado aquella desagradable sala de catequesis.

—Efectivamente, el comisario Kuznetsov es la figura clave de esta constelación —dijo—, pero no representa a Henryk Telak. Se podría decir que todo lo contrario: es el hombre que murió por culpa de Henryk Telak.

Jadwiga Telak soltó un gemido, pero Szacki la ignoró y continuó hablando.

—Usted —señaló a Kaim— es el mejor amigo de ese hombre, su confidente, su confesor, su apoyo. Ustedes —se dirigió a Jarczyk y Rudzki— son sus padres. Usted —se volvió rápidamente hacia Kwiatkowska— es su hermana, que descubrió en dramáticas circunstancias la muerte de su hermano. Y usted —miró con tristeza a la señora Telak— es el amor verdadero de ese hombre, al que tanto y tan sinceramente quería. Su nombre era... —la señaló con la mano para que finalizara la frase.

—Kamil —susurró Jadwiga Telak y cayó de rodillas, mirando con veneración el rostro de Kuznetsov, a quien también se le habían escapado unas lágrimas—. Kamil, Kamil, Kamil, querido, no sabes cuánto te echo de menos. Todo tenía que haber sido distinto...

—Dejadme ver a mi hija —chilló Jarczyk—. No veo a mi hija, él no puede tapar a mi hija porque no vive, hace mucho que murió. Por favor, dejadme ver a mi hija, quiero verla.

Szacki echó a Kuznetsov hacia atrás unos pasos, de manera que no estuviese entre Jarczyk y Kwiatkowska. Kwiatkowska siguió con la mirada al policía sin decir una palabra y sin dejar de sonreír melancólicamente; la señora Telak alargó el brazo hacia Kuznetsov como si quisiera retenerle; Jarczyk se tranquilizó al ver a su hija. Rudzki, en cambio, miraba con odio al fiscal, que se encontraba a un lado.

—Exijo que pare esto de inmediato —dijo con tono frío.

—No creo que pueda usted exigirme nada, tal y como está la situación —le contestó con calma Szacki.

—Usted no se da cuenta de lo que esto significa para estas mujeres. Su experimento puede dejar profundas huellas en su mente.

—¿Mi experimento? —Szacki notó que de golpe le subía la tensión sanguínea y a duras penas se contuvo—. ¿Mi experimento? Acaba de quedar claro que durante las dos semanas de la instrucción ustedes han estado mintiendo a la policía y al fiscal. Yo no me ocupo del cuidado de la mente, y menos aún de las suyas, sino de llevar ante el juez a quienes infringen la ley. De todas formas, aún no conocemos la respuesta a la pregunta más

importante: ¿cuál de ustedes llevó a cabo el asesinato de Henryk Telak en este lugar la noche del 4 al 5 de junio del presente año? Y le aseguro a usted que no voy a detener «mi» experimento hasta no estar seguro de que una de las personas aquí presentes es arrestada por la policía.

—No queríamos matarle —Hanna Kwiatkowska habló por primera vez desde que entró en la sala.

El fiscal Teodor Szacki expulsó despacio el aire de los pulmones.

—¿Y qué era lo que querían hacer?

—Queríamos que entendiera lo que había hecho y que se suicidara.

—¡Cállate, chica, no tienes ni idea de lo que estás diciendo! —gritó Rudzki.

—Déjalo ya, papá. Hay que saber perder. ¿No ves que lo saben todo? Ya estoy harta de los continuos planes y las mentiras. Viví durante años como si estuviera en coma antes de aceptar la muerte de Kamil, no sabes cuánto me costó hacerlo. Y cuando por fin empezaba a vivir con normalidad, apareciste tú con tu «verdad», tu «justicia» y tu «desagravio». Desde un principio no me gustó el plan de tu maldita venganza, pero todos estabais tan convencidos y tan seguros, tan convincentes —hizo un gesto con la mano como de estar muy cansada. Szacki jamás había escuchado tanta amargura en la voz de nadie—. Tú y Euzebiusz y hasta mamá. Dios mío, cuando pienso en lo que hemos hecho... Por favor, papá. Compórtate como es debido al menos ahora. Si nos hundimos más en estas mentiras, entonces sí que en nuestras mentes quedarán «profundas huellas». Y créeme si te digo que no estarán causadas por el señor fiscal.

Se sentó resignada en el suelo y ocultó la cara entre las manos. Rudzki la miró con tristeza y amor, parecía destrozado. Pero no dijo nada. Todos se quedaron callados. El silencio y la quietud eran tales que durante un momento Szacki tuvo la extraña sensación de no estar participando en un suceso real, sino de contemplar una fotografía en tres dimensiones. Observó a Rudzki, que a su vez le miraba a él con los labios apretados y esperaba. El terapeuta debía empezar a hablar, aunque no le apetecía lo más mínimo. Tenía que hacerlo porque no le quedaba otra salida. Esos dos hombres que no apartaban la mirada el uno del otro lo sabían perfectamente.

Al final, Rudzki soltó un profundo suspiro y arrancó.

—Hanna tiene razón, no queríamos matarle. Es decir, queríamos que muriera, pero no matarle. Resulta difícil explicarlo. En cualquier caso,

debería hablar solo por mí. Yo era quien quería que muriera y obligué a los demás a tomar parte en esto.

Szacki alzó una ceja sin decir nada. Aquellas personas habían visto demasiadas películas americanas. Un asesinato no es como tirar bolas de papel en clase, uno no puede echarse la culpa, así sin más, para que los compañeros se queden tranquilos porque la profesora no se va a enterar.

—¿Cómo iba a ser exactamente? —preguntó.

—¿El qué? No entiendo. ¿Cómo iba a ser el suicidio?

Szacki meneó la cabeza.

—Cómo iba a ser desde un principio, desde que se le ocurrió la idea de llevar a Henryk Telak al suicidio. Algo así no se prepara en un fin de semana.

—Lo más difícil fue el comienzo, acercarse a Telak. Encargué en su empresa unos folletos para una conferencia sobre la vida tras la muerte de un hijo, para que le llamara la atención. Después monté un escándalo en Polgrafex porque no lo habían hecho como yo quería, cosa que por supuesto era mentira. Exigí ver al director. Conseguí manejar la conversación de tal forma que empezara a hablarme sobre él. Le propuse que viniera a verme a mi consulta. Él no quería, pero le convencí. Y vino. Vino durante medio año. ¿Sabe usted lo que me costaba aguantar una hora entera con ese hijo de puta, semana tras semana? ¿Con el asesino de mi hijo? ¿Llevar a cabo su maldita terapia? Me sentaba frente a él y todo el tiempo pensaba si no sería mejor golpearle con algo pesado, y asunto arreglado. Lo imaginaba una y otra vez. Continuamente.

—Supongo que la palabra «terapia» la podemos poner entre comillas —le interrumpió Szacki—. Porque el objetivo de esas sesiones no era curarle, ¿no?

—Después de esos encuentros Henryk volvía en un estado terrible — comentó en voz baja Jadwiga Telak sin dejar de mirar fijamente a Kuznetsov —. Tenía la impresión de que se sentía cada vez peor después de una sesión. Le dije que lo dejara, pero me explicó que debía ser así, que funcionaba así, que las crisis se intensifican antes de ser superadas.

—¿Usted sabía quién era Cezary Rudzki?

—No. Al principio no.

—¿Cuándo se enteró?

—Poco antes de la terapia de la constelación familiar. Cezary me visitó, se presentó... Despertó todos los fantasmas del pasado. Todos, de verdad. Me

contó lo que había hecho Henryk y lo que querían hacer ellos. Me dijo que le dejarían en paz si yo así lo deseaba.

Se calló y se mordió un labio.

—¿Lo deseaba usted?

Ella negó con la cabeza.

—Tiene usted razón, el objetivo de la terapia no era realizar una terapia — Rudzki continuó rápidamente su exposición, con el claro propósito de desviar la atención del fiscal de la señora Telak—. Al principio quería asegurarme de si había sido él quien había provocado la muerte de mi hijo. Tenía informaciones bastante fiables, pero quería confirmarlas. Y el muy cabrón me lo confesó ya en la primera sesión. Lo enmascaró un poco, claro, quizá temiera que se lo contara a la policía, pero ya no me quedaron dudas. Después... Los detalles no importan, pero mi objetivo era provocar que Telak se sintiera lo más culpable posible por la muerte de su hija y persuadirle de que, si él desaparecía, quizá pudiera salvar a su hijo. Algo que, de todas formas, era cierto.

—¿Hablaron ustedes de Kamil, de su hijo?

—No. Seguramente habríamos podido hacerlo si le hubiera presionado, pero tenía miedo de no ser capaz de soportarlo. Me concentré en que me hablara de sus padres, de su familia actual, yo de vez en cuando hacía comentarios que intensificaran su sentimiento de culpa. En mi interior confiaba en lograr manipularle de tal forma que se suicidara sin necesidad de recurrir a la terapia de constelaciones, pero el hijoputa se aferraba a la vida con fuerza. Preguntaba cuándo mejoraría. Dios es testigo de que fueron para mí momentos muy difíciles.

»Finalmente, preparé la terapia de constelaciones. Escribí el guion durante mucho tiempo, diversas variantes en función de los posibles comportamientos de Telak. Analicé decenas de veces la sesión que condujo al suicidio de la paciente de Hellinger en Leipzig, buscaba las emociones más fuertes y las palabras que pudieran provocarlas. Tuve que hacerlo todo sin ensayos, habría sido imposible probarlo con personas, además de cruel. Barbara y yo llegamos a la conclusión de que para el cobarde ese la solución más fácil sería tomar pastillas, porque difícilmente se decidiría a ahorcarse o a cortarse las venas. Por eso, después de parar la terapia en el peor momento para él, pusimos a su alcance unos somníferos muy fuertes.

—Fuimos por el pasillo —intervino de pronto Jarczyk sin hacer caso a la

mirada de reproche de su marido—, yo medio muerta, él con la cara pálida, encorvado, desesperado, cabizbajo. Por un instante me dio pena, quise abandonar y decirle que no se desanimara. Pero recordé a Kamil, a mi primogénito. Junté fuerzas y le dije que lo sentía mucho por sus hijos y que si yo fuera él, casi preferiría morir que vivir con ese peso. Me confesó que él también pensaba así y que en realidad ya su única duda era cómo hacerlo. Le comenté que yo escogería las pastillas. Que en mi caso resultaría sencillo porque de todas formas ya tomaba unos tranquilizantes muy fuertes. Bastaría con tomar unos cuantos más. Le dije que esa era una muerte hermosa. Quedarse dormido tranquilamente y luego ya no despertar. Le di todo un frasco.

Jarczyk se calló y miró temerosa a su marido, que se pasó una mano por los cabellos blancos —Szacki pensó que él hacía un gesto idéntico cuando estaba cansado— y siguió relatando el plan del sofisticado asesinato.

—No hablaría de esto de no ser por el maldito dictáfono de Telak y su manía de grabarlo todo, pero como ya se ha descubierto lo haré. La idea de que Hanna fingiera ser la hija muerta fue algo teatral —Kwiatkowska miró a su padre de un modo que indudablemente venía a significar que «algo» no era la palabra adecuada—, pero entendí que sería la gota que colmaría el vaso. Que después de algo así, Telak se iría corriendo al baño, se tomaría las pastillas y fin de la historia. La venganza habría sido ejecutada.

Teodor Szacki escuchaba con aparente tranquilidad. Se estaba controlando para no dejar ver el asco que sentía. De nuevo le entraban ganas de vomitar. La aversión hacia Rudzki la notaba de un modo casi físico. Qué tío tan cobarde, pensó. Si quería vengarse, podía haberle pegado un tiro y haber enterrado por ahí el cadáver con la esperanza de que le saliera bien. A menudo sale bien. Pero él no, él tenía que involucrar a su esposa, involucrar a su hija, cosa que le hacía ser igual que el propio Telak, involucrar a Kaim. ¿Y para qué? ¿Para que la responsabilidad quedara borrosa? ¿Para que cargaran con la culpa? Cualquiera sabía.

—Pues ya pueden estar ustedes contentos —dijo Szacki con sarcasmo—. Henryk Telak grabó una carta de despedida para su esposa en la que afirmaba que se iba a suicidar por el bien de Bartek. Luego regresó a su habitación y se tomó las pastillas. Todo el frasco. Casi lo consiguen.

Cezary Rudzki parecía muy desconcertado.

—¿Cómo dice? No entiendo... Pero, en ese caso, ¿por qué...?

—Porque un momento después cambió de opinión, vomitó, recogió sus cosas y salió de su habitación. Quizá se acobardó, o quizá simplemente aplazó unas horas su decisión para poder despedirse de su familia. Nunca lo sabremos. Además, ya no importa. Lo importante es que a eso de la una de la madrugada Henryk Telak terminó de recoger sus cosas, se puso el abrigo y salió. Cruzó el pasillo, entró en la sala en la que unas horas antes había tenido lugar la terapia y... —señaló a Rudzki animándole a continuar. Se le revolvió el estómago. Volvía a tener ante sí la mancha en forma de coche de carreras.

El terapeuta se había apagado. Su chaqueta, ceñida a su silueta orgullosamente erguida, se volvió de pronto demasiado grande; sus cabellos se quedaron sin brillo; su mirada perdió la arrogancia que antes mostraba y se desvió a un lado.

—Le contaré lo que sucedió después —dijo en voz baja— si primero me contesta usted a unas pocas preguntas. Quiero saber cómo lo descubrió.

—No me haga reír, por favor —le replicó furioso Teodor Szacki—. Esto es un experimento judicial, no una novela policiaca. No pienso detallarles cómo se ha desarrollado la investigación. Para empezar, porque se trata de un proceso laborioso en el que están implicados cientos de elementos, no un solo investigador brillante.

—Está usted mintiendo, señor fiscal —el doctor sonrió levemente—. Y además, no se lo estoy pidiendo, sino que es la condición que le pongo. ¿Quiere saber qué ocurrió después? En tal caso le ruego que conteste a mis preguntas. O empiezo a repetir que no recuerdo nada.

Szacki vaciló, pero solo durante un breve momento. Sabía que si ahora ninguno daba su brazo a torcer, luego resultaría imposible demostrar su culpabilidad en el tribunal. Hasta tendría problemas con la calificación legal de aquella enrevesada venganza.

—Cuatro elementos —dijo al fin—. Cuatro elementos en los que me tendría que haber fijado mucho antes. Lo más curioso es que dos de ellos son totalmente fortuitos, podrían haber surgido en cualquier otro instante. El primer elemento es la terapia de constelaciones familiares, que para usted resultó ser un arma de dos filos. Podía controlar a todos menos a Telak.

—¿A quién ha consultado? —le interrumpió Rudzki.

—A Jeremiasz Wróbel.

—Es un buen profesional, aunque no le invitaría para que diera una conferencia en un seminario.

Szacki no sonrió.

—Durante toda la sesión, Telak estuvo mirando fijamente a alguien. ¿A quién? Yo no tenía ni idea, pero me dejé llevar por el principio de que, si no se les ha permitido marcharse, las parejas sentimentales anteriores son representadas por los hijos; que un hijo nacido de una nueva relación simboliza a la pareja perdida. Estaba convencido de que Henryk Telak había tenido una amante a la que había perdido en circunstancias dramáticas. Pensé que podía sentirse culpable de su muerte. El doctor Wróbel y yo estuvimos de acuerdo en que eso era lo más probable. Y que Kasia, inconscientemente, se había identificado con ese amor perdido de una manera tan fuerte que la siguió hasta la muerte. Y que Bartek deseaba hacer lo mismo para librar a su padre de la culpa y cumplir con su anhelo de reunirse con su querida hermana. Sin embargo, las arduas pesquisas realizadas por la policía en el pasado de Henryk Telak no dieron frutos. No se encontró ni rastro de amantes o de algún gran amor. Parecía que en la vida de Henryk Telak solamente había existido una mujer: usted —señaló con la mano a la viuda—. Nos habríamos encontrado en un callejón sin salida de no haber sido por la cartera de Telak. Cometieron ustedes un gran error dejándola. Y este es el segundo elemento. Lo más interesante que hallamos en su interior fueron unos boletos de lotería primitiva en los que se repetía invariablemente el mismo conjunto de cifras. Careció de significado hasta que conocí la fecha y la hora de la muerte de Kasia Telak. Entonces comprendí que los números de los cupones formaban una fecha concreta, 17 de septiembre de 1978 o 17 de septiembre de 1987, y una hora, las diez de la noche. El mismo día y a la misma hora, al cumplirse el vigesimoquinto o el decimosexto aniversario de algo, la chica se suicidó. Empecé a buscar en los periódicos y, entre otras muchas informaciones, encontré la del asesinato de Kamil Sosnowski. En teoría no había nada que conectara estos dos hechos, pero en cierto momento me asaltaron algunas dudas. ¿Podía ser un hombre el vínculo que faltaba? ¿Significaba eso que Henryk Telak era gay? ¿Y si durante todo el tiempo había concentrado mi atención en la mitad del matrimonio Telak que no era? ¿Y si el vínculo que faltaba en la constelación era el difunto amante de Jadwiga? ¿Un rival de Henryk? El día de su muerte habría sido para Telak uno de los más felices de su vida, tanto como para apostar en la primitiva a esa fecha.

»En esa etapa de la investigación, pensé que todo aquello poseía algún

retorcido sentido y que la terapia entera tenía de verdad poder para provocar reacciones. Hellinger afirma que una persona que desea mantenerse fiel a su pareja fallecida la sigue hasta la muerte o hasta la enfermedad. Esto quedaría aquí confirmado, si bien en este caso Jadwiga fue sustituida por su hija. Aparte de eso, el principio fundamental de las constelaciones es el de que si una mujer ha amado anteriormente a un hombre, a menudo ve a ese hombre en su hijo. Lo cual a su vez explicaría la enfermedad de Bartek. Después de todo, su hijo también tenía una enfermedad de corazón, ¿no es así?

Rudzki asintió.

—No soy capaz de explicarme cómo fue posible —continuó Szacki—, pero llegué a creer en una hipótesis fantástica: que, de alguna manera, Henryk Telak había estado involucrado, quizá directamente, en la muerte del amante de su esposa a finales de los años ochenta. En el transcurso de la terapia se enteró de que el crimen cometido por él había conducido al suicidio de su hija y guardaba relación con la enfermedad mortal de su hijo. De alguna manera inexplicable, gracias al «campo conocedor», lo nota también su esposa. Las emociones de Jadwiga, entre otras el odio y el deseo de venganza, son tan fuertes que las capta su intérprete en la terapia, Barbara Jarczyk, y lleva a cabo el asesinato. Elegante, pero no tenía ni siquiera una prueba circunstancial que vinculara a Telak con Sosnowski ni a la señora Telak con la víctima del pasado. La policía no era capaz de localizar a su familia, los archivos de aquella investigación habían desaparecido. Nada de nada. Además, había algo a lo que no dejaba de darle vueltas, todas esas pequeñas rendijas: los errores que había cometido usted durante la constelación, las pastillas, las grabaciones del dictáfono. Eran demasiadas coincidencias. Y aquí es cuando entra el tercer elemento: mi hija.

Kuznetsov le miró intranquilo. Szacki fingió que no había advertido el gesto y continuó su exposición.

—No tiene nada que ver con este asunto, naturalmente. Se trata solo de que se parece mucho a mí y en cambio no se parece nada a su madre, se diría que ha sido adoptada. Resulta increíble lo diferentes de sus padres que pueden llegar a ser los hijos. Pensé en esto un día y pensé también en lo diferente que es físicamente su hijo —volvió a señalar a Jadwiga— de usted y su marido. A veces solo algunos pequeños gestos dan testimonio del parentesco, el uso de expresiones similares, la manera de entonar, cosas que normalmente pasan desapercibidas si no se les presta una atención especial. Hasta que de repente

lo vi, pasaron ante mis ojos los interrogatorios de estas dos mujeres —se inclinó en dirección a Kwiatkowska y Jarczyk—. Dos personas completamente distintas, dos tipos de belleza distintos, dos formas distintas de hablar, ahora me doy cuenta de que quizá con demasiada exageración. En cambio, ambas tienen un defecto en la vista idéntico, un ligero astigmatismo, y una forma idéntica al cien por cien de mover las gafas para colocarlas: ladean la cabeza hacia la izquierda, fruncen las cejas y parpadean, colocan con ambas manos la montura y, finalmente, la empujan hacia dentro con el pulgar.

»Y ya que hablamos de mi hija —el fiscal sonrió al recordar a su princesita—, ya sabemos que a los hombres les une un lazo muy especial con sus hijas. Esto también me dio que pensar cuando, durante una de nuestras conversaciones, se encaró conmigo para defender a Kwiatkowska. En un primer momento pensé que eran ustedes amantes, solo después lo comprendí. Como suele ocurrir, cuando las cosas no marchan, no marcha absolutamente nada, pero cuando las cosas empiezan a ordenarse, todo acaba colocándose en su sitio. Al mismo tiempo, resultó que Henryk Telak había estado involucrado en el asesinato de Kamil Sosnowski, aunque no lo hiciera él con sus propias manos. Es posible que ese caso sea examinado en un proceso aparte y que ustedes sean interrogados nuevamente.

Szacki mentía como un bellaco, sabía que nada iba a ser «examinado en un proceso aparte». También sabía que, en caso de que ocurriera tal cosa, despacharía el asunto en una semana. Estaba teniendo mucho cuidado para no decir —ni dejar que otros lo dijeran— nada que provocara la apertura forzosa de una investigación por el caso de aquel asesinato del pasado.

—La policía comprobó los archivos del registro civil. Barbara Jarczyk (nacida en 1945) y Włodzimierz Sosnowski (nacido en 1944) se casaron jóvenes, en 1964, ella apenas tenía dieciocho años de edad. Un año más tarde nació su primer hijo, Kamil. Ese mismo año nació también Euzebiusz Kaim, que sería compañero de Kamil en primaria, en secundaria y en la universidad. Ambos tenían cinco años cuando vino al mundo Hanna Sosnowska. Cuando en septiembre de 1987 Kamil murió en trágicas circunstancias, su familia se marchó al extranjero. ¿No es así?

Rudzki se encogió de hombros.

—¿Qué otra cosa podíamos hacer en esa situación?

—Regresaron probablemente a mediados de los años noventa, porque

entonces aparecen nuevas referencias en el registro civil. Barbara Sosnowska y Włodzimierz Sosnowski se divorciaron. Ella recuperó su apellido de soltera, mientras que él se convirtió en Cezary Rudzki, los funcionarios no pusieron reparos para aceptar su petición de cambiarse el nombre ya que Sosnowski había publicado textos bajo ese pseudónimo hasta 1989 y también había utilizado ese apellido en Francia. Hanna Sosnowska se casó con Marcin Kwiatkowski, aunque el matrimonio no duró mucho, ya que se divorciaron en 1998, si bien ella conservó el apellido de su esposo. Desconozco si este baile de apellidos responde al hecho de que ya entonces planeaban ustedes su venganza o bien si fue una casualidad que más tarde les vino estupendamente, un inesperado regalo del destino.

—Lo segundo —comentó Rudzki.

—Es lo que yo suponía. Con respecto al señor Kaim, cuando leí la esuela de Kamil de 1987 firmada por «Zibi», en un primer momento no se me pasó en absoluto por la cabeza que pudiera tratarse de un diminutivo de Euzebiusz, sobre todo porque ese era el apodo que usaba Boniek[13], que se llama Zbigniew, y a veces también se les dice así a los que se llaman Zygmunt. Solo después, cuando me di cuenta de que todos ustedes están relacionados entre sí, recordé lo de «Zibi». A la policía no le costó mucho averiguar a qué colegios y a qué universidad fue usted. Y con quién estudió. Sus compañeros de entonces confirmaron que usted y Kamil eran uña y carne. ¿Me equivoco?

Kaim sonrió e hizo un gesto como si se levantara el sombrero de la cabeza.

—*Chapeau pas* —dijo.

—Se dice *chapeau bas*, cabestro —murmuró Kwiatkowska.

El fiscal Teodor Szacki no tenía demasiadas ganas de seguir hablando. Sabía que una de las personas allí reunidas abandonaría la sombría sala con las esposas puestas. Contra los demás también tendría que presentar cargos, pero de maltratar psicológicamente a Telak y de dificultar la investigación, más que de ser cómplices de asesinato. Después de todo, solo una persona se había encontrado con Telak aquella noche, solo una le había asesinado. Los otros, aunque también desearan su muerte y quisieran conducirlo a ella, no habían tomado parte directamente en el crimen. Pero había otra razón por la cual al fiscal Szacki no le apetecía seguir hablando, y era porque, una vez más, su conciencia de ser humano chocaba dolorosamente con la conciencia del funcionario público. Pensó en el cadáver de Kamil Sosnowski: un cuerpo ensangrentado en una bañera, con los pies y las manos atadas a la espalda.

Pensó en el cadáver atiborrado de pastillas de Kasia Telak. Pensó en Bartek Telak, que se dirigía rápidamente hacia el final de sus días. Estaba convencido de que ni la chica se habría suicidado ni el chaval habría enfermado de no ser por el horrible acto que, con cinismo y astucia, había cometido años atrás su padre para así poder conseguir a la que sería su esposa. ¿Cómo ocurrió aquello, entonces, en los años ochenta? No podía preguntarlo. No en ese momento. Ni siquiera se podía permitir mencionarlo.

—¿Nos podemos sentar ya? —preguntó Kaim.

—No —contestó el fiscal Szacki—. Porque seguimos sin conocer la respuesta a la cuestión más importante. Y además, Rudzki aún no ha finalizado su confesión —en el último momento se mordió la lengua, porque había estado a punto de decir «su cuento».

—Preferiría hacerlo sentado —dijo el terapeuta, y miró a Szacki de una manera que hizo fruncir el ceño al fiscal.

Algo no iba bien. No cabía la menor duda de que algo no iba bien. Tuvo la sensación de que podía perder el control sobre los acontecimientos, que estaba preparando un truco que no podría dominar, pero que quedaría registrado en la grabación y no podría dar marcha atrás. Teodor, concéntrate, se repetía a sí mismo. Accedió a que se sentaran para ganar algo de tiempo. Un momento después, se habían sentado todos en semicírculo. De tal manera que la cámara los cogiera a todos. Y mientras, el fiscal Teodor Szacki empezó a temblar de un modo imperceptible, porque seguía sin saber qué era lo que no iba bien.

—Toda la idea fue mía —empezó Rudzki—. Fui yo, por una inverosímil casualidad, quien se enteró de por qué había muerto mi hijo y quién lo había asesinado. Al principio intenté aceptarlo, racionalizarlo, no en vano soy un psicólogo cualificado, el tiempo que he pasado supervisando pacientes se puede medir ya en años. Pero no podía, no podía. Después quise matarle sin más, ir a verle, dispararle y olvidarle. Pero eso habría sido demasiado simple. ¿Mi hijo fue torturado durante dos días y ese cabronazo había de morir en un instante? Imposible.

»Pensé mucho tiempo en ello, muchísimo tiempo. Cómo hacer para que sufriera. Para que sufriera de una manera tal que al final tomara la decisión de quitarse la vida al no poder soportar el dolor. Así fue como ideé lo de la terapia. Sabía que podía salir mal, que igual Telak no se suicidaba y volvía a casa como si no hubiera sucedido nada. Pero lo acepté. Lo acepté porque

sabía que, de todas formas, tras la terapia ya siempre sufriría.

»Aquella noche no me podía dormir. Daba vueltas por mi habitación y me preguntaba: ¿lo habrá hecho ya? ¿Se habrá tragado las pastillas? ¿Se habrá dormido ya? ¿Habrá muerto? Al final salí al pasillo y pegué la oreja a su puerta. No se oía nada. Estaba disfrutando de aquel silencio, cuando de pronto sonó el ruido del agua de la cisterna y del servicio al fondo del pasillo salió Telak. Estaba pálido, pero indudablemente vivo. Llevaba el traje y los zapatos puestos, preparado para marcharse. Cuando me vio frunció el ceño y me preguntó qué hacía junto a su puerta. Mentí diciendo que estaba preocupado por él. No comentó nada, solo dijo que abandonaba la terapia y que se largaba lo más lejos posible de ese jodido antro, cito textualmente, lo siento.

»Y entró en la habitación a por su maleta. No sabía qué hacer. No solo seguía vivo, sino que encima no daba la sensación de estarse consumiendo por el dolor y la culpa. A ese hijo de perra todo se la traía floja. Fui a la cocina a beber un poco de agua, a tranquilizarme, vi el asador... De lo siguiente no recuerdo casi nada, mi cerebro no quiere admitir esas imágenes. Fui hasta la salita, él estaba allí. Mi intención era explicarle por qué hacía aquello y quién era yo en realidad, pero cuando vi ese odioso rostro suyo, ese cínico brillo en los ojos, esa sonrisita burlona... Simplemente le golpeé. Perdóname, Señor, por haberlo hecho. Perdóname por no sentirme culpable. Perdóname, Jadwiga, por matar al padre de tus hijos, a pesar de ser lo que era.

Cezary Rudzki —o quizá más bien Włodzimierz Sosnowski— hundió la cara entre las manos en un gesto teatral. En ese momento, la habitación tendría que haberse sumido en un silencio tal que habría podido cortarse en trozos para ensartarlos en un asador, pero aquello era el centro de la ciudad. Por la calle Łazienkowska pasó un viejo Fiat 126, un desvencijado autobús marca Ikarus se detuvo en la parada próxima a la iglesia con gran estrépito, un continuo murmullo de coches llegaba desde la Wisłostrada, resonaron unos tacones, se echó a llorar un niño al que regañaba su madre, pero aun así Teodor Szacki oyó cómo en su cabeza todo iba colocándose en su sitio. La conciencia del hombre y la conciencia del fiscal, pensó. Vaciló un momento, un milisegundo en realidad, y le hizo un gesto a Kuznetsov, que se levantó y apagó la cámara. Después salió y regresó al rato acompañado de dos policías que se llevaron a Rudzki.

Sin esposas, a pesar de todo.

Capítulo duodécimo

Lunes, 18 de julio de 2005

Día Internacional de los Tribunales de Justicia y las Fiscalías. En el extranjero, un tribunal de Belgrado ha condenado a cuarenta años de cárcel al famoso «Legija» por el asesinato del primer ministro de Serbia en 2003. Sadam Husein ha sido al fin acusado formalmente, por el momento solo del exterminio de una aldea chiíta. Roman Polański ha declarado ante un tribunal londinense —aunque lo ha hecho desde París— en el caso contra la revista *Vanity Fair*, en uno de cuyos números se afirmaba que, poco después de la trágica muerte de su esposa Sharon Tate, Polański había intentado seducir a una reina de la belleza sueca. En Polonia, un tribunal de Wrocław ha prohibido a cierta editorial la publicación de *Mein Kampf*, mientras que la fiscalía de Białystok ha acusado a la diputada Aleksandra Jakubowska de falsificar el proyecto de la ley sobre medios de comunicación. En Varsovia, el fiscal ha pedido cadena perpetua para una antigua dependienta acusada de un misterioso asesinato en la tienda Último; la defensa quiere la absolución. Aparte de esto, en la calle Stawki se ha descubierto una placa conmemorativa en honor de los soldados del Ejército Nacional que durante las primeras horas de la Insurrección de Varsovia liberaron a unos cincuenta judíos; y la galería de arte Zachęta ha decidido promocionarse a través de unos caramelos que se podrán comprar en las tiendas de alimentación. El Palacio de la Cultura y la Ciencia se prepara para una gran celebración: el 22 de julio cumplirá cincuenta años. 25 grados de temperatura, ausencia de lluvias y cielos despejados.

1.

Pasaban unos minutos de las tres de la tarde. El fiscal Teodor Szacki estaba en su despacho y disfrutaba del silencio que se había hecho en el momento en que su compañera se había ido volando del trabajo para llevar a su hijo al alergólogo. Él no había comentado nada. Su marcha significaba que no tendría que seguir escuchando a Katie Melua fluyendo lentamente de su ordenador («Espero que no te moleste, está bastante bajo, ¿no?») ni las estúpidas conversaciones telefónicas que mantenía con su madre («Pues les dices que si piden ochocientos zlotys, entonces tú misma puedes cincelar las letras en la lápida de papá. Diles eso exactamente. Ladrones, salteadores de tumbas, hienas de cementerio»).

Un mes antes Cezary Rudzki había salido acompañado de la policía del monasterio de la calle Łazienkowska. Unos días más tarde Szacki lo interrogó en la «Instrucción contra Cezary Rudzki». El terapeuta repitió palabra por palabra lo que había dicho ante la cámara en la sala y el fiscal lo transcribió cuidadosamente, fingiendo que daba por bueno todo lo dicho por aquel. Sin embargo, tuvo que preguntar a Rudzki por qué estaba tan convencido de la culpabilidad de Telak y qué sabía sobre el trasfondo del asesinato de su hijo.

—Tal y como dije antes, fue por pura casualidad, una de las miles de incomprensibles coincidencias con las que nos topamos a diario —dijo Rudzki, vestido con el uniforme carcelario de dril color beis, en la sala de interrogatorios de la prisión de la calle Rakowiecka. Parecía un viejecito de cien años, no quedaba ni rastro de su porte orgulloso y su mirada penetrante—. Dirigí la terapia de un enfermo con cáncer óseo, en estado terminal, falleció tres meses después. El hombre era pobre, de los estratos sociales más bajos, acepté su caso gratuitamente, para hacerle un favor a un amigo del Instituto de Oncología. Quería desahogarse con alguien. Era un delincuente, insignificante a decir verdad, tan insignificante y cuidadoso que nunca había estado en la cárcel. Aunque sí que tenía un pecado en su conciencia: había participado en el asesinato de mi hijo. Quizá no lo hizo él con sus propias

manos, pero sí que había entrado con el asesino en nuestro piso y fue testigo de las torturas y el asesinato. Temblaba aterrorizado, afirmaba que en un principio les habían pagado solo por asustarle y darle una paliza, pero que finalmente su «jefe» consideró que era necesario eliminar a Kamil «por si acaso». Fue un shock para mí. Me desmoroné por completo ante aquel criminal, le dije quién era yo, estuvimos llorando juntos durante horas. Prometió ayudarme a encontrar a la persona que les había hecho el «encargo». Lo describió detalladamente, describió todas las circunstancias de sus encuentros, todas sus conversaciones. Dijo que podía ser algo relacionado con una mujer, porque al hombre del encargo se le había escapado una vez: «Ahora tendré el camino libre para llegar a ella». De inmediato pensé en Jadwiga. Kamil estaba loco por ella, aunque era algunos años mayor que él. La encontré, también le hice una foto a Telak. El enfermo lo reconoció al ciento veinte por ciento.

Teodor Szacki transcribió con detalle las mentiras del sospechoso sin tan siquiera pestañear. El sospechoso firmó la transcripción y, al igual que el fiscal, tampoco hizo el menor gesto. Ambos sabían el peligro que corrían sus familias en caso de que la verdad saliera a la luz, y sobre todo en el caso de que se iniciara una investigación. Sin embargo, una vez acabó todo, Teodor Szacki le contó al viejo terapeuta lo que sabía sobre el trabajo de Henryk Telak en los servicios secretos de la Polonia socialista, sobre el «departamento de la muerte», sobre las estructuras de los servicios secretos que todavía estaban en pie. Y le pidió que le dijera la verdad.

Auténtico era el enfermo de cáncer óseo, auténticas eran su culpabilidad y su confesión. Auténtica era la frase «ahora tendré el camino libre para llegar a ella», que había escuchado por casualidad. Pero el encargo que le hicieron fue otro. Al chico tenían que asustarlo y darle una paliza «lo más fuerte posible», lo cual equivalía a recibir la orden de asesinarle, para que su padre abandonara unas actividades que podían poner en peligro la seguridad del Estado. Les convencieron de que se trataba de un asunto de la máxima gravedad, que iban a ser unos héroes, que quizá fueran condecorados en secreto. La condecoración les importaba una mierda. Por llevar a cabo el encargo recibieron un montón de dinero y les garantizaron impunidad, y además pudieron llevarse del piso todo lo que quisieron. Al principio se reunieron con tres oficiales, entre ellos Telak, aunque no se habló aún de nada concreto. Después se encontraron en dos ocasiones solo con Telak, que

les facilitó todos los detalles, les informó de la fecha y la hora exactas y les dio instrucciones sobre cómo tenían que atarlo y producirle dolor.

Después de realizar el encargo, cuando fueron a por su dinero, Telak se mostró muy nervioso. Dijo que había habido un error en la identificación. Les dio más dinero del que habían acordado en un principio y les advirtió que si no desaparecían por completo durante dos años, alguien los encontraría igual que ellos habían encontrado al muchacho. Naturalmente, desaparecieron.

Szacki le habló de lo que le había contado Karol Wenzel: las actividades del departamento «D» eran tan secretas que, en efecto, a veces había errores en la identificación de los objetivos y al enviar a alguien a ejecutar las misiones. Los esbirros que contrataban también cometían fallos. Probablemente Telak se apoyó en eso para justificar ante sus superiores el que se hubiera asesinado a un hombre inocente. Un accidente de trabajo, qué le vamos a hacer.

Cuando se despidieron, el fiscal y el terapeuta se estrecharon la mano y se dieron un cordial abrazo. Los dos le debían algo al otro. Sobre todo, silencio.

Dos semanas después del interrogatorio, Cezary Rudzki falleció. Se sintió indispuesto y le llevaron a una habitación de aislamiento, donde se sintió aún peor. Cuando la ambulancia llegó, Rudzki ya no vivía. Un ataque al corazón fulminante. Teodor Szacki seguramente habría creído que de verdad había sido un percance de no ser porque al día siguiente un mensajero le trajo una botella de whisky de veinticuatro años. La vació en el lavabo y tiró la botella en una papelera junto a un paso de peatones, cerca de la fiscalía. Se imaginaba que ocurriría algo así. Creyó a aquel hijo de puta, antiguo policía secreto, cuando le dijo que él y sus colegas intervendrían cuando no hubiera más remedio. Creyó lo de que les gustaba la tranquilidad. Y un hombre en prisión no permite garantizar esa tranquilidad. Se aburre demasiado, conversa demasiado, era bastante probable que un día pudiera llegar a la conclusión de que su libertad bien valía un poquito de riesgo. ¿Podía él mismo, Szacki, sentirse seguro? Más bien sí, mientras no hiciera ninguna estupidez. No fue al entierro.

Ese mismo día llamó a Monika. Aunque se maldijo por lo idiota que era al hacerlo, alguien dirigió su mano para marcar el número y otra persona distinta pronunció en su lugar las palabras que proponían quedar a tomar algo. Desde entonces se había visto con la periodista en varias ocasiones y,

aunque cada vez que Szacki iba a su casa lo hacía con la convicción de que era su último encuentro y que esa vez debía acabar con aquella aventura porque no tenía ningún sentido, la verdad era que estaba perdiendo progresivamente el control sobre la situación. Tenía miedo de lo que pudiera ocurrir después y a un mismo tiempo sentía curiosidad por saberlo.

Apagó el ordenador y pensó que en realidad no tenía ningún trabajo pendiente. Chorko había cogido unos días libres, la gente se marchaba de vacaciones fuera de la ciudad y durante un tiempo Varsovia dejaba de ser la capital del crimen. El acta de acusación contra Kaim, Jarczyk, Kwiatkowska y la señora Telak estaba casi terminada. Dejó que Rudzki cargara con el peso de toda la culpa, lo que le permitía acusar a los demás solo de ocultar información a los órganos del poder judicial. También ocultó el hecho de que la noche del asesinato, el terapeuta y sus pacientes se habían reunido alrededor del cadáver para decidir qué hacer. Según la versión oficial, Kwiatkowska, Jarczyk y Kaim se enteraron del asesinato de Telak cuando Barbara Jarczyk encontró su cadáver el domingo por la mañana. Rara vez admiraba a los criminales, pero cuando supo que Cezary Rudzki les había prohibido a los demás hablar sobre aquello y que les había ordenado comportarse durante el desayuno del domingo como si Henryk fuera a unirse a ellos de un momento a otro, para que dieran la impresión más convincente después, durante los interrogatorios, estuvo a punto de hacer una reverencia. El conocimiento de la mente humana es el arma más poderosa en manos de un asesino.

Siempre había opinado que el Código Penal estaba para que todo el que lo infringiera fuera castigado con dureza por el Estado con el fin de que otros vieran claramente a qué conducía el crimen. Pero él acababa de manipular el caso del asesinato de Henryk Telak para favorecer a personas implicadas en la investigación. Y se asqueó de sí mismo porque sabía que eso no era suficiente para compensar su falta más grave: desistir. Y es que no tenía intención de hacer nada que pudiera golpear a la «Odessa polaca».

Levantó el auricular del teléfono. Quería hablar con Weronika y Hela, que desde el sábado estaban tomando el sol en Olecko, entre los lagos de la región de Mazuria, y prefería hacerlo en ese momento, por si acaso a su esposa se le ocurría llamar justo cuando él estuviera en casa de Monika.

Ya había marcado la mitad del número cuando alguien entró en el despacho. Se trataba de Jadwiga Telak.

2.

Triste como siempre, elegante como siempre y, como siempre, apagada al principio, para al cabo de un momento causar una impresión fascinante.

Cuando sacó un cigarrillo del bolso, Szacki estuvo a punto de soltar una carcajada. ¿Cómo era aquello de «Y de todos los infectos despachos de todos los fiscales mal pagados de esta putrefacta ciudad, ha tenido que venir precisamente al mío»? Sacó un cenicero del cajón y también él se puso a fumar. Ya es el segundo, pensó por costumbre, aunque desde el día del encuentro en el restaurante italiano había dejado de dosificar los pitillos. No dijo nada, esperó a que lo hiciera ella.

—Lo sabe usted, ¿verdad? —preguntó.

Szacki asintió. Desde hacía no mucho. Pero cuando se reunieron todos un mes antes en la sala del monstruo arquitectónico de la calle Łazienkowska, ya lo sabía. Porque se había fiado de Wróbel cuando este le había dicho que ningún participante en la constelación se habría decidido a cometer un asesinato, ya que un acto así destruye el orden. Y la constelación funcionaba porque los participantes buscaban el orden. Porque ella era la que más sacaba de la muerte de su esposo, tanto en el plano vital como en el emocional y el económico. Porque mientras se cometía el asesinato, ella estaba viendo por televisión una película que en realidad habían puesto el día anterior, según Szacki comprobó cuando ella afirmó que su hijo jugaba en su habitación a las carreras de coches, cuando lo que hacía en realidad era pegar tiros en el Call of Duty: difícilmente se puede confundir los sonidos de las ametralladoras, las granadas explotando y los gritos de los moribundos con el ruido de motores. Todo eran pruebas circunstanciales. Y un poco de intuición. También estaba la frase que le había dicho Jeremiasz Wróbel: «En lo referente a la cuestión de quién es el bueno y quién el malo en el sistema, casi siempre es al revés». Bueno, y el hormigueo en la cabeza cuando Cezary Rudzki se echó toda la culpa.

—He pensado que ahora que el caso está cerrado, se merece usted unas

explicaciones.

Siguió sin decir nada. No le apetecía.

—No sé si habrá amado usted alguna vez. Amor verdadero. Si lo ha hecho, entonces es usted un afortunado. Si no, le envidio y de qué manera, porque quizá aún tenga por delante la mejor experiencia de su vida. ¿Entiende de qué le estoy hablando? Es como con los libros. Fue estupendo leer *El maestro y Margarita* en secundaria, pero me muero de envidia al pensar que hay adultos que aún no han leído esa novela y van a tener la oportunidad de hacerlo. A veces me pregunto: ¿cómo sería leer ahora por primera vez a Bulgákov? Bueno, da lo mismo. En cualquier caso, si quiere usted contestar «no sé», significa que todavía no ha amado usted así.

Curioso, pensó Szacki, es justo lo que habría contestado si hubiera tenido ganas de hablar. Se encogió de hombros.

—Yo he amado así. Tenía veinticinco años cuando conocí a Kamil Sosnowski, me enamoré de él y él me correspondió. Era tres años menor que yo. Me entran ganas de reír cuando pienso ahora que lo de la diferencia de edad no me dejaba dormir. Tenía miedo de que esos tres años lo estropearan todo. Tenía miedo de que alguna otra circunstancia lo estropeará, que historias como aquella no podían suceder, no podía librarme de esos temores. No tiene sentido que se lo describa, ese estado es indescriptible. Pero debe usted saber que han pasado casi veinte años y aún soy capaz de describir con exactitud cada momento de nuestra relación y citar cada frase que pronunciamos. Recuerdo qué libros leí entonces y qué películas vi. Hasta el menor detalle.

Encendió un nuevo cigarrillo. A Szacki ya no le apetecía fumar.

—¿Sabía usted que Kamil me estaba esperando a mí? Aquel día, cuando fueron a por él. Habíamos quedado para cenar. Él iba a cocinar cualquier cosa, yo tenía que conseguir algo de beber y una delicia varsovia. ¿Las recuerda usted? Era masa de cacao con pedacitos de barquillo dentro, se parecía un poco al bombón del envoltorio violeta que viene en los surtidos de la marca Wedel. Naturalmente, en aquella época te lo daban empaquetado en un papel en el que ponía «Envoltorio sustitutivo». Nuestro postre mágico. Otros tienen canciones mágicas, nosotros teníamos la delicia.

»Cuando llegué allí, corriendo, loca de felicidad, ellos ya estaban dentro. Llamé y llamé, pero nadie me abrió. Me quedé toda una hora delante de la puerta, quizá dos, pero no apareció, así que regresé a casa y le llamé por

teléfono cada media hora. Estaba convencida de que había sucedido algo y se había tenido que marchar con sus padres y su hermana, pero aun así continué llamando y yendo a su casa. Finalmente cogió el teléfono Hanna. El resto se lo puede usted imaginar. O al menos intentarlo. Lo peor fue saber que él había estado dentro todo el tiempo, y ellos también, y que le estaban torturando. Qué idiota fui, no se me ocurrió avisar a la policía, si no... todo podría haber sido diferente.

Al final Szacki sí que encendió un cigarrillo. Después de todo, ¿qué otra cosa podía hacer, si no era capaz de conmovirse con aquel melodrama?

—De alguna manera morí con él. Henryk estuvo todo el tiempo a mi lado. Cariñoso, compasivo, comprensivo, dispuesto a perdonarlo todo. A mí él no me interesaba, pero siguió a mi lado. Me acostumbé a él. Nos casamos. Enseguida me quedé embarazada. Nació Kasia y empecé a vivir para ella. Después Bartek. Unas veces nos iba mejor, otras peor, lo normal en la vida familiar. Terminó con la muerte de Kasia. Me da vergüenza decirlo, pero si pudiera resucitar solo a una persona, resucitaría a Kamil. Y después apareció su padre, maldito sea, con su verdad y su justicia. Cómo me gustaría que ese día nunca hubiera existido.

Sacó otro cigarrillo más, la pequeña habitación estaba ya llena de humo, lo que, unido al agobiante calor, resultaba insoportable.

—No sé por qué fui aquella noche hasta la calle Łazienkowska. No soy capaz de explicarlo. Pero el caso es que fui. Entré cuando estaba recogiendo sus cosas. Me explicó de qué se había enterado durante la constelación. Estaba fuera de sí, lloraba, me dijo que había estado a punto de suicidarse. Pensé que era lo mejor que podía hacer y le pregunté si no debería llegar hasta el final de la terapia en atención a Bartek. Él no quería y yo salí corriendo de su habitación como si hubiera perdido el juicio; me sentía fatal, me entraron ganas de vomitar. Quería marcharme, huir de allí, pero por casualidad fui a parar a la cocina. Me eché agua del grifo en un vaso, para tranquilizarme. Todo volvió a mí con una fuerza enorme, cada imagen del pasado era como un golpe y cada emoción como un latigazo. Oí sus pasos, que reconocí fácilmente después de tantos años de convivencia, los pasos de un cobarde que huye. Miré un juego de cubiertos que había colocados en un soporte de plástico y pensé que eran horrendos y de muy baja calidad. Lo que pasó después ya lo sabe usted.

Hasta poco antes, Szacki, a pesar de todo, la había querido llevar ante el

tribunal. Pero eso ya no le preocupaba. Tan poco le preocupaba, que ni siquiera le apetecía hablar. Ella le miró en silencio por un momento, inclinó la cabeza y se levantó.

—Me gustaría saber si los móviles de su acto fueron puramente emocionales —preguntó Szacki al fin.

Ella tan solo sonrió y luego salió.

El fiscal Teodor Szacki se levantó de la silla, se quitó la chaqueta, abrió la ventana de par en par y vació el cenicero en la papelera. Abrió el cajón para guardar el cenicero y su mirada se detuvo en una hoja en la que había copiado un fragmento de una entrevista con Bert Hellinger, que seguramente habían publicado en *Gazeta Wyborcza*:

«Siempre se me pide que condene a los autores de todos los crímenes, pero yo sé que la única manera de que uno mismo pueda afrontar la presencia del mal es reconocer que, a pesar de todo, ellos también son personas. También deberíamos encontrar un lugar para ellos en nuestros corazones. Por nuestro propio bien. Esto en absoluto les libra a ellos de su responsabilidad por sus actos. Pero si excluimos a alguien, si le negamos su derecho a pertenecer a la sociedad, entonces nos estamos poniendo en el lugar de Dios, estamos decidiendo quién ha de vivir y quién no. Y eso es algo inaudito.»

3.

De camino a casa de Monika en Chomiczówka, Szacki se detuvo en la plaza de Woodrow Wilson para comprar en Blikle dos bocaditos de nata, que eran sus dulces favoritos. Mientras esperaba su turno para ser atendido, pensó en Jadwiga Telak y en las delicias varsovianas, y se sintió muy, muy cansado. Cansado de aquel caso, cansado de su trabajo, cansado de una amante que, a decir verdad, no le interesaba lo más mínimo. De nuevo le faltaba algo, pero ¿qué?

Justicia, pensó, y se asustó de ese pensamiento. Había sonado como si alguien lo hubiera pronunciado en voz alta a su lado. Miró a su alrededor, pero los jubilados de Żoliborz que esperaban pacientemente su turno observaban concentrados y en silencio el mostrador refrigerado lleno de pasteles y las estanterías llenas de bollos. ¿Justicia? ¿Qué significaba eso? Esperaba que la voz le contestara. Esta vez no oyó ninguna, pero en cambio apareció una imagen. La imagen de un envase cilíndrico de metal del cual extraía una botella de whisky de veinticuatro años. Pensó en Karol Wenzel, que vivía allí cerca. ¿Debería hacerle una visita? Quizá hubiera algún modo de echarles el guante a los remitentes de aquel alcohol escocés exclusivo. Probar no le costaba nada. Charlar con un historiador ligeramente pirado no tenía por qué ser motivo suficiente para que le pegaran un tiro, ¿no?

Compró los bocaditos, llamó a Wenzel, que estaba en casa, y fue en coche hasta la calle de Żeromski, donde se hallaba su piso. Al salir del coche cogió los pasteles para llevárselos, porque le pareció feo presentarse con las manos vacías. Fue hacia el portal, pasando entre unos garajes y unos contenedores de basura, cuando de pronto cruzó por delante de él a toda velocidad una niña de la edad de Hela que iba en un patinete y que casi se empotra contra él. Szacki dio un salto para esquivarla, pero el manillar se enganchó en el paquete con los dulces. El papel se rompió y uno de los pasteles cayó al suelo y se espachurró. La chica, que de verdad se parecía mucho a su hija, se detuvo y, cuando vio el bocadito sobre el asfalto arrugado, puso cara de estar

a punto de echarse a llorar.

—Perdóname, pequeña —dijo rápidamente—. No te he visto venir, iba pensando en otra cosa y te he golpeado con los pasteles. ¿Te encuentras bien?

Asintió con la cabeza, pero en los ojos tenía lágrimas.

—Uf, menos mal. Ya pensaba que alguno de los bocaditos te había hecho daño. ¿Sabías que algunos bocaditos pueden tener muy mala uva? Te atacan sin que te des cuenta, como si fueran comadreas. Por eso los llevo en un paquete. Pero me parece que ese ya no es peligroso, ¿no crees? —se agachó temeroso junto al bocadito y lo aplastó con el dedo.

La niña se empezó a reír. Szacki cogió del paquete roto el pastel que se había salvado y se lo dio.

—Toma, para que me perdones —le dijo—. Pero cómetelo con cuidado, para que no se enfade.

La niña miró alrededor insegura, le dio las gracias, cogió el bocadito y se marchó en el patinete, en el que a duras penas podía mantener el equilibrio. Era realmente muy parecida a Hela. ¿De verdad quería ir a ver a Karol Wenzel, hurgar en aquel tema, poner en peligro la vida de sus allegados? Recordó lo que el historiador le había dicho la vez que hablaron: «Y si estás tramando echarles el guante de alguna manera, olvídalo. Piensas en ello por la mañana y por la tarde estarás llorando junto al cadáver de tu hija».

Y en ese momento se quedó helado.

No le había dicho que tenía una hija.

Pensó en la pequeña Hela Szacka, en el olor a pan recién horneado, en un cráneo abriéndose con un horrendo sonido similar a un chapoteo sobre la mesa de disecciones.

Apenas unos segundos antes había pensado que aquel caso debía tener una continuación.

Estaba equivocado.

Agradecimientos

Quiero dar las gracias de corazón a las señoras fiscales que me hablaron acerca de su trabajo, duro y por desgracia poco valorado. Espero que no se hayan molestado por todo lo que yo he inventado y modificado aquí para ajustar mejor la realidad a las necesidades de la ficción. Doy también las gracias a Dorota Kowalska de *Newsweek* por su artículo «Al servicio del crimen», sin el cual el libro habría sido completamente diferente. A todos aquellos que sientan interés por la terapia de las constelaciones les recomiendo leer *Las ordenaciones del amor*, de Bert Hellinger; y a quienes quieran saber más sobre los servicios secretos de la República Popular de Polonia, el magnífico libro de Henryk Głębocki *La policía secreta en acción*.

Sobre el autor

Zygmunt Miłoszewski nació en Varsovia en 1975. Escritor, periodista y escenógrafo, trabajó en la edición polaca de *Newsweek*. Debutó en 2004 con el relato titulado *Historia portfela* (Historia de una cartera), publicado en el semanario *Polityka*, y con la novela de terror *Domofon* (Interfono, 2005). Un año más tarde publicó *Góry Żmijowe* (La víbora), una novela para jóvenes. *El caso Telak* (2007) alcanzó gran popularidad tanto en Polonia como en el extranjero. Galardonada con el Nagroda Wielkiego Kalibru, que premia la mejor novela negra del año, fue llevada al cine por el prestigioso director Jacek Bromski. En 2011 se publicó la secuela de *El caso Telak*, *La mitad de la verdad* (de próxima publicación en Alfaguara Negra), que le valió de nuevo el Premio Nagroda Wielkiego Kalibru y una nominación al Passport Polityka, galardón que premia a los mejores autores de menos de cuarenta años, y fue adaptada al cine por el premiado director Borys Lankosz con guion del propio Miłoszewski. En 2013 publicó *Bezcenny* (Inestimable), un *thriller* que ha tenido un éxito sin precedentes en Polonia. Sus novelas han sido traducidas a más de diez idiomas.

Notas

- [1] Me gustaría dar las gracias a Almudena Villaverde González y a Agnieszka Dziudzi por la ayuda que me han prestado durante la traducción de esta novela. *(N. del T.)*
- [2] Paweł Piskorski, alcalde de Varsovia entre 1999 y 2002. *(N. del T.)*
- [3] Apodo popular (literalmente significa «pato») con el que se hace referencia a cada uno de los hermanos Kaczyński, Lech y Jarosław; en este caso se refiere a Lech Kaczyński, alcalde de Varsovia entre 2002 y 2005. *(N. del T.)*
- [4] Macizo montañoso de los Tatras Occidentales, formado por cuatro montes: Kopa Kondracka, Ciemniak, Małołączniak y Krzesanica. *(N. del T.)*
- [5] Małołączniak: su nombre procede de «mała łąka» (prado pequeño), como el nombre del valle sobre el que se eleva. Ciemniak: su nombre procede de «ciemny» (oscuro), como el antiguo nombre del valle sobre el que se eleva; por otro lado, la palabra «ciemniak» posee también el significado de persona ignorante o retrógrada. *(N. del T.)*
- [6] Nombre que se le da a la carretera que atraviesa Varsovia de sureste a noroeste y que es la unión de varias calles que están pegadas a la orilla izquierda del río Vístula. Tiene una longitud de veintiún kilómetros. *(N. del T.)*
- [7] Gran red de tiendas especializadas en la venta de libros, música, películas y videojuegos. *(N. del T.)*
- [8] Referencia al capítulo segundo, «Poncio Pilatos», del libro primero de *El maestro y Margarita*, novela del escritor ruso Mijaíl Bulgákov. *(N. del T.)*
- [9] Se refiere a Andrzej Samson (1947-2009), uno de los pioneros de la psicoterapia polaca, juzgado y condenado a pena de cárcel en la primera década del siglo XXI por abusar sexualmente de menores. *(N. del T.)*
- [10] Policía secreta rumana durante el régimen socialista. *(N. del T.)*
- [11] Stanisław Bareja (1929-1987), cineasta cuyas películas y series televisivas reflejan la realidad social de Polonia a través de la sátira y el humor absurdo. *(N. del T.)*
- [12] Madre del abogado y político Krzysztof Piesiewicz, conocido internacionalmente por ser el guionista de muchas de las películas de Krzysztof Kieślowski. *(N. del T.)*
- [13] Zbigniew Boniek (n. 1956), uno de los más importantes futbolistas polacos de todos los tiempos y en la actualidad presidente de la Federación Polaca de Fútbol. *(N. del T.)*

Título original: *Uwikłanie*

© 2014, Grupa Wydawnicza Foksal

© 2015, Francisco Javier Villaverde González, por la traducción

© 2015, de la presente edición en castellano para todo el mundo:

Penguin Random House Grupo Editorial, S.A.U.

Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

ISBN ebook: 978-84-204-1882-7

© Imagen de cubierta: Jesús Acevedo

Diseño de interiores realizado por Alfaguara, basado en un proyecto de Enric Satué

Conversión ebook: MT Color & Diseño, S.L.

www.mtcolor.es



Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*.

El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir, escanear ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <http://www.cedro.org>) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

www.megustaleer.com

Penguin
Random House
Grupo Editorial